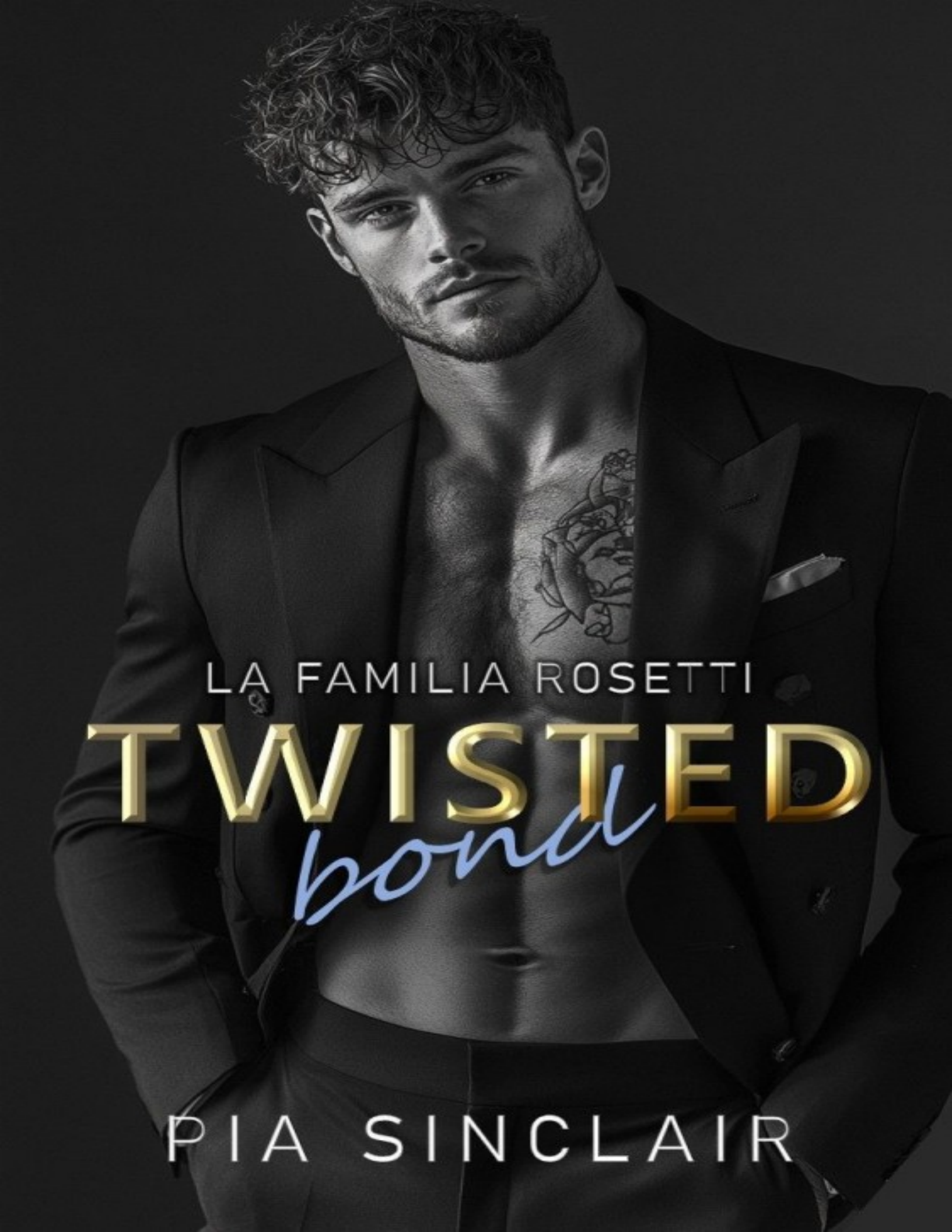

LA FAMILIA ROSETTI
TWISTED
bond
PIA SINCLAIR

Twisted Bond

Pia Sinclair

Copyright © 2025 di Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin la autorización escrita del editor o de la autora.

Contents

1. Matteo
2. Isabella
3. Matteo
4. Isabella
5. Matteo
6. Isabella
7. Matteo
8. Isabella
9. Matteo
10. Isabella
11. Matteo
12. Isabella
13. Matteo

14. Isabella
15. Matteo
16. Isabella
17. Matteo
18. Isabella
19. Matteo
20. Isabella
21. Matteo
22. Isabella
23. Matteo
24. Isabella
25. Matteo
26. Isabella
27. Matteo
28. Isabella
29. Matteo
30. Isabella
31. Carmela

1

Matteo

Las sábanas de seda susurran contra mi piel mientras me deslizo fuera de la cama sin hacer ruido. Años de práctica me han enseñado el arte de la salida impecable: vestirse en la oscuridad, zapatos en mano, sin quedarse más de la cuenta.

A mi lado, Lindsay Lonnigan se remueve entre sueños, con su cabello rubio desparramado sobre la funda de almohada de algodón egipcio. Anoche, era puros susurros entrecortados y Chanel N.º 5, el tipo de princesita de Park Avenue que cree que un Rosetti es un trofeo interesante. Esta mañana, es solo otra conquista enfriándose en sábanas que huelen a perfume caro y a arrepentimiento.

Estoy a medio ponerme los pantalones cuando se despierta.

—¿Matteo? —Su voz tiene ese tono esperanzado que ponen las mujeres cuando piensan que una noche podría convertirse en algo más—. ¿Ya te vas?

—Tengo una reunión temprano —murmuro, mientras me abotono la camisa. El algodón aún conserva el leve aroma de su perfume—.

Los negocios no duermen.

Ella se apoya sobre un codo, y la sábana se desliza para revelar el tipo de cuerpo que adorna las portadas de las revistas. Un par de años atrás, eso podría haber sido suficiente para arrastrarme de vuelta a la cama. Hoy, ya estoy mentalmente desconectado.

—¿Te volveré a ver? —pregunta, intentando sonar casual, sin éxito.

Me inclino para besarle la frente, un gesto que parece tierno pero que no compromete a nada. Mis labios rozan su piel aún cálida por el sueño. —Te llamo.

Ambos sabemos que no lo haré.

Mi teléfono vibra mientras me ato los cordones de mis zapatos de cuero italiano. Un mensaje de un número desconocido. Lo borro sin leerlo y agarro mi chaqueta de la silla donde la tiré anoche, cuando quitármela parecía urgente.

El trayecto en ascensor desde su *penthouse* es silencioso, excepto por el suave jazz que suena a través de unos altavoces ocultos. Mi reflejo me devuelve la mirada desde las puertas de acero pulido: el pelo castaño rojizo alborotado por sus dedos, la camisa arrugada a pesar de mis esfuerzos, la expresión satisfecha de un hombre que obtuvo exactamente lo que quería y nada de lo que no.

Veinte minutos después, entro en el estacionamiento subterráneo bajo nuestra torre en Midtown. El motor del Aston Martin retumba contra las paredes de concreto mientras encuentro mi lugar reservado, un sonido agudo e insaciable. Todo en mi vida es agudo e insaciable: mis trajes, mis autos, mis salidas, mis apetitos.

Mi teléfono vibra de nuevo. Otro número desconocido. A algunas mujeres les toma más tiempo que a otras captar el mensaje.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo sin mirar y luego me detengo, observando la camisa arrugada que llevo puesta desde ayer por la tarde. No puedo reunirme con Domenico con esta pinta de recién salido de la cama de alguien. Saco una camisa blanca de botones limpia de la reserva de emergencia de mi baúl, una colección que ha salvado mi reputación más veces de las que me gustaría admitir. Me cambio rápidamente entre los autos estacionados, el aire frío del subsuelo me pone la piel de gallina.

En el ascensor, me arreglo el cuello y observo cómo suben los números. Cuarenta pisos para preparar mi rostro, para pasar del Matteo mujeriego al Matteo hombre de negocios. La transición es más fácil de lo que la mayoría creería: ambos roles requieren un encanto calculado y la disposición de ir a matar.

Las puertas se abren con un suave tintineo, revelando un pasillo de mármol pulido e iluminación tenue. El dominio de mi hermano. Hago girar mi moneda de plata de la suerte entre mis dedos, su peso familiar me centra mientras avanzo hacia las puertas dobles al final del pasillo. Lo que sea que Domenico quiera, no es una visita social. No a esta hora, no con ese tono en su mensaje.

Hora de averiguar qué incendio hay que apagar hoy.

Manhattan se extiende debajo de la sala de conferencias, un imperio de concreto cocinándose bajo el sol de la mañana de verano, con olas de calor que destellan sobre el vidrio y el acero. El café se está colando en algún lugar cercano, llenando el aire con un aroma rico y oscuro, pero mi atención permanece fija en la carpeta abierta sobre la mesa de cristal.

Isabella Callahan.

Una noche. Eso es todo lo que le tomó a su fotografía para alojarse en lugares donde no tiene nada que hacer, desde que Dom me la entregó en la recepción de la boda de Emilio. Menos de doce horas desde que vi por primera vez ese rostro, y esta mañana desperté con su cabello rubio miel enredado en mis sábanas, en mis sueños, al menos. El tipo de sueño vívido y explícito que me dejó duro y frustrado a pesar de la mujer sexi que tenía en las sábanas a mi lado.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer invadía mi sueño sin permiso. Usualmente, soy yo quien invade. Usualmente, soy yo quien las deja con ganas de más.

—Matteo.

La voz de Dom atraviesa mi distracción. Mi hermano mayor está de pie a la cabeza de la mesa, con las manos apoyadas en la superficie de cristal, sus ojos verdes duros con el tipo de concentración que construyó este imperio. Su cabello castaño oscuro está perfectamente peinado a pesar de la hora temprana, su traje gris marengo impecablemente planchado. Siempre profesional, siempre en control.

—¿Estás escuchando?

Lanzo la moneda una última vez antes de atraparla en la palma de mi mano, el metal resbaladizo por el calor. —Chase se está moviendo más rápido de lo esperado. Te oí la primera vez.

—Entonces actúa como si importara. —Pero hay diversión en su voz, del tipo que viene de saber exactamente dónde he estado esta mañana—. ¿Qué tal la chica Lonnigan?

Leonardo resopla desde su silla junto a la ventana, su alborotado cabello pelirrojo oscuro capta la luz mientras se gira hacia nosotros. —Predecible, probablemente. Siempre lo son con Matt.

—Caballeros —digo, abriendo las manos con una dignidad exagerada—, un caballero nunca lo cuenta.

—Menos mal que no eres un caballero —comenta Rafe secamente, sin levantar la vista de su tableta. Sus ojos azul hielo escanean informes de inteligencia mientras su nariz rota le da a su apuesto rostro el tipo de carácter que proviene de años de trabajo de campo —. Además, medio Manhattan ya sabe que te fuiste con ella.

—¿Solo la mitad? —Lanzo la moneda de nuevo, dejándola danzar entre mis nudillos—. Estoy perdiendo el toque.

Dom niega con la cabeza, pero su expresión denota una exasperación cariñosa en lugar de una desaprobación real. —Alguno de estos días, tu reputación te va a pasar factura.

—Mi reputación es un activo —replico, dejando que una confianza arrogante se filtre en mi voz—. Las mujeres esperan encanto y seducción de Matteo Rosetti. Las hace más fáciles de manejar cuando necesito algo.

—Hablando de manejar mujeres —dice Leo, con sus ojos color avellana brillando con picardía—, tal vez deberías concentrarte en la que de verdad importa para el negocio.

Señala la carpeta sobre la mesa y el ambiente en la habitación cambia. El zumbido del aire acondicionado se vuelve más fuerte, o quizás es solo la tensión repentina. Se acabó el juego.

Chase Callahan llevaba meses probando nuestros límites, buscando debilidades como una rata que busca agujeros en las paredes. Pero

la debilidad no es algo que los Rosetti mostramos, y la paciencia no es algo por lo que se nos conozca.

Rafe se inclina en su silla, con sus ojos azul hielo fijos en el mapa digital que muestra marcadores rojos por todo nuestro territorio. —Compró tres propiedades más cerca de los muelles —dice Rafe, tocando su tableta—. Son empresas fantasma, pero los documentos llevan a cuentas de Callahan. Está sentando las bases para algo grande.

Leonardo se mueve inquieto a su lado, tamborileando los dedos sobre la pulida mesa. —Entonces, lo golpeamos primero —dice Leo, con la voz cargada de ese familiar filo de violencia apenas contenida —. Terminemos con esto antes de que escale.

—Ya escaló. —Dom desliza otra carpeta sobre la mesa—. Hizo que Marco, de Il Lusso, se cambiara de bando anoche. Veinte años de lealtad, esfumados porque Chase le ofreció el triple de lo que le pagábamos.

La traición me cala como una puñalada helada en el pecho. Marco ha estado administrando nuestro club principal desde antes de que Leo y yo naciéramos, una presencia constante que conocía cada secreto que pasaba por esas puertas. Si Chase puede comprarlo a él, puede comprar a cualquiera.

—¿Cuánto le ofreció? —pregunto.

—Lo suficiente para que otros empiecen a calcular su propio valor —responde Dom sombríamente—. Y tiene nuevos matones llegando de Jersey. Profesionales, no delincuentes callejeros.

—Quiere una guerra que no puede ganar —observa Rafe—. Quizás es hora de que le recordemos quién termina las guerras en esta

ciudad.

Dom asiente en dirección a las fotos de vigilancia esparcidas sobre el cristal. Isabella riendo cortésmente en algún evento de una galería, sus ojos verde esmeralda distantes. Isabella saliendo de su *loft* en Tribeca, cada línea de su postura perfectamente controlada. Isabella a medio paso por el patio del Met, capturada en un momento de gracia espontánea.

—Y ahí es donde entra ella.

La habitación queda en silencio, a excepción del zumbido del aire acondicionado y el lejano sonido del tráfico cuarenta pisos más abajo. Extiendo la mano hacia la carpeta, mis dedos rozando el borde de su fotografía. El mismo rostro que ha estado atormentando mis sueños, el mismo perfil elegante que me hizo ofrecerme como voluntario para este trabajo antes de que Dom terminara de explicarlo.

—Isabella Callahan —digo, manteniendo la voz serena—. La chica del arte. Tribeca. Camina al trabajo como si nadie la estuviera viendo.

—No está involucrada —confirma Dom—. No hay vínculos con sus operaciones, no tiene conocimiento del negocio. Historial limpio, reputación impecable. La sobrina perfecta.

—Entonces es el punto de presión perfecto. —Cierro la carpeta, pero su imagen permanece grabada en mi memoria—. No es parte del negocio, pero aun así sangrará por ella.

Leo se aleja de la ventana, con los ojos avellana brillantes de curiosidad. —¿Qué te hace estar tan seguro de que puedes manejar esto limpiamente?

La moneda se desliza de nuevo entre mis dedos, el metal resbaladizo por el sudor a pesar del aire acondicionado. Pienso en cómo se ve en las fotos, serena e intocable con sus vestidos de diseñador. El tipo de intocable que hace que un hombre quiera arruinar toda esa perfección, ver qué hay debajo de ese cuidadoso control. Pasar mis manos por ese cabello rubio miel hasta que esté tan alborotado como los sueños que ha estado protagonizando.

He tenido muchas mujeres que se creían intocables. Usualmente son las más divertidas de domar. Usualmente son las que gritan mi nombre más fuerte cuando termino con ellas.

—Porque soy bueno en lo que hago —digo, dejando que mi sonrisa con hoyuelos aparezca—. Y ella es exactamente el tipo de desafío que hace que este trabajo valga la pena.

—Solo no te distraigas con el objetivo —advierte Leo, pero él también está sonriendo—. Todos sabemos cómo te pones con las mujeres hermosas.

—Consigo resultados —lo corrijo, mi voz bajando a un tono más peligroso—. Que sean hermosas o no es solo… un extra que pienso disfrutar.

Rafe frunce el ceño, recostándose en su silla. —Llevarse a una civil es complicado, Matt. Especialmente una con su perfil. El mundo del arte notará si desaparece.

—No si se hace bien. —Lanzo la moneda de nuevo, atrapándola sin mirar—. Rápido, limpio, contenido. Se toma unos días libres del trabajo, quizás un fin de semana largo. La gente asumirá que está visitando a su familia.

—¿Y la seguridad? —pregunta Leo.

—Mínima. Un portero, acceso con tarjeta. Sin guardaespaldas, sin protección real. Nunca se ha ganado enemigos porque nunca ha sido parte del juego.

Dom me estudia por un largo momento, con sus ojos verdes calculadores. —Esto no es una seducción, Matteo. Es apalancamiento. Tenlo en cuenta.

—Entendido. —Mis dedos se aprietan en la carpeta a pesar de mi tono casual—. Primero los negocios, las complicaciones después.

Pero incluso al decirlo, sé que hay algo diferente en esta misión. A Lindsay Lonnigan la olvidé antes de dejar su cama esta mañana, pero Isabella Callahan ha estado ocupando un valioso espacio en mi cabeza desde anoche. No es propio de mí obsesionarme, especialmente con una mujer que ni siquiera he conocido. Que ni siquiera he tocado.

Todavía.

—¿Plazos? —pregunto.

—Pronto. —La voz de Dom carga con el peso de lo inevitable—. La inteligencia sugiere que Chase planea un golpe importante dentro de un mes. Es mejor tener el apalancamiento listo antes de que él haga su movimiento.

La habitación vuelve a quedar en silencio. Afuera, el calor de julio hace que la ciudad brille como un espejismo, toda de cristal y acero y posibilidades peligrosas. Pienso en Isabella caminando a través de ese calor, completamente inconsciente de que su vida ordinaria está a punto de terminar. Completamente inconsciente de que estoy a punto de convertirme en lo más importante de su mundo.

El pensamiento envía un oscuro escalofrío de placer por mi pecho.

—Considéralo hecho —digo, poniéndome de pie con una gracia fluida—. Me encargaré personalmente de la adquisición.

Mis hermanos intercambian miradas mientras me dirijo a la puerta, pero ninguno se opone. Saben que soy la mejor opción para este tipo de trabajo: sutil, encantador y capaz de hacer que lo imposible parezca inevitable.

Me detengo en el umbral, con la carpeta bajo el brazo y la moneda de plata tibia en la palma de mi mano.

—Una cosa más —digo sin darme la vuelta—. Cuando esto termine, cuando Chase entienda el costo de amenazar a la familia, de amenazar a nuestra hermana, quiero ser yo quien le entregue el mensaje personalmente.

—Anotado —responde Dom—. Solo asegúrate de que a la chica no le pase nada. Necesitamos cooperación, no un trauma.

Asiento y salgo al pasillo, pero mi mente ya está repasando a toda velocidad la logística y los tiempos. Isabella Callahan aún no lo sabe, pero su vida cuidadosamente ordenada está a punto de ser mía para orquestarla. Mía para controlarla.

Mía para disfrutarla.

Las puertas del ascensor se cierran con un suave susurro, llevándome hacia la calle donde empieza el verdadero trabajo. En mi bolsillo, la moneda da vueltas entre mis dedos, ahora más rápido, un hábito nervioso que solo aflora cuando contemplo algo particularmente peligroso.

O particularmente tentador.

La cacería empieza ahora.

2

Isabella

El retrato me devuelve la mirada con esos fieros ojos oscuros y, por un momento, casi creo que está escuchando. He estado aquí desde las siete de la mañana, escondida en el ala de almacenamiento de Artes Decorativas Europeas, adonde los turistas nunca se aventuran, con mi segunda taza de café y el dolor de cabeza que acompaña a otra noche de insomnio.

—¿Quién eras? —le susurro a la mujer pintada. El modesto lienzo, de apenas cuarenta y cinco centímetros por lado, muestra a una joven de la década de 1760 con cabello oscuro y una expresión que se niega a disculparse por ocupar un espacio. La placa dice: «Retrato de una dama desconocida, escuela francesa, circa 1760-1770», pero llevo meses investigándola, siguiendo rastros de papel a través de casas de subastas y colecciones privadas.

El ultramarino en su vestido costó una fortuna en su día. Alguien pensó que ella valía los costosos pigmentos. Alguien quiso capturar

esa inclinación desafiante de su barbilla, esa negativa a bajar la mirada ante el espectador.

Extiendo mis notas de investigación sobre la pequeña mesa de visualización, con fotografías de retratos similares y registros de subastas que se remontan a siglos atrás. La carta que encontré en los archivos de la Bibliothèque Nationale menciona a la modelo de un pintor que se hizo famosa por negarse a casarse con los hombres que encargaban sus retratos. Una mujer que se eligió a sí misma por encima de la seguridad.

Mi teléfono vibra sobre la superficie de mármol, un sonido agudo en el silencioso nicho. La oficina de Chase. Claro.

El dolor de cabeza se intensifica mientras miro el identificador de llamadas. Tres horas de paz robada, de sentir que mi mente me pertenece en lugar de a todos los demás, y ahora se acabó. Miro una vez más a mi dama desconocida, tomando fuerza de su mirada desafiante, y luego contesto.

—Buenos días, tío.

—Isabella. —Su voz tiene esa calidez particular que reserva para el consumo público, el tono que lo hace parecer un tutor cariñoso en lugar de lo que realmente es—. Te levantaste temprano.

—Quería adelantar algo de trabajo antes de que abriera el museo. —Recojo mis papeles de investigación con una mano, sabiendo ya que esta conversación me robará lo que queda de la mañana.

—Siempre tan dedicada. Escucha, hay una gala benéfica el próximo viernes por la noche. El evento para el Hospital Infantil.

Se me oprime el estómago. —No lo vi en mi agenda.

—Rebecca te enviará los detalles. Algo elegante, nada demasiado atrevido. Ya entiendes.

Ya entiendes. Un código para: sonríe lindamente, encanta a los donantes, recuérdale a todo el mundo que Chase Callahan tiene conexiones con la cultura y la respetabilidad. Que no es solo otro criminal con dinero. Miro a mi dama desconocida, preguntándome si alguna vez tuvo a alguien que controlara su vestuario, su agenda, su existencia entera.

—Por supuesto —me oigo decir—. ¿Necesitará que haga algo en específico?

—Solo tu magia de siempre, cariño. Tienes un don para hacer que la gente se sienta bienvenida.

Bienvenida. Qué palabra tan amable para lo que hago en realidad. Estar ahí de pie con un aspecto impecable mientras hombres con las manos manchadas de sangre firman cheques y fingen que son filántropos.

—Estaré lista.

—Sé que lo estarás. Siempre lo estás. Ah, ¿y, Isabella? No te quedes hasta muy tarde en el trabajo esta noche. Últimamente te ves cansada.

La llamada se corta antes de que pueda responder. Ni siquiera me ha visto esta semana, pero de algún modo sabe que no he estado durmiendo. De algún modo, siempre lo sabe todo.

Miro el retrato durante un largo momento, memorizando la curva de esa mandíbula desafiante, y luego guardo cuidadosamente mi investigación. Es hora de transformarme en la Flor de Hielo Callahan. Hora de fingir que mi vida me pertenece.

Tomo una respiración profunda para calmarme y camino hacia las galerías principales, cada paso alejándome más de la mujer que soy y acercándome más a la mujer que tengo que ser. Para cuando llego al ala de Artes Decorativas Europeas, mi espalda está recta, mi expresión serena, mi voz lista para encantar a los donantes y desviar preguntas incómodas.

La mañana transcurre entre correspondencia con donantes y la planificación de exposiciones. El dolor de cabeza persiste, haciendo que todo se sienta afilado, pero he aprendido a funcionar en peores condiciones. Cuando Jeffrey, de conservación, pasa a darme noticias sobre el análisis de pigmentos de mi retrato, logro mostrar un entusiasmo genuino a pesar del agotamiento.

—Señorita Callahan, el señor Pellia está aquí para su visita privada.

Suavizo mi expresión hasta una calidez profesional, la máscara volviendo a su lugar con facilidad experta.

Antony Pellia espera junto a la vitrina de porcelana de Sèvres, alto y de cabello plateado, con una sonrisa que no le llega a los ojos y una colonia que huele cara y empalagosa.

—Isabella, mi querida. Está usted encantadora, como siempre.

—Señor Pellia. Gracias por elegirnos para su visita privada de hoy. —Señalo hacia la vitrina—. Pensé que le podría interesar ver las nuevas adquisiciones de las que hablamos en la cena de donantes.

Me sigue por las galerías, haciendo ruidos de apreciación en los momentos adecuados mientras sus ojos catalogan todo, desde las cámaras de seguridad hasta las rutas de escape. He aprendido a reconocer esa mirada, la forma en que los hombres poderosos evalúan todo como un posible territorio que reclamar.

—Su tío habla muy bien de su trabajo aquí —dice mientras nos detenemos ante un reloj de bronce dorado—. Mencionó que usted tiene un gran ojo para las piezas importantes.

Algo en su tono hace que se me erice la piel. La forma en que dice «piezas importantes» como si estuviera hablando de algo más que arte. —He tenido la fortuna de trabajar con algunos artefactos extraordinarios.

—Ciertamente. Imagino que Chase valora tenerla a usted en círculos tan distinguidos.

Valora. Ahí está esa palabra de nuevo. Como si yo fuera una moneda en lugar de una persona, una ficha brillante de respetabilidad para exhibir mientras los negocios más oscuros suceden a puerta cerrada.

—El museo es afortunado de tener patrocinadores tan generosos —respondo, manteniendo la voz serena a pesar de la fatiga que hace que todo se sienta a flor de piel—. Sus contribuciones nos han permitido adquirir varias obras importantes este año.

—Ah, estoy seguro de que aún quedan muchas adquisiciones importantes por hacer —su sonrisa se vuelve depredadora—. Su tío y yo hemos estado discutiendo algunas oportunidades interesantes.

Asiento, sonrío e interpreto mi papel, todo mientras me pregunto qué clase de oportunidades requieren un recorrido privado por los fondos más valiosos del museo. Qué clase de negocios se disfrazan de filantropía cultural.

Para cuando lo acompaño de regreso a la entrada principal, me duele la mandíbula de mantener expresiones agradables y la cabeza

me martillea por el agotamiento. Me aprieta la mano un instante de más al despedirse, sus dedos fríos y húmedos contra mi palma.

—Hasta la próxima, mi querida. Espero con ansias continuar nuestra asociación.

Lo veo desaparecer entre la multitud de turistas, luego me retiro a la sala de descanso del personal por un café que sabe a libertad, aunque sea temporal. Pero la cafeína solo hace que se me acelere el corazón, lo que aumenta la sensación de nerviosismo que proviene de dormir poco y tener demasiado estrés.

El café cerca del Lincoln Center está a un corto paseo bajo el calor del verano. Sirve ensaladas carísimas a mujeres demasiado delgadas que pasan las tardes discutiendo sobre comités de caridad y casas de fin de semana en los Hamptons. Encajo perfectamente, picoteando la rúcula mientras finjo escuchar conversaciones sobre nada que importe.

Mi teléfono yace en silencio sobre la mesa de mármol blanco. Ni una llamada de la oficina de Chase exigiendo mi presencia en algún lugar. Ninguna emergencia que requiera la cara pública de la familia Callahan. Durante exactamente cuarenta y tres minutos, solo soy una mujer almorzando sola en Manhattan.

A veces, en momentos como este, pienso en mi mujer desconocida. Me pregunto si alguna vez se sentó en los cafés del París del siglo XVIII, tramando su próxima negativa a conformarse. ¿Sintió esta misma energía inquieta, esta hambre de algo más que la vida que le habían preparado?

La rúcula sabe a papel. Últimamente, todo sabe a papel, excepto por los pocos momentos robados en esa alcoba con el retrato de

alguien que eligió el desafío por encima de la seguridad.

Mi teléfono vibra. Rebecca, la asistente de Chase. Otro evento, otra obligación, otra actuación con guion como la sobrina obediente. Me quedo mirando el mensaje sin abrirlo, saboreando estos últimos segundos de anonimato.

Una mujer en la mesa de al lado se ríe de algo que dijo su acompañante; el sonido es brillante, genuino y completamente espontáneo. No recuerdo la última vez que me reí así. No recuerdo la última vez que sentí algo que no tuviera que ser medido y modulado para el consumo público.

Abro el mensaje. El próximo viernes. La gala de beneficencia. Viste de negro. Llega a las siete. Sé visible.

Sé visible. Pero no demasiado. Presente, pero no prominente. Encantadora, pero no lo suficientemente memorable como para eclipsar los verdaderos negocios que se llevan a cabo en las sombras.

Pago la ensalada que apenas toqué y vuelvo a salir al calor del verano, componiendo ya mi rostro para lo que venga. La tarde se extiende ante mí con un bendito vacío. No más citas, no más actuaciones. Solo la caminata a casa hasta mi loft, donde finalmente podré quitarme la máscara por unas horas.

La caminata debería ser agradable. Tribeca al atardecer, la luz dorada cayendo entre los edificios, la ciudad acomodándose en su ritmo nocturno. Debería, pero algo no se siente bien.

Comienza como un escozor entre mis omóplatos. La sensación de ser observada, estudiada, catalogada. He aprendido a confiar en

estos instintos con los años. Me han mantenido a salvo en situaciones en las que una confianza ingenua habría sido peligrosa.

Me detengo en el escaparate de una tienda y uso el reflejo para escanear la calle detrás de mí. Peatones que se apresuran a casa desde el trabajo, algunos turistas con cámaras, nada obviamente amenazador. Pero la sensación persiste, afilada como una cuchilla contra mi espalda, empeorada por la fatiga que me tiene los nervios de punta.

Ahí está. Un hombre con un traje oscuro, merodeando junto a un puesto de periódicos que obviamente no está leyendo. Cuando doblo la esquina, me sigue a una distancia que parece calculada. No lo suficientemente cerca como para ser obvio, no lo suficientemente lejos como para perderme de vista.

El pulso se me acelera. Esto no es paranoia. Es la realidad estrellándose contra mi mundo estructurado. Alguien me está siguiendo, y la lista de personas que podrían querer vigilar a la sobrina de Chase Callahan no es corta.

Me meto en una bodega, tomo una botella de agua que no necesito mientras observo la calle a través de la ventana. El hombre se detiene al otro lado de la calle y revisa su teléfono con una estudiada indiferencia. Profesional. Deliberado. Definitivamente no es algo al azar.

Cuando salgo cinco minutos después, ha desaparecido. Pero un sedán negro está parado en la esquina, con las ventanillas polarizadas no me devuelven ningún reflejo. Se aleja mientras me acerco, suave y silencioso.

Para cuando llego a mi edificio, las manos me tiemblan por algo más que la cafeína y el agotamiento. La tarjeta de acceso se me resbala dos veces antes de que la cerradura haga clic y se abra. El portero me saluda con la cabeza como de costumbre, ajeno al miedo que me corre por las venas.

En el ascensor, me observo en el reflejo de las puertas de acero pulido. Sigo impecable en la superficie. Sigo siendo la Flor de Hielo, intocable y serena. Pero por debajo, algo está cambiando. Algo que se siente como la primera grieta en un muro que ha estado conteniendo años de verdad reprimida.

Mi vida no es realmente mía. Nunca lo ha sido. Soy una pieza en juegos que no entiendo, movida por un tablero que no puedo ver, por jugadores cuyas reglas nunca aprenderé.

Pero esta noche, por primera vez en años, sentí algo más que una aceptación resignada. Esta noche, caminando a casa con ojos desconocidos siguiendo cada uno de mis pasos, me sentí viva.

Aterrada, pero viva.

Y tal vez, solo tal vez, eso es exactamente lo que mi mujer desconocida habría sentido, caminando por París con el peso de las expectativas de otros sobre sus hombros, eligiendo el desafío de todos modos.

Quizás el valor no sea la ausencia del miedo. Quizás consista en sentirse atrapado, vigilado y limitado, y aun así encontrar maneras de ser auténticamente uno mismo.

Aunque nadie sepa jamás tu nombre.

3

Matteo

La camioneta SUV negra acecha como un depredador frente al edificio de Isabella, y me apoyo en su superficie pulida con el celular en una mano y una moneda de plata danzando entre los dedos de la otra. Desde mi lugar en la acera, tengo una vista despejada del vestíbulo de cristal del edificio de Tribeca y observo cómo el indicador del elevador sube hacia su piso.

Siete y treinta y dos de la noche. Es constante, eso hay que reconocérselo. Desayuno a las seis y media, en el trabajo a las ocho, cena a las ocho de la noche en punto. Isabella Callahan maneja su vida como un reloj suizo. Otras mujeres me han hecho esperar horas, jugando con los tiempos solo para poner a prueba su poder. Pero Isabella no. Predecible. Precisa. Exactamente lo que necesito.

La moneda da vueltas sobre mis nudillos con un ritmo constante, un hábito que surge cuando estoy a punto de hacer algo particularmente peligroso. Esta noche definitivamente entra en esa categoría. La voz de Dom resuena en mi cabeza: primero los

negocios, las complicaciones para después. Pero la verdad es que las complicaciones empezaron en el momento en que vi su fotografía. Los sueños solo se volvieron más vívidos, más explícitos, más imposibles de ignorar.

El indicador del elevador se detiene en el doce. Su piso.

Me enderezo el saco negro y compruebo mi reflejo en la ventanilla polarizada de la camioneta. El pelo rojizo ligeramente desordenado, a propósito. La camisa blanca de botones abierta en el cuello, sin corbata. El aspecto proyecta una confianza informal, la de un hombre cómodo en su propia piel. Un hombre que consigue lo que quiere sin esforzarse demasiado.

La luz del atardecer baña la calle en cálidos tonos miel, la tarde de julio aún conserva el calor del día. Los oficinistas pasan en su éxodo de fin de jornada, pero mi atención permanece fija en la entrada del edificio. Un portero con uniforme azul marino abre la puerta a los residentes, ofreciendo educados asentimientos y sonrisas olvidables. No veo cámaras de seguridad en el vestíbulo. Ni guardias, ni protocolos. Realmente vive como alguien que nunca se ha ganado enemigos.

Las puertas se abren e Isabella emerge en la luz del atardecer, dirigiéndose claramente a su rutina de cena nocturna.

Es más despampanante en persona que en cualquier fotografía. Su pelo rubio miel capta la luz mientras camina, y su blusa color crema se mueve como seda líquida sobre su piel. Los pantalones azul marino se ciñen a unas curvas que me encienden la sangre, y esos tacones añaden la altura justa para poner su boca al nivel perfecto para besarla. Para otras cosas.

Se detiene en la acera y busca algo en su bolso. El celular, probablemente. Siempre conectada, siempre actuando para las expectativas de alguien más. He visto suficientes grabaciones de vigilancia para saber que se comporta como una mujer que aprendió desde temprano que ser impecable es la única opción aceptable.

Es hora de hacer añicos esa fachada impecable.

Me aparto de la camioneta y me acerco con el paso tranquilo de un hombre que pertenece a cualquier lugar al que va. Ella levanta la vista ante mi movimiento, y esos ojos verde esmeralda recorren mi rostro con cautelosa curiosidad.

—Isabella Callahan, ¿verdad? —Dejo que aflore mi característica sonrisa con hoyuelos, la que me ha abierto más puertas y más piernas de las que puedo contar—. Qué mundo tan pequeño.

Se queda helada a mitad de paso, y la observo barajar posibilidades. ¿Nos conocemos? ¿Debería reconocerme? La incertidumbre la hace aún más hermosa, la vulnerabilidad filtrándose a través de su máscara de compostura.

—¿Lo conozco? —Su voz es culta, cuidadosa. Exactamente lo que esperaba de alguien que pasa sus días entre arte de valor incalculable y hombres peligrosos.

—Todavía no. —Guardo la moneda en el bolsillo, ofreciéndole toda mi atención—. Pero me moría de ganas de remediarlo. Matteo Rosetti.

El reconocimiento brilla en sus ojos. No mi cara, sino el apellido. Todo el mundo en Nueva York conoce el apellido Rosetti, incluso los que fingen que no. Especialmente los que fingen que no.

—Justo iba a salir a cenar —continúo, señalando la camioneta con la cabeza—. Un pequeño lugar increíble en SoHo. ¿Siempre camina sola a cenar con tacones como esos?

Ella baja la vista hacia sus zapatos, y luego la devuelve a mi cara. Sus pupilas están ligeramente dilatadas, ya sea por la luz que se desvanece o por algo completamente distinto. —Prefiero caminar.

—Es una elección inteligente. Aunque después de un día entero de pie en el trabajo, pensaría que querría darles un descanso a esos tacones. El Met, ¿no? Artes Decorativas Europeas. —Dejo que esa información flote entre nosotros, una prueba de que sé más de ella de lo que un desconocido debería—. Debe de ser fascinante trabajar con todas esas cosas hermosas e intocables.

Sus labios se entreabren ligeramente ante el énfasis en «intocables», y observo cómo se mueve su garganta al tragar. Bien. Ella también lo está sintiendo, esta corriente eléctrica que se ha ido acumulando desde que vi su fotografía por primera vez.

—¿Cómo sabe dónde trabajo?

—De la misma manera que sé que toma el café solo y que prefiere caminar en lugar de pedir un auto. —Me acerco más, lo suficiente para percibir su aroma. Algo limpio y caro que me hace querer hundir la cara en su cuello—. Me encargo de conocer a las mujeres hermosas.

Ella retrocede medio paso, pero no huye. Lista o ingenua, todavía no puedo decirlo.

—Debería irme —dice, pero a su voz le falta convicción.

—De hecho, esperaba poder llevarla. —Vuelvo a señalar la camioneta, donde mi chofer está sentado en silencio detrás de los

cristales polarizados—. Tengo reservaciones para cenar en veinte minutos, y odiaría comer solo. Además, odiaría dejar a una mujer hermosa caminando después del anochecer.

Apenas son las siete y media, todavía es de día, y Tribeca no es precisamente peligroso. Pero la invitación es bastante clara, envuelta en una caballerosidad que las mujeres como Isabella entienden, incluso cuando saben que no deberían.

—Es muy amable, pero en realidad no lo conozco.

—Un punto válido. —Saco mi celular, mis dedos se mueven por la pantalla—. Listo. Acabo de enviarle mis datos por mensaje. Nombre, número de teléfono, incluso mi perfil de LinkedIn si es usted del tipo corporativo. Ahora sabe exactamente quién soy.

Su teléfono vibra en su mano y ella baja la mirada hacia el mensaje. La observo calcular riesgos y probabilidades, su mente analítica procesando todos los ángulos. Curadora de museo. Acostumbrada a evaluar la autenticidad, a detectar falsificaciones. Pero también es una mujer que ha pasado su vida siendo protegida, resguardada del peligro real.

—Le prometo que no soy un asesino en serie —añado con una risa autocrítica—. Solo un tipo que odia comer solo y que tuvo la suerte de toparse con la mujer más hermosa de Tribeca.

El cumplido me sale con facilidad, pero mi reacción hacia ella es absolutamente real. Estando tan cerca, puedo ver los destellos dorados en sus ojos verdes, la forma en que su pulso palpita en la base de su garganta. Huele a perfume caro y a algo más, algo que hace que se me haga agua la boca y que mis manos piquen por tocarla.

—¿En qué parte de SoHo? —pregunta finalmente.

Mi pecho se oprime con anticipación, pero mantengo mi expresión neutral. —Un pequeño lugar francés en Spring Street. Íntimo, tranquilo. Ideal para conocer a alguien.

Ella mira hacia la SUV y luego de vuelta a mi rostro. Puedo verla dudar, atrapada entre la curiosidad y la cautela. Otra mujer ya se habría marchado, pero Isabella Callahan ha pasado años navegando en peligrosas aguas sociales. Sabe cómo leer a las personas, cómo mantenerse a salvo mientras toma riesgos calculados.

Lo que no sabe es que yo no soy un riesgo calculado. Soy una certeza.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Pero solo hasta SoHo.

—Por supuesto. —Le hago un gesto hacia la puerta del pasajero, moviéndome ya para abrírsela—. Después de usted.

El interior de la SUV es exactamente como lo planeé: asientos de cuero color medianoche, iluminación tenue, música clásica sonando suavemente a través de altavoces de primera calidad. Todo diseñado para sugerir riqueza sin ostentación, poder sin amenaza. Mi conductor, Anton, asiente cortésmente por el espejo retrovisor, pero no habla. Conoce su papel en esta actuación.

Isabella se acomoda en el asiento del pasajero con una gracia inconsciente, su postura recta incluso en el espacio reducido. Me deslizo a su lado, tan cerca que mi muslo casi roza el suyo, y observo su reacción a la proximidad.

—Esto es hermoso —dice, pasando las yemas de sus dedos sobre el suave cuero—. No creo haber estado nunca en algo tan lujoso.

—¿De verdad? —Dejo que la sorpresa tiña mi voz—. ¿Su familia no cree en el lujo?

La pregunta es bastante inocente, pero observo su rostro con atención. Se tensa ligeramente, un cambio apenas perceptible que me dice que he tocado una fibra sensible.

—Mi familia cree en muchas cosas —dice con cuidado.

Me recuesto, dejando que el silencio se alargue. A veces, la mejor manera de obtener información es crear un espacio para que la gente lo llene. Pero Isabella no muerde el anzuelo. Está demasiado bien entrenada, es demasiado cuidadosa. Es hora de un enfoque diferente.

—Debe ser agradable tener una familia que se preocupe lo suficiente por usted. Chase Callahan parece del tipo protector.

Las palabras caen en el espacio entre nosotros como piedras en agua calma.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y veo cómo cambia su rostro. Una barrera se cierra tras sus ojos, transformando la calidez en recelo en un instante.

—¿Cómo conoce a mi tío?

Demasiado tarde para retractarme. Mostré mis cartas demasiado pronto, dejé que el entusiasmo anulara la estrategia. Pero tal vez sea mejor así. Más limpio. Más honesto, a su manera.

—Negocios —digo simplemente, y le hago una seña a Anton para que maneje.

Los seguros se activan con un suave clic. Seguros para niños, activados desde el panel del conductor. Isabella no se da cuenta de

inmediato, demasiado concentrada en mi rostro, tratando de leer la verdad allí.

El poder de tenerla atrapada a mi lado, completamente bajo mi control, envía un oscuro escalofrío por mi sangre. Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su piel, puedo ver el rápido palpitar de su pulso en su garganta. Cada aliento que toma me hace querer inclinarme más cerca, reclamar lo que es mío.

—¿Qué tipo de negocios?

—Del tipo complicado.

La SUV se incorpora suavemente al tráfico, dirigiéndose al norte de la ciudad en lugar de al sur, hacia SoHo. Isabella nota primero el cambio de dirección, luego intenta abrir la puerta. No cede.

—Este no es el camino a SoHo.

—No —concuerdo—. No lo es.

Su respiración cambia, volviéndose más rápida y superficial. La observo analizar sus opciones: gritar, luchar, negociar. Pero es demasiado inteligente para entrar en pánico, demasiado controlada para hacer una escena que podría lastimarla. Aun así, noto la forma en que sus dedos tiemblan ligeramente mientras se aferran a la manija de la puerta. Miedo, cuidadosamente oculto pero no del todo invisible.

—Esto no es un favor. Esto es una trampa.

—Chica lista. —Me recuesto en el asiento de cuero, dejando que mi voz adquiera un tono más peligroso—. Empezaba a preocuparme de que solo fuera bonita.

Intenta abrir la puerta de nuevo, luego se gira para encararme por completo. Sin lágrimas, sin histeria. Solo furia fría y calculadora que

hace que mi pulso se dispare con algo que no es exactamente miedo. Pero noto la forma en que se presiona contra la puerta del otro lado, poniendo tanta distancia entre nosotros como es posible en el reducido espacio. El cuidadoso control en su voz no logra ocultar del todo el temblor subyacente.

—¿Cree que una sonrisa y un auto de lujo son suficientes para llevarme?

La pregunta me golpea de una forma que no esperaba. Hay acero en su voz, un núcleo de fortaleza que hace que se me dispare el pulso. Es embriagador. Un desafío. Exactamente el tipo de cosa que me hace querer llevarla al límite, ver hasta dónde se extiende ese control. Tenerla aquí, atrapada, furiosa y esforzándose tanto por ocultar su miedo, me envía calor directo a la verga.

—No, Isabella —digo, y estiro la mano para tocarle la barbilla, inclinando su rostro hacia el mío. Su piel es increíblemente suave, cálida por la ira y la adrenalina—. Pero ahora que es mía, no necesito encanto.

Ella se aparta bruscamente de mi contacto, con los ojos encendidos.

—No soy suya.

—De hecho, lo es —respondo, recostándome en mi asiento mientras observo cómo procesa la realidad de su situación—. Al menos durante los próximos días. Hasta que su tío aprenda a llevarse bien con los demás.

—Chase lo matará por esto.

—Lo intentará —digo mientras lanzo la moneda entre mis dedos, el metal capturando la luz—. Pero primero, tendrá que encontrarla. Y

yo soy muy bueno escondiendo las cosas que quiero conservar.

La camioneta entra en la autopista, en dirección norte hacia la casa de seguridad. Hacia el aislamiento, hacia el lugar donde tendré a Isabella Callahan completamente para mí. La idea me enciende la sangre, una oscura anticipación que no tiene nada que ver con la ventaja y sí todo que ver con la posesión.

Ella mira por la ventana la ciudad que va quedando atrás, su reflejo fantasmal en el cristal polarizado. Puedo ver sus manos apretadas en su regazo, los nudillos blancos por la tensión que intenta ocultar. Cuando vuelve a hablar, su voz es perfectamente controlada, pero puedo oír la furia que esconde. Y debajo de eso, apenas audible, el miedo que tanto se esfuerza por reprimir.

—No tiene ni idea de lo que acaba de hacer.

—Ilústreme.

—Ha iniciado una guerra que no puede ganar.

Me río, y el sonido llena el reducido espacio entre nosotros.

—Cariño, la guerra empezó cuando su tío decidió amenazar a mi familia. Yo solo estoy igualando las probabilidades.

—¿Secuestrando a una mujer inocente?

—Tomando algo que él valora. Hay una diferencia.

Se vuelve para mirarme de nuevo, y la expresión en sus ojos verdes me corta la respiración. Ya no es miedo, ni siquiera ira. Algo más frío. Más peligroso.

—Se va a arrepentir de esto.

—Tal vez —respondo, y estiro la mano para apartarle un mechón de cabello rubio miel de la cara, a pesar de su esfuerzo por apartarse—. Pero lo dudo.

La autopista se extiende ante nosotros, llevándonos hacia el norte, hacia la casa del lago, hacia el aislamiento, hacia lo que sea que venga después. Isabella está sentada, rígida, a mi lado, su perfume mezclándose con el olor a cuero del auto, creando una combinación embriagadora que me hace desear acercarla más.

Pero ya habrá tiempo para eso. Horas de tiempo, sin nada más que la naturaleza y el silencio a nuestro alrededor. Tiempo para descubrir qué hay bajo su superficie perfecta, tiempo para ver hasta dónde puedo presionarla antes de que se quiebre.

Tiempo de averiguar si es tan intocable como aparenta.

4

Isabella

La manija de la puerta gira con facilidad bajo mi palma, pero la puerta no cede. Cerradura electrónica, por supuesto. Del tipo que requiere un código o una tarjeta. La pruebo de nuevo, presionando el hombro contra la madera maciza, pero no cede en lo más mínimo.

Mi corazón martillea contra mis costillas, un staccato agudo que me obligo a controlar con la respiración. El sudor me perla la nuca a pesar del aire fresco. La realidad de mi situación me cae como un balde de agua fría. Atrapada. Realmente atrapada.

A continuación, me dirijo a las ventanas, mis pies descalzos se deslizan en silencio sobre el piso de madera. Los ventanales van del piso al techo y ofrecen una vista de un bosque profundo que se extiende sin fin en todas las direcciones. Ni edificios, ni caminos, ni escapatoria. Solo árboles, cielo y un silencio tan completo que se siente sofocante.

Las ventanas se abren tres pulgadas y se detienen. Algún tipo de mecanismo de seguridad que impide que pase algo más grande. Seguridad. Claro.

Catalogo todo mientras mis manos recorren sistemáticamente el marco de la ventana, en busca de cualquier punto débil. La habitación es hermosa de esa forma que solo el mucho dinero puede comprar. Muebles modernos en tonos crema y gris suave, todo de líneas limpias y telas costosas. Una pequeña sala de estar cerca de las ventanas. Otra puerta que probablemente conduce a un baño.

Mi ropa de ayer está arrugada, pero intacta. La blusa torcida, los pantalones ajados, pero todavía lo llevo todo puesto, excepto los tacones. Un pequeño consuelo.

Los recuerdos me asaltan mientras reviso la puerta del baño. Abierta, pero sin ventanas. La camioneta. La sonrisa con hoyuelos de Matteo Rosetti y esos dedos que no dejaban de mover aquella moneda de plata. La forma en que su voz se hizo más grave cuando dijo que yo era suya.

Se me revuelve el estómago, pero me obligo a seguir moviéndome. A seguir pensando. A seguir planeando.

Examino la rejilla de ventilación en el techo del baño. Demasiado pequeña y, de todas formas, probablemente vigilada. De vuelta en el dormitorio, compruebo los cables de las lámparas, buscando cualquier cosa que pueda ser útil. Los tiradores de los cajones de la mesita de noche son de latón macizo, lo suficientemente pesados como para hacer daño si fuera necesario.

Los años cerca de Chase me enseñaron a recopilar información, a buscar ventajas incluso cuando todo parece perdido. Especialmente

entonces.

Todavía estoy catalogando posibles armas cuando oigo pasos en el pasillo. Mesurados y seguros. No llama a la puerta. La cerradura se desactiva con un suave pitido y Matteo Rosetti entra en mi hermosa jaula, con una taza de café en la mano y la expresión de un hombre que es dueño de todo lo que ve.

Incluyéndome a mí.

—Buenos días —dice, como si esto fuera un hotel y yo una huésped bienvenida.

Enderezo la espalda y me aliso la blusa con unas manos que quieren temblar, pero no lo harán. No delante de él. —Quiero irme.

—Lo sé. —Cierra la puerta detrás de sí con un cuidado deliberado. La cerradura se activa de nuevo automáticamente—. ¿Café?

La taza que me tiende huele intenso y perfecto, exactamente como me gusta. El hecho de que sepa esto me pone la piel de gallina.

—No quiero nada de usted.

—Excepto su libertad. —Sus labios se curvan en algo que podría ser una sonrisa en el rostro de cualquier otra persona. En el suyo, parece peligroso—. Por desgracia, eso no es una opción.

Me cruzo de brazos sobre el pecho, necesitando la barrera entre nosotros. —¿Qué es lo que quiere?

—Ahora mismo, que se siente y se tome un café mientras hablamos como gente civilizada.

—La gente civilizada no secuestra a historiadoras de arte.

—Lo hacen cuando las historiadoras de arte tienen tíos que amenazan a sus familias. —Su voz no denota enfado, solo una

certeza objetiva que de algún modo lo empeora todo—. Yo resuelvo problemas.

—No soy un problema. Soy una persona.

—Usted es una ventaja. —Pero algo parpadea en su rostro al decirlo, desapareciendo demasiado rápido para que yo pueda interpretarlo—. Y ahora mismo, una ventaja es exactamente lo que mi familia necesita.

Camino hacia las ventanas, necesitando espacio entre nosotros. El bosque se extiende sin fin en todas direcciones, denso, verde y completamente silencioso. Sin vecinos, sin carretera, sin escapatoria. Solo árboles, cielo y el hombre a mi espalda cuya presencia parece llenar cada rincón de la habitación.

—¿Qué quiere de mí?

—Cooperación. —La palabra es sencilla, pero oigo capas de significado debajo de ella—. Esto no tiene por qué ser desagradable, Isabella. No voy a hacerle daño.

Me vuelvo para encararlo. —Ya lo ha hecho.

Por un instante, su máscara de confianza se resquebraja. Algo parecido al arrepentimiento cruza sus facciones antes de que se recupere, pero lo he captado. Bien. Quizá no sea tan intocable como pretende ser.

—Aquí está a salvo —dice en voz baja—. Más a salvo de lo que ha estado nunca, probablemente.

—Estaba a salvo en mi propia casa.

—¿Lo estaba? —Ladea la cabeza, estudiándome con esos agudos ojos verdes—. ¿Viviendo a la sombra de Chase Callahan, actuando

para sus socios, fingiendo ser algo que no es cada día? Eso no es seguridad, cariño. Eso es supervivencia.

Las palabras cortan más profundo de lo que deberían porque hay verdad en ellas. Pero he pasado años construyendo muros contra ese tipo de verdad, y no voy a dejar que Matteo Rosetti los derribe.

—Usted no sabe nada de mi vida.

—Sé más de lo que cree. —Se aparta del marco de la puerta y se acerca con esa gracia depredadora que me acelera el pulso. Cada paso acerca más su aroma, algo limpio y masculino que hace que mi cuerpo traidor quiera inclinarse hacia él en lugar de apartarse—. Sé que no se ha tomado unas vacaciones de verdad en tres años. Sé que cena sola seis noches a la semana.

Mis manos se cierran en puños a mis costados. Está recitando mi vida como si leyera la lista del supermercado, reduciendo todo lo que soy a datos de vigilancia.

—Sé que se va a dormir cada noche en ese loft impoluto y se despierta cada mañana poniéndose una máscara.

Las palabras atraviesan mi compostura cuidadosamente mantenida. Mi respiración se acelera, la familiar opresión se acumula en mi pecho, esa que aparece cuando alguien ve demasiado.

—Deténgase. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía, pero él no se detiene. Nunca se detiene.

—Sé que su tío la usa como adorno para sus negocios. —Su voz se vuelve más grave, más íntima, como si fuéramos amantes compartiendo secretos en lugar de captor y prisionera—. Sé que nunca ha tenido una relación que durara más de tres meses porque no puede permitir que nadie vea más allá de la actuación.

Se me cierra la garganta. Tres meses. El tiempo exacto que le toma a alguien empezar a preguntar por qué nunca hablo de mis verdaderos sentimientos, por qué me estremezco cuando sugieren conocer a mi familia, por qué siempre tengo otro lugar donde estar cuando las cosas se vuelven demasiado íntimas.

—Deténgase. —Pero la voz se me quiebra al pronunciar la palabra, delatando todo lo que intento ocultar.

—Sé que se siente sola, Isabella. —Ahora está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes, puedo sentir el calor que irradia de su piel—. Y sé que está cansada de fingir que no es así.

La verdad me golpea con toda su fuerza. Todos esos días perfectamente ordenados, todas esas interacciones cuidadosamente controladas, todas esas noches mirando el techo preguntándome si esto es todo lo que hay. Él lo ve. Ve a través de cada defensa que he pasado años construyendo.

La rabia llega, veloz y candente, nacida de una exposición para la que nunca di permiso. Mi mano se mueve sin pensarlo, agarra la taza de café y se la arroja a la cabeza con toda la furia que no puedo expresar de otra manera. La atrapa con facilidad, el líquido salpica su camisa y las gotas de café se esparcen por el piso de madera. Pero sus ojos nunca se apartan de los míos, y algo en ellos hace que se me corte la respiración. No es ira por ser atacado, sino fascinación. Como si acabara de descubrir algo precioso.

El silencio se extiende entre nosotros, denso por una tensión que puedo saborear en la lengua. Mi pecho sube y baja con respiraciones agitadas que no puedo controlar. Me tiemblan las manos de rabia y

de algo más, algo que se siente peligrosamente cercano al alivio de por fin dejar caer la máscara.

—¿Se siente mejor? —pregunta, con la voz un poco rasposa.

—No. —La palabra apenas sale como un susurro.

—¿Quiere intentarlo de nuevo?

La pregunta me toma por sorpresa. No hay ira en su voz, ni amenaza. Solo curiosidad genuina, como si de verdad le interesara mi respuesta. Como si quisiera que siguiera luchando contra él.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé. —Saca un paño del bolsillo y se limpia el café de los antebrazos—. Pero esa no es una opción en este momento.

—Porque usted no me deja.

—Porque dejarla ir significa la muerte de mi hermana. —El encanto casual se desvanece de su voz, revelando algo más duro por debajo —. Y esa tampoco es una opción.

Hermana. Carmela Rosetti. Conozco ese nombre del mundo del arte, aunque nunca nos hemos conocido directamente. Ha causado revuelo en las galerías contemporáneas, tiene reputación de ser brillante e intocable. Si Chase la amenazó…

—¿Esto es por ella?

—Esto es por la familia. —Arroja el paño a un lado y me mira directamente—. Algo cuyo valor su tío aparentemente no comprende.

—Chase me ama.

—Chase la usa. —No hay vehemencia en su afirmación, solo una fría certeza—. Igual que usa a todo el mundo. La diferencia es que yo no voy a fingir que no es así.

Quiero discutir, defender al hombre que me crio después de que mis padres murieron. Pero las palabras se me atascan en la garganta porque en el fondo, en lugares que no me permito examinar demasiado, sé que Matteo tiene razón.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto en su lugar.

—Ahora voy a explicarle cómo funciona esto. —Se apoya en la cómoda, la imagen misma del control casual, pero noto cómo sus dedos encuentran de nuevo esa moneda de plata. El tic nervioso que ya estoy aprendiendo a leer—. Piense en ellas como pautas para hacernos esto más fácil a ambos.

Pautas. Como si hubiera algo fácil en ser secuestrada.

—Primera regla. —La moneda gira una, dos veces—. Nada de intentos de escape. Las puertas están cerradas con llave, las ventanas no se abren lo suficiente y hay medidas de seguridad que no puede ver. Lo único que logrará es que esto sea más restrictivo de lo necesario.

Me cruzo de brazos, una barrera contra sus palabras y la forma en que me mira. Como si estuviera memorizando cada detalle de mi cara, catalogando mis reacciones para usarlas en el futuro.

La idea me provoca un escalofrío inoportuno por la espalda.

—Segundo, las comidas se compartirán. No dirijo un hotel y no soy su sirviente. —Su voz adquiere un filo que me recuerda al acero envuelto en terciopelo—. Comemos juntos, limpiamos juntos, mantenemos una apariencia de comportamiento civilizado.

Civilizado. La palabra tiene un sabor amargo. Nada en esta situación es civilizado, pero entiendo lo que realmente está diciendo. Quiere la apariencia de normalidad, la actuación de participación

voluntaria. Otro espectáculo que montar, solo que con un público diferente.

—¿Cuán civilizado puede ser cuando estoy aquí en contra de mi voluntad?

—Más civilizado de lo que podría esperar. —Sus ojos se clavan en los míos, y veo algo parpadear en ellos. Calor. Interés. El tipo de mirada que hace que la piel se me sienta demasiado tirante—. Tercero, no entre en mi despacho. Es la única habitación de esta casa que está prohibida para usted.

Guardo esa información. Una habitación que no quiere que vea. Un espacio que podría contener respuestas, o armas, o una salida.

—¿Y si no sigo sus reglas? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

—Entonces sus privilegios se reducirán en consecuencia. —La moneda atrapa la luz de la mañana al girar, proyectando arcoíris fracturados en la pared—. Ahora mismo, tiene libertad para moverse por casi toda la casa, acceso a libros y música, un entorno cómodo. Presióneme, y se encontrará confinada en esta habitación solo con lo básico.

La amenaza es lanzada en el mismo tono que podría usar para discutir los planes de la cena, pero no dudo que dice cada palabra en serio. Hay acero bajo todo ese encanto, el tipo de pragmatismo despiadado que construyó el imperio de su familia.

—¿De verdad cree que puede mantenerme aquí indefinidamente?

—Creo que puedo retenerla aquí el tiempo que sea necesario. —Se endereza, y esa pose casual se transforma en algo más depredador —. Que eso sea cómodo o no, depende en gran medida de usted.

Camina hacia la puerta, pero se detiene en el umbral. Cuando se vuelve, algo en su expresión hace que se me seque la boca. No es el encanto pulido que me mostró anoche, sino algo más crudo. Más famélico.

—Hay ropa en el clóset. No es de su talla, pero tendrá que servir. El baño está por esa puerta, totalmente equipado con todo lo que pueda necesitar. Estaré abajo cuando esté lista para el desayuno.

El corazón me martillea en las costillas. —¿Y si nunca estoy lista?

Permanece en silencio un largo momento, su mirada viajando desde mi rostro, recorriendo mi cuerpo y volviendo a subir. La evaluación es franca, posesiva, y provoca que un calor se acumule en la parte baja de mi vientre a pesar de todo lo que mi mente racional grita.

—Entonces le dará mucha hambre, Isabella. —Su voz baja a algo que es casi un gruñido—. Y la paciencia es una virtud que todavía estoy aprendiendo.

La puerta se cierra tras él con un suave clic, dejándome sola con el rápido martilleo de mi corazón y el aroma persistente de su colonia mezclado con el café derramado. Me dejo caer en el borde de la cama, y mi compostura cuidadosamente mantenida finalmente se quiebra bajo el peso de todo lo que ha sucedido.

Estoy atrapada. Completa y absolutamente atrapada con un hombre que ve a través de cada defensa que he pasado años construyendo. Un hombre que sabe exactamente cuán solitaria y vacía se ha vuelto mi vida perfecta, que puede recitar mi aislamiento como si leyera un guion.

Un hombre cuya voz se vuelve de terciopelo cuando me amenaza, cuyos ojos se encienden cuando mira mi cuerpo, cuya presencia llena cada rincón de esta hermosa prisión hasta que apenas puedo respirar.

Hundo el rostro entre mis manos, intentando encontrar un ancla en el caos. La Isabella Callahan que se despertó ayer por la mañana en su loft impecable parece una extraña ahora. Esa mujer vivía en un mundo donde controlaba cada variable, donde su mayor preocupación era qué ponerse para encantar a los socios de Chase.

Esta mujer está sentada en el dormitorio de un extraño, con la ropa arrugada de ayer y el pulso todavía acelerado por la forma en que Matteo la miró. Como si quisiera devorarla. Como si estuviera imaginando exactamente a qué sabría.

El pensamiento me recorre con un escalofrío que no tiene nada que ver con el miedo.

Y esa podría ser la revelación más aterradora de todas. No que esté atrapada aquí con él, sino que una parte oscura de mí siente curiosidad por saber qué pasaría si dejara de luchar. Si le permitiera ver más allá de la actuación, como claramente desea.

Si finalmente dejara que alguien se acercara lo suficiente como para descubrir qué hay debajo de todo el control cuidadosamente mantenido.

El aroma del café y su colonia persiste en el aire como una promesa. O una amenaza.

Ya no estoy segura de que haya diferencia.

5

Matteo

El silencio de la noche del domingo se instala a mi alrededor. Pasaron dos días completos desde que traje a Isabella aquí, y la casa de seguridad se siente diferente ahora. Más pesada. Cargada de una tensión que no tiene nada que ver con la seguridad y sí todo con la mujer que está en el piso de arriba.

La noche se ha apoderado por completo del bosque, dejando solo el suave resplandor de los monitores de seguridad para repeler la oscuridad. Estoy sentado en mi despacho, la silla de cuero cruje mientras me reclino, inspeccionando las pantallas que muestran cada rincón de mis dominios.

Cada rincón, incluido el suyo.

El monitor del centro muestra la habitación de Isabella, donde está sentada al borde de la enorme cama que elegí específicamente para ella. Lleva una hora ahí, solo sentada, con la mirada perdida en el bosque como si tramara su escape. Mis pantalones deportivos grises y holgados cuelgan sueltos en su esbelta figura, con la cintura

enrollada varias veces. La sudadera con capucha a juego se la traga por completo, con las mangas arremangadas hasta los codos.

Mi ropa. Lo único de lo que dispone en este lugar.

Lanzo la moneda al aire y la atrapo entre mis dedos; el metal está tibio por el contacto con mi piel. Tres días. Tres días viéndola moverse por esta casa como un pájaro enjaulado, todo gracia contenida y furia oculta. Tres días de café por la mañana, conversaciones cuidadosamente educadas y de fingir que esto es solo un negocio.

Dejó de ser solo un negocio en el momento en que vi su fotografía.

La puerta del baño se abre en la pantalla e Isabella desaparece de la vista. Oigo el suave sonido del agua corriendo a través de los altavoces, las tuberías zumbando por las paredes. Su segunda ducha de hoy.

Debería apagar el monitor. Darle privacidad. Mi mano se cierne sobre el interruptor.

Esto es una locura. Soy Matteo Rosetti. Supermodelos me han suplicado pasar la noche en mi cama. He rechazado a hijas de multimillonarios que me ofrecieron todo lo que tenían. Yo elijo a quién quiero, cuándo la quiero y cómo la quiero. No me quedo sentado en cuartos oscuros viendo cámaras ocultas como un tonto desesperado.

Y, sin embargo, aquí estoy.

La moneda se queda quieta entre mis dedos.

En lugar de pulsar el interruptor de apagado, busco otro control. La imagen de la cámara oculta cobra vida, mostrando el baño desde un ángulo que ella nunca sospechará. El vapor se eleva de la

mampara de cristal de la ducha y ahí está Isabella, de espaldas a la cámara mientras busca una toalla.

Mierda. Mírala.

No tiene idea de que puedo verla. Ni idea de que estoy observando cada movimiento, catalogando cada detalle. Ni idea de que el hombre más poderoso de Nueva York está reducido a esto, sentado solo en la oscuridad, ya duro solo con la promesa de verla desnuda.

¿Qué me ha hecho?

El calor se dispara directo a mi verga y estoy presionando la palma de mi mano contra el bulto creciente en mis pantalones antes de que el pensamiento racional haga acto de presencia.

Se quita la sudadera por la cabeza y luego se baja los pantalones deportivos, y se me olvida cómo respirar. Su piel parece de un pálido de porcelana bajo la suave iluminación, curvas y valles que hacen que me duelan las manos por tocarla. Hay una sola vela encendida en el tocador, algo que pidió ayer. Se la di para poder observarla a la luz de las velas.

Decir que es retorcido no le hace justicia.

Pero también estoy más duro de lo que he estado en años. Esto es diferente a las seducciones calculadas, a los movimientos ensayados, a las mujeres que abren las piernas por mi nombre o mi dinero o la emoción del peligro. Esto es crudo. Primitivo. Real.

Nunca antes había tenido que esforzarme por conseguirlo. Nunca tuve que desear algo que no pudiera simplemente tomar. Lindsay Lonnigan prácticamente se me echó encima la semana pasada y no sentí más que una leve satisfacción cuando la hice correrse. Las gemelas Petrova me ofrecieron un trío en la fiesta de cumpleaños de

Leo y las rechacé porque ya estaba aburrido antes de que terminaran de hablar.

¿Pero Isabella? Isabella me hace sentir como un adolescente de nuevo, desesperado, hambriento y completamente fuera de control.

Se mete bajo el chorro de agua, y el agua cae en cascada sobre sus hombros, bajando por su columna. Inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y emite un suave sonido que los micrófonos apenas captan. Incluso a través de los altavoces, ese sonido va directo a mi verga.Ese ruido. Esa pequeña e inconsciente expresión de placer va a atormentarme.

Esto ya no se trata de poder.

Me bajo la cremallera del pantalón con dedos temblorosos y saco mi verga. Ya está resbaladiza por el líquido preseminal, la cabeza oscura e hinchada. ¿Cuándo fue la última vez que estuve así de duro? ¿Cuándo fue la última vez que necesité liberarme con tanta urgencia?

Nunca. La respuesta es nunca.

Mi respiración cambia, se vuelve más pesada mientras observo sus manos moverse sobre su cuello, resbaladizas por el jabón y el agua. Sus dedos trazan su clavícula, luego bajan, rodeando la parte superior de sus pechos, y tengo que reprimir un gemido. Se está tocando con tanta inocencia, tan inconscientemente, que me está volviendo jodidamente loco.

Envuelvo mi verga con la mano y la acaricio lentamente, saboreando la sensación. Normalmente soy rápido, eficiente. Acabar y seguir adelante. ¿Pero esto? Esto quiero que dure.

Ella no se da cuenta de nada. Es completamente mía para observarla. El pensamiento debería hacerme sentir culpable, debería obligarme a apagar la cámara y marcharme.

En cambio, me hace masturbarme más fuerte.

He tenido mujeres que adoraban mi cuerpo, que suplicaban mi contacto, que hacían cualquier cosa que les pidiera. Pero ninguna de ellas me hizo sentir así. Como si estuviera famélico. Como si me arrastrara de rodillas solo por probar su piel.

Sus movimientos son inconscientes, sensuales, autocontenidos. No está actuando para nadie, lo que lo empeora. Lo hace real. Aquí no hay artificio, ni control cuidadoso. Solo Isabella siendo Isabella, y es más embriagador que cualquier seducción que haya orquestado jamás.

Mi pulgar se desliza sobre la cabeza de mi verga, esparciendo la humedad, e imagino que es su lengua. ¿Sería tímida la primera vez? ¿Me miraría con esos ojos verdes mientras me recibía en su boca?

La fantasía hace que mis caderas se sacudan contra mi puño.

En la pantalla, ella echa la cabeza hacia atrás, el agua cayendo sobre su rostro, y comienza a tararear. Una melodía que no reconozco, suave e inquietante. El sonido flota a través de los altavoces, y yo me masturbo más rápido, con la otra mano aferrada al brazo de mi silla.

Si la tocara ahora, me quemaría vivo. Y yo suplicaría por el fuego.

¿Qué me está haciendo? Yo soy el que toma lo que quiere. Yo soy el que hace que las mujeres pierdan el control. No me siento en habitaciones oscuras a mirar pantallas como un tonto enamorado.

Pero aquí estoy, meneando mi verga al ver a una mujer que ni siquiera sabe que existo en sus momentos privados. Una mujer que secuestré. Una mujer que me odia.

La ironía no se me escapa. Matteo Rosetti, que nunca ha tenido que esforzarse por nada en su vida, reducido a esto. A observar. A desear lo que no puede simplemente extender la mano y tomar.

Se gira ligeramente, su perfil ahora visible, y el jabón se desliza por su cuerpo. Su piel brilla a la luz de las velas, dorada y húmeda. Cuando se pasa las manos por el cabello, arqueando la espalda, me masturbo más fuerte, más rápido.

Mírala. Solo mírala.

No sabe que estoy aquí. Pero ahora es mía. Mía para protegerla. Mía para observarla. Mía para desearla. Mía para desarmarla hasta que grite mi nombre.

La admisión hace que mi mano se mueva con más brusquedad. Me decía a mí mismo que esto se trataba de Chase, de tener una ventaja, de los negocios familiares. Pero al verla ahora, al verla así, masturbándome ante la visión de su cuerpo desnudo, sé la verdad.

La deseo. No como un peón ni un arma ni un medio para un fin. Deseo a Isabella Callahan con un hambre que va a consumirme.

¿Y la parte más retorcida? Me gusta ser consumido. Me gusta que me haya convertido en esto. Que me haya vuelto desesperado de una manera que ninguna mujer jamás lo ha hecho.

Tararea de nuevo, la melodía flota a través de los altavoces, y mis caderas embisten contra mi puño. Imagino que es su boca la que hace esos sonidos alrededor de mi verga, sus manos sobre mí en lugar de jabón y agua. Imagino empujarla contra esa pared de

cristal de la ducha y poseerla hasta que no pueda recordar ni su propio nombre.

¿Me combatiría? ¿Se derretiría? ¿Enrollaría esas largas piernas alrededor de mi cintura y suplicaría por más?

Mi respiración se vuelve entrecortada mientras veo sus manos esparcir jabón sobre su estómago, más abajo, y casi pierdo el control ahí mismo. En cambio, me obligo a ir más despacio, a igualar el ritmo de sus movimientos. A fingir que son mis manos las que están sobre su piel.

Esto es una tortura. Una tortura hermosa y exquisita.

Cuando vuelve a tomar el jabón líquido, inclinándose ligeramente y dándome una vista que me nubla la visión, pierdo lo que queda de mi control. Mi mano se mueve más rápido, más bruscamente, y me muerdo los nudillos para no gemir su nombre en voz alta.

Ella lo es todo. Cada curva, cada movimiento, cada gesto inconsciente del que no tiene idea que me está volviendo loco. Y no tiene idea de que está destruyendo al hombre más controlado de Nueva York, una gota de agua a la vez.

Nunca he deseado nada como la deseo a ella. Nunca he necesitado poseer algo tan completamente. Las mujeres antes de ella fueron entretenimiento, desahogo, conquistas. Isabella es algo completamente diferente.

Va a ser mi perdición. Esta mujer intocable que no sabe que me está haciendo perder la cabeza.

Mi verga late en mi mano, cerca del límite, y me obligo a bajar el ritmo de nuevo. Todavía no. No así. Cuando finalmente me corra,

será dentro de ella. Bien adentro de ella mientras esté envuelta a mi alrededor, tomando todo lo que tengo para dar.

El pensamiento casi rompe mi determinación.

Entonces me detengo antes de poder terminar, golpeando en cambio los controles con mi mano libre, cortando la transmisión.

Los monitores se apagan, dejándome solo en la repentina oscuridad con mi verga todavía dura en mi mano y el sabor de su nombre en mi lengua. Estoy temblando, temblando de verdad, por la necesidad de terminar lo que ella empezó sin siquiera saberlo.

Pero no lo hago. Me guardo de nuevo en los pantalones, cada movimiento una tortura, y me recuesto en mi silla. Mi respiración es agitada, mi cuerpo está tenso como un alambre, y hay una satisfacción enfermiza en negarme lo que más quiero.

Porque cuando finalmente me corra, será dentro de ella. No ante su imagen en una pantalla, no ante fantasías y vistazos robados. Dentro del cuerpo de Isabella Callahan mientras grita mi nombre.

El pensamiento hace que mi verga palpite dolorosamente contra mi cremallera.

Lanzo la moneda una, dos veces, el ritmo familiar me ayuda a recuperar algo de control. En algún lugar de arriba, Isabella está terminando su ducha, completamente inconsciente de que acaba de poner mi mundo cuidadosamente ordenado patas arriba. Inconsciente de que estoy aquí sentado, duro, adolorido y medio loco de deseo por ella.

La moneda se detiene en mi palma y, por primera vez en años, no sé cuál debería ser mi próximo movimiento. Todo lo que sé es que el

cuidadoso control sobre el que he construido mi vida se está resquebrajando, y es ella quien sostiene el martillo.

Ahora está grabada en mí. En mis pensamientos, mis sueños, mi sangre. Cada gota de agua en su piel, cada suave sonido que hizo, cada curva y valle de su cuerpo. Todo es mío ahora. Marcado a fuego en mi memoria, donde puedo invocarlo cuando quiera.

Y querré hacerlo. Demonios, me la voy a jalar pensando en esto durante semanas.

Hace tres días, secuestré a Isabella Callahan por mi familia.

Esta noche, quemaría el mundo entero para quedarme con ella. Y mañana, voy a empezar a planear exactamente cómo hacerla mía en todos los sentidos que importan.

6

Isabella

El vestido de seda gris se me ajusta como una segunda piel. Demasiado apretado en las caderas, la tela se tensa cuando respiro profundo, pero es lo único en el clóset que no hace que me pierda entre la ropa holgada de Matteo. Carmela Rosetti debe de ser más menuda que yo, más delicada. Paso las manos sobre la tela e intento fingir que se siente como una armadura en lugar de un disfraz que me obligan a usar.

Cuatro días. Cuatro días de esta cortesía sofocante, de café y conversaciones cuidadosas, y de fingir que esto es algo distinto a lo que realmente es. Cuatro días viéndolo lanzar esa moneda de plata y sabiendo que piensa en cosas que no quiero comprender.

Pero esta noche se siente diferente. Esta noche me va a llevar a alguna parte.

—¿Lista? —Matteo aparece en el umbral de la puerta, y tengo que esforzarme para mantener mi expresión neutral. Lleva un traje negro sin corbata, con la camisa abierta en el cuello de una manera que

parece descuidada, pero que probablemente no lo es. Su cabello castaño rojizo está perfectamente desordenado, y la ya conocida moneda no se ve por ninguna parte.

—¿Tengo opción?

—No realmente —dice él con esa sonrisa encantadora que no le llega a los ojos—. Pero te gustará a dónde vamos. Rhinebeck tiene la mejor comida italiana fuera de Little Italy.

Lo sigo escaleras abajo hasta la camioneta, la misma que me arrancó de mi vida. Los mismos asientos de cuero, la misma música suave, la misma sensación de estar atrapada. Pero esta vez no intento escapar. Estoy observando. Aprendiendo. Trazando un mapa de las carreteras que tomamos y memorizando las curvas.

El restaurante está escondido en una calle tranquila, con una elegancia discreta que denota dinero y discreción. Adentro, el jazz suave se mezcla con el tintineo del cristal y las conversaciones en voz baja en italiano. El aroma a ajo y vino flota pesado en el aire, mezclándose con colonias caras y la sutil tensión que sigue a Matteo a dondequiera que va. La mano de Matteo encuentra la parte baja de mi espalda mientras entramos, un toque posesivo que me quema la piel, aunque me diga a mí misma que lo odio.

—Señor Rosetti —lo saluda el anfitrión como si fuera de la familia, con calidez y deferencia—. ¿Su mesa de siempre?

—Perfecto.

Nos sientan en un reservado de esquina que ofrece una vista clara de todo el restaurante, pero nos protege de la observación casual. Estratégico. Todo en este hombre es estratégico, desde la forma en que pide un vino que yo nunca le pedí hasta la manera en que sus

ojos escanean constantemente la sala, incluso mientras habla conmigo. Catalogo cada detalle de forma automática, del mismo modo que me han entrenado para evaluar cualquier entorno nuevo. Dos salidas, una a través de la cocina. Cámaras de seguridad en tres esquinas. Mesas posicionadas para amortiguar las conversaciones.

—Conoces a todo el mundo aquí —observo, viéndolo asentir hacia una mesa de hombres con trajes caros.

—Socios de negocios. Rhinebeck es territorio neutral —sus dedos tamborilean sobre el mantel blanco—. Seguro para ciertas conversaciones.

La forma en que lo dice hace que se me encoja el estómago. Esto no es una cita. Es él presumiéndome. Exhibiendo su premio.

—¿Así que soy parte del espectáculo?

—Ahora eres parte de todo —se reclina en su silla, completamente a gusto mientras yo me siento expuesta bajo la luz ambiental—. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será todo esto.

Bebo un sorbo del champán que pidió, las burbujas afiladas contra mi lengua. A nuestro alrededor, la conversación fluye en varios idiomas, se cierran tratos entre pasta y vino. Los meseros se deslizan entre las mesas llevando bandejas de plata, sus movimientos coreografiados hasta casi el silencio. Es civilizado. Cortés. Mortal.

La atmósfera cambia antes de que lo vea acercarse. Las conversaciones no se detienen, exactamente, pero bajan de volumen. Las miradas se dirigen a nuestra mesa y luego se apartan rápidamente.

—¿Isabella?

Levanto la vista y encuentro a un joven de pie junto a nuestra mesa. Pelo oscuro, traje caro, el tipo de sonrisa confiada que significa problemas. Es guapo de una manera obvia, pura fachada y nada de sustancia, pero hay algo depredador en cómo su mirada se detiene en el escote de mi vestido.

—No creo que nos hayan presentado —sus ojos me recorren con aprecio—. Nico Torrino. Y tú debes de ser el nuevo adorno de Matteo. No creo haber visto una obra de arte tan fina desde el Met.

Un calor me recorre, pero no el que espero. No es vergüenza ni ira. Algo más oscuro. Algo que reconoce el brillo depredador en sus ojos y quiere afilar mis garras en respuesta.

—Cuidado —digo, dejando que el hielo se filtre en mi voz—. Muerdo.

Él se ríe como si hubiera dicho algo encantador en lugar de peligroso. —Ya me cae bien, Matteo. ¿Dónde encontraste a esta?

Miro a Matteo y me quedo helada. La máscara encantadora ha desaparecido por completo, reemplazada por algo frío y letal. Tiene las manos planas sobre la mesa, los nudillos blancos, y sus ojos están fijos en Nico con una concentración depredadora.

—Lárgate, Nico —la voz de Matteo es baja. Demasiado baja.

—Vamos, no seas egoísta. Solo un baile, tal vez una conversación.

Las palabras todavía están suspendidas en el aire cuando Nico se acerca y sus dedos rozan mi hombro mientras aparta un mechón de mi cabello. El toque es casual, insignificante.

Matteo se mueve como la violencia hecha carne.

El sonido de la cara de Nico al golpear la mesa es húmedo y seco, como un hueso rompiéndose. El impacto hace que los vasos de agua

salten y los cubiertos caigan al suelo con estrépito. La sangre salpica el mantel blanco en perfectos puntos carmesí, sobre los platos de pan, sobre mi copa de champán. La mano de Matteo está aferrada al pelo de Nico, manteniendo su rostro presionado contra la madera. Más sangre gotea constantemente sobre el suelo, cada gota resonando con fuerza en el repentino y absoluto silencio.

Todas las conversaciones en el restaurante se apagan al instante. Los tenedores se detienen a medio camino de las bocas. Las copas de vino flotan en el aire. Pero nadie nos mira directamente. Nadie se mueve para ayudar o interferir.

—Si vuelve a mirarte —dice Matteo, con una voz como el acero en invierno—, le sacaré los ojos.

Matteo suelta el cabello de Nico y retrocede, alisándose la chaqueta con una calma deliberada. Hay sangre en su puño, oscura contra la tela blanca. Nico se tambalea hacia atrás, con una mano presionándose la nariz y con la otra buscando su billetera.

—Mis disculpas —masculla Nico a través de la sangre que le corre por la barbilla—. No me di cuenta de que tenía dueño.

Con dueño. Como si fuera una propiedad. Como si fuera algo que se puede poseer, marcar y por lo que se puede pelear.

Observo el rostro de Matteo, buscando alguna señal de remordimiento, conmoción o algo humano. En cambio, veo una fría satisfacción, la mirada de un hombre que ha enviado exactamente el mensaje que pretendía. Esa expresión le provoca algo peligroso a mi pulso, hace que el calor se acumule en lugares que no quiero reconocer.

—Ven —dice Matteo, y su mano encuentra mi muñeca. No con brusquedad, sino con firmeza. Una guía que se siente como una correa—. Nos vamos.

Dejo que me guíe afuera, al aire fresco de la noche, con las piernas temblándome. El vestido de seda gris ahora me parece demasiado ajustado, me dificulta respirar. O quizás es solo la imagen grabada a fuego en mis retinas de la sangre extendiéndose sobre el lino blanco, el sonido húmedo del impacto, la forma en que cada persona en ese restaurante desvió la mirada como bailarines en una coreografía.

En la camioneta, el silencio se extiende entre nosotros como una respiración contenida. Matteo está sentado perfectamente quieto a mi lado, con la respiración ligeramente agitada y la mandíbula aún apretada. Hay sangre bajo sus uñas. Sangre en su camisa. El olor a violencia se aferra a él, metálico y penetrante.

—Pudiste haberlo matado —digo finalmente, con la voz apenas audible.

Me mira, y sus ojos son lava derretida. Oscuros, hambrientos y sin el menor arrepentimiento.

—Todavía podría. —Se inclina más, lo suficiente como para que pueda ver las motas doradas en sus ojos marrones. Lo suficiente como para sentir el calor que irradia su piel—. Eres mía, *bella*. Y yo no comparto.

Las palabras me golpean como una descarga eléctrica. Crudas, posesivas y completamente incorrectas. Observo cómo su mirada baja a mi boca y luego más abajo, asimilando la forma en que el

vestido se ciñe a mi cuerpo. La forma en que mi pecho sube y baja con cada respiración acelerada.

Mi cuerpo me traiciona por completo. El calor inunda mis venas, mi pulso martillea contra mi garganta, y algo en lo profundo de mí responde a su reclamo con una satisfacción feroz y primitiva. Pero no puedo dejar que lo vea. No puedo dejarle saber cuán completamente me está deshaciendo.

—Eso es barbárico —susurro, las palabras apenas audibles.

Su mano encuentra mi muslo, sus dedos se extienden sobre la seda. El contacto quema a través de la tela, reclamando, exigiendo y siendo absolutamente devastador.

—¿Lo es? —El fantasma de una sonrisa roza sus labios, pero hay algo más oscuro debajo. Algo que sugiere que sabe exactamente lo que su violencia me provoca, incluso si yo no lo admito—. Porque tu cuerpo me está contando una historia diferente.

No puedo responder. No puedo respirar. No puedo pensar más allá del calor de su mano en mi pierna y la forma en que me mira como si quisiera devorarme entera. La violencia que acabo de presenciar se repite tras mis ojos, brutal, rápida y completamente orquestada. Destruyó a un hombre por tocarme. Por mirarme. Por pensar que tenía derecho a reclamar lo que Matteo considera suyo.

La parte racional de mi mente grita advertencias, habla del síndrome de Estocolmo y los vínculos traumáticos y la peligrosa psicología del cautiverio. Pero esa voz es cada día más silenciosa, ahogada por algo más oscuro. Algo que susurra sobre la posesión y la protección y la embriagadora euforia de ser deseada tan completamente que un hombre derramará sangre para retenerte.

Pero no puedo darle eso. No puedo dejar que vea cuán a fondo está desmantelando todo lo que creía saber sobre mí misma.

—No entiendo lo que me está pasando —exhalo, lo más cercano a la verdad que puedo manejar.

—Estás aprendiendo —dice, su pulgar acariciándome el muslo—. Aprendiendo que la perfección es solo otro tipo de prisión.

El auto entra en el camino de entrada de la casa de seguridad, la grava crujiendo bajo las llantas. De vuelta a mi hermosa prisión. El pensamiento deja un sabor amargo en mi garganta.

Matteo no se mueve para salir. En cambio, se gira completamente hacia mí, su mano deslizándose más arriba en mi muslo. El aire entre nosotros se siente cargado, crepitando con una tensión que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con el deseo.

—Dime que no lo sentiste —dice, con voz ronca—. Dime que no te gustó verme destruirlo por ti.

La mentira sale fácil, por reflejo. De la misma manera que he estado mintiéndome a mí misma durante cuatro días.

—Lo odié. —Las palabras saben a cenizas—. Odié cada segundo.

Algo parpadea en su rostro. ¿Decepción? O quizás sabe que estoy mintiendo y le parece divertido. Su pulgar traza un círculo en mi muslo, y tengo que morderme el labio para no reaccionar.

—¿De verdad? —Su voz es suave, peligrosa—. Porque tu pulso dice algo diferente.

Quiero apartarme, quiero escapar de la intensidad de su mirada y del calor de su contacto. Pero estoy atrapada entre él y la puerta del auto, atrapada en este espacio donde las mentiras se sienten tan delgadas como el papel.

—No sabes nada de mí —digo, pero mi voz tiembla.

—Sé más de lo que crees. —Su mano no se mueve, pero de alguna manera el contacto se siente más posesivo. Más autoritario—. Sé que has pasado toda tu vida siendo exactamente lo que todos esperaban. Y sé que eso te está matando lentamente.

Sus palabras hieren demasiado cerca de algo que no quiero examinar. Algo que se ha ido agrietando más cada día que paso en este lugar, cada mañana que me despierto y encuentro café esperándome, cada vez que me mira como si yo fuera algo por lo que valiera la pena destruir a un hombre. Pero no puedo dejar que vea que tiene razón.

—Estás equivocado.

—¿Lo estoy? —Se reclina un poco, pero su mano permanece en mi muslo—. Entonces, ¿por qué estás temblando?

Estoy temblando. Mis manos, mi voz, algo en lo profundo de mi pecho que no puedo reprimir. Pero no le daré la satisfacción de saber por qué. No admitiré que cada palabra que dice parece leída de un guion de mis miedos más profundos.

—Quiero entrar.

Por un momento, no se mueve. Solo estudia mi rostro como si intentara leer la verdad escrita en él. Luego, suelta mi muslo y abre su puerta, rodeando el auto para ayudarme a salir como el perfecto caballero que finge ser.

Pero ya he visto lo que yace bajo esa pulida fachada. He visto la violencia, rápida, brutal y completamente calculada. Y la parte más aterradora no es de lo que es capaz.

Es lo mucho que una parte sepultada de mí desea volver a verlo.

Ese pensamiento me sigue hasta la casa, inoportuno e indeseado. Subo las escaleras hacia mi habitación, hiperconsciente de su presencia detrás de mí, de la forma en que sus ojos siguen mis movimientos. En mi puerta, me detengo sin mirar atrás.

—Buenas noches, Matteo.

—Buenas noches, Isabella. —Su voz es áspera, con un matiz que no quiero identificar—. Dulces sueños.

Cierro la puerta entre nosotros y me apoyo en ella, con el corazón martilleándome. A través de la madera, escucho sus pasos retirarse por el pasillo. Solo entonces me permito respirar.

En el espejo al otro lado de la habitación, mi reflejo me devuelve la mirada. Mejillas sonrojadas, ojos brillantes, labios ligeramente entreabiertos como si estuviera esperando algo. Parezco una mujer que ha sido completamente reclamada.

Parezco una mujer que disfrutó cada segundo.

La mentira que le dije resuena en mi cabeza. Lo odié. Pero mi cuerpo cuenta una historia diferente. La forma en que mi pulso se aceleró cuando destruyó a Nico. La forma en que el calor se acumuló en mi bajo vientre cuando me llamó suya. La forma en que todavía tiemblo por su tacto.

Esto es solo un vínculo traumático, me digo a mí misma. Una respuesta psicológica al cautiverio. No significa nada real. No significa que realmente quiera esto.

Me dejo caer en el borde de la cama y hundo el rostro entre mis manos. Cuatro días. Cuatro días, y ya está desmoronando todo lo que creía saber sobre mí misma. Todo lo que creía querer.

Lo odié. Odié cada segundo.

Si sigo repitiéndomelo, quizá mi cuerpo termine por creérselo también.

7

Matteo

Llevo caminando por los pasillos desde las dos de la mañana, mis pies descalzos sigilosos sobre los pisos de madera. Tres horas de dar vueltas como un animal enjaulado, reviviendo el sonido de la cara de Nico al golpear el mármol. El crujido húmedo del cartílago. La salpicadura perfecta de carmesí sobre el lino blanco.

La satisfacción todavía arde con calidez en mi pecho, pero ahora está enredada con algo más. Algo que se parece demasiado a la inquietud. Demasiado al deseo.

La casa de seguridad está construida tanto para el control del sonido como para la seguridad. Muros gruesos, vidrios reforzados, suficiente espacio entre las habitaciones para que los secretos permanezcan enterrados. Esta noche agradezco el aislamiento, porque lo que estoy pensando en hacer me costaría la vida si mi familia se enterara.

Isabella está a tres puertas de distancia. Lo sé porque he estado escuchando su respiración a través de los monitores, observando el

subir y bajar de su pecho bajo la tenue luz azul de la cámara de seguridad. Su sueño ha sido intranquilo desde que regresamos del restaurante. Interrumpido. Atormentado.

La primera pesadilla la golpeó alrededor de la medianoche. Suaves gemidos que se convirtieron en jadeos desesperados, las sábanas enredándose en sus piernas mientras luchaba contra algo que yo no podía ver. La observé retorcerse a través de la pantalla de la cámara, con las manos apretadas en puños mientras cada instinto que he pasado años enterrando me gritaba que fuera con ella.

No lo hice. Los hombres inteligentes no se involucran en los sueños de otras personas.

La segunda pesadilla llegó una hora después. Peor esta vez. Todo su cuerpo se puso rígido, su espalda se arqueó sobre el colchón y gritó un nombre que no pude distinguir. El sonido me golpeó como un puñetazo, hizo que algo se me revolviera en las entrañas que no tenía nada que ver con el hambre y todo que ver con la necesidad de arreglar lo que fuera que la estuviera lastimando.

Apagué el monitor esa vez. Me dije que tenía mejores cosas que hacer que ver dormir a una mujer.

Pero no podía dejar de escuchar su voz a través de las paredes.

Ese instinto es el problema. Se parece demasiado a que me importe, y que te importe alguien siempre ha sido la forma más rápida de que te maten en mi mundo.

Aprendí esa lección de joven. A los ocho años, viendo al socio de mi padre desangrarse en el piso de nuestra cocina porque papá lo atrapó robando dinero. El hombre suplicó piedad, habló de las facturas médicas de su hija, de los tratamientos de cáncer de su

esposa. Todas las cosas blandas y humanas que lo hacían vulnerable.

De todos modos, Sal le puso la pistola en la cabeza.

—La emoción es una ventaja para el enemigo, muchacho —me dijo mientras el cuerpo se enfriaba entre nosotros—. En el momento en que alguien sabe lo que te importa, puede destruirte.

Un consejo inteligente. De los que me han mantenido vivo durante veintinueve años.

Entonces, ¿por qué estoy de pie en este pasillo a las tres de la mañana, escuchando el lamento de una mujer?

Un suave quejido llega por el pasillo, ahogado pero inconfundible. La tercera pesadilla de la noche.

Esta vez no dudo.

La puerta de Isabella está cerrada con llave, pero tengo los códigos de anulación para cada habitación de este lugar. La cerradura se desactiva con un pitido silencioso y entro sin anunciarme. Lo primero que me golpea es el aroma: algo floral y limpio que me hace la boca agua. Entonces la veo.

Está enredada en sábanas blancas, el cabello rubio miel derramado sobre la almohada en ondas. Mis pantalones de sudadera grises le quedan holgados, la sudadera a juego torcida alrededor de su torso. Incluso dormida, se ve elegante. Refinada. Nada que ver con las mujeres que suelen calentar mi cama.

Nada que ver con nadie que debería estar aquí, en mi mundo, en mi cabeza.

Vuelve a gemir, y el sonido me atraviesa. Su rostro está vuelto hacia la ventana, la luz de la luna capturando el rastro de las

lágrimas en sus mejillas. Sus dedos se aferran a las sábanas como si su vida dependiera de ello. Aquello con lo que está soñando tiene dientes.

Me siento en el borde del colchón, con cuidado de no despertarla. Tan cerca, puedo verlo todo: la forma en que sus pestañas revolotean contra sus mejillas, el pulso rápido en su garganta, la curva vulnerable de su cuello. Se ve más joven así. Más delicada. Como alguien que nunca ha visto derramar sangre durante la cena.

—Shhh, *bella* —murmuro, mi voz apenas un susurro—. Es solo un sueño.

Mi mano se mueve sin permiso, apartando el cabello húmedo de su frente. Su piel está tibia, sin las marcas de la violencia que moldeó mi mundo. Se calma con el contacto, su respiración se ralentiza, y siento que algo peligroso se remueve en mi pecho.

Esto es una locura. Debería irme. Debería volver a mi habitación y fingir que esto nunca sucedió. Debería mantener la distancia que nos mantiene a ambos con vida.

En cambio, sigo acariciando su cabello y hablándole en voz baja en italiano. Palabras que mi madre solía susurrar cuando yo era lo suficientemente pequeño como para creer en la seguridad, antes de aprender que el consuelo era solo otra forma de debilidad.

—Duerme ahora —le digo—. Nada puede hacerte daño aquí.

La mentira me quema en la lengua. Todo puede hacerle daño aquí. Yo soy la mayor amenaza de todas.

Pero ella no lo sabe. Simplemente suspira y se hunde más en las sábanas, su rostro tranquilo por primera vez desde que la traje a este lugar. La observo respirar, cuento el constante subir y bajar de

su pecho, y me doy cuenta de que estoy sentado en la oscuridad a las tres de la mañana consolando a una mujer que no debería significar nada para mí.

Una mujer que se supone que es una herramienta, no una tentación.

Me quedo más tiempo del que debería. El tiempo suficiente para memorizar el sonido de su respiración, la forma en que la luz de la luna convierte su piel en perla, la confianza que me está mostrando sin siquiera saberlo. Cuando finalmente me obligo a irme, cierro la puerta suavemente detrás de mí y me apoyo en la pared del pasillo.

Me tiemblan las manos.

A Matteo Rosetti no le tiemblan las manos. Ni durante las negociaciones, ni durante la violencia, nunca. Pero aquí estoy, a los veintinueve años y temblando como un niño porque toqué el cabello de una mujer dormida.

Esto es lo que provoca el preocuparse por alguien. Por eso papá me enseñó a arrancarlo de raíz antes de que se extendiera.

Pero de regreso a mi habitación vacía, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de su rostro cuando se calmó con mi caricia. No puedo olvidar la forma en que susurró mi nombre entre sueños, con voz suave y llena de confianza.

Como si tal vez no me tuviera el miedo que debería tenerme.

El aroma a expreso me saca de un sueño intranquilo cuatro horas después. No es suficiente descanso, pero tendrá que bastar. Hoy Dom espera un informe sobre la situación de Chase, y no puedo permitirme parecer un hombre distraído por su cautiva.

Aunque sea exactamente en lo que me he convertido.

La cocina es mi dominio en este lugar. Sartenes de hierro fundido colgados de ganchos, encimeras de granito, todo colocado para la máxima eficiencia. Aprendí a cocinar de la misma manera que aprendí todo lo demás: porque podría salvarme la vida algún día. Un hombre que no puede alimentarse por sí mismo es un hombre que puede ser controlado.

Esta mañana necesito la distracción. Necesito los movimientos precisos y los rituales familiares para acallar la voz en mi cabeza que no deja de reproducir los suaves suspiros de Isabella de hace cuatro horas.

Huevos con trufa laminada porque se merece algo hermoso. Expreso recién hecho porque necesita la cafeína después de la pesadilla. Tostadas con mermelada de cereza silvestre porque parece algo que ella elegiría. Algo elegante y refinado, como todo lo demás en ella.

La naturaleza doméstica de la situación debería resultarme extraña. Nunca he cocinado para una mujer, nunca he querido hacerlo. Pero esto no se trata de romance o sentimientos. Se trata de mantener a mi activo cómoda hasta que obtenga lo que necesito de ella.

Y lo que necesito es su completa rendición, preferiblemente desnuda y suplicando.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras lo dispongo todo perfectamente en la bandeja. Mientras me aseguro de que el café esté a la temperatura exacta. Mientras me sorprendo tarareando en voz baja como un tonto domesticado.

Estoy sirviendo los huevos cuando aparece en el umbral de la puerta. El cabello revuelto por el sueño, los pies descalzos, vistiendo mi ropa como si estuviera hecha para ella. Parpadea ante el olor del café, todavía adormilada, y cada instinto protector que he pasado años enterrando despierta con un rugido.

—Buenos días —digo, manteniendo un tono de voz uniforme—. Preparé el desayuno.

Se acerca con cautela, esos ojos verdes examinando cada detalle. El plato perfectamente servido, la taza de café ya humeante a su lado, la forma en que me he posicionado entre ella y la salida. Siempre calculando, siempre alerta. Es una de las cosas que respeto de ella.

—¿Qué es esto? —pregunta, acomodándose en la silla frente a mí —. ¿Servicio a la habitación para rehenes?

A pesar de todo, casi sonrío. —Cocino mejor que mis enemigos. Es una habilidad.

Prueba un bocado de los huevos y cierra los ojos brevemente en señal de apreciación. Esa imagen provoca cosas en mi pulso que catalogo como pura respuesta física. Como verla en la ducha a través de los monitores. Como imaginar qué sonidos hará cuando finalmente la tenga debajo de mí.

—Esto es increíble —admite, y hay una sorpresa genuina en su voz —. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Supervivencia. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía—. En mi familia, depender de los demás hace que te maten.

Me estudia el rostro, buscando algo que no quiero que encuentre. —Eso suena solitario.

La observación cala más hondo de lo que debería. «Solitario» no es una palabra que pertenezca a mi vocabulario. Yo no me siento solo. Yo me concentro. Yo obtengo resultados.

No me siento en cocinas vacías al amanecer deseando que alguien comparta mi café.

Pero lo hice esta mañana, ¿no? Estuve de pie frente a esta encimera imaginándola entrar, adormilada y vistiendo mi ropa, haciendo que todo se sintiera menos como una tumba.

—La soledad es un lujo —le digo, que es lo que diría mi padre. Lo que diría Dom. Lo que diría cualquier Rosetti inteligente—. Los hombres débiles se sienten solos. Los hombres inteligentes se vengan.

Pero viéndola comer la comida que preparé con mis propias manos, viéndola suavizarse con la luz de la mañana, no puedo quitarme la sensación de que este momento de calma es más peligroso que cualquier negociación en la que haya entrado.

No porque me esté enamorando de ella. Eso sería estúpido, y yo no soy un hombre estúpido.

Sino porque me está haciendo desear cosas que nunca antes había deseado. Y desear te vuelve descuidado.

Comemos en un silencio relativo, la tensión de anoche asentándose entre nosotros como un buen vino. Corta los huevos con movimientos precisos, cada gesto controlado y elegante. Incluso desayunando, parece que pertenece a un museo, no a la casa de seguridad de un criminal.

—Lo que pasó anoche —dice finalmente, sin levantar la vista del plato—, no fue por negocios.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Tiene razón, por supuesto. Los negocios habrían sido una conversación tranquila, quizás una amenaza sutil. Los negocios no habrían implicado la sangre de Nico decorando el mantel.

—Eres mía. Lo dejé claro.

—Esa no es la parte que me asustó.

Su honestidad me toma por sorpresa. Dejo el tenedor, estudiando su rostro en busca de rastros de engaño. No encuentro ninguno. Solo una verdad cruda que me oprime el pecho.

—Bien —le digo, con la voz más baja que antes—. El miedo te mantiene viva.

Pero incluso mientras lo digo, sé que es otra mentira. El miedo no la mantendrá viva cuando Dom decida que es demasiado peligrosa para dejarla respirar. El miedo no la protegerá cuando este castillo de naipes se derrumbe.

El miedo no la mantendrá viva cuando Dom o Sal decidan que es demasiado peligrosa para dejarla respirar. El miedo no la protegerá cuando este castillo de naipes se derrumbe.

La jugada inteligente sería obtener primero lo que quiero de ella. Derribar esos muros que ha levantado con tanto cuidado y tenerla exactamente donde la he imaginado desde el momento en que vi su fotografía, sometida bajo mi cuerpo y gritando mi nombre. Una vez que haya saciado esta hambre, una vez que la haya poseído por completo, entonces podré pensar con claridad sobre los siguientes pasos.

Entonces podré tomar decisiones racionales en lugar de quedarme aquí sentado como un tonto enamorado, viéndola desayunar.

La veo salir de la cocina, con el café enfriándoseme en las manos, y pienso: «El tiempo se acaba».

Para Chase. Para la guerra. Para el juego que sea que me traiga con la hermosa mujer que duerme al final del pasillo.

Es solo algo físico. Solo el deseo de poseer algo perfecto antes de que sea destruido.

Algo que podría costarnos la vida a ambos si no tengo cuidado.

8

Isabella

Me tiemblan las manos mientras bajo la escalera de madera, cada escalón resonando en el silencio como una cuenta regresiva. El mensaje fue simple, transmitido a través del intercomunicador de la casa con esa voz engañosamente tranquila: —Biblioteca. Ahora.

Sé por qué me llamó. La puerta de la oficina que intenté abrir esta mañana. La que se suponía que estaba cerrada con llave, pero no lo estaba. En la que me deslicé durante exactamente treinta y siete segundos antes de que el sistema de alarma me delatara con su suave y acusador tintineo.

Treinta y siete segundos. Tiempo suficiente para ver los monitores, los archivos esparcidos sobre su escritorio, el gabinete de armas en la esquina. Tiempo suficiente para entender exactamente qué tipo de hombre me retiene aquí. No el suficiente para encontrar algo útil.

Tiempo suficiente para que me atraparan.

Siento el pulso martilleando en mi garganta cuando llego al final de la escalera. Cinco días. Cinco días desde que Matteo Rosetti puso mi mundo cuidadosamente ordenado patas arriba, y acabo de darle la excusa perfecta para empeorar las cosas. Lo inteligente sería disculparme, hacer el papel de la cautiva arrepentida y esperar clemencia.

Pero me cansé de ser inteligente. Me cansé de ser perfecta.

La luz del atardecer se cuela por las ventanas de la biblioteca en barras doradas, pintando rayas en el piso de madera. Tengo las palmas húmedas de un sudor nervioso y me las seco contra sus pantalones de sudadera holgados que me quedan enormes. Sigo usando su ropa, sigo rodeada de su aroma, sigo haciendo el papel de la prisionera sumisa.

Excepto que no soy sumisa. Ya no.

Me detengo en la entrada, contemplando la escena ante mí, y se me encoge el corazón con lo que veo. Estanterías del suelo al techo cubren cada pared, volúmenes encuadernados en cuero que crean un cálido capullo que se siente más como una trampa que como un refugio. El aire huele ligeramente a humo de leña y papel, con un toque subyacente de su colonia que hace que mi pulso se acelere a pesar de todo. Un reloj de pie marca el paso del tiempo de forma constante en la esquina, cada sonido como el mazo de un juez marcando mi destino.

Matteo está sentado detrás del enorme escritorio de roble que ha movido al centro de la habitación, y todo en su postura grita furia contenida. Su cabello castaño rojizo está peinado a la perfección ahora, no es el desorden casual al que me he acostumbrado. Su

camisa de vestir blanca está impecable, con las mangas arremangadas con precisión militar. Sus manos descansan planas sobre la superficie del escritorio, completamente quietas.

No levanta la vista cuando entro, pero puedo sentir su conciencia de mi presencia como electricidad en el aire. Su tableta muestra lo que parece ser una grabación de seguridad, y se me revuelve el estómago cuando reconozco mi propia imagen en la pantalla, congelada en el acto de alcanzar el pomo de la puerta de su oficina.

—Siéntate —la palabra es suave, calmada y absolutamente aterradora.

Llevo su ropa otra vez: unos pantalones de sudadera grises arremangados en la cintura y una sudadera con capucha negra y ancha que me engulle por completo. La tela huele a él, a limpio y masculino, un recordatorio constante de quién controla cada aspecto de mi existencia aquí. Nada en este lugar es mío, excepto el espacio que se me permite ocupar.

Sigo de pie, mi barbilla alzada en un gesto de desafío, aunque las rodillas amenazan con cederme. —Necesito hablar contigo de algo primero.

Ahora sí levanta la vista, y esos ojos ambarinos están helados. Sus manos permanecen inmóviles sobre el escritorio. —¿Primero? ¿Crees que estás en posición de establecer el orden del día aquí, Isabella?

Siento la garganta seca, pero me fuerzo a hablar. Esta es mi única oportunidad, mi única ocasión para convertir este desastre en una oportunidad. —Hay una gala el viernes por la noche. La Fundación Callahan la organiza en el Plaza, y se espera que yo asista.

El silencio que sigue es ensordecedor. El tictac del reloj de pie parece volverse más fuerte, marcando cada segundo de su deliberación. Su mirada nunca abandona mi rostro, y prácticamente puedo verlo recalcular, reevaluar.

—¿Esperado por quién? —pregunta con una voz peligrosamente suave.

—Por Chase —el nombre se siente extraño en mi lengua ahora, después de todo lo que ha sucedido—. Es un evento público. Donantes, miembros de la junta, fotógrafos de sociedad. Si no aparezco… —dejo la frase en el aire, permitiendo que él complete los espacios en blanco.

—La gente hará preguntas —su voz es reflexiva, no despectiva. Eso es algo que he aprendido sobre Matteo en estos cinco días. Él escucha. Escucha de verdad, de una manera que la mayoría de la gente no lo hace.

—Sí. Y Chase sabe que nunca me pierdo los eventos de la fundación. Mi ausencia sería… —busco la palabra correcta—. Sospechosa.

Matteo se queda en silencio por un largo momento, esa moneda bailando de nuevo entre sus dedos. Cuando habla, su voz tiene un nuevo matiz. —Entonces irás.

El alivio me inunda tan rápidamente que me marea. —¿De verdad?

—De mi brazo.

El alivio se evapora. —¿Qué?

Se pone de pie, y de repente la espaciosa biblioteca se siente mucho más pequeña. Se mueve con esa gracia depredadora que he

llegado a reconocer, acortando la distancia entre nosotros en tres pasos medidos. —Irás a tu gala, *bella*. Pero irás como mía.

—No puedo —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. La gente me verá. Hablarán. Chase va a…

—¿Chase va a qué? —su voz baja a un susurro peligrosamente suave—. ¿Darse cuenta de que su sobrina perfecta ya no es intocable? ¿Que alguien más la reclama?

Mis manos se cierran en puños a mis costados. —No soy una posesión que se pueda reclamar.

Esa sonrisa se extiende por sus labios, la que hace que se me revuelva el estómago y se me contraigan los muslos. —¿No lo eres?

Antes de que pueda responder, él continúa, su voz adquiriendo un tono de negocios que de alguna manera lo empeora todo. —Si quieres ir a esta gala, necesitamos establecer algunas reglas básicas —su voz adopta un tono casual, como si estuviera discutiendo planes para la cena en lugar de mi cautiverio.

Me irrito por su tono. —¿Más reglas? Eres como un maldito manual de la policía.

Su sonrisa se vuelve afilada y da otro paso hacia adelante. Ahora puedo sentir la estantería a mi espalda, sólida e inflexible. —¿Prefieres quedarte encerrada en tu habitación?

La amenaza la suelta con indiferencia, pero oigo el acero que esconde. Se me seca la boca. —¿Qué tipo de reglas?

—Primero, nada de intentos de escape. Te quedarás cerca de mí en todo momento. —Apoya una mano en la estantería junto a mi cabeza y percibo el aroma de su piel, cálido y limpio—. Segundo,

cualquier conversación que tengas con Chase será donde yo pueda ver y oír cada palabra. Nada de charlas privadas.

La parte analítica de mi mente cataloga la postura, la forma en que usa su cuerpo para acorralarme sin llegar a tocarme. Es un movimiento calculado, diseñado para abrumar e intimidar.

Pero esa distancia analítica se desmorona rápidamente.

Su moneda de plata aparece entre sus dedos, girando a ese ritmo constante que he aprendido que significa que está calculando algo peligroso. Ahora estoy completamente atrapada, rodeada de libros encuadernados en cuero y del calor que irradia su cuerpo.

—Tercero —continúa él, bajando la voz a un susurro que me eriza la piel—, sonreirás cuando te toque. Usarás lo que yo elija. Interpretarás el papel de una mujer que quiere estar ahí conmigo.

Se me corta la respiración. El cuidadoso control al que me he estado aferrando empieza a resquebrajarse. —¿Y si me niego?

—Entonces te quedas aquí. —Su rostro está a centímetros del mío ahora, tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos ámbar, tan cerca que su aliento entibia mi piel—. Pero no creo que te niegues, Isabella.

Un calor florece en mi pecho y se extiende hacia abajo, y odio cómo mi cuerpo le responde. —No sabes nada de mí.

Su risa es grave, áspera, y envía vibraciones a través de mi pecho, donde casi nos tocamos. —Sé que has estado usando mi ropa durante cinco días y no te has quejado ni una vez. Sé que me observas cuando crees que no te miro. Sé que tu pulso se acelera cada vez que me acerco a ti.

Sus dedos rozan mi garganta y encuentran el rápido aleteo de los latidos de mi corazón. El contacto es suave, casi reverente, pero me marca de todos modos. —Como ahora mismo.

Entonces su otra mano se mueve, deslizándose bajo el dobladillo de mi sudadera. El contacto de su palma contra mi pecho desnudo me hace jadear, mi espalda se arquea involuntariamente contra la estantería. No mueve la mano, no acaricia ni provoca. Solo me sujeta ahí, reclamándome con el peso y el calor de su piel contra la mía. Los lomos de cuero de los libros se clavan en mis omóplatos, anclándome incluso cuando siento que podría salir flotando.

—Dime que pare —susurra, mientras su pulgar traza mi pulso y su otra mano permanece perfectamente quieta, una marca de posesión que hace que mis pezones se endurezcan dolorosamente.

Cada pensamiento racional que tengo me grita que lo aparte, que mantenga una pizca de dignidad, algún vestigio de control. Pero mi cuerpo tiene otras ideas. Me estoy derritiendo bajo su contacto, mis muros cuidadosamente construidos desmoronándose como arena.

En cambio, me encuentro inclinándome hacia su caricia, mis labios se separan en un suave jadeo que suena a rendición.

—Te equivocas —susurro, pero ni yo misma me lo creo. Mi cuerpo grita su necesidad, mi piel arde donde me toca. El reloj de pie da la hora en algún lugar detrás de él, marcando el tiempo mientras mi mundo se reduce a este momento, este contacto, este deseo imposible.

—¿Ah, sí? —Su mano se mueve ligeramente contra mi pecho, y contengo un gemido—. Entonces demuéstralo. Dime que pare.

Las palabras deberían salir con facilidad. Dos simples palabras que pondrían fin a esto, que pondrían distancia entre nosotros, que restaurarían alguna medida de control a esta situación. Pero se me atascan en la garganta como piedras.

Porque la verdad es que no quiero que pare. La verdad es que su contacto me hace sentir más viva de lo que me he sentido en años. La verdad es que he pasado toda mi vida siendo la sobrina perfecta, la curadora perfecta, la Callahan perfecta, y estoy cansada de ser perfecta.

—Yo… —empiezo, pero me interrumpo cuando su mano se aprieta posesivamente contra mi pecho. La sensación me atraviesa por completo, fundida y devastadora.

—¿Tú qué, *bella*?

El apelativo cariñoso se desliza de su lengua como miel, y tengo que cerrar los ojos ante la ola de deseo que me inunda. Su mano todavía está presionada contra mi piel desnuda, un recordatorio constante de su control. —Te odio.

—No —dice suavemente, su aliento cálido contra mi oreja. El sonido de su voz, tan cercano, tan íntimo, me hace temblar—. Odias que me desees. Hay una diferencia.

Mis ojos se abren de golpe y veo mi propio deseo reflejado en su mirada. —Eres un arrogante.

—Tengo razón. —Su pulgar se arrastra lentamente por el punto de mi pulso mientras su otra mano permanece inmóvil contra mi pecho, y contengo un gemido. La doble sensación me está volviendo loca, el placer y la frustración luchando en mi pecho—. Me deseas,

Isabella. Y el viernes por la noche, todos van a ver exactamente a quién le perteneces.

—No le pertenezco a nadie. —Pero la protesta suena débil incluso para mis propios oídos, especialmente con sus manos sobre mí, reclamándome.

—¿No? —Se inclina más cerca, sus labios casi rozando los míos. Su aroma me rodea, cálido, masculino y embriagador—. Entonces, ¿por qué no has intentado escapar? Eres lo suficientemente inteligente como para encontrar una forma de salir de aquí si de verdad quisieras. Pero no quieres, ¿verdad?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Porque tiene razón, y ambos lo sabemos. Podría haber probado las ventanas, podría haber revisado cada cerradura, podría haber hecho algún intento de escapar. Pero no lo he hecho. Y la razón me aterra más que cualquier otra cosa en esta situación.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el tictac del reloj de pie y el sonido de nuestra respiración. Finalmente, hablo, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Está bien. —La palabra sale como poco más que un aliento—. No huiré.

—Buena chica. —La aprobación en su voz hace que un calor florezca en mi pecho—. ¿Y el resto?

Trago con dificultad, con la boca repentinamente seca. —No hablaré con Chase en privado.

—¿Y?

Este es el momento. El punto de no retorno. Puedo sentirlo suspendido entre nosotros como una cuchilla, lista para cortar lo

último de mis pretextos. —Sonreiré cuando me toques.

—¿Por qué?

La pieza final. La confesión que hará añicos lo que queda de mis muros cuidadosamente construidos. —Porque quiero que lo hagas.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros por un latido, dos latidos, y entonces él se mueve. Su boca se estrella contra la mía, y saboreo posesión y hambre y algo más profundo que hace que me flaqueen las rodillas. Su mano finalmente se mueve sobre mi pecho, su pulgar rozando mi pezón, y gimo en su boca, el sonido resonando en las paredes de la biblioteca.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad. Su frente descansa contra la mía y puedo sentir el temblor en sus manos donde me sostienen. La luz de la tarde ha cambiado, proyectando sombras más largas entre las estanterías.

—El viernes por la noche —dice en voz baja, su voz ronca por el deseo—, usarás lo que yo elija. Te quedarás cerca. Y si intentas huir, si intentas traicionarme, te arrastraré de vuelta frente a todos. Y te gustará.

Quiero discutir. Quiero decirle que está equivocado, que no soy suya para que me dé órdenes, que todavía tengo cierto grado de control sobre mi propia vida. Pero las palabras no salen. El sabor de sus labios todavía está en los míos, el recuerdo de su contacto todavía quemándome por dentro.

—Entiendo —susurro.

Estudia mi rostro por un largo momento, con su mano todavía presionada contra mi piel, luego retira lentamente ambas manos. La pérdida de su calor me hace querer alcanzarlo, pero mantengo las

manos a los lados, mi cuerpo aún vibrando con una necesidad insatisfecha.

—Bien. —Se endereza la camisa y ese encanto natural vuelve a su lugar como una armadura—. Mañana te llevaré de compras. Algo apropiado para la ocasión.

Se dirige a la puerta, pero se detiene en el umbral. Cuando se vuelve, hay algo en su expresión que me corta la respiración. No el deseo controlado de momentos antes, sino algo más crudo. Más vulnerable.

—¿Isabella?

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

Luego se va, dejándome sola en la dorada luz de la tarde con su sabor todavía en mis labios y la presión fantasma de su mano aún ardiendo contra mi piel.

Me deslizo por la estantería hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas demasiado temblorosas para sostenerme más. El reloj de pie continúa su tictac constante, indiferente al caos que él ha dejado a su paso. La furia contra mí misma sube, caliente y amarga, por mi garganta. ¿Qué demonios me pasa? Debí haber luchado más. Debí haberlo empujado en el momento en que me tocó. En cambio, me derretí como una cosa patética y hambrienta, desesperada por atención.

Él es mi captor. El hombre que me secuestró, que me retiene aquí contra mi voluntad, que me trata como una propiedad que se puede

manejar y controlar. Y acabo de dejar que me ponga las manos encima. Dejé que me hiciera desear cosas que no debería desear.

Hace tres meses, vivía mi vida tranquila y controlada en Tribeca, catalogando artefactos, asistiendo a eventos de caridad y fingiendo que todo estaba bien. Tenía límites. Tenía amor propio.

Ahora estoy sentada en el suelo de la biblioteca de una casa de seguridad, después de haber aceptado que me exhiban del brazo del hombre que me secuestró. Después de haber admitido que quiero que me toque. Después de haber demostrado que, al parecer, cinco días de cautiverio es todo lo que se necesita para convertirme en alguien que no reconozco.

Mi pecho todavía arde donde su palma me reclamó, el recuerdo de su contacto me hace doler de maneras que no quiero examinar. En tres días, voy a entrar al Hotel Plaza del brazo de Matteo Rosetti, frente a Chase y la mitad de la alta sociedad de Nueva York, y fingir que elegí estar allí.

La parte aterradora no es fingir.

La parte aterradora es que una parte retorcida de mí está deseando que llegue.

9

Matteo

La noche del viernes llega como un suspiro contenido que por fin se libera.

El vestido negro cuelga en la puerta del clóset de Isabella, donde lo dejé esta mañana; una tela elegante que se ceñirá a cada curva que he memorizado a través de miradas robadas y grabaciones de vigilancia. Los aretes de esmeralda descansan en su caja de terciopelo sobre el tocador, elegidos específicamente para resaltar el verde de sus ojos. Todo calculado, planeado, ejecutado.

Igual que la mujer que lo llevará todo puesto.

Me ajusto las mancuernillas de mi esmoquin negro, revisando mi reflejo en el espejo del baño. Sin corbata esta noche. Las líneas limpias del saco son severas, peligrosas. Exactamente la imagen que quiero proyectar cuando entre en la Gala de la Fundación Callahan con Isabella del brazo.

Chase no estará allí. Demasiado obvio, demasiado arriesgado después de todo lo que ha pasado esta semana. Pero su gente

estará observando. Sus aliados, sus donantes, su red de influencias cuidadosamente cultivada. Todos verán a Isabella Callahan, radiante e intocable, eligiendo estar conmigo.

El mensaje será claro: ahora es mía.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Anton. El auto está listo abajo. Lanzo mi moneda de la suerte una, dos veces; su peso familiar me centra mientras camino por el pasillo hacia la habitación de Isabella. A través de las gruesas paredes, puedo oír una suave música clásica. La misma lista de reproducción que ha estado escuchando cada noche desde que la traje aquí.

Toco dos veces antes de entrar. Ella está de pie junto a los ventanales que dan al bosque, y su imagen me roba las palabras que había planeado decir. El vestido le queda como si estuviera hecho para su cuerpo, seda negra que se acumula a sus pies y deja sus hombros al descubierto. Su cabello rubio miel está recogido en un moño elegante, y esos aretes de esmeralda atrapan la luz de la lámpara.

—Te ves… —me detengo y me aclaro la garganta. ¿Desde cuándo me cuesta encontrar las palabras con una mujer?—. «Hermosa» no le hace justicia.

Ella se da la vuelta y veo que su maquillaje es impecable, su expresión serena. Pero hay algo frágil en su mirada, una tensión que me hace querer cruzar la habitación y atraerla hacia mí hasta que se relaje. Recuerdo cómo se sintió cuando la presioné contra la estantería, cómo su pecho llenó mi palma y su pulso se aceleró bajo mis dedos.

—El vestido queda bien —su voz es cortés, distante. El mismo tono que usó durante nuestras primeras conversaciones en el desayuno —. Gracias.

—Isabella —doy un paso hacia ella, observando sus manos donde descansan a sus costados. Firmes, controladas. Pero recuerdo cómo temblaron cuando sostuve su garganta, cómo su respiración cambió cuando reclamé su boca—. ¿Estás lista para esto?

—Acepté tus términos —me mira directamente a los ojos—. Sonreiré cuando me toques. Me mantendré cerca. No huiré.

Las palabras hacen eco de lo que dijo en la biblioteca, pero algo es diferente ahora. Hay un muro entre nosotros que no existía después de nuestro beso, después de la forma en que se rindió bajo mis manos. Se está refugiando detrás de esa fachada serena, convirtiéndose de nuevo en la intocable princesa Callahan.

No debería molestarme. Esto es un negocio, después de todo. Una ventaja contra Chase, nada más.

Pero sí me molesta. Y eso me irrita más que su distancia.

—Ven aquí —digo en voz baja.

Duda solo un instante, luego se acerca a mí con esa gracia inconsciente que hace que se me dispare el pulso. Cuando está lo suficientemente cerca para tocarla, extiendo la mano y le ajusto uno de los aretes, permitiendo que mis dedos rocen la suave piel de su cuello. El mismo lugar donde sostuve su garganta, donde su pulso revoloteó bajo mi tacto como un pájaro atrapado.

No se aparta, pero siento que su tensión aumenta. Cada músculo de su cuerpo está contraído, listo para correr o luchar a pesar de sus promesas.

—Relájate, *bella* —dejo mi mano en su garganta, sintiendo el rápido aleteo de su pulso—. Estás a salvo conmigo.

—¿Lo estoy? —la pregunta se le escapa antes de que pueda detenerla, y por un momento la máscara se resquebraja. Veo a la mujer debajo, a la que me devolvió el beso con un hambre desesperada, a la que admitió que deseaba mi contacto.

—Siempre —la palabra sale más áspera de lo que pretendía—. Nadie te hará daño mientras seas mía.

Sus ojos verdes escudriñan mi rostro, buscando la verdad o mentiras o algo intermedio. Lo que sea que encuentra allí parece satisfacerla, porque parte de la tensión abandona sus hombros.

—¿Lista? —le ofrezco mi brazo.

Lo toma con dedos firmes.

—Lista.

El trayecto hacia Manhattan transcurre en un silencio cómodo, con las luces de la ciudad pasando fugazmente por las ventanillas polarizadas de la SUV. Isabella se sienta a mi lado, serena y controlada, su hombro desnudo rozando ocasionalmente el mío cuando Anton toma una curva. Cada punto de contacto envía calor a través de mi sistema, haciéndome hiperconsciente de su aroma, de su respiración, de la forma en que sus dedos descansan en su regazo.

Recuerdo esos dedos clavándose en mis hombros cuando la besé, la forma en que se arqueó contra mí cuando mi mano encontró su pecho. El recuerdo hace que apriete la mandíbula. Se supone que esto es un negocio, no sobre cómo se sintió ella derritiéndose bajo mi tacto.

Para cuando llegamos al Plaza, estoy más tenso que la cuerda de un piano.

El valet abre la puerta de Isabella, y los flashes de las cámaras comienzan a estallar de inmediato. Una pequeña multitud de fotógrafos se ha reunido frente al hotel, atraídos por la promesa de un escándalo de la alta sociedad. Salgo del auto detrás de ella, colocando mi mano en la parte baja de su espalda mientras caminamos hacia la entrada.

Ella no se pone rígida ante mi contacto. No se aparta. En cambio, gira ligeramente la cabeza y sonríe, brillante y deslumbrante. Pero su cuerpo se acerca más al mío, buscando refugio o consuelo, y el calor de su piel a través de la seda me hace pensar en cómo se sintió presionada contra la estantería.

—Sonríe, *bella* —le murmuro al oído mientras llegamos a las puertas giratorias—. Eres el escándalo más hermoso de la sala.

Su respiración se corta ligeramente, pero su sonrisa nunca flaquea. Nos movemos por el vestíbulo como si perteneciéramos aquí, como si ella hubiera elegido estar de mi brazo en lugar de haber sido forzada a ello. La actuación es impecable.

Las puertas del salón de baile se abren para revelar a la élite de Manhattan en todo su resplandeciente esplendor. Candelabros dorados proyectan una luz cálida sobre los vestidos de diseñador y los esmoquines. Torres de champán reflejan la luz del techo, y una música clásica emana de una pequeña orquesta cerca de la pista de baile. El aire huele a perfume caro, a whisky añejo y a ese aroma particular del dinero de toda la vida mezclándose con la corrupción fresca.

Este es mi mundo tanto como el de ellos. He estado jugando a este juego desde que tuve edad para ponerme un traje, usando el encanto y la violencia calculada a partes iguales para construir el imperio Rosetti. Pero esta noche se siente diferente. Esta noche no solo estoy aquí para cerrar tratos o reunir información.

Esta noche, vengo a reclamar lo que es mío.

—Matteo. —El senador Reynolds se nos acerca, con su esposa siguiéndolo como si fuera un accesorio caro. Sus ojos se desvían de inmediato hacia Isabella, absorbiendo cada detalle con la evaluación hambrienta de un hombre que aprecia las cosas hermosas—. Qué agradable sorpresa. No esperaba verlo por aquí.

—Senador. —Extiendo la mano, notando la forma en que su mirada se detiene en la apariencia de Isabella. El arrebato de calor posesivo que me atraviesa es inesperado e inoportuno—. Quisiera presentarle a Isabella Callahan.

La reacción es inmediata. Las cejas de su esposa se arquean ligeramente, y casi puedo ver los engranajes del chisme girando tras sus ojos. Un mesero deja caer su copa de champán en algún lugar detrás de nosotros, el estrépito del cristal rompiéndose acentúa el momento. Todos en esta sala conocen el apellido Callahan, saben de los recientes problemas de Chase con mi familia. Tener a su sobrina aquí, de mi brazo, envía ondas de choque a través de su cuidadosamente mantenido orden social.

Exactamente lo que quería.

—Señorita Callahan. —El apretón de manos del senador se prolonga un instante más de la cuenta—. Está usted absolutamente radiante esta noche.

—Gracias, senador Reynolds. —La voz de Isabella es miel cálida, modulada en el tono exacto de un interés cortés—. He oído cosas maravillosas sobre su trabajo con los asuntos de veteranos.

Es buena en esto. Mejor de lo que esperaba. Se mueve en la conversación con una soltura ensayada, diciendo exactamente lo correcto sin revelar nada sustancial. Pero percibo cómo su mano se aprieta ligeramente en mi brazo cuando el senador menciona la obra de caridad de su familia, y recuerdo cómo sus dedos se aferraron a mi camisa cuando la apreté contra la estantería.

Nos adentramos más en la multitud, deteniéndonos para charlar con aliados clave y enemigos potenciales. Cada presentación es calculada, cada sonrisa un arma disfrazada. Isabella interpreta su papel a la perfección, encantando a todos los que conocemos sin jamás permitirles acercarse lo suficiente como para que importe.

El patriarca de la familia Marchetti asiente con aprobación cuando se la presento. —Una elección impresionante, Matteo. La chica Callahan tiene un excelente abolengo. —Sus ojos se detienen en su escote con la apreciación de un hombre que colecciona objetos hermosos.

Quiero romperle los dedos por mirarla de esa manera. El impulso es agudo, inmediato y completamente irracional. No es mía para protegerla más allá de los términos de nuestro acuerdo. No es mía para defenderla de miradas indiscretas y comentarios inapropiados.

Pero mi mano se aprieta en su cintura de todos modos.

—Señor Marchetti —dice Isabella con suavidad, ofreciéndole la sonrisa precisa. Ni demasiado cálida ni demasiado fría—. Espero que esté disfrutando la velada.

—Inmensamente, mi querida. Inmensamente. —Su risa es demasiado fuerte, demasiado efusiva—. Sabe, su madre era igual de encantadora a su edad. Una verdadera tragedia lo que les pasó a sus padres.

Algo parpadea en el rostro de Isabella. Breve, apenas visible, pero lo capto. Una tensión alrededor de sus ojos, una ligera rigidez en sus hombros. La misma tensión que sentí en su cuerpo cuando mi mano estaba envuelta en su garganta.

—Sí —dice en voz baja—. Lo fue.

Nos excusa con elegancia, guiándome hacia la barra con movimientos que parecen casuales pero que se sienten urgentes. Pido un whisky, ella pide champán, y nos quedamos en un cómodo silencio observando a la multitud arremolinarse a nuestro alrededor.

—Lo hiciste bien con Marchetti —le digo, notando la forma en que sus dedos se envuelven alrededor de la copa de champán. Manos delicadas que recuerdo clavándose en mis hombros, que temblaron cuando le toqué el pecho.

—Es inofensivo —dice, pero hay algo en su voz. Una nota de cansancio que no estaba allí antes.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —La respuesta es automática, ensayada. De la misma manera en que probablemente respondió a esa pregunta durante años después de la muerte de sus padres—. Solo necesito un momento.

Antes de que pueda responder, una voz familiar atraviesa el ruido de la multitud detrás de nosotros.

—Matteo Rosetti. Esperaba encontrarlo aquí.

Me doy la vuelta para ver a Tanya Ashford, deslumbrante en un vestido de seda rojo que se ciñe a cada curva y con unos pendientes de diamantes que atrapan la luz como estrellas capturadas. Dinero de toda la vida, un abolengo impecable y el tipo de conexiones que construyen o destruyen carreras políticas. Tuvimos una aventura breve hace dos años, mutuamente satisfactoria y completamente sin complicaciones.

El tipo de mujer que encaja en mi mundo sin preguntas ni enredos emocionales. El tipo de mujer que sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo.

—Tanya. —No me aparto de Isabella, pero siento que se tensa ligeramente a mi lado—. Está usted preciosa esta noche.

—Gracias. —La sonrisa de Tanya es depredadora mientras observa la escena ante ella. El rostro sonrojado de Isabella, nuestra proximidad, la evidente tensión crepitando entre nosotros. Su mirada se detiene en mi mano donde descansa sobre la cintura de Isabella, y algo calculador parpadea en sus ojos—. Espero no interrumpir nada importante.

—En absoluto —dice Isabella con suavidad, esa máscara de compostura volviendo a su sitio—. Quizás ustedes dos quieran ponerse al día.

Empieza a alejarse, pero la sujeto por la muñeca. El contacto envía calor por mi brazo, recordándome cómo se aceleró su pulso cuando le sujeté la garganta, cómo se derritió cuando reclamé su boca.

—Quédate —digo en voz baja.

La palabra sale más áspera de lo que pretendía. Los ojos de Isabella se abren un poco más y veo su pulso saltar bajo mi pulgar.

El mismo aleteo rápido que sentí cuando mis dedos estaban envueltos en su garganta, cuando se estaba rindiendo a mi tacto.

—De hecho —dice Tanya, acercándose con gracia felina—, esperaba robarme a Matteo para un baile. Ha pasado demasiado tiempo desde que tuvimos la oportunidad de… reconectar.

La invitación es clara, cargada de recuerdos y promesas. Hace dos años, Tanya era exactamente lo que yo quería. Hermosa, sofisticada, sexualmente aventurera. Conocía las reglas del juego y las seguía sin quejarse. Sin complicaciones emocionales, sin expectativas más profundas. Solo placer y beneficio mutuos.

Todo lo que creía querer en una mujer.

Pero mientras miro su sonrisa calculada y sus ojos depredadores, en lo único que puedo pensar es en la forma en que la voz de Isabella se quebró cuando habló de sus padres. La forma en que me devolvió el beso en la biblioteca a pesar de tener todas las razones para resistirse. La forma en que sentí su seno en mi palma, suave, cálido y pesado.

—Gracias, pero estoy exactamente donde quiero estar —me oigo decir.

Las cejas de Tanya se alzan ligeramente y una sorpresa genuina destella en su rostro. No está acostumbrada a que la rechacen. —Ya veo. —Su mirada se desvía hacia Isabella, evaluadora y despectiva —. Bueno, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Se desliza de nuevo entre la multitud, dejándonos solos en la barra. Isabella la sigue con la mirada, con algo indescifrable en su expresión.

—Es hermosa —dice finalmente.

—Sí.

—Sofisticada. Disponible.

—Probablemente.

Isabella se vuelve para mirarme, buscando en mi rostro algo que no puedo identificar. —¿Por qué no fuiste con ella?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. «Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque te metiste bajo mi piel de maneras que no entiendo. Porque ninguna otra mujer me ha hecho sentir que sostenía algo precioso cuando la tocaba».

Pero no puedo decir eso. Solo necesito follarme a esta mujer y sacármela del jodido sistema.

—Porque te dije que te quedaras cerca —digo en su lugar—. Y lo dije en serio.

No es toda la verdad, pero es todo lo que puedo darle ahora mismo. La idea de bailar con Tanya me dejó frío.

Isabella estudia mi rostro durante un largo momento, luego asiente lentamente. —Deberíamos socializar más. La gente lo esperará.

Tiene razón. Pasamos la siguiente hora recorriendo el salón y la observo actuar con creciente fascinación. Encanta a la esposa del alcalde con un interés genuino en su obra de caridad. Desvía los comentarios inapropiados de los donantes borrachos con un humor elegante. Recuerda nombres, hace preguntas de seguimiento, hace que todos se sientan como la persona más importante del salón.

Pero puedo ver el costo. La forma en que su sonrisa nunca le llega del todo a los ojos. El ligero temblor en sus manos cuando cree que

nadie la mira. La cuidada distancia que mantiene incluso cuando parece completamente inmersa en la conversación.

Está agotada de ser lo que todos necesitan que sea. Igual que estaba agotada cuando la tenía presionada contra la estantería, cuando finalmente dejó que alguien viera más allá de la actuación.

—Necesito tomar un poco de aire —dice en voz baja cuando terminamos de hablar con un grupo de coleccionistas de arte—. Solo un momento.

La guío hacia las puertas de la terraza, mi mano en la parte baja de su espalda siente la tensión acumulada en sus músculos. El aire de la noche de verano es cálido contra nuestra piel y los sonidos de la fiesta se desvanecen hasta convertirse en un murmullo agradable detrás de nosotros. Estamos solos en el balcón privado, con las luces de la ciudad brillando bajo nosotros como estrellas caídas.

—¿Mejor? —pregunto.

Ella asiente y deja su copa de champaña en la barandilla de piedra con cuidadosa precisión. —Gracias. Solo necesitaba dejar de actuar por un momento.

La honestidad en su voz me sorprende. Sin evasivas, sin una cortesía cuidadosa. Solo la verdad, cruda y simple.

—¿Así es como lo llamas? ¿Actuar?

—¿No es eso lo que todos estamos haciendo? —Se vuelve para mirarme y, bajo la suave luz del salón de baile, parece más joven. Más vulnerable—. Interpretando papeles, diciendo las cosas correctas, siendo lo que la gente espera que seamos.

—Unos más que otros.

—¿Tú no estás actuando ahí dentro?

Considero la pregunta. —Quizás. Pero yo elegí mi papel. A ti te eligieron el tuyo.

Algo parpadea en su rostro ante eso. Reconocimiento, tal vez. O dolor. —Debería volver a entrar. La gente se dará cuenta si nos ausentamos demasiado tiempo.

Se mueve hacia las puertas de la terraza, pero la tomo de la mano, deteniéndola. Por un momento, nos quedamos allí en el cálido aire de la noche, con los sonidos de la fiesta distantes e insignificantes. Su pulso late firmemente bajo mi pulgar y recuerdo cómo se aceleró cuando la toqué en la biblioteca. La forma en que susurró mi nombre como una plegaria.

—Isabella —empiezo, pero ella se aparta con suavidad.

—Vámonos —dice en voz baja—. Antes de que olvide cómo ser lo que necesitas que sea.

Regresamos al salón de baile e Isabella se transforma de nuevo en la princesa de la alta sociedad. Sonríe, encanta y dice todas las cosas correctas, sin delatar ni una sola vez lo que sintió en la terraza. Pero ahora puedo ver el agotamiento en la postura de sus hombros, la forma en que su sonrisa comienza a deshilacharse por los bordes.

El resto de la velada pasa como un borrón de apretones de manos, charlas triviales y conversaciones cuidadosamente codificadas. Isabella nunca se aparta de mi lado, nunca pierde la compostura. Para todos los que la observan, parece una mujer que eligió estar aquí, que está exactamente donde quiere estar.

Pero ahora sé que no es verdad. Puedo ver las grietas en su armadura, los puntos donde la actuación se está desgastando. Y

cada vez que la sorprendo luchando por mantener la fachada, pienso en cómo se sentía en mis brazos. Lo real que era cuando dejaba de fingir ser lo que todos los demás necesitaban.

Para cuando caminamos hacia la salida, estoy enojado conmigo mismo por razones que no quiero examinar. Enojado porque rechacé a Tanya sin pensar, enojado porque estoy más interesado en el agotamiento de Isabella que en las oportunidades de contactos que estoy perdiendo, enojado porque sigo pensando en su sabor cuando la besé.

Se supone que esto se trata de tener una ventaja. De poder. De obtener lo que mi familia necesita de Chase Callahan.

En cambio, estoy obsesionado con una mujer que me mira como si tal vez mereciera su confianza, y no logro descifrar si eso me hace débil o peligroso.

Cuando llegamos a la camioneta, Isabella se desliza en el asiento trasero con un suave suspiro, sus hombros por fin relajándose ahora que estamos lejos de miradas indiscretas. Las luces de la calle proyectan sombras en movimiento sobre su rostro mientras Anton se incorpora al tráfico, y me descubro estudiando su perfil, memorizando la curva de su mejilla, la forma en que sus pestañas proyectan sombras.

Cumplió con su papel esta noche. Mejor de lo que esperaba, mejor de lo que tenía derecho a pedir. Pero verla actuar mientras se asfixiaba lentamente por dentro me hace querer arrancarle cada máscara que usa hasta encontrar a la mujer que me devolvió el beso en la biblioteca.

Es solo fascinación, me digo. El desafío de un rompecabezas que aún no he resuelto. Una ansia física que no he saciado.

Nada más complicado que eso.

10

Isabella

La mujer que solía ser nunca habría hecho esto. Nunca habría dejado que un hombre como Matteo Rosetti la viera perder el control, viera las grietas en la fachada perfecta que pasó años construyendo.

Pero esa mujer murió en algún punto entre el champán y la gala de Chase, y en quien sea que me esté convirtiendo ya no sabe cómo fingir.

Murió cuando el senador Reynolds me miró como si yo fuera un mueble. Cuando Tanya Morrison tocó el brazo de Matteo y sentí que algo violento y posesivo me arañaba la garganta. Cuando cada conversación sobre mis padres se sentía como caminar por un campo minado, cada condolencia cuidadosamente formulada era otro peso que oprimía mi pecho.

La mujer que solía ser habría sonreído a pesar de todo. Habría mantenido una conversación cortés y se habría retirado con

elegancia, y nunca habría dejado que nadie viera la tormenta que se gestaba en su interior.

Pero ya no soy ella.

Ahora estoy sentada en el asiento trasero del auto de Matteo, viendo la ciudad desaparecer detrás de las ventanas veteadas de lluvia, y puedo sentir cómo lo que queda de mi control se desmorona con cada kilómetro. Su saco pesa sobre mis hombros, el aroma de su colonia me envuelve como un recordatorio de todo lo que pasó esta noche. Cada sonrisa que fingí, cada mentira que dije, cada momento que pretendí que esta era mi elección.

La lluvia comienza a golpetear contra las ventanas, gotas suaves que crean un ritmo contra el cristal. El sonido hace eco del aleteo nervioso en mi pecho.

Matteo está sentado a mi lado en un silencio cómodo, su presencia es a la vez reconfortante y sofocante. Puedo sentir que me observa en la tenue luz del tablero, catalogando cada detalle como siempre lo hace. Leyéndome como si fuera uno de sus tratos de negocios.

Pero mi mente sigue volviendo a la gala. A la forma en la que la gente no dejaba de mencionar a mis padres esta noche. «Qué tragedia, perderlos tan joven». «Tus padres estarían muy orgullosos». «La fundación ha prosperado desde su fallecimiento». Cada comentario se sentía como una aguja bajo mi piel, acumulando una tensión que no podía liberar.

Había algo en la forma en que la gente hablaba de ellos que nunca me cuadró del todo. Demasiado cuidadosos, tal vez. Demasiado pulcros. Como si todos hubieran ensayado el mismo guion sobre el «trágico accidente» que se los llevó cuando yo tenía nueve años.

La peor parte es lo poco que recuerdo de esa noche. Fragmentos, en su mayoría. El sonido de cristales rotos. Rojo extendiéndose sobre el azulejo blanco de la cocina. Gritos que parecían resonar para siempre. Pero los detalles faltan, como si alguien hubiera tomado unas tijeras y recortado las partes importantes de mi memoria.

Las luces de la calle pasan borrosas tras la ventana veteada de lluvia, y presiono mi mano contra mi pecho, donde la ansiedad se acumula. Algo de esta noche la desencadenó peor de lo habitual. Tal vez fue ser exhibida como la sobrina perfecta de Chase mientras sabía que en realidad era la prisionera de Matteo. Tal vez fue la forma cuidadosa en que la gente evitaba mirarme a los ojos cuando mencionaban a mis padres.

O tal vez es solo la creciente sensación de que todo el mundo sabe algo que yo no.

Para cuando entramos en el largo camino de entrada que conduce a la casa de seguridad, mi respiración se ha vuelto superficial y mis manos tiemblan en mi regazo. La lluvia cae con más fuerza ahora, tamborileando contra el techo. En el momento en que entramos, las sombras se acumulan en rincones que esta mañana parecían acogedores, y no puedo quitarme la sensación de que algo está a punto de estallar.

Matteo busca el interruptor de la luz, pero lo detengo.

—No. Por favor.

Él estudia mi rostro en la penumbra que se filtra desde el exterior.

—Está bien. Lo que necesites.

La amabilidad en su voz quiebra algo en mi pecho, pero antes de que pueda procesarlo, mi celular vibra en mi bolso. El sonido atraviesa el silencio como una cuchilla.

Lo saco con dedos temblorosos, y las palabras en la pantalla hacen que se me hiele la sangre.

Interesante elección la de esta noche, Isabella. Tus padres siempre dijeron que no se podía confiar en los Rosetti. Qué irónico cómo la historia se repite. Tenemos que hablar. Mañana. -C

El celular se me escapa de los dedos entumecidos y cae con un estrépito sobre el piso de madera. El mensaje resuena en mi cabeza como una burla. Mis padres siempre dijeron... pero murieron cuando yo tenía nueve años. ¿Cómo recuerda Chase conversaciones específicas de hace tanto tiempo? ¿Por qué mis padres habrían estado hablando de los Rosetti?

La habitación se inclina, y de repente no puedo respirar. El aire se siente demasiado espeso, demasiado pesado, presionando mis pulmones. Mi visión se vuelve borrosa en los bordes y hay un zumbido en mis oídos que suena familiar y equivocado.

—No puedo respirar —las palabras salen estranguladas, desesperadas—. Siento el pecho aplastado, como si tuviera un peso sobre las costillas.

Unas manos fuertes me guían al sofá de la sala, y Matteo se arrodilla frente a mí.

—Mírame, Isabella. Solo mírame.

Lo intento, pero todo sigue dando vueltas. La habitación, mis pensamientos, los fragmentos de memoria que no se quedan quietos el tiempo suficiente para que los entienda.

—Mis padres —jadeo las palabras entre intentos de respirar—. Algo en ese mensaje… algo no está bien.

—De acuerdo —dice él en voz baja, sin cuestionar ni desestimar. Solo aceptando—. Dime qué estás sintiendo.

—No los recuerdo con claridad —mi voz se quiebra—. Todos hablan de cómo murieron como si fuera algo resuelto, pero mi cuerpo simplemente… reacciona. Como si supiera algo que mi mente no me deja ver.

Matteo no me agobia ni exige explicaciones. Se queda exactamente donde puedo verlo, su presencia sólida y real en un mundo que parece disolverse a mi alrededor.

—Estoy aquí contigo —dice, con voz baja y firme—. Cuenta tus respiraciones conmigo. Inhala durante cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

Trato de seguir su ejemplo, pero mi pecho sigue crispándose. —¿El mensaje de Chase…? Habla de ellos como si recordara conversaciones de hace quince años. Palabra por palabra. ¿Quién recuerda cosas así?

—¿Qué más? —pregunta suavemente, sin presionar, pero dándome espacio para expresar lo que se ha estado acumulando dentro de mí.

—Todos actúan como si hubiera una versión de los hechos que se supone que debo aceptar. Pero las piezas no encajan en mi cabeza. Nunca lo han hecho —las palabras se me escapan, quince años de dudas reprimidas que por fin encuentran una voz—. Y cada vez que alguien saca el tema, siento que me ahogo.

Mi respiración empeora, y cada inhalación se siente como si me ahogara en un aire que no llega a mis pulmones. La habitación gira más rápido y puntos negros danzan en los bordes de mi visión.

—Voy a desmayarme —susurro.

—No, no lo harás —su voz atraviesa el pánico, firme pero suave—. No voy a permitirlo. Mantén los ojos en mí.

Comienza a hablar, con voz firme e hipnótica, anclándome a algo fuera de mis propios pensamientos en espiral. Me habla de la lluvia, de cómo la luz del fuego parpadea en las paredes, de lo valiente que soy por hacer preguntas que me asustan.

Lentamente, mi respiración comienza a calmarse. La habitación deja de girar. El peso aplastante en mi pecho comienza a aliviarse.

—Eso es —murmura—. Estás bien. Estás a salvo.

Y por primera vez en quince años, cuando alguien me dice que estoy a salvo, le creo.

Ahí es cuando me quiebro.

El sollozo viene de algún lugar profundo, un sonido que he estado conteniendo desde que tenía nueve años y aprendí que llorar incomodaba al tío Chase. Todo mi cuerpo tiembla, quince años de cuidadoso control se desmoronan de una vez.

Matteo se sienta en el sofá a mi lado y yo me desplomo contra su hombro sin pensar. Me rodea con sus brazos, sólidos, cálidos y firmes, dejándome derrumbar en la seguridad de su silencio.

—Tengo miedo —susurro contra su camisa—. Tengo tanto miedo de las cosas que no puedo recordar.

—Lo sé —su voz es áspera—. Pero sea lo que sea a lo que le temes, no lo enfrentarás sola.

No intenta arreglarlo ni minimizarlo ni ofrecer promesas vacías. Solo me abraza mientras lloro por unos padres que apenas recuerdo y por verdades que no estoy segura de querer saber. El latido de su

corazón es constante bajo mi mejilla, mezclándose con el olor a lluvia y el calor de su piel.

Por primera vez en mi vida adulta, me siento genuinamente protegida. No manejada ni controlada ni guiada, sino a salvo. La diferencia es sorprendente.

—No estás rota —murmura contra mi cabello cuando lo peor del llanto cesa—. Has estado sobreviviendo. Hay una diferencia.

Las palabras tocan algo profundo dentro de mí, un lugar que ha estado frío y vacío por demasiado tiempo. Esto es lo que me faltaba. No alguien que manejara mi vida o tomara mis decisiones, sino alguien que simplemente estuviera ahí cuando todo se desmoronara.

Me quedo en sus brazos más tiempo de lo que debería, absorbiendo el desconocido consuelo de ser abrazada sin juicios. Sus dedos trazan suaves patrones en mi espalda, y me doy cuenta de que es la primera vez que un hombre me toca con amabilidad en vez de con expectativa.

Pero a medida que mi respiración se estabiliza y mis pensamientos se aclaran, la realidad comienza a regresar. Este es Matteo Rosetti. El hombre que me secuestró. El hombre que me tiene prisionera en esta hermosa casa. El hombre que, a pesar de este momento de ternura, todavía controla cada aspecto de mi existencia aquí.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy permitiendo que pase?

Me aparto lentamente, extrañando de inmediato el calor de sus brazos pero necesitando la distancia para pensar con claridad. Sus ojos ambarinos escudriñan mi rostro, y veo el momento exacto en que reconoce mi retirada.

—Gracias —digo en voz baja, rodeándome con mis brazos donde antes estuvieron los suyos—. Solo… necesitaba eso.

Algo parpadea en su expresión. Comprensión, quizás. O decepción. —Por supuesto.

Me pongo de pie con piernas temblorosas, poniendo distancia entre nosotros aunque cada célula de mi cuerpo quiere quedarse acurrucada a su lado. —Debería irme a la cama.

Él asiente, sin intentar detenerme, pero siento su mirada sobre mí mientras avanzo hacia las escaleras. Al pie del primer escalón, me detengo sin mirar atrás.

—¿Matteo?

—¿Sí?

—No le des demasiadas vueltas a esto. Solo estaba cansada.

La mentira sabe amarga en mi lengua, pero es necesaria. Por unos minutos, me permití creer que alguien podría abrazarme sin intentar poseerme. Pero así no funciona esto. Así no funcionan los hombres como él.

Un músculo se contrae en su mandíbula, y cuando habla, hay algo áspero en su voz que hace que me duela el pecho. —Lo que tú digas, *bella*.

Subo las escaleras hacia mi habitación, cada paso alejándome más del hombre que acaba de sostenerme mientras me desmoronaba. Pero incluso al cerrar la puerta entre nosotros, todavía puedo sentir el calor fantasma de sus brazos a mi alrededor.

Y eso me asusta más que cualquier mensaje que Chase pudiera enviar.

Porque por un momento, quise quedarme. Quise confiarle más que solo mis lágrimas. Y así es exactamente como las mujeres como yo se pierden en hombres como él.

No importa cuán amable sea la jaula, sigue siendo una jaula.

Incluso si una parte traicionera de mí deseara que no lo fuera.

11

Matteo

La encuentro en la cocina y la esperanza en mi pecho muere al instante.

Lleva puesta su propia ropa otra vez. El vestido negro entallado y los tacones de la noche en que la engatusé para que se subiera a mi auto; toda su figura grita distancia profesional. El chasquido de sus tacones sobre la encimera de mármol cuando cambia de peso me dice todo lo que necesito saber. Mi chaqueta de anoche está doblada con precisión en el respaldo de una silla; la tela aún conserva el leve aroma de su perfume.

—Buenos días —dice, con la voz perfectamente neutral. Agradable. Como si saludara a un desconocido en lugar de al hombre que la sostuvo mientras ella se desmoronaba.

Sirvo café y el intenso aroma llena el espacio entre nosotros. La cafetera sisea y gorgotea, el único sonido además del tictac constante del reloj de pie en el pasillo. El vapor se eleva del líquido oscuro mientras le entrego la taza.

—¿Dormiste bien? —le pregunto, observándola con atención. No me mira a los ojos, no deja que nuestros dedos se rocen cuando toma el café.

Una sombra de mentira cruza su rostro. —Bien, gracias. —La porcelana tintinea contra el mármol cuando deja la taza con un cuidado deliberado—. Agradezco lo que hizo anoche.

Pienso en las otras noches. Las que ella no sabe que he presenciado. La forma en que da vueltas en la cama, gimiendo en sueños, llamando a personas que no pueden responder. Las pesadillas que la dejan sin aliento, despierta a las tres de la mañana, con la ropa de dormir prestada pegada a su piel húmeda de sudor.

—No tienes que agradecerme por preocuparme por ti —digo, apoyándome en la encimera. El frío granito presiona mi espalda.

Algo parpadea en sus ojos, desaparece demasiado rápido. —Por supuesto que no.

La moneda de plata encuentra su camino entre mis dedos, el metal se calienta contra mi piel. Me está excluyendo, reconstruyendo cada muro que pensé que habíamos derribado.

—¿Qué está pasando? —lanzo la moneda al aire.

—No pasa nada. Estoy bien. —Se abraza a sí misma, una postura defensiva que hace que la seda de su vestido susurre contra sí misma.

—Estás asustada.

—No estoy asustada. —Pero su pulso salta visiblemente en su garganta, y quiero presionar mi boca allí, sentir ese latido frenético contra mis labios.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Entonces sí me mira, con algo desesperado en sus ojos verdes. La luz de la mañana atrapa los destellos dorados que he memorizado al verla dormir. —Porque mirarte hace que esto sea más difícil.

Antes de que pueda preguntar a qué se refiere, el teléfono fijo comienza a sonar. Agudo, insistente. El sonido corta la tranquila mañana como una cuchilla.

Isabella se queda completamente quieta. El color se drena de su rostro, dejándola pálida como la encimera de mármol. Su taza de café traquetea contra el plato, y noto cómo le tiemblan los dedos al dejarla.

—Yo contesto —digo, apartándome de la encimera. Pero ella ya está negando con la cabeza, retrocediendo ante el sonido.

—No lo hagas. Por favor, no lo hagas.

—Es solo un teléfono.

—Es él. —Retrocede hacia la puerta, y alcanzo a ver cómo su pecho sube y baja rápidamente bajo la seda—. Sé que es él.

Camino hacia el pasillo; mis pasos son amortiguados por la gruesa alfombra. El teléfono está sobre una mesita antigua, su superficie negra reluce. Tomo el auricular, el plástico frío contra mi oreja.

—¿Hola?

—Matteo Rosetti. —La voz es fría, controlada, absolutamente furiosa. Chase Callahan. El sonido hace que apriete la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende que mis dientes no se quiebren.

Isabella aparece en el umbral y, cuando me ve sosteniendo el teléfono, se abraza a sí misma. El movimiento presiona sus senos, e incluso a través de su miedo, noto cómo la seda se ciñe a cada una de sus curvas.

—Chase. —Mantengo mi voz tranquila, casual. La moneda continúa su ritmo constante entre mis dedos—. ¿A qué le debo el placer?

—¿Dónde está mi sobrina?

—¿Su sobrina?

—Vieron a Isabella en la gala anoche. De su brazo. Con un aspecto muy cómodo. —Su voz podría cortar el cristal. Cada palabra es precisa, mortal—. Lleva una semana desaparecida. No contesta su teléfono, no está en su apartamento, no está en el trabajo. Y luego reaparece en un evento de la Fundación Callahan, colgada de cada palabra que usted dice.

Isabella emite un pequeño sonido, como si la hubieran golpeado. Se lleva una mano a la boca, los dedos presionados contra sus labios. Pero noto cómo sus pezones se han endurecido bajo la fina seda, visibles a través de la tela. El miedo le hace al cuerpo cosas que la mente no puede controlar.

—Parece que está haciendo su vida —digo, atrapando la moneda en mi palma.

—Isabella no toma decisiones así. Fue criada mejor que eso. Conoce sus lealtades.

Observo a Isabella desplomarse contra el marco de la puerta, sus piernas repentinamente inestables. La forma en que se apoya allí, con la seda subiéndole ligeramente por los muslos, hace que el calor se acumule en la parte baja de mi vientre, incluso mientras la furia crece en mi pecho.

—Quizá está madurando.

—Si está ahí por elección, entonces ha traicionado todo lo que le enseñé. Y habrá consecuencias.

La palabra «consecuencias» hace que algo oscuro y violento se despliegue en mi pecho. Mi mano libre se cierra en un puño y tengo que contenerme para no estrellarlo contra la pared.

La respiración de Isabella se vuelve superficial y rápida. Su pecho sube y baja rápidamente, y puedo ver el momento en que el pánico comienza a apoderarse de ella. Sus ojos verdes se abren de par en par, las pupilas se dilatan.

—No está disponible —digo, mi voz bajando a ese susurro mortal que hace que hombres hechos y derechos den un paso atrás.

—Haga que esté disponible.

—No lo creo —Las palabras salen con suficiente veneno como para matar.

—Esto no ha terminado, Rosetti. Ni de lejos.

La línea se corta con un clic seco. Vuelvo a poner el teléfono en su base, el sonido resonando en el repentino silencio. Me tiemblan las manos con la necesidad de romper algo, de encontrar a Chase Callahan y mostrarle exactamente lo que pasa cuando amenaza lo que es mío.

Isabella está temblando ahora, todo su cuerpo se sacude como una hoja en la tormenta. —Lo sabe —susurra—. Sabe que estaba contigo.

—¿Y? —Avanzo hacia ella, lento y deliberado. Se aprieta con más fuerza contra el marco de la puerta, pero alcanzo a ver cómo sus ojos bajan a mi boca por un segundo antes de volver a subir bruscamente.

—¿Y qué? —Me mira fijamente, sus ojos verdes abiertos de par en par por el pánico—. Cree que elegí estar ahí. Cree que lo traicioné.

—Y eso te asusta. —Doy otro paso hacia ella. Ahora está atrapada entre el marco de la puerta y yo, y puedo oler ese aroma dulce que me vuelve loco.

—No entiendes cómo es él cuando se decepciona. —Las palabras brotan, crudas y desesperadas. Se aparta del marco de la puerta, pero eso solo la acerca más a mí. Por un momento, estamos a centímetros de distancia y puedo sentir el calor que irradia de su piel. Se le corta la respiración y noto cómo sus labios se entreabren ligeramente.

Luego pasa a mi lado, ahora caminando de un lado a otro. Sus tacones repiquetean contra la madera en un ritmo frenético, y observo la forma en que la seda se mueve con su cuerpo, aferrándose a su trasero, a sus muslos.

—Él aísla a la gente. Por completo. De todo.

Saco mi teléfono para enviarle un mensaje a Milo, obligándome a concentrarme en los negocios en lugar de en la forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa. Mi pulgar se mueve rápidamente: Necesito información sobre Chase Callahan. ¿Qué ha estado haciendo esta semana?

—Es tu tío, no tu dueño —digo, observándola caminar de un lado a otro—. Cada paso es grácil, incluso en su pánico. Incluso aterrorizada, se mueve como una obra de arte.

—Él me crio. Después de que mis padres murieron, me lo dio todo. —Se detiene frente a los altos ventanales, presionando las palmas de sus manos contra el frío cristal. La posición le arquea ligeramente la espalda y tengo que clavarme las uñas en las palmas para no ir hacia ella.

—No le debes la vida.

—Todo lo que tengo viene de él. El trabajo de la fundación, los contactos, incluso mi apartamento. —Su aliento empaña la ventana mientras habla y noto cómo su voz se ha vuelto entrecortada, como si luchara por respirar.

Mi teléfono vibra. Emilio: Deme 20 minutos.

—Y así es como te controla. —Guardo el teléfono de nuevo en mi bolsillo, el movimiento atrae su atención. Cuando me mira, sus pupilas siguen dilatadas, pero ahora hay algo más allí. Algo que hace que mi sangre hierva.

—Él me protege. Él me quiere. —Pero la incertidumbre se cuela en su voz, haciéndola vacilar. Haciéndola suave y vulnerable de una manera que me da ganas de cruzar la habitación y mostrarle cómo es la verdadera protección.

—¿De verdad? Porque las familias que se quieren no amenazan con consecuencias por decisiones independientes.

Se aparta de la ventana, la seda susurrando. El sonido va directo a mi verga. —Yo no tomé una decisión. Tú me secuestraste.

—Pero él no sabe eso.

—Por eso necesito ir a casa. Explicárselo. —Pasa a mi lado hacia la cocina, y percibo un toque de su aroma natural mezclado con algo más. Algo que me dice que su cuerpo está respondiendo a mí, lo quiera o no.

—¿Y crees que te va a creer?

Se detiene en el umbral, su mano aferrada al marco. Sus nudillos están blancos por la tensión, pero noto que su pecho todavía sube y baja rápidamente. —Tiene que hacerlo.

—¿En serio?

Abre la boca y luego la cierra. La duda parpadea en sus ojos, y prácticamente puedo ver el momento en que su certeza se resquebraja.

Mi teléfono suena, cortando la tensión. Emilio.

—¿Qué encontraste? —contesto, sin dejar de mirar el rostro de Isabella.

—Chase ha estado llamando al apartamento de Isabella todos los días. Varias veces. También ha estado llamando a su trabajo, a sus amigos. Mandó a investigadores a revisar su apartamento ayer.

El rostro de Isabella palidece aún más. Su mano se aprieta en el marco de la puerta.

—¿Qué encontraron?

—No hay señales de forcejeo. Ni de que haya empacado. Pero aquí está la parte interesante: ha estado haciendo esto durante meses. Las llamadas, las averiguaciones. Este no es un comportamiento nuevo.

Miro a Isabella, que observa con creciente ansiedad. Su mano libre está presionada contra su estómago, y puedo ver el momento en que esta información la golpea.

—¿Cuánto tiempo?

—Al menos seis meses, hasta ahí revisé. Podría ser más tiempo.

Cuelgo y me guardo el teléfono en el bolsillo. Isabella me está mirando con esos grandes ojos verdes, y casi puedo oír cómo su mundo se reconfigura.

—Te ha estado vigilando —digo en voz baja—. Mucho antes de que desaparecieras.

—Eso es… —Niega con la cabeza, el cabello rubio miel se desprende de su arreglo perfecto—. Eso no es posible.

—¿No lo es?

Me mira fijamente, una guerra desatándose en sus ojos. Verdes con motas doradas, inundados de lágrimas no derramadas. Pero también hay algo más. Algo que acelera mi pulso.

—Necesito ir a casa —dice finalmente, su voz apenas un susurro.

—No.

—Matteo.

—No. —Lanzo la moneda por última vez, atrapándola en la palma de mi mano. El metal está tibio por mi piel, y puedo sentir cómo cambia la tensión en la habitación—. No vas a volver con él.

—No puedes retenerme aquí para siempre.

—Ya verás. —Doy un paso hacia ella y no retrocede. Ahí es cuando sé que ya es mía, aunque ella todavía no lo sepa.

—Esto es una locura.

—Quizás. Pero también tengo razón. —Doy otro paso, y ahora estoy lo suficientemente cerca para ver las motas doradas en sus ojos, para oler ese aroma dulce que me ha estado volviendo loco—. Todavía no estás lista para enfrentar la verdad sobre él. Pero lo estarás. Y cuando lo estés, aquí estaré.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Entonces esperaré.

—¿Por cuánto tiempo?

—El tiempo que sea necesario.

Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella inspira bruscamente y la siento temblar. Pero no se aparta. Sus

labios se entreabren ligeramente y puedo ver cómo le martillea el pulso en la garganta.

—No eres su propiedad —murmuro, con la voz grave y ronca—. Nunca lo fuiste.

Me inclino más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. Se le corta la respiración y puedo sentir el calor que irradia de su piel.

—Ahora eres mía, Isabella. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será esto.

Me alejo lo justo para mirarla a los ojos. Están desorbitados, asustados, pero hay algo más en ellos. Algo voraz que intenta ocultar.

Entonces me aparto, dejándola allí de pie, con el pecho subiéndole y bajándole rápidamente, los labios entreabiertos, todo su cuerpo temblando con algo que no es enteramente miedo.

—Dulces sueños, princesa —digo, y me alejo.

A mis espaldas, la oigo tomar aire bruscamente y sonrío. Todavía no está lista para elegirme por encima de Chase. Pero su cuerpo ya lo ha hecho.

Y eso es un comienzo.

12

Isabella

Lleva horas fuera.

Estoy de pie junto a la ventana de la cocina, viendo cómo el bosque se oscurece mientras el atardecer cae sobre los árboles. Matteo se fue antes del amanecer para su importante «reunión» de negocios en Manhattan, y el silencio en la casa de seguridad se ha vuelto más denso con cada hora que pasa. El reloj de pie del pasillo da nueve campanadas, marcando otra hora de espera.

¿Qué pasará si no vuelve?

El pensamiento se desliza por mi mente como agua helada. Este lugar es hermoso, lujoso, abastecido con todo lo que podría necesitar. Pero también es una jaula. Las ventanas solo se abren unos pocos centímetros. Las puertas tienen cerradura electrónica. Ni siquiera sé exactamente dónde estamos, solo en algún lugar al norte del estado, en medio de la nada.

Si algo le pasara, ¿acaso yo… me quedaría aquí? ¿Esperaría hasta que se acabara la comida? ¿Hasta que alguien finalmente viniera a

buscarme? ¿Sus hermanos sabrían siquiera dónde encontrarme o me convertiría en otro misterio, otra persona que simplemente desapareció?

Un pensamiento más pequeño y perturbador susurra en el fondo de mi mente: espero que esté bien.

Aparto ese pensamiento, centrándome en las preocupaciones prácticas. La supervivencia. Las rutas de escape. Cualquier cosa excepto el nudo de preocupación que crece en mi pecho.

La puerta principal se cierra de un portazo con la fuerza suficiente para hacer temblar las ventanas, y me quedo helada. El sonido retumba por la casa de seguridad, agudo y furioso, nada que ver con las entradas controladas habituales de Matteo. Mi taza de café se detiene a medio camino de mis labios, el líquido de repente amargo en mi lengua.

Unos pasos pesados recorren el pasillo de la planta baja, irregulares y arrastrados. Dejo la taza con manos temblorosas, la porcelana tintineando contra el mármol. El ritmo familiar de su andar es completamente anormal.

Lo encuentro en la sala, de espaldas a mí, junto a las ventanas. Su camisa blanca está rasgada en el hombro, con manchas oscuras que se extienden por la tela. Sangre. Sangre fresca, todavía húmeda y reluciente bajo las luces del techo.

Esto está mal. Todo mal. Matteo Rosetti no llega a casa sangrando. Él es el que hace sangrar a otros, el que sale de la violencia ileso y sonriendo. Él es confianza serena y encanto calculado, siempre impecable, siempre en control.

No esto. No herido y tambaleándose.

—¿Qué pasó? —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendo.

No se da la vuelta. —Nada importante. —Pero su voz es más áspera de lo normal, forzada. Cuando estira la mano hacia la licorera de whisky en la mesita, noto que se mueve como si todo su costado izquierdo estuviera hecho de vidrios rotos.

—Estás sangrando.

—Estoy bien. —Vierte un líquido ambarino en un vaso, el cuello de la botella tintineando contra el cristal. Sus nudillos están partidos e hinchados, con sangre seca formando una costra entre sus dedos. Profundos arañazos recorren su antebrazo, líneas paralelas que parecen marcas de garras.

Me acerco, mis pies descalzos silenciosos sobre el piso de madera. Tan cerca, puedo ver el agotamiento en la postura de sus hombros, la forma cuidadosa en que se mantiene erguido. La máscara intocable que siempre usa se está agrietando, revelando algo crudo debajo.

—Matteo.

—Dije que estoy bien. —Intenta tomar un sorbo, pero le tiembla un poco la mano. El vaso oscila, el whisky chapoteando por los lados.

Ahí es cuando lo veo. Un tajo a lo largo de sus costillas, visible a través de la camisa rasgada. Profundo e irregular, como si alguien le hubiera arrastrado un cuchillo por la piel. Aún sangra, empapando el algodón blanco en una mancha carmesí que se extiende.

—Siéntate —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. Voy por el botiquín de primeros auxilios.

—No lo necesito.

—Estás goteando sangre en el suelo. —Señalo las gotas oscuras esparcidas por la madera—. Siéntate. Ahora.

Se gira para mirarme, y veo el agotamiento en sus ojos verdes. Por un momento, parece más joven. Humano de una manera que me aprieta la garganta.

Esta es la primera vez que lo veo como algo más que el hombre peligroso que me secuestró. Esta es la primera vez que parece… mortal.

—Mandona —murmura, pero se mueve hacia el sofá. Se sienta pesadamente, como si su cuerpo pesara demasiado.

Saco el botiquín médico del baño, mis manos moviéndose con gestos familiares. Chase siempre mantenía uno abastecido en cada propiedad, e insistió en que aprendiera a usarlo. El peso del botiquín en mis manos me resulta familiar, reconfortante de una manera que me recuerda habilidades que nunca quise necesitar.

Cuando vuelvo a la sala, está desplomado contra los cojines del sofá, con los ojos cerrados. El vaso de whisky yace olvidado en la mesita, y puedo ver el subir y bajar de su pecho, demasiado rápido y superficial. Su rostro está pálido bajo el bronceado, la mandíbula apretada.

El playboy intocable que se abrió paso entre mis defensas con su encanto, que siempre parece saber exactamente qué decir. Reducido a esto. Sangrando y agotado e intentando no mostrar cuánto le duele.

—Quítate la camisa —digo, dejando el botiquín sobre la mesa junto a su vaso.

Abre los ojos y se encuentran con los míos. —Cuidado, bella. Si sigues hablando así, podría pensar que te gusto.

La broma no causa efecto. Su habitual sonrisa de suficiencia es forzada, no llega a sus ojos. Incluso herido, todavía intenta ser el galán.

—La camisa tiene que quitarse para que pueda ver qué tan grave es.

Lucha con los botones, sus dedos torpes por el dolor y el agotamiento. Después de verlo batallar con el tercero, me acerco. —Déjame.

Mis manos rozan las suyas mientras desabrocho los botones, y siento el calor que irradia su piel. De cerca, puedo ver los moretones que empiezan a aparecer en su pecho, marcas de un morado oscuro que empeorarán mañana. El olor metálico de la sangre se mezcla con su perfume, algo caro y masculino que hace que mi estómago se revuelva a pesar de todo.

La camisa cae, y contengo la respiración.

Su torso es un mapa de violencia. El tajo en sus costillas es peor de lo que pensaba, una línea irregular que se le curva por el costado, tan profunda que alcanzo a ver el blanco del hueso debajo. Pero no es la única herida. Tiene el pecho y los hombros cubiertos de moretones, algunos frescos y rojos, otros que ya se vuelven morados. Varios cortes más pequeños le surcan los brazos, heridas de defensa por haber bloqueado algo afilado.

Y debajo de todo ese daño, es… hermoso. Músculos magros y piel dorada, hombros anchos que se estrechan en una cintura delgada.

El tipo de cuerpo que pertenece al mármol, no a estar sentado y ensangrentado en un sofá.

—Santo Dios —susurro—. ¿Qué te hicieron?

—Nada que no les haya devuelto el doble de fuerte. —Me observa mientras examino las heridas, sus ojos verdes siguen cada uno de mis movimientos—. No tienes que hacer esto, Isabella. Yo puedo encargarme.

—Deja de ser terco. —Abro el botiquín, con las manos firmes a pesar de lo acelerado que está mi corazón—. Esto va a doler.

—He aguantado cosas peores.

Vierto antiséptico en un paño limpio, el olor penetrante llena el aire entre nosotros. —¿Cuándo?

—¿Qué?

—¿Cuándo has aguantado cosas peores? —Presiono el paño contra el tajo, y él sisea entre dientes. Los músculos de su abdomen se contraen y no puedo evitar notar cómo se mueven bajo su piel—. Cuéntame algo mientras limpio esto.

Por un momento, creo que no responderá. Luego, su voz sale en voz baja, más áspera de lo habitual. —Me rompí el brazo cuando tenía diez años. No le dije a nadie por tres días.

Mis manos se detienen en su tarea. —¿Tres días?

—Mi abuelo se estaba quedando con nosotros, tenía un genio de los mil demonios. Pensaba que la debilidad era algo que se sacaba a golpes. —Mira fijamente al techo, sin cruzar la mirada conmigo—. Lo escondí hasta que Sal me encontró llorando en el baño. Él mismo me llevó cargando a la sala de emergencias.

El paño en mi mano ya está manchado de rojo. Lo enjuago en el cuenco de agua que he preparado, viendo cómo el líquido transparente se vuelve rosado. —Eso es horrible.

—Ese fue el día en que supe quién me protegería de verdad. —Su voz es distante, como si hablara de otra persona—. Papá nunca hizo preguntas. Solo se encargó del asunto.

Trabajo en silencio, limpiando la herida con cuidadosa precisión. El tajo es profundo pero limpio, sin signos de infección. Necesitará sutura, pero sanará. Mis dedos se mueven por su piel, limpiando la sangre y la suciedad, e intento ignorar la forma en que sus músculos se tensan bajo mi tacto.

Está completamente quieto, dejándome trabajar. Confiándome su dolor de una manera que se siente íntima, más personal que cualquier cosa que hayamos compartido antes.

—Eres buena en esto —dice finalmente, con voz suave.

—Chase se aseguró de que supiera cómo manejar situaciones médicas. —Enhebro una aguja, el peso familiar entre mis dedos—. Dijo que uno nunca sabía cuándo necesitaría remendar a alguien sin que le hicieran preguntas.

—Hombre listo. —Pero hay algo oscuro en su voz cuando lo dice—. Aunque sea un cabrón.

La aguja se desliza a través de su piel y él no se inmuta. Solo me observa trabajar con esos intensos ojos verdes, como si estuviera memorizando cada detalle. Puedo sentir el calor de su mirada, la forma en que hace que mi piel se caliente y mis manos tiemblen ligeramente.

—¿Por qué no pediste ayuda? —pregunto mientras doy la segunda puntada—. A tus hermanos, quiero decir.

Permanece en silencio tanto tiempo que creo que no contestará. Luego: —Porque este era un desastre que me tocaba limpiar a mí.

—¿Qué pasó?

—La reunión se fue al traste. Alguien decidió enviar un mensaje. —Su mano se mueve para cubrir la mía donde descansa sobre su pecho, sus dedos cálidos contra mi piel—. Pero yo también dejé el mensaje claro.

Debería apartarme. Debería mantener la distancia que he estado tratando de reconstruir. Pero hay algo en verlo así, vulnerable y herido, que lo hace imposible.

Mi palma está plana contra su pecho y puedo sentir el latido de su corazón, constante y fuerte a pesar de todo. La piel bajo mi mano es cálida, lisa a excepción de las líneas en relieve de viejas cicatrices. La prueba de una vida vivida peligrosamente, un cuerpo que ha visto la violencia antes.

—Listo —digo, anudando la última puntada—. Intenta no arrancártelas.

—Haré lo que pueda. —Mira mi trabajo y luego vuelve a mirarme —. Gracias.

—No me des las gracias. —Empiezo a recoger los suministros médicos, necesitando algo que hacer con mis manos—. No lo hice por ti.

—¿No? ¿Entonces por qué?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. No puedo explicar la forma en que se me oprimió el pecho cuando lo vi

sangrando, o el alivio que me inundó cuando me di cuenta de que sus heridas no eran potencialmente mortales. No puedo admitir que en algún punto entre el secuestro y ahora, algo ha cambiado.

—Porque necesitaba algo que hacer con las manos —digo finalmente, una mentira tan frágil como necesaria.

—Isabella. —Su voz es suave, cautelosa—. Mírame.

No lo hago. No puedo. Porque si lo miro ahora, veré algo en sus ojos que no estoy lista para enfrentar.

—Debería dejarte descansar —digo en su lugar, levantándome demasiado rápido—. Tienes que mantener esas suturas limpias.

—Bella.

—No soy «alguien» —digo, las palabras salen más cortantes de lo que pretendo—. Soy una moneda de cambio, ¿recuerdas?

Se queda en silencio un largo momento. Cuando finalmente habla, su voz es áspera por algo que no puedo identificar. —No esta noche.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Me vuelvo para mirarlo, y la expresión en sus ojos hace que se me corte la respiración. Hay algo crudo ahí, algo que se parece peligrosamente a la ternura.

—Me voy a la cama —digo, retrocediendo hacia las escaleras—. Intenta no mancharlo todo de sangre.

Escapo a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí con manos temblorosas. Mi corazón está desbocado, y todavía puedo sentir el calor de su piel bajo mis dedos, todavía puedo ver la vulnerabilidad en sus ojos cuando habló de su padre.

Esto es peligroso. Más peligroso que el secuestro, que las amenazas o que la forma en que me hace sentir cuando me mira

como si fuera algo valioso. Este es el tipo de peligro que surge de ver más allá de la superficie, de comprender que el monstruo que me llevó es también el niño que escondió su brazo roto durante tres días.

Apoyo la espalda contra la puerta, escuchando el silencio que viene del piso de abajo. En alguna parte de la silenciosa casa de seguridad, Matteo Rosetti está sentado a solas con sus heridas y su whisky, y yo estoy escondida en mi habitación porque me aterra lo que podría hacer si me quedo.

Aterrada de las ganas que tenía de cuidarlo.

Aterrada de lo bien que se sintió verlo como algo más que mi captor.

Pero lo más aterrador de todo: la forma en que mi cuerpo respondió al tocarlo, al verlo vulnerable, fuerte y hermoso, todo a la vez. La forma en que algo en lo más profundo de mí susurró que este hombre, este hombre peligroso y complicado, podría valer la pena.

No estoy lista para eso. Nunca lo estaré.

13

Matteo

Vístete —digo—. Vamos a salir.

Isabella levanta la vista de su taza de café, enarcando las cejas. Está sentada en la isla de la cocina, otra vez con esos malditos pantalones de ejercicio, el cabello recogido en un moño desordenado, con una pinta más de irse a entrenar que de pasar el día conmigo.

—¿A dónde? —pregunta.

—De compras.

—No necesito nada.

—Lo necesitas todo. —Señalo su atuendo—. Llevas una semana usando los mismos tres conjuntos. Pantalones de ejercicio y sudaderas. Esa no eres tú.

—Así soy cuando me tienen cautiva.

—No. —Me acerco, observando cómo le salta el pulso en la garganta—. Así eres cuando te escondes. Quiero ver quién eres cuando no lo haces.

Deja su taza de café sobre el mármol con un clic de la porcelana. —¿Quiere vestirme como una muñeca?

—Quiero verte con ropa que esté a la altura del fuego en tu mirada. —Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella no se aparta, pero se le corta la respiración—. Quiero verte recordar lo que se siente ser poderosa.

—¿Y si me niego?

—Entonces te niegas. Pero creo que tienes curiosidad. —Me inclino aún más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. El aroma de su champú me llena los pulmones, algo limpio y caro que me hace querer enterrar la cara en su cabello—. Creo que quieres saber qué se sentiría entrar a un lugar y adueñarte de él por completo.

Cuando me echo hacia atrás, sus mejillas están sonrojadas y sus labios, entreabiertos. Hay algo voraz en su mirada, algo que quiere ser liberado.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, retrocediendo para darle espacio —. De verdad.

—Bien. —La palabra sale neutra, educada, vacía. El mismo tono que probablemente usaba con los donantes del museo y los socios de Chase.

Esa amabilidad insípida me duele más de lo que debería. Ha vuelto a tratarme como a un extraño.

—¿No más ataques de pánico? —pregunto, y me arrepiento al instante cuando veo que su expresión cambia.

Su mano se congela a medio camino de su taza de café y algo se cierra en su mirada. —Eso fue hace días.

—Lo sé. Es que… —Me paso una mano por el cabello, frustrado conmigo mismo—. Perdón. No debí haberlo mencionado.

—No importa. —Pero su voz es más tensa ahora, más controlada —. Los ataques de pánico no duran mucho. Solo… necesito procesar.

—¿Procesar qué?

Ella toma un sorbo, y la porcelana choca contra sus dientes. —La sensación de que todos saben algo que yo no. Que hay una versión de mi vida que no se me permite ver.

Ahora entiendo lo que de verdad me carcome. La ropa informal es solo la superficie. Se ha estado envolviendo en telas sin forma durante días, pero es más que eso. Lo de anoche cambió algo entre nosotros. La forma en que me cuidó sin que se lo pidiera, la gentileza de su tacto cuando me limpió las heridas. Por primera vez desde que la traje aquí, me miró sin barreras.

Luego huyó. De vuelta a su habitación, de vuelta tras sus defensas, como si mi sangre en sus manos hubiese contaminado algo puro.

—Así soy cuando me tienen cautiva.

—No. —Me acerco, observando cómo le salta el pulso en la garganta—. Así eres cuando te escondes. Quiero ver quién eres cuando no lo haces.

Deja su taza de café sobre el mármol con un clic de la porcelana. —¿Quiere vestirme como una muñeca?

—Quiero verte con ropa que esté a la altura del fuego en tu mirada. —Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella no se aparta, pero se le corta la respiración—. Quiero verte recordar lo que se siente ser poderosa.

—¿Y si me niego?

—Entonces te niegas. Pero creo que tienes curiosidad. —Me inclino aún más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. El aroma de su champú me llena los pulmones, algo limpio y caro que me hace querer enterrar la cara en su cabello—. Creo que quieres saber qué se sentiría entrar a un lugar y adueñarte de él por completo.

Cuando me echo hacia atrás, sus mejillas están sonrojadas y sus labios, entreabiertos. Hay algo voraz en su mirada, algo que quiere ser liberado.

—Una condición —dice al fin.

—Dime cuál.

—No más mentiras. Si le pregunto algo, me contesta con la verdad.

La petición me toma por sorpresa. La mayoría de la gente quiere dinero, favores, garantías de seguridad. Ella quiere la verdad. Estudio su rostro, sopesando las implicaciones. Hay cosas sobre esta situación, sobre mi familia, sobre lo que estoy sintiendo por ella que no estoy listo para admitir. Pero la forma en que me mira, como si me estuviera ofreciendo algo precioso…

—Trato hecho.

Veinte minutos después, Isabella baja de nuevo las escaleras con ese maldito vestido de seda gris de la gala, el que le ciñe las curvas como una segunda piel. Le queda demasiado ajustado; la tela se estira sobre su pecho y sus caderas de una forma que me seca la boca. Lo combinó con unos sencillos tacones negros, y su cabello cae en ondas sueltas sobre sus hombros.

El vestido está hecho para alguien más menuda, alguien que no tiene las peligrosas curvas de Isabella. Pero, joder, la forma en que se le pega al cuerpo hace que se me crispe la verga en los pantalones.

Estamos en el asiento trasero de mi auto, rumbo a Manhattan. Ella se sienta a mi lado, cruzando y descruzando las piernas en ese ajustado vestido de seda. Cada vez que se mueve, la tela se tensa sobre sus muslos y tengo que obligarme a mirar por la ventanilla.

La ciudad pasa a toda velocidad como un borrón de cristal y acero, pero yo estoy más concentrado en la mujer que tengo al lado. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y la luz de la tarde atrapa los hilos dorados de su cabello rubio. El vestido resalta la elegante línea de su cuello, la curva de sus clavículas, la turgencia de sus pechos, donde la seda se ciñe contra la tela.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunta mientras se baja el dobladillo del vestido.

—A un lugar donde te sentirás como en casa. —La ayudo a salir del auto frente a un edificio anodino en el Garment District. La acera está abarrotada de turistas y lugareños, pero mantengo mi mano posesivamente en la parte baja de su espalda mientras caminamos —. Confía en mí.

Tomamos un ascensor hasta el decimoquinto piso, donde las puertas se abren para revelar una sala de exposición privada. Unos ventanales que van del suelo al techo dan a la ciudad, y elegantes maniquíes exhiben piezas únicas. Una música suave suena desde unos altavoces ocultos y el aire huele a cuero caro y seda. Es el tipo

de lugar al que vienen las celebridades cuando necesitan algo hecho a su medida.

—Señor Rosetti. —Un hombre distinguido de unos sesenta años se nos acerca, con un ligero acento europeo. Pelo plateado, camisa perfectamente planchada, el tipo de confianza que se obtiene tras vestir a mujeres poderosas durante décadas—. Todo está preparado tal y como lo solicitó.

Isabella mira a su alrededor, asimilando la sala de exposición privada, el champán esperando en copas de cristal, los percheros con ropa que parece pertenecer a un museo. —¿Usted organizó todo esto?

—No puedes estar usando la ropa que desecha Carmela para siempre. —Acepto dos copas de un asistente que ronda cerca y le ofrezco una. El champán está frío contra mis dedos, con burbujas que suben a la superficie como diminutas joyas—. Ese vestido no te queda bien.

Ella toma el champán, pero no bebe; lo sostiene como si fuera un accesorio. —Este vestido no tiene nada de malo.

—Tu cuerpo tampoco tiene nada de malo. Pero ese vestido no fue hecho para una mujer con tus curvas. —Dejo que mi mirada la recorra lenta, deliberadamente. La forma en que la seda se estira sobre sus caderas, la forma en que apenas puede contener sus pechos—. Mereces cosas que te queden como si estuvieran hechas para ti. Porque lo estarán.

El diseñador aparece con un montón de opciones. Vestidos de seda en tonos joya, suéteres de cachemira suaves como nubes, cuero que probablemente provenía de vacas italianas que vivieron mejor que la

mayoría de los humanos. Todo a medida, todo perfecto, todo diseñado para hacer que una mujer se sienta como una reina.

—No sé por dónde empezar —dice Isabella, y por primera vez desde que la conozco, suena insegura.

—Empieza por lo que te llame la atención. —Me acomodo en un sofá bajo, con las piernas bien abiertas, listo para disfrutar del espectáculo. El cuero es suave como la mantequilla bajo mis manos y puedo verlo todo desde aquí. El probador, los espejos, la forma en que la luz juega sobre la tela cara—. Tenemos todo el día.

Desaparece en el probador con el diseñador, y yo bebo un sorbo de mi champán, esperando. La anticipación crece en mi pecho como un calor intenso y complejo. He comprado cosas para mujeres antes, pero nunca así. Nunca con la profunda satisfacción de saber que le estoy dando a alguien exactamente lo que necesita.

El primer conjunto que se prueba es un suéter de cachemira azul marino con pantalones a juego. Predecible. Aburrido. El tipo de cosa que usaría para una reunión de la junta de un museo. Se ve hermosa, pero contenida. Como si se estuviera escondiendo detrás de una tela cara.

—No —digo antes de que pueda preguntar—. Pruébate otra cosa.

El segundo es un vestido de cuero. Negro, ajustado, con una cremallera que va desde la garganta hasta el dobladillo. Sale y puedo ver cómo se mueve de manera diferente con él. Más segura, más consciente de su propio poder. Pero todavía no es el correcto.

—Mejor —digo con voz ronca—. Pero todavía no.

Desaparece de nuevo, y puedo oír el crujido de la tela, el susurro de la seda contra la piel. El asistente ronda cerca, rellenando mi

champán, pero apenas me doy cuenta. Toda mi atención está centrada en el probador, en la mujer que está dentro.

Cuando sale por tercera vez, todo pensamiento coherente abandona mi cabeza.

El vestido de seda esmeralda se adhiere a sus curvas como si estuviera pintado sobre su cuerpo, fluyendo sobre ella de una manera que hace que se me ponga dura al instante. El color resalta el fuego de sus ojos, hace que su piel brille como si estuviera iluminada desde dentro. Se ve como todas las fantasías que he tenido, envuelta en una tela carísima.

—Joder… —susurro, dejando mi copa antes de que se me caiga. Aprieto las manos en puños para no abalanzarme sobre ella.

Se da la vuelta frente al espejo de tres vistas, estudiándose desde todos los ángulos. El vestido se mueve con ella, la seda susurrando contra la seda, y puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de su propio poder. Su espalda se endereza, su barbilla se eleva y, de repente, no solo está usando el vestido. Se adueña de él.

—Es hermoso —dice, con la voz suave por el asombro.

—Tú eres hermosa. —Me levanto, acercándome—. El vestido es solo el envoltorio.

Se encuentra con mi mirada en el espejo, y algo pasa entre nosotros. Algo eléctrico, peligroso y absolutamente inevitable. Mi pulso se acelera y me muevo en el asiento, tratando de aliviar la presión que se acumula en mis pantalones.

—Me está mirando fijamente —dice, pero no hay acusación en su voz. Solo consciencia.

—No puedo evitarlo. —Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas—. Estás jodidamente despampanante.

La palabra vulgar hace que sus mejillas se sonrojen, pero no aparta la vista. En cambio, pasa las manos sobre la seda, alisándola contra sus curvas. El gesto es inocente, pero hace que me hierva la sangre.

Un joven asistente se acerca con una bandeja de joyas, y lo observo con atención. Es apuesto de esa manera inofensiva, pero cuando se dispone a abrocharle un collar en el cuello a Isabella, sus dedos le rozan la piel. Se demoran más de lo necesario.

Cruzo la habitación antes de siquiera ser consciente de que me muevo.

—Ella no necesita ayuda —digo, con un tono lo suficientemente cortante como para que todos en la sala de exposición se queden helados.

Las manos del asistente retroceden de golpe, como si se hubiera quemado. —Por supuesto, señor. Solo estaba…

—Solo estabas yéndote. —No levanto la voz, no cambio mi expresión. Pero algo en mi tono lo hace retroceder tres pasos rápidos.

Isabella observa el intercambio con interés, con la cabeza ligeramente ladeada. —¿No es usted muy posesivo?

—¿Cuando se trata de ti? Por supuesto. —Me acerco más, hasta que estoy justo detrás de ella. Lo suficientemente cerca para ver su pulso agitarse en su garganta, para oler el sutil perfume que hace que se me haga agua la boca—. ¿Algún problema con eso?

—No dije que fuera un problema. —Su voz suena entrecortada, y puedo ver que me observa en el espejo—. Dije que era posesivo.

—Bien. Porque eres mía mientras estés conmigo. —Extiendo la mano y recorro con los dedos el escote del vestido, donde cae lo suficiente para mostrar la curva de sus pechos—. Y yo no comparto.

Ella se estremece con mi tacto, y puedo ver sus pezones endurecerse a través de la seda. La imagen hace que mi verga palpite contra mi cremallera, y tengo que reprimir el impulso de girarla y besarla hasta dejarla sin aliento.

—Nos llevaremos este —digo sin apartar la vista de su rostro—. Y cualquier otro que ella quiera probarse.

—Señor, eso es casi…

—No me importa lo que cueste. —Finalmente me giro para mirar al diseñador, que se ha puesto un poco pálido—. Empaque todo lo que ella elija. Envíelo a la dirección que le di.

Isabella me agarra la muñeca cuando me vuelvo hacia ella. —Matteo, esto es demasiado.

—No. —Cubro su mano con la mía, sintiendo el calor de su piel—. Esto es lo que te mereces. Seda, cosas hermosas y gente que sepa cómo tratarte bien.

—Usted me secuestró —susurra, con la voz tan baja que solo yo puedo oírla.

—Y ahora te estoy consintiendo. Soy así de complejo. —Me inclino más cerca, hasta que mi aliento agita los finos cabellos de su sien—. Vuelve a cambiarte. A menos que quieras volverme completamente loco.

—¿Eso es lo que está pasando? —Su voz es suave, burlona—. ¿Lo estoy volviendo loco?

—Sabes perfectamente lo que me haces. —Doy un paso atrás antes de hacer algo que escandalice al personal—. Cinco minutos, *bella*. Antes de que olvide que tenemos público.

Desaparece en el probador y me quedo allí de pie, con la sangre ardiendo y la verga dura como una piedra. El diseñador se ocupa con el papeleo, fingiendo que no acaba de presenciar a un secuestrador y su cautiva coqueteando como amantes.

Cuando Isabella sale, lleva de nuevo ese vestido de seda gris, pero algo ha cambiado. Ahora se mueve de otra manera, como si hubiera recordado algo importante sobre sí misma. La forma en que sostiene la cabeza, la postura de sus hombros, la seguridad en sus pasos.

—Haga que envíen todo hoy —le digo al diseñador.

Saco una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de mi chaqueta, algo que le pedí a mi joyero que enviara esta mañana. Dentro hay un colgante de esmeralda, del mismo color que el vestido, que sus ojos cuando está enojada o excitada.

—Hace juego —digo, abrochándoselo alrededor del cuello. Mis dedos rozan la nuca y ella se estremece—. Algo que es tuyo.

Toca el colgante, con los ojos brillantes. —Gracias.

—No me des las gracias todavía. —La guío hacia la puerta, con mi mano posesiva en la parte baja de su espalda—. El día aún no ha terminado.

Al salir de la sala de exposición, veo nuestro reflejo en el escaparate. Está impresionante con esa seda gris, en cada centímetro la reina que nació para ser. Y yo soy el hombre que

puede caminar a su lado, que puede ver a otros hombres desear lo que no pueden tener.

El viaje en el ascensor hacia abajo es silencioso, cargado de electricidad. Puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, puedo oler el sutil aroma de su excitación mezclado con un perfume caro. Me pican las manos por tocarla, por deslizar esa seda por sus muslos y descubrir si está tan húmeda como creo.

—¿Así que esta es su idea de un secuestro? —pregunta mientras nos acomodamos en el auto—. ¿Compras y champaña?

—No te acostumbres. —Me reclino en el asiento de cuero—. No siempre soy tan generoso.

—¿No? ¿Cómo es usted usualmente?

Estudio su rostro, la forma en que se ha relajado en los asientos de cuero, la forma en que el colgante refleja la luz en su garganta. —Peligroso.

—Lo noté. —Toma un sorbo de champaña de la botella que se enfría en el asiento trasero, pensativa—. Pero usted también es…

—¿Qué?

—Complicado. —Mira por la ventana la ciudad que pasa a toda velocidad—. Esperaba un monstruo. En cambio, encontré a un hombre.

—¿Decepcionada?

—Aterrada. —La palabra sale suave, honesta—. Es más fácil odiar a los monstruos.

La confesión me golpea en algún lugar profundo, un lugar que no sabía que todavía era vulnerable. Quiero decirle que no tiene que

tenerme miedo, que nunca le haría daño. Pero eso sería una mentira. Ya le estoy haciendo daño con solo mantenerla aquí.

—Deberías tener miedo —digo en su lugar—. No soy de los buenos, Isabella.

—No. —Se vuelve para mirarme, con sus ojos verdes serios—. Pero tampoco es de los malos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque los hombres malos no les compran collares de esmeraldas a las mujeres. —Toca el dije otra vez, sus dedos recorriendo la piedra lisa—. No cuidan a las personas cuando tienen ataques de pánico. No miran a las mujeres como si fueran tesoros en lugar de posesiones.

Las palabras quedan flotando entre nosotros, cargadas de insinuaciones. Quiero alcanzarla, quiero demostrarle exactamente el tesoro que es. Pero algo en su expresión me detiene.

No está lista para eso. Todavía no.

—Vuelva a preguntármelo en unas semanas —dice en voz baja—. Cuando me conozca mejor.

—¿Preguntarte qué?

—Si todavía cree que valgo toda esta molestia.

Lanzo la moneda una vez más y la atrapo en la palma de mi mano. El metal está tibio, familiar, pero no tan tibio como la mujer a mi lado. —Ya sé la respuesta a eso.

—¿Ah, sí?

En lugar de responder, me inclino hacia adelante y golpeo la mampara que nos separa del chofer. —Tome el camino largo a casa.

Ella no pregunta por qué. Simplemente se recuesta en el asiento de cuero, con la copa de champaña en la mano y el dije de esmeralda reflejando la luz. Y por primera vez desde que me la llevé, no estoy pensando en Chase ni en mi familia ni en la guerra que se está gestando entre nosotros.

Estoy pensando en la mujer a mi lado, y en las ganas que tengo de quedarme con ella.

14

Isabella

Las puertas del ascensor se cierran antes de que pueda cambiar de opinión.

El ascensor privado sube por el corazón de Manhattan, llevándome hacia algo que no estoy segura de estar lista para ver. Vidrio y cromo nos rodean, devolviéndome fragmentos de mi rostro. Llevo uno de mis conjuntos nuevos del día de compras de ayer: un vestido azul marino entallado que me queda como si estuviera hecho a medida, combinado con unos tacones que repiquetean contra el suelo de mármol a cada paso. Mi cabello cae en ondas sueltas sobre mis hombros, y el colgante de esmeralda que me dio ayer atrapa la luz en mi cuello.

Parezco pertenecer a este lugar. Como si estuviera exactamente donde elegí estar.

La mentira me pesa en el pecho, pero cada vez es más fácil de sobrellevar.

—No tenías que venir —dice Matteo por tercera vez desde que salimos de la casa de seguridad. Su mano encuentra la parte baja de mi espalda cuando llegamos al último piso, su contacto quemando a través de la tela de mi vestido. Ese toque posesivo que me calienta la piel y me acelera el pulso, incluso mientras me digo a mí misma que lo odio.

—Sí, tenía que hacerlo. —Me vuelvo para mirarlo, notando cómo sus ojos se oscurecen cuando se encuentran con los míos—. La última vez que me dejaste atrás, volviste a casa sangrando. No voy a quedarme sentada en esa casa preguntándome si estás vivo o muerto.

Algo parpadea en su rostro; sorpresa, tal vez, o algo más profundo.

—¿Preocupada por mí, *bella*?

—Me preocupa quedarme atrapada en medio de la nada sin forma de volver a casa si te pasa algo —miento, pero ambos sabemos que no es la verdad. La verdad es que verlo herido, limpiar sus heridas con mis propias manos, hizo que algo cambiara dentro de mí. Me hizo darme cuenta de que me importa más de lo que quiero admitir.

Su mano se desliza de mi espalda a mi cadera, sus dedos se abren posesivamente sobre la curva. El calor de su palma quema a través de la seda, y tengo que esforzarme por mantener mi respiración estable.

—No eres una prisionera —dice, su voz baja y áspera contra mi oído—. Pero eres mía. Actúa como tal.

Las palabras envían una espiral de calor a través de mí, y odio lo mucho que me gusta la forma en que lo dice. Lo mucho que me

gusta pertenecer a alguien que me mira como si yo fuera algo precioso y peligroso, todo a la vez.

Las puertas del ascensor se abren con un suave susurro, revelando una recepción que grita dinero y poder. Obras de arte de buen gusto recubren las paredes, una iluminación estratégica crea una atmósfera de elegancia discreta, y la recepcionista detrás del elegante escritorio negro parece salida de una revista. Pero bajo la pulida superficie, puedo sentir algo más. Algo que hace que se me erice la piel, alerta.

Esta es la cara legítima del imperio Rosetti. La máscara que usan para el mundo exterior.

—Señor Rosetti —dice la recepcionista, su sonrisa nunca flaquea—. Sus hermanos lo esperan en la sala de conferencias.

La mano de Matteo se aprieta en mi cadera, y puedo sentir su tensión a través del simple roce. Me está trayendo al corazón de los negocios de su familia, confiándome algo que nunca ha compartido con nadie fuera de los lazos de sangre. El peso de esa confianza me oprime el pecho.

La sala de conferencias es de vidrio y cromo, igual que el ascensor. Moderna y fría, con una vista de Manhattan que me hace sentir como si estuviera en la cima del mundo. El aire huele a cuero y café caro, con un trasfondo metálico que habla de negocios serios llevados a cabo a puerta cerrada. Dom Rosetti está sentado a la cabecera de la pulida mesa de caoba, su presencia imponente incluso en silencio. Es mayor que Matteo, más corpulento, con el tipo de autoridad que proviene de años de tomar decisiones de vida o muerte.

Cuando me mira, sus agudos ojos verdes son como el invierno.

—¿La traes aquí? —La voz viene de detrás de mí, y me vuelvo para ver a Rafe Rosetti en la puerta. Cabello oscuro, nariz rota, ojos azul hielo que cortan como el invierno, y una barba de un día que lo hace ver peligroso incluso en un traje caro. Pero no hay calidez en su expresión cuando me mira—. ¿La sangre de Chase?

Las palabras me golpean como un puñetazo. La sangre de Chase. No Isabella. Ni siquiera mi nombre. Solo un recordatorio de a quién pertenezco a sus ojos, lo que represento.

Matteo se acerca a mí, su cuerpo es un muro de calor a mi espalda. Puedo sentir la tensión que emana de él, la violencia apenas controlada que vive justo debajo de su encantadora superficie. Su mano se desliza hacia abajo para descansar en la base de mi columna, los dedos se abren posesivamente sobre la seda. El toque me envía una descarga eléctrica, me corta la respiración de una manera que espero que nadie más note.

—Ella no es él —dice, su voz cargada con una advertencia que hace que baje la temperatura—. Y está conmigo.

Me obligo a enderezarme, a encontrar la fría mirada de Dom sin pestañear. Años de galas de caridad y reuniones de juntas me han enseñado a proyectar una confianza que no siento, a sonreír cuando quiero correr. Pero esto es diferente. Esto es entrar en una guarida de depredadores y fingir que pertenezco a ella.

—Isabella Callahan —dice Dom, mi nombre rodando de su lengua como si estuviera probando su peso—. Es usted más pequeña de lo que esperaba.

—Tengo exactamente el tamaño que necesito tener —respondo, manteniendo mi voz firme. Las palabras salen con más fuerza de la que siento, y capto el destello de sorpresa en sus ojos.

La mano de Matteo se mueve hacia mi hombro, sus dedos aprietan suavemente. El toque envía una corriente eléctrica por mi columna, y tengo que esforzarme por no apoyarme en él. Cuando su pulgar roza la piel sensible de la base de mi cuello, justo encima del colgante de esmeralda, casi jadeo. La pequeña caricia se siente íntima, posesiva, y por la forma en que su respiración se profundiza detrás de mí, él sabe exactamente lo que me está haciendo.

—Está aquí porque insistió en estarlo. ¿Alguna pregunta?

El silencio se extiende entre ellos, cargado de una dinámica familiar que no comprendo. Las luces del techo proyectan sombras marcadas sobre la mesa de conferencias, resaltando la austera belleza del espacio. Todo aquí habla de poder, cuidadosamente contenido dentro de límites aceptables. Dom me estudia durante un largo momento, y casi puedo verlo catalogar cada detalle. La forma en que me porto, la ropa cara, el hecho de que no estoy acurrucada en un rincón.

A mi espalda, oigo cómo cambia la respiración de Matteo; se vuelve más profunda. Más controlada. Cuando miro por encima del hombro, sus ojos están clavados en los míos con una intensidad que hace que se me acelere el pulso. La forma en que me mira —como si quisiera devorarme entera— envía una oleada de calor que se extiende por lo bajo de mi vientre.

—No tengo preguntas —dice Dom finalmente—. Pero si esto sale mal, es tu responsabilidad.

El peso de esas palabras se asienta en la habitación, cargadas de implicaciones. Siento que los tres hombres me observan, me miden, decidiendo si valgo el riesgo que represento.

Un golpe en la puerta interrumpe lo que sea que Matteo pudiera haber dicho. Un hombre entra, y una energía nerviosa emana de él en oleadas. Es delgado, de facciones afiladas, con el tipo de ojos que nunca se quedan quietos. Reconozco el tipo: un informante, alguien que intercambia información por protección o dinero.

—Señor Rosetti —dice, con la voz demasiado alta en la silenciosa habitación—. Tengo noticias sobre Chase Callahan.

Se me hiela la sangre. Sea lo que sea, sea cual sea la información que trae, es sobre mi tío. Sobre el hombre que me crio, que me dio todo lo que tengo.

El hombre saca un pequeño paquete, envuelto en papel marrón. —Esto llegó para usted. Un regalo, dijo.

La mano de Matteo se desliza por mi brazo y sus dedos se entrelazan con los míos. El contacto es cálido, tranquilizador, y me doy cuenta de que estoy temblando. —Tranquila —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo. La palabra es ronca, íntima, como una caricia en mi oído.

Dom toma el paquete, sopesándolo en sus manos. —¿De Chase?

—No directamente. Pero el mensaje fue claro. —Los ojos del informante se desvían hacia mí y luego se apartan rápidamente—. Quería que supiera que va en serio con lo de recuperar a su sobrina.

El mundo se me tambalea. Sé, con absoluta certeza, que lo que sea que haya en ese paquete está destinado a enviar un mensaje. Y sé, con igual certeza, que no quiero verlo.

Dom desenvuelve el paquete lenta, deliberadamente. Adentro hay una pequeña caja, del tipo que se usa para joyas. La abre, e incluso desde el otro lado de la habitación, puedo ver la mancha oscura en el interior de terciopelo. El olor metálico que noté cuando entramos por primera vez parece más fuerte ahora, más presente, como si la violencia siempre hubiera estado acechando justo debajo de la pulida superficie de esta habitación.

—Un dedo —dice Dom, con voz completamente inexpresiva—. Con un mensaje.

Saca una pequeña tarjeta y la lee en silencio. Cuando levanta la vista, sus ojos se encuentran con los míos. —El mensaje es para ti, Isabella. Dice: «Esto es lo que les pasa a los que olvidan sus lealtades. Vuelve a casa antes de que más gente salga herida».

La habitación da vueltas a mi alrededor. Mi tío, el hombre que me enseñó sobre arte y cultura y buenos modales, acaba de enviar un dedo cercenado como mensaje. Acaba de amenazar con más violencia si no vuelvo con él.

¿Y la peor parte? Ni siquiera estoy sorprendida. La violencia no me escandaliza; siempre he sabido lo que acechaba bajo la superficie de nuestro mundo. Lo que me escandaliza es la farsa. La forma en que Chase envolvía la brutalidad en seda y la llamaba civilización. Al menos Matteo nunca fingió ser otra cosa que lo que es.

El pulgar de Matteo traza un recorrido sobre mis nudillos, un toque suave que me ancla al presente. Cuando lo miro, sus ojos arden con algo que parece furia. No hacia mí, sino por mí. Hacia el hombre que me crio para ser lo suficientemente ingenua como para creer en cuentos de hadas.

—Lo sabías —susurro—. Sabías qué clase de hombre era.

—Te lo dije —dice, su voz suave de una manera que me oprime el pecho—. Te dije que no era lo que pensabas.

El informante se aclara la garganta. —Hay más. Ha estado haciendo preguntas sobre las operaciones de los Rosetti. La banca, los transportes, los negocios legítimos. Está planeando algo grande.

La expresión de Dom se ensombrece. —¿Qué clase de algo?

—No lo sé. Pero se ha estado reuniendo con gente. Gente peligrosa. Y ha sido muy específico en que quiere a su sobrina de vuelta ilesa.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones. Chase no va a quedarse de brazos cruzados esperando a que vuelva a casa. Va a venir por mí, y va a herir a gente en el proceso.

—Fuera —le dice Dom al informante—. A la misma hora la semana que viene.

El hombre prácticamente sale corriendo de la habitación, dejándonos solos con el silencio y el olor a violencia. Miro fijamente la caja sobre la mesa, la evidencia de lo que mi tío es capaz de hacer. La prueba de que todo lo que creía saber sobre mi vida era mentira.

—Necesito un poco de aire —digo, pero mi voz sale mal. Temblando y débil.

—Isabella. —La mano de Matteo se aprieta sobre la mía, y cuando intento soltarme, no me deja—. Mírame.

Lo hago, y la expresión de sus ojos me deja sin aliento. No es lástima, no es condescendencia. Es algo crudo y voraz y

completamente posesivo. Como si quisiera envolverme y mantenerme a salvo de toda la fealdad del mundo.

—Crecí en una casa donde la gente desaparecía —digo, sin romper el contacto visual—. Pero nunca me permití pensar a dónde iban.

Él aprieta la mandíbula, y puedo ver cómo se le contrae el músculo bajo la piel. El cuidadoso control que mantiene le está costando algo.

—Me decía a mí misma que se mudaban. Que encontraban nuevos trabajos. Que empezaban nuevas vidas. —Me río, pero no hay ni una pizca de humor en ello—. Fui tan ingenua.

—Eras una niña —dice, la voz áspera con algo que podría ser ternura—. Sobreviviste de la única manera que pudiste.

—Engañándome a mí misma. —Me le acerco, lo suficiente para ver las motas doradas en sus ojos, para sentir el calor que irradia de su piel—. Fingiendo que el hombre que me crio no era un monstruo.

Su mano libre se alza para acunar mi rostro, su pulgar recorriendo mi pómulo. El contacto es suave, casi reverente, y hace que algo dentro de mí se quiebre. —Él es un monstruo. Pero eso no significa que tú lo seas.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Lo miro, a este hombre peligroso que me secuestró y que tiene todas las razones para verme como nada más que una moneda de cambio. Pero la forma en que me mira ahora, como si fuera algo precioso, algo digno de protegerse…

—Ya no sé quién soy —susurro.

—Eres Isabella —dice simplemente—. Eres brillante y fuerte, y lo suficientemente valiente como para estar en una habitación llena de

asesinos sin pestañear. —Su pulgar se mueve para delinear mi labio inferior y se me corta la respiración—. Eres la mujer que me curó cuando estaba sangrando. La mujer que se preocupó lo suficiente por mí como para exigir venir hoy aquí.

—Matteo…

—Eres mía —dice, su voz bajando a ese susurro áspero que hace que mis rodillas se ablanden—. Has sido mía desde el momento en que te vi. La única pregunta es si estás lista para admitirlo.

Debería decir que no. Debería alejarme, mantener la distancia que he estado tratando de reconstruir. Pero aquí, de pie, con sus manos sobre mí y sus ojos ardiendo de necesidad, no puedo recordar por qué estaba luchando contra esto.

En cambio, me inclino hacia su contacto, dejando que mi cuerpo se presione contra el suyo. El contacto envía una descarga eléctrica a través de mí, y puedo sentir su brusca inhalación. Puedo ver la forma en que sus pupilas se dilatan de deseo.

—Tengo miedo —admito, con las palabras apenas audibles.

—¿De mí?

Niego lentamente con la cabeza. —De lo que siento cuando te miro. —La confesión se me escapa antes de poder detenerla, cruda y honesta—. De lo mucho que me gusta cuando eres peligroso.

El sonido que hace está entre un gruñido y un gemido. Su mano se cierra en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás, y por un momento pienso que va a besarme aquí mismo, delante de sus hermanos.

En cambio, se aparta lo justo para mirarme a los ojos, y su sonrisa es peligrosa y despiadada.

Por un instante, nos quedamos mirándonos. Puedo oler su colonia, algo oscuro y caro que me marea. Mis ojos recorren la fuerte línea de su mandíbula, la forma en que el pulso le salta en la garganta, la forma en que sus labios están ligeramente entreabiertos como si luchara por mantener el control. Quiero que me bese más de lo que he deseado nada en mi vida, y odio que se esté conteniendo. Odio que me haga esperar, que me haga anhelar algo que ni siquiera puedo admitir que quiero.

Y entonces su boca se estrella contra la mía con un hambre que me roba el aliento. El beso es desesperado, consumidor, lleno de semanas de tensión y necesidad y del tipo de deseo crudo que quema todo lo demás. Su lengua se adentra en mi boca, reclamándome con una minuciosidad que hace que mis rodillas se ablanden. Puedo saborear el café que compartimos esta mañana, algo oscuro y embriagador que es puramente él, la peligrosa promesa de lo que está por venir.

Mis manos se aferran a su camisa, atrayéndolo más cerca, y él emite un sonido contra mi boca que es pura posesión. Pura necesidad. El beso se profundiza, se convierte en algo salvaje y desesperado e inapropiado para el lugar donde estamos.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Su frente descansa contra la mía y puedo ver el fuego ardiendo en sus ojos. La posesión, la necesidad de poseerme en todos los sentidos importantes.

—Cristo —resuella, con la voz destrozada—. Lo que me haces.

Detrás de nosotros, alguien se aclara la garganta y la realidad vuelve a imponerse. Estamos en medio de la sala de juntas de su

familia, acabamos de besuquearnos como adolescentes mientras sus hermanos miraban.

Pero cuando me vuelvo para mirar a Dom y Rafe, ninguno de los dos parece sorprendido. La expresión de Dom es indescifrable, pero Rafe sonríe con suficiencia, como si acabara de ganar una apuesta.

—Bueno —dice Rafe, con voz seca—. Eso responde a la pregunta.

Mis mejillas arden de vergüenza, pero Matteo no me deja alejarme. Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura, manteniéndome presionada contra su costado. Reclamándome frente a su familia sin disculparse.

—Deberíamos irnos —dice, su voz todavía áspera por la necesidad —. Tengo planes para el resto de la tarde.

La forma en que lo dice, la promesa en su voz, hace que el calor se acumule entre mis muslos. Sé exactamente a qué tipo de planes se refiere y, Dios me ayude, yo también los quiero.

Quiero que me lleve a casa y termine lo que acabamos de empezar. Quiero que elimine hasta la última barrera entre nosotros hasta que no quede nada más que piel y calor y el tipo de honestidad que solo llega en la oscuridad.

Quiero que me haga olvidar todo excepto la forma en que dice mi nombre como una oración.

15

Matteo

El trayecto de regreso al piso franco es silencioso, pero es un silencio distinto al de antes. Eléctrico. Cargado. Isabella está sentada a mi lado, con la mano apoyada en el asiento entre nosotros, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de su piel. El beso en mi despacho aún arde entre nosotros, crudo, desesperado y completamente jodidamente adictivo.

Quiero tocarla. Quiero atraerla por el asiento hasta mi regazo, quiero hundir la cara en su cuello y aspirar su aroma hasta que sea lo único en mis pulmones. Pero me obligo a esperar. A dejar que la anticipación crezca hasta que ambos temblemos con ella.

Ella está en silencio, mirando por la ventanilla los árboles que se desdibujan en la oscuridad. Pero la sorprendo observándome en el reflejo, con sus ojos verdes oscuros de deseo. La imagen hace que mi polla palpite contra la cremallera.

—Estás pensando demasiado —digo con voz ronca.

—¿Ah, sí? —Se vuelve para mirarme, y el ardor de su mirada casi me para el corazón—. ¿En qué estoy pensando?

—En lo mucho que quieres que te toque. —Juego con la moneda entre mis dedos; el metal está tibio por mi piel—. En lo mucho que quieres que termine lo que empezamos en ese despacho.

Se le corta la respiración y veo cómo le salta el pulso en la garganta. —¿Eres terriblemente confiado.

—Tengo razón. —Atrapo la moneda y me la guardo en el bolsillo—. Y tú lo sabes.

El piso franco aparece entre los árboles, todo cristal, acero y sombras. Entro en el camino de entrada circular, pero ninguno de los dos se mueve para salir. El aire en el coche se siente espeso, cargado de todo lo que no decimos.

—Isabella. —Su nombre sale como una plegaria, como una promesa—. Mírame.

Se vuelve y lo veo todo en sus ojos. El miedo, el anhelo, la necesidad desesperada que ha estado intentando ocultar. Es un reflejo de todo lo que siento, de todo contra lo que he luchado desde el momento en que me la llevé.

—Necesito que sepas algo —digo, con la voz firme a pesar del caos en mi pecho—. Lo que pase a continuación, es tu decisión. Si dices que pare, paro. Si dices que no, me alejo. Pero si dices que sí…

—¿Qué pasa si digo que sí? —Su voz es apenas un susurro.

—Entonces te haré mía. Completamente. En todos los sentidos que importan. —Me acerco y mis dedos trazan la línea de su mandíbula —. Y no te dejaré ir. Nunca.

Se apoya en mi caricia, sus ojos se cierran con un aleteo. Cuando los vuelve a abrir, brillan con lágrimas y deseo y algo que parece rendición.

—Creí que me darías más miedo —dice en voz baja—. Pero no es así.

—¿Por qué no?

—Porque nunca me mentirías. Es más de lo que puedo decir de cualquier otra persona en mi vida.

Las palabras atraviesan como una cuchilla los muros que con tanto cuidado he levantado. Ella me ve. Me ve de verdad. No el apellido Rosetti ni la reputación ni la máscara cuidadosamente construida que llevo para todos los demás. Ve al hombre que hay debajo, y no huye.

Por Dios, ¿qué me está haciendo esta mujer? He pasado toda mi vida perfeccionando el arte de mantenerme distante, de mantener a todo el mundo a raya. Pero con ella, todas mis defensas se desmoronan.

Salgo del coche y voy hacia su lado, abriéndole la puerta como el caballero que mi madre crio. Ella toma la mano que le ofrezco, y el contacto me envía una descarga eléctrica por el brazo. Para cuando llegamos a la puerta principal, ambos respiramos con dificultad.

Dentro, el piso franco se siente diferente que antes. El aire de verano es espeso y húmedo, y trae el aroma de los pinos y del lago lejano a través de las ventanas abiertas. La suave iluminación lo baña todo en un tono dorado, haciendo que el espacio se sienta íntimo en lugar de frío. Puedo oír el coro de las cigarras afuera, su

canto mezclándose con la suave brisa nocturna que agita las cortinas.

Le sirvo una copa de vino, el cristal atrapando la luz de la lámpara, pero ella no la toma. Se queda ahí de pie, mirándome, con su vestido azul marino ceñido a sus curvas, su pelo cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. El colgante de esmeralda que le di ayer capta la luz en su garganta, un destello verde que combina con sus ojos. La visión de ella en mi espacio, rodeada del aroma del verano y la luz de las velas, me oprime el pecho con algo que no puedo nombrar.

—Me asustas de todas las formas equivocadas —dice en voz baja.

Dejo el vino y me muevo hacia ella, lento y deliberado. —Entonces dime que no te toque.

No lo hace.

La alcanzo, mis manos se posan en su cintura, y no se aparta. Al contrario, se acerca más, hasta que apenas queda un centímetro entre nosotros. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oler el dulce aroma de su piel.

—Isabella. —Su nombre es un gruñido en mis labios—. Dime qué quieres.

—Quiero… —Traga con fuerza, sus manos suben hasta apoyarse en mi pecho—. Quiero que me hagas olvidar todo excepto esto. Excepto a ti.

Ese es todo el permiso que necesito.

La beso, lento, profundo y concienzudo, vertiendo semanas de anhelo y necesidad en el contacto. Ella se derrite contra mí, sus manos se aferran a mi camisa, y puedo saborear el vino en sus

labios, el deseo que ha ido creciendo entre nosotros desde el momento en que me la llevé.

—Arriba —respiro contra su boca—. Te quiero en mi cama.

Ella asiente, y le tomo la mano, guiándola escaleras arriba hacia el dormitorio principal. El espacio está oscuro, excepto por la luz de la luna que entra a raudales por las ventanas, pero no enciendo las luces. No quiero que nada rompa el hechizo que nos envuelve.

Me volteo hacia ella y mis manos van al cierre de su vestido. El metal está tibio por su piel y puedo sentir su pulso acelerado bajo las yemas de mis dedos. —¿Estás segura?

—Sí. —La palabra sale entrecortada, desesperada—. Sí, Matteo. Por favor.

La confianza en su voz, la forma en que se rinde a mí por completo, abre algo dentro de mi pecho. He tenido mujeres antes, incontables mujeres, pero ninguna me había mirado como lo hace Isabella. Como si valiera la pena el riesgo.

Bajo el cierre lentamente, mis nudillos rozando su columna vertebral. El vestido azul marino susurra hasta el suelo y se amontona a sus pies en un círculo de tela estructurada. Se estremece y puedo sentir su pulso acelerado bajo mi tacto. La habitación está cálida por el calor del verano, pero de todos modos se le pone la piel de gallina en los brazos.

El vestido se amontona a sus pies, dejándola vestida solo con la lencería de encaje verde que le compré. La imagen me detiene el corazón. Se ve dorada bajo la luz de la lámpara, su piel sonrosada, cada curva perfecta y mía para adorarla.

—Joder —respiro, mis ojos devorando cada centímetro de ella—. Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

Trazo el borde del encaje con la yema de mi dedo, observando cómo su piel se sonroja de deseo. Está temblando, pero no de miedo. De anhelo. De necesidad. Con la misma hambre desesperada que me ha estado carcomiendo desde que la tomé.

La suavidad del encaje contrasta con el calor de su piel debajo. Puedo sentir los latidos de su corazón a través de sus costillas, puedo oler el sutil perfume que me vuelve loco mezclado con el aroma de su excitación.

—Tu turno —susurra ella, con las manos en los botones de mi camisa.

Dejo que me desvista, sus dedos cuidadosos y reverentes mientras me quita la tela de los hombros. Cuando traza la cicatriz en mi pecho, la que vendó hace solo unos días, tengo que reprimir un gemido.

—Has pasado por un infierno —dice en voz baja.

—Todavía lo estoy pasando. —Las palabras salen ásperas, honestas.

Ella se acerca más y presiona un beso sobre la cicatriz. —Entonces no lo pases solo.

La dulzura en su voz, la aceptación, abre algo dentro de mi pecho. Nunca nadie me había mirado como ella lo hace. Como si valiera la pena salvarme. Como si valiera la pena amarme.

La levanto y la pongo sobre la cama; las sábanas frías contra nuestra piel sobrecalentada. Está extendida debajo de mí como un festín, toda piel dorada y encaje verde y ojos que arden de deseo.

La luz de la luna que entra por las ventanas pinta patrones plateados sobre su cuerpo, y yo me inclino para besarle el cuello, la clavícula, la curva de sus senos por encima del encaje.

La habitación huele a su perfume y al aire nocturno que entra por las ventanas. Puedo saborear la sal en su piel, sentir el rápido aleteo de su pulso bajo mis labios.

—Dios, las cosas que quiero hacerte —murmuro contra su piel—. Las formas en que quiero hacerte mía.

—Dime —jadea, arqueando la espalda mientras la beso más abajo —. Dime qué quieres.

—Quiero adorar cada centímetro de ti —digo, con la voz áspera por la necesidad—. Quiero hacerte venir tan fuerte que olvides tu propio nombre. Quiero marcarte, reclamarte, asegurarme de que nunca olvides a quién le perteneces.

Gime, sus manos se enredan en mi pelo mientras la beso bajando por su cuerpo. Me tomo mi tiempo, memorizando el sabor de su piel, los sonidos que hace, la forma en que responde a mi tacto. Cuando llego al borde de sus bragas, la miro, mis ojos oscuros con una promesa.

—Mía —gruño, y ella no dice nada, solo asiente frenéticamente.

Le quito el encaje y le abro más los muslos, deleitándome con su vista. —Mírate —gruño, con la voz áspera por el hambre—. Ya tan mojada para mí. Este coñito lindo está goteando, y ni siquiera te he tocado todavía.

Ella gimotea, sus caderas se levantan hacia mí, y la sujeto con manos firmes sobre sus muslos.

—Dime qué quieres —exijo, con mi aliento caliente contra su piel —. Dime exactamente qué quieres que te haga.

—Quiero tu boca —jadea, con las mejillas sonrojadas—. Quiero que me pruebes.

—Joder, sí. —Me inclino, arrastrando mi lengua por su humedad en una caricia larga y lenta. Ella grita, su espalda se arquea y se despega de la cama—. Sabes a gloria, nena. Podría comerme este dulce coño durante horas.

La devoro como un hombre hambriento, mi lengua trabajando su clítoris mientras deslizo dos dedos profundamente dentro de ella. Está tan apretada, tan caliente, apretándose a mi alrededor como si nunca quisiera dejarme ir.

—Dios, Matteo —resuella, sus manos se cierran en mi pelo—. No pares. Por favor, no pares.

—Nunca —gruño contra ella—. Voy a hacer que te vengas en mi lengua, y luego voy a follarte hasta que no puedas recordar ni tu propio nombre.

Encorvo los dedos, encontrando ese punto perfecto que la hace gritar. Sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza, y puedo sentir que se está acercando, su cuerpo tensándose.

—Córrete para mí —ordeno, con la voz ahogada contra su coño—. Córrete por toda mi cara, nena. Déjame sentir cómo te deshaces.

Se hizo añicos; su orgasmo se estrelló sobre ella como un maremoto. La ayudo a superarlo, lamiendo cada gota de su dulzura hasta que queda laxa y jadeando debajo de mí.

—Hermosa —respiro, subiendo por su cuerpo a besos—. Tan jodidamente hermosa cuando te vienes.

Me acomodo entre sus muslos, mi verga dura y adolorida contra su entrada. Todavía está temblando por su clímax, sus pupilas dilatadas por el placer.

—Dime que quieres esto —digo, con la voz tensa por el control—. Dime que quieres mi verga dentro de ti.

—Sí —jadea, clavándome las uñas en los hombros—. Te quiero dentro de mí. Quiero sentir cómo me abres.

—Mierda. —La penetro lentamente, observando su rostro mientras la lleno centímetro a centímetro. Está tan apretada que es casi doloroso; sus paredes me sujetan como un tornillo de banco—. Tu coño se siente como seda alrededor de mi verga. Tan húmedo, caliente y perfecto.

Cuando estoy completamente dentro de ella, hago una pausa para darle tiempo a que se acostumbre. Jadea debajo de mí, con sus ojos verdes oscurecidos por el deseo.

—Eres tan grande —susurra, con la voz llena de asombro—. Puedo sentirte en todas partes.

—Bien. —Empiezo a moverme, lento y profundo, observando su rostro mientras la desarmo—. Quiero que me sientas por días. Quiero que recuerdes exactamente cómo te hice mía.

Aumento el ritmo, embistiéndola más fuerte, más profundo. El sonido de nuestros cuerpos al unirse llena la habitación, piel contra piel, sus suaves gemidos mezclándose con mis roncos gruñidos.

—Mírame —ordeno, y sus ojos se abren de golpe—. Quiero que veas quién te está haciendo sentir tan bien. Quién está estirando este coñito apretado.

—Tú —jadea, arqueando el cuerpo bajo el mío—. Solo tú.

—Así es, nena. Este coño me pertenece ahora. —Me inclino, con mi boca caliente contra su oreja—. Dilo. Dime a quién le perteneces.

—Te pertenezco —gime, mientras sus paredes se contraen a mi alrededor—. Soy tuya, Matteo.

—Joder, sí. —La embisto con más fuerza, perdiendo el control—. Mía. Toda mía. Nadie más puede tocarte, probarte, hacerte venir. Solo yo.

Siento que está a punto de llegar de nuevo, su cuerpo se tensa debajo de mí. Llevo mi mano entre nosotros, mi pulgar encuentra su clítoris y lo rodea con firme presión.

—Córrete conmigo —gruño, mientras mis embestidas se vuelven erráticas—. Quiero sentir cómo te vienes en mi verga. Quiero sentir cómo este coño me ordeña hasta dejarme seco.

Grita mi nombre mientras se viene, sus paredes apretándome como un tornillo de banco. La sensación me empuja al límite, y me entierro profundo mientras la sigo al abismo, mi orgasmo arrasando dentro de mí como un incendio forestal.

—Por Dios —jadeo, con mi frente pegada a la suya. El sudor gotea entre nosotros, nuestros cuerpos resbaladizos y sobrecalentados a pesar de la brisa de verano que entra por las ventanas abiertas—. Esto fue… joder, Isabella. Vas a ser mi perdición.

Nunca sentí nada como esto. Nunca perdí el control tan completamente con una mujer. Darme cuenta de esto debería hacerme huir, pero en cambio, me hace querer más. Me hace querer meterme bajo su piel y no irme nunca.

Ella traza la cicatriz de mi pecho con dedos suaves, y le tomo la mano, presionándola contra mi corazón acelerado. —¿Sientes eso?

—pregunto, con la voz ronca por una emoción que no estoy acostumbrado a mostrar—. Tú me provocas esto. Nadie más ha…

No puedo terminar la frase. No puedo admitir cuán completamente me ha destrozado. Pero ella lo ve de todos modos, esos ojos verdes se suavizan con comprensión.

—Lo sé —susurra—. Yo también lo siento.

Las cigarras zumban afuera, mezclándose con el sonido lejano del agua lamiendo la orilla. La habitación huele a sexo y a su perfume, y quiero memorizar cada detalle. La forma en que su cabello se abre en abanico sobre la almohada, el sonrojo que cubre su piel, la forma en que me mira como si yo fuera algo precioso en lugar de peligroso.

Debería estar satisfecho. Debería estar listo para abrazarla y dormir. Pero verla debajo de mí, ver la forma en que su cuerpo responde al mío, siento que mi verga se agita de nuevo. La imagen de ella extendida en mis sábanas, marcada con mi tacto, es lo más adictivo que he visto en mi vida.

—Mierda —respiro, sorprendido por mi propia recuperación—. Mira lo que me haces.

Ella baja la mirada y me ve endureciéndome de nuevo, sus ojos se abren como platos. —¿Ya?

—¿Te sorprende? —Le muerdo el cuello, saboreando a sal y a Isabella—. Llevo semanas deseándote. Una vez no es ni de cerca suficiente.

La seguridad en mi voz enmascara la conmoción que siento. Tengo veintinueve años, no soy un adolescente que no puede controlarse. Pero con ella, todo mi control habitual es inútil.

—Date la vuelta —ordeno, mi voz ronca por un deseo renovado—. Quiero tomarte por detrás. Quiero ver cómo mi verga desaparece en tu coño.

Se pone a cuatro patas, ofreciéndose a mí, y la visión casi me detiene el corazón. Paso mis manos por la curva de su culo, apretando y amasando.

—Mírate —gruño, posicionándome en su entrada—. Tan jodidamente perfecta. Este culo, este coño, todo mío.

Me deslizo dentro de ella de nuevo, y ambos gemimos ante la sensación. Este ángulo se siente diferente, más profundo, y puedo verlo todo. La forma en que su cuerpo se estira para acomodarme, la forma en que empuja hacia atrás contra mí, desesperada por más.

—Más duro —suplica, con la voz ahogada por la almohada—. Por favor, Matteo. Lo necesito más duro.

—Pequeña codiciosa —río entre dientes, pero le doy lo que quiere. Mis manos se aferran a sus caderas mientras la embisto, el sonido de nuestros cuerpos chocando resuena por la habitación—. Te encanta esto, ¿verdad? Te encanta que te follen así.

—Sí —grita, su cuerpo temblando con cada embestida—. Dios, sí. No pares.

La rodeo con el brazo, mis dedos encuentran su clítoris de nuevo. —Córrete para mí una vez más —exijo—. Quiero sentir cómo te deshaces en mi verga otra vez.

Se viene con un grito que es casi un alarido, su cuerpo convulsionando a mi alrededor. La sigo al abismo, mi orgasmo me golpea como un tren de carga mientras me vacío dentro de ella.

Nos derrumbamos juntos sobre las sábanas, ambos con la respiración agitada, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor. El aire de verano se desliza por nuestra piel, enfriando el calor que hemos generado. Ella está acurrucada a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón latir contra el mío.

La habitación está en silencio, excepto por nuestras respiraciones entrecortadas y el sonido lejano del agua contra la orilla. La luz de la luna entra a raudales por las ventanas, bañando todo en plata. Trazo patrones perezosos en su hombro desnudo, mis dedos aún tiemblan ligeramente por la intensidad de lo que acaba de suceder.

Esto no es solo sexo. Es algo completamente diferente. Algo que puso mi mundo cuidadosamente ordenado de cabeza y me hizo cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Yacemos allí después, con la respiración agitada, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor. Ella está acurrucada a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón latir contra el mío. Trazo patrones perezosos sobre su hombro desnudo, sin querer romper el hechizo.

—No sabía que podía sentirse así —susurro en la oscuridad—. Como si estuvieras dentro de mi puto pecho.

Ella levanta la cabeza para mirarme, sus ojos suaves con algo que se asemeja al amor. —¿Y ahora qué pasa?

—¿Ahora? —La atraigo hacia mí, posesivo y protector—. Ahora eres mía. Y yo soy tuyo. Sea lo que carajos signifique eso.

Ella traza la cicatriz de mi pecho, su tacto suave y reverente. —Significa que lo resolveremos juntos.

—Juntos —repito, la palabra extraña en mi lengua. Nunca he hecho nada «juntos». Nunca he querido. Pero con ella, todo es diferente—. Puedo vivir con eso.

Ella sonríe y se acomoda de nuevo contra mi pecho. La observo hasta que su respiración se acompasa, hasta que se duerme en mis brazos. La moneda de plata yace en la mesita de noche, olvidada. No la he tocado en toda la noche, no he necesitado el consuelo familiar del metal girando entre mis dedos.

Por primera vez en mi vida, no necesito la distracción. No necesito la barrera. Tengo todo lo que necesito aquí mismo, cálida y suave y mía. La mujer que ve a través de todas mis mentiras y aun así me quiere.

Pero mientras yazco allí en la oscuridad, escuchando los sonidos de la noche a través de las ventanas, abrazándola, no puedo quitarme la sensación de que esta es la calma antes de la tormenta. De que lo que sea que venga después intentará destruirnos.

No funcionará. No lo permitiré.

Isabella es mía ahora. Y yo protejo lo que es mío.

Sin importar lo que cueste.

16

Isabella

La pesadilla me desgarra como si fueran garras, arrastrándome a la oscuridad donde los rostros se desdibujan y las voces susurran secretos que no puedo entender. Corro por pasillos familiares que se alargan hasta el infinito, las puertas se cierran de golpe detrás de mí y el sonido resuena como disparos. La voz de Chase me persigue, prometiendo consecuencias de las que no puedo escapar.

Entonces, una calidez me envuelve. Unos brazos fuertes me atraen hacia un pecho firme, una voz grave que murmura palabras que no logro distinguir. El pánico se disuelve, reemplazado por algo seguro y dolorosamente familiar.

—Shh, *bella*.

La palabra flota en mi consciencia, pronunciada en un idioma que no entiendo, pero que de alguna manera reconozco. Estoy atrapada entre el sueño y la vigilia, la consciencia va y viene como la marea.

Un pulgar me acaricia la mejilla, secando lágrimas que no sabía que derramaba.

Más palabras en italiano, suaves y reconfortantes. Capto «sicura» y «qui», pero el significado se me escapa como agua entre los dedos. Aun así, el tono es suficiente. Tierno. Protector. Una voz que conozco, incluso a través de la neblina del duermevela.

Su sonido tira de algo enterrado en mi memoria. Esta voz, estas manos, esta sensación de que me abracen. Es familiar de una manera que me oprime el pecho.

—Estás a salvo. Estoy aquí.

Esas palabras son en inglés, ásperas por el sueño y por algo más profundo. Salgo a la superficie lentamente, aferrándome a la seguridad de esos brazos, al ritmo constante de la respiración bajo mi mejilla. La realidad se filtra poco a poco. El aroma de su colonia. La calidez de su piel. El peso sólido de su presencia. La luz de la mañana se filtra por las cortinas, bañándolo todo en un tono dorado. El aroma de una colonia cara y de algo singularmente masculino llena mis pulmones, y me doy cuenta de dónde estoy.

El pecho de Matteo sube y baja bajo mi mejilla, su corazón late firme y fuerte. Un brazo me rodea la cintura, sujetándome con fuerza, mientras su otra mano descansa en mi cabello. Como si lo hubiera estado acariciando mientras yo dormía.

Como si me hubiera estado consolando.

La revelación me cae como un balde de agua fría. Me quedo completamente quieta, procesando los fragmentos de recuerdos que flotan en mi mente. Un toque suave en la oscuridad. Palabras suaves

en italiano. La sensación de que me abrazaran mientras los sueños se convertían en pesadillas.

Ya ha hecho esto antes.

El recuerdo aflora sin ser llamado: despertarme brevemente en mitad de la noche, con unos brazos fuertes a mi alrededor, alguien susurrando que todo estaba bien. Había pensado que era parte del sueño, que mi subconsciente creaba el consuelo que necesitaba. Pero la almohada a mi lado está ligeramente hundida y hay un vaso de agua en la mesita de noche que no estaba ahí cuando me fui a dormir.

¿Cuántas noches ha venido a mí? ¿Cuántas veces me ha abrazado durante los terrores que mi mente crea?

Intento apartarme sin despertarlo, pero su brazo se tensa a mi alrededor de inmediato. Su respiración cambia, se vuelve más alerta y me doy cuenta de que ha estado despierto todo el tiempo.

—Estás bien —murmura él, con la voz áspera por el sueño, pero sus ojos son agudos cuando se encuentran con los míos.

—Has estado haciendo esto —las palabras salen como un susurro —. Todas las noches.

No lo niega, no intenta poner excusas. Solo me mira con esos ojos oscuros que ven demasiado. —¿Lloras en sueños.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Habría importado? —Su mano se mueve para ahuecar mi cara, el pulgar trazando la línea de mi pómulo—. Estabas sufriendo. Lo arreglé.

La sencillez de sus palabras rompe algo dentro de mi pecho. No lo hizo para recibir reconocimiento o gratitud. Lo hizo porque yo sufría

y él no podía soportar verlo.

—No te entiendo —susurro.

—¿Qué es lo que no entiendes? —su pulgar se mueve para delinear mi labio inferior y siento que ese calor familiar comienza a crecer—. Eres mía. Cuido lo que es mío.

La posesividad en su voz debería enojarme. Debería hacer que me apartara, que le recordara que me pertenezco a mí misma. En cambio, envía electricidad por mis venas, me hace presionar más contra la calidez de su cuerpo.

—Viste cada parte rota de mí —digo, la confesión arrancada en carne viva de mi garganta—. Y te quedaste.

—Claro que carajo me quedé —las palabras son feroces, seguras—. ¿Creíste que saldría corriendo porque tienes pesadillas?

Algo se quiebra dentro de mí ante la cruda honestidad de su voz. Todos los muros que he construido, toda la cuidadosa distancia que he mantenido, se desmoronan frente a su firme presencia. Me ha visto en mis momentos más débiles y vulnerables, y no se fue. No lo usó en mi contra.

Solo me abrazó.

—Matteo —su nombre sale roto, necesitado.

—Lo sé, *bella* —su frente toca la mía y puedo sentir su aliento cálido contra mis labios—. Lo sé.

Esta vez, cuando me besa, no hay desesperación. Ni reclamo ni conquista. Solo una ternura que me duele en el pecho y hace que mis ojos ardan con lágrimas no derramadas. Su boca se mueve contra la mía como si estuviera memorizando el sabor, la sensación, la forma en que respondo a su toque.

Mis manos se hunden en su cabello, atrayéndolo más cerca, y él emite un sonido profundo en su garganta que va directo a mi centro. El beso se profundiza, se convierte en algo hambriento, desesperado y real. No se trata de poder o control, sino de conexión. De dos personas que han encontrado en el otro algo que no sabían que estaban buscando.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos oscuros buscan en mi rostro algo que no estoy segura de saber cómo dar.

—No dejes de mirarme —susurro, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

Sus pupilas se dilatan y, de repente, su boca está de nuevo sobre la mía, más fuerte esta vez. Más exigente. Sus manos se deslizan por mi cuerpo y me arqueo ante su tacto como si estuviera hambrienta de él.

—Ni siquiera sabes lo que me provocas —gruñe contra mi garganta, con la voz áspera por el deseo—. Andando por ahí con mi ropa, mirándome como si no estuvieras segura de si quieres huir o dejar que te joda hasta dejarte sin sentido.

Las crudas palabras envían calor directo a mi centro. Se me corta la respiración y siento que mi cuerpo responde de maneras que deberían avergonzarme, pero que solo me hacen desear más.

—Sé exactamente lo que quiero —susurro.

—¿Ah, sí? —Su mano se desliza más abajo, las yemas de sus dedos trazando patrones en mi muslo desnudo—. Dímelo.

—A ti. —La palabra sale como un gemido cuando muerde suavemente el punto donde late mi pulso—. Te quiero a ti.

La confesión parece quebrar algo en él. Sus manos se vuelven más exigentes, más posesivas, y de repente estoy boca arriba con él cerniéndose sobre mí. La luz de la mañana resalta el oro de su cabello, los planos afilados de su rostro, y parece algo esculpido en mármol. Hermoso y peligroso y completamente enfocado en mí.

—Dilo otra vez —ordena, con la voz oscura por la necesidad.

—Te quiero a ti —repito, mi voz más fuerte ahora. Más segura—. Quiero que me toques.

—¿Dónde? —Sus dedos recorren la cara interna de mi muslo, haciéndome temblar—. ¿Aquí?

—Sí —jadeo.

—¿Y aquí? —Su mano roza mis costillas, el pulgar rozando la parte inferior de mi seno a través de la delgada tela de mi camisón.

—En todas partes —susurro—. Quiero que me toques en todas partes.

—Por Dios, Isabella. —Su boca se estrella contra la mía, y esta vez no hay nada de delicadeza en ello. Es reclamante, posesivo, el beso de un hombre al que por fin se le ha dado permiso para tomar lo que quiere.

Sus manos encuentran el dobladillo de mi camisón, deslizándolo hacia arriba por mi cuerpo con un cuidado reverente. Cuando el aire frío golpea mi piel, me estremezco, pero no de frío. Es por el ardor en sus ojos mientras me mira, la forma en que se le corta la respiración cuando me ve tendida debajo de él.

—Hermosa —murmura, sus manos rozando mis costillas, mi cintura, la curva de mis caderas—. Tan jodidamente hermosa.

Cada caricia envía electricidad por mis venas, me hace arquearme hacia él como una flor buscando la luz del sol. Cuando su boca sigue el camino de sus manos, estoy perdida, ahogándome en sensaciones y necesidad y algo que se siente peligrosamente cercano al amor.

Sus labios encuentran mi seno, la lengua chasqueando contra mi pezón, y grito, mi espalda arqueándose fuera de la cama. La sensación es abrumadora, demasiado y no lo suficiente, todo a la vez.

—¿Te gusta eso? —pregunta, con la voz áspera por la satisfacción —. ¿Te gusta cuando uso mi boca en ti?

—Sí —susurro, más allá del orgullo o la negación.

—Bien. Porque voy a saborear cada centímetro de ti. —Su boca se mueve más abajo, depositando besos en mi vientre, en los huesos de mi cadera, en la piel sensible de la cara interna de mi muslo—. Voy a hacer que te vengas en mi lengua hasta que estés temblando y suplicando por más.

Las palabras deberían escandalizarme, pero en cambio envían un calor líquido que se acumula entre mis piernas. Mis manos aprietan las sábanas mientras él se acomoda entre mis muslos, su aliento cálido contra mis lugares más íntimos.

—Mírame —dice, con la voz áspera por la orden—. Quiero ver tu cara cuando te haga pedazos.

Encuentro su mirada oscura, y la intensidad allí me roba el aliento. Hay posesividad, sí, pero también algo más profundo. Algo que me oprime el pecho con una emoción que no sé cómo nombrar.

Cuando su boca finalmente me toca, me pierdo. Perdida en una sensación tan intensa que roza el dolor. Me trabaja con su lengua,

sus labios, sus dientes, hasta que me retuerzo debajo de él, desesperada por el orgasmo.

—Eso es —murmura contra mi piel—. Déjame oírte. Déjame oír lo bien que te hago sentir.

Estoy más allá de las palabras, del pensamiento, más allá de cualquier cosa que no sea el placer que se acumula dentro de mí como un incendio forestal. Cuando desliza un dedo dentro de mí, y luego otro, me quiebro por completo. El orgasmo me desgarra con una intensidad que me deja sin aliento, temblando, completamente deshecha.

No se detiene. No me da tiempo a recuperarme. En cambio, me lleva a través de él, exprimiendo hasta el último temblor hasta que estoy sin fuerzas y jadeando.

—Sabes a gloria —dice, con la voz áspera por la necesidad mientras sube besándome por mi cuerpo—. Dulce, perfecta y mía.

Puedo saborearme en sus labios cuando me besa, y es lo más erótico que he experimentado jamás. Mis manos buscan a tientas sus bóxers, desesperada por sentirlo todo, por darle el mismo placer que él me ha dado a mí.

—Joder, sí —gime cuando envuelvo mi mano alrededor de él. Está duro como el acero, caliente y pesado en mi palma—. Así mismo, bella.

Lo acaricio lentamente, observando cómo su rostro se contrae de placer. El poder es embriagador, saber que puedo hacer que este hombre peligroso se deshaga con solo mi tacto.

—Necesito estar dentro de ti —dice, con la voz tensa—. Ahora.

—Entonces tómame —susurro, sorprendida por mi propia audacia.

Se queda quieto sobre mí, sus ojos buscando los míos. —¿Estás segura de esto? ¿De mí?

La pregunta me toma por sorpresa. Hay vulnerabilidad en su voz, una incertidumbre que nunca antes había escuchado. Este hombre que me secuestró, que controla todo a su alrededor, me está pidiendo permiso. Mi confianza.

—Sí —susurro, mis manos enmarcando su rostro—. Estoy segura.

—Gracias, joder —gime, dejando caer su frente para apoyarla en la mía—. Porque no creo que pudiera parar ahora aunque me lo pidieras.

Las palabras parecen desatar algo en él. Se posiciona en mi entrada, y puedo sentir la punta roma de su miembro presionándome, caliente y exigente.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Sí —susurro—. Por favor.

Se introduce en mí lentamente, estirándome, llenándome por completo. La sensación es abrumadora, esta sensación de ser poseída tan a fondo, tan completamente. Puedo ver la lucha por el control en su rostro, la forma en que aprieta la mandíbula mientras me da tiempo para acostumbrarme.

—Te sientes tan jodidamente bien —gime, mientras apoya la frente contra la mía—. Tan apretada. Tan perfecta.

Cuando empieza a moverse, lo hace con una reverencia que hace que las lágrimas asomen a mis ojos. Esto no es solo sexo. Es adoración, devoción, la manifestación física de algo a lo que ninguno de los dos está listo para ponerle nombre.

—Mírame —ordena, con la voz áspera por la necesidad—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía.

Encuentro su mirada, y la intensidad en ella me roba el aliento. Ojos oscuros que me atraviesan el alma con la mirada, que derriban todas las defensas que alguna vez construí.

—Eres mía —dice, con sus caderas moviéndose a un ritmo que me hace escalar hacia otra cima—. Dilo.

—Soy tuya —jadeo, mi cuerpo arqueándose para encontrar el suyo.

—Así es. Me perteneces. —Su ritmo aumenta, se vuelve más exigente—. Este coñito perfecto me pertenece. ¿Sabes lo que voy a hacerte?

Las palabras obscenas me hacen perder el control, hacen que me apriete a su alrededor de una forma que lo hace maldecir entre dientes.

—Voy a follarte hasta que no puedas caminar derecho —continúa, su voz oscura y llena de promesas—. Hasta que estés tan adolorida por mi verga que me sentirás por días. Y cada vez que te sientes, cada vez que te muevas, recordarás a quién le perteneces.

—Cielos —respiro, mis uñas clavándose en sus hombros.

—Te gusta eso, ¿no es así? —Su boca se curva en esa sonrisa maliciosa que he llegado a conocer tan bien—. A mi dulce y correcta Isabella le gusta que le digan que va a ser follada hasta perder el sentido.

Las palabras deberían escandalizarme, pero en cambio envían fuego líquido por mis venas. —Sí —admito, superado el punto de la vergüenza.

—Buena chica. —Su mano se desliza entre nosotros, encontrando ese punto sensible que me hace gritar—. Porque planeo arruinarte para cualquier otro. Ningún otro hombre te hará sentir así.

—No —concuerdo, mi voz quebrándose en la palabra—. Solo tú.

—Solo yo —confirma, sus movimientos volviéndose más urgentes —. ¿Y sabes cuál es la mejor parte? Vas a suplicarme por esto. Vas a despertar mojada y adolorida, pensando en mi verga dentro de ti.

La presión se acumula dentro de mí como una presa a punto de estallar, y puedo sentir que estoy al borde del precipicio. Sus palabras, su tacto, la forma en que se mueve dentro de mí… es demasiado.

—Puedo sentir que te estás acercando —murmura, su voz oscura y llena de satisfacción—. Tu dulce coñito me está apretando muy fuerte. Vas a correrte para mí otra vez, ¿no es así?

—Sí —respiro, mi cuerpo temblando al borde.

—Cuando lo hagas, quiero que grites mi nombre. Quiero que todos sepan quién te hace sentir así de bien. ¿Puedes hacer eso por mí, *bella*?

La orden me empuja al abismo. Mi orgasmo me atraviesa con una fuerza devastadora, y hago exactamente lo que me pidió: grito su nombre hasta que mi garganta queda en carne viva.

—Esa es mi chica —gime, sus movimientos se vuelven erráticos—. Joder, eres perfecta. Tan perfecta.

Me sigue al abismo, su liberación lo desgarra con una intensidad que lo deja temblando. Mi nombre cae de sus labios como una plegaria, como una confesión, como algo sagrado.

Después, cuando ambos respiramos con dificultad y mi cuerpo está flácido por la satisfacción, me pega contra su pecho. Su mano acaricia mi cabello, el mismo toque gentil que me ha estado consolando a través de pesadillas que ni siquiera sabía que estaba presenciando.

—Sigues arreglándome —susurro contra su piel—. Y no sé si estoy lista para eso.

—No tienes que estar lista —dice en voz baja—. Solo no huyas.

—No me dejes sola después —susurro, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

—Nunca —promete, sus brazos apretándose a mi alrededor—. Eres mía, Isabella. Y yo cuido lo que es mío.

Y por primera vez desde que me tomó, le creo por completo.

17

Matteo

La satisfacción debería ser suficiente. Debería serlo todo.

Apenas hemos salido de esta cama en todo el día. Solo sábanas enredadas y exigencias susurradas, el cuerpo de Isabella debajo del mío, sobre el mío, presionado contra mí como si no pudiera acercarse lo suficiente. En algún momento conseguimos comida, dándonos fresas y champaña el uno al otro como si estuviéramos en nuestra propia luna de miel privada en lugar de escondiéndonos del mundo.

Luego la tuve de nuevo sobre la encimera de la cocina, con sus piernas enroscadas en mi cintura mientras suplicaba por más. Y otra vez en la ducha, con el agua corriendo por nuestros cuerpos mientras ella gritaba mi nombre.

Ahora yazgo aquí en la oscuridad, viendo a Isabella dormir a mi lado, su cabello rubio miel derramado sobre mi pecho como seda. La habitación aún conserva el olor a sexo y sudor, el sabor salado de su

piel persistiendo en mis labios. Su respiración es profunda y regular, sin pesadillas esta noche. Solo paz.

Mi paz.

Este no era el plan. Se suponía que ella nunca significaría nada.

La moneda de plata descansa en la mesita de noche, reflejando la luz de la luna que entra por las ventanas. La he estado lanzando entre mis dedos desde que tenía doce años, un hábito nervioso que surge cuando pienso en cosas peligrosas. Esta noche no me atrevo a tocarla. Mis manos están demasiado ocupadas memorizando la curva de su espalda, la forma en que su pulso revolotea en su garganta.

Hace tres semanas, Isabella Callahan era una fotografía en una carpeta. Un medio para un fin. La debilidad de Chase envuelta en un empaque elegante.

Ahora es la mujer que grita mi nombre cuando se viene. Que confía en mí lo suficiente como para desmoronarse en mis brazos. Que me mira como si yo fuera alguien a quien vale la pena salvar y no algo a lo que se debe sobrevivir.

La comprensión me pesa en el pecho, peligrosa y adictiva. He pasado toda mi vida perfeccionando el arte de que nada me importe, de mantener a todos a distancia para que no puedan herirme. Pero Isabella se coló entre todas las defensas que construí, se hizo indispensable cuando no estaba mirando.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche, la vibración nítida en la silenciosa habitación. Isabella se remueve, pero no se despierta, su mano se acurruca contra mi pecho. Debería ignorarlo. Debería quedarme aquí en este momento perfecto donde no existe nada más que el calor de su piel y el ritmo constante de su respiración.

Pero el teléfono sigue vibrando. Insistente. Urgente.

Me levanto de la cama con cuidado, tomando el teléfono y mis jeans. Isabella murmura algo en sueños, buscando el calor que dejé atrás. La imagen me oprime el pecho con algo que no quiero examinar.

El pasillo está oscuro, todo sombras y silencio. Reviso el identificador de llamadas: Emilio. Mi hermano gemelo no llama a las tres de la mañana a menos que algo haya salido muy mal. Especialmente no desde su luna de miel en la Toscana.

—¿Qué pasa? —mantengo la voz baja, avanzando hacia la oficina al final del pasillo.

—Tenemos que hablar. Ahora. —La voz de Emilio es cortante, pura seriedad. Desapareció el humor desenfadado, la arrogancia casual. Esta es la voz del hombre que construyó un imperio a base de códigos y vigilancia—. Videollamada encriptada. Cinco minutos.

La línea se corta. Me quedo mirando el teléfono, con un nudo de pavor en el estómago. Lo que sea que Emilio haya encontrado, es lo suficientemente malo como para sacarlo de su luna de miel con Mara.

La oficina está fría, todo vidrio y acero y ese tipo de muebles modernos que se ven imponentes pero en los que sentarse es como sentarse sobre hielo. Enciendo la computadora portátil segura y la pantalla proyecta una luz azul sobre mi rostro. Afuera, el viento se mueve entre los árboles, sus ramas raspando contra las ventanas.

El rostro de Emilio aparece en la pantalla, pixelado, pero lo suficientemente claro como para ver la expresión sombría de su boca. Detrás de él, vislumbro el campo italiano a través de las

ventanas del hotel. Está sentado en un escritorio, con el cabello oscuro despeinado como si hubiera estado pasándose las manos por él.

—Dime —digo.

—Encontramos pruebas. —La voz de Emilio es firme, controlada. La forma en que se pone cuando está dictando sentencias de muerte —. Sobre los padres de Isabella.

Se me seca la garganta. La silla de cuero cruje mientras me reclino, procesando la información. —¿Qué tipo de pruebas?

—Del tipo que lo cambia todo. —Los dedos de Emilio se mueven por su teclado, los agudos clics resonando a través de la conexión—. ¿Recuerdas ese contacto que teníamos en la organización de Chase? ¿El que desapareció hace seis meses?

—Vagamente.

—No desapareció. Murió. Pero no sin antes copiar algunos archivos en una unidad encriptada. Su viuda acaba de presentarse. —Los dedos de Emilio se mueven sobre su teclado, el sonido familiar de mi gemelo trabajando—. He estado analizando los datos toda la noche. Matt, esto es peor de lo que pensábamos.

La pantalla parpadea y de repente estoy viendo imágenes de vigilancia granuladas. La marca de tiempo indica que son de hace quince años. Siento un sabor a cobre en la boca mientras observo a Chase Callahan caminar por lo que parece ser un almacén, con el rostro tranquilo y profesional. Joven. Ambicioso. Hambriento.

—Sigue mirando —dice Emilio en voz baja.

La grabación cambia a otro ángulo. Chase está hablando con alguien fuera de cámara, su lenguaje corporal es animado. Enojado.

Luego asiente, como si estuviera aceptando algo, y se aleja.

La cámara hace un paneo, siguiendo su movimiento. Y ahí, en el fondo, los veo. Un hombre y una mujer, ambos de cabello oscuro, ambos aterrorizados. Con sangre en la ropa. Sus manos atadas a la espalda.

Los padres de Isabella.

Mis manos se cierran en puños. La pantalla de la computadora se vuelve borrosa por un momento, y tengo que parpadear para enfocar. Estas personas criaron a la mujer que duerme en mi cama. Le cantaron canciones de cuna. Le besaron las rodillas raspadas. Y el maldito de Chase Callahan ordenó que los ejecutaran como si no fueran nada.

—Hay más. —La voz de Emilio atraviesa el rugido en mi cabeza—. Encontré el audio oculto en los metadatos.

El sonido es metálico, distorsionado, pero lo suficientemente claro. La voz de Chase, quince años más joven, pero inconfundiblemente la suya.

—Haz que parezca un accidente. Un robo que salió mal o un accidente de coche. Lo que sea. La chica no puede saber la verdad.

—¿Y el testamento? —pregunta otra voz, una que no reconozco.

—Yo me encargaré del testamento. Isabella recibe el fideicomiso, la fundación, todas las cosas bonitas que la mantienen feliz y callada. Pero el verdadero imperio se queda conmigo.

La grabación se corta con estática. Miro fijamente la pantalla, con el pecho oprimido por la rabia. Cada músculo de mi cuerpo clama por violencia. Por sangre. Por la satisfacción de poner mis manos alrededor de la garganta de Chase y apretar hasta que se le salgan

los ojos. La mujer que duerme en mi cama, la mujer que confía en mí, que me llama su refugio… ha estado viviendo una mentira toda su vida.

—También tenemos registros bancarios —continúa Emilio—. Documentos falsificados. Chase la ha estado usando como fachada, convirtiéndola en el rostro legítimo de un imperio construido sobre la sangre de sus padres.

No puedo respirar bien. El aire de la oficina se siente enrarecido, sofocante. —No lo sabe. No sabe nada de esto.

—No. Pero lo sabrá. Y cuando lo sepa, será algo más que la debilidad de Chase. Será su mayor amenaza.

La verdad me cae como un balde de agua fría. Isabella ya no es solo una pieza de negociación. No es solo la mujer de la que me he estado enamorando a pesar de que todos mis instintos me decían que huyera. Es la heredera legítima de un imperio, la única persona que puede destruir a Chase Callahan por completo.

Y está acostada desnuda en mi cama, confiando en que la mantendré a salvo.

—Hay algo más —continúa Emilio, con la voz más sombría—. Nuestras fuentes dicen que Chase planea hacer limpieza. La ha dejado vivir porque era útil, controlable. Pero ahora que ha estado con nosotros, ahora que ha visto lo que hay detrás del telón…

Las palabras me saben a ceniza. —La matará.

—Lo intentará. La pregunta es, ¿vamos a dejar que lo haga?

Cierro los ojos, pensando en las pesadillas de Isabella. La forma en que se estremece cuando la gente menciona a sus padres. Las

lagunas en su memoria que siempre ha tenido miedo de examinar. Ha estado viviendo en una jaula de mentiras, y ni siquiera lo sabe.

—Envíame todo —digo—. Cada archivo, cada grabación, cada prueba.

—Matt…

—Envíalo todo. Merece saber la verdad.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Emilio, y oigo algo en su voz que nunca había oído antes. Preocupación. Por mí—. Una vez que lo sepa, no hay vuelta atrás. Nunca volverá a ser la misma.

Pienso en la mujer que está arriba, en la forma en que me mira como si yo fuera todo su mundo. En la confianza en sus ojos cuando me dice que ya no me tiene miedo. En la forma en que se entrega a mí por completo, en cuerpo y alma.

—Ya no es la misma —digo en voz baja—. Solo que todavía no lo sabe.

—¿Y tú? —pregunta Emilio—. ¿Qué te pasará cuando descubra que tú también le has estado mintiendo?

La pregunta me golpea más fuerte que la grabación de vigilancia. Porque tiene razón. Le he estado mintiendo a Isabella desde el momento en que me la llevé. Sobre por qué está aquí, sobre lo que quiero de ella, sobre lo que me hace sentir cuando se envuelve en mí en la oscuridad.

Sobre el hecho de que en algún momento entre el secuestro y ahora, me enamoré completa y perdidamente de ella.

La llamada termina, dejándome solo en la fría oficina con el peso de todo lo que he descubierto. Isabella Callahan ya no es solo una

mujer. Es un arma. Una llave. Una reina que no sabe que ha sido destronada.

Y soy lo único que se interpone entre ella y el tío que asesinó a sus padres.

La revelación me aplasta, me roba el aire de los pulmones. Amor. Eso es lo que es. Esta necesidad desesperada y absorbente de protegerla. Esta forma en que se ha grabado a fuego en mi pecho, volviéndose esencial cuando yo no miraba.

Estoy enamorado de ella. Completa. Irrevocablemente. El tipo de amor que hace que los hombres quemen imperios y empiecen guerras.

El tipo de amor que hace que te maten.

Regreso al dormitorio, mis pies descalzos silenciosos sobre los suelos de madera. La casa se siente diferente ahora. Cargada de peligro. Cada sombra podría esconder una amenaza, cada sonido podría ser el de los hombres de Chase viniendo por ella.

Isabella está exactamente donde la dejé, acurrucada de lado con la mano extendida sobre el espacio donde yo estaba. La luz de la luna convierte su piel en nácar, resalta la curva de su hombro, la elegante línea de su cuello. El aroma de su perfume mezclado con sexo todavía impregna las sábanas.

Hermosa. Confiada. Completamente inconsciente de que todo lo que cree sobre su vida es una mentira.

Me deslizo de nuevo en la cama, con la piel todavía fría por la oficina. Ella se gira hacia mí instintivamente, buscando calor, y la atraigo hacia mí. Su cuerpo es suave y dócil, amoldándose al mío

como si estuviéramos hechos para encajar. La seda de su pelo roza mi pecho mientras se acomoda en mis brazos con un suave suspiro.

Perfecta. Mía.

Pero mientras la abrazo, no puedo dejar de pensar en las imágenes de vigilancia. En los rostros de sus padres, aterrorizados y resignados. En la mirada de Chase cuando ordenó sus muertes, casual y profesional, como si estuviera hablando del tiempo.

En el hecho de que mañana voy a tener que destruir su mundo una vez más.

—No estás a salvo —susurro contra su pelo—. Ni por asomo.

Se remueve, sus pestañas revoloteando contra mi pecho. —¿Matteo?

—Estoy aquí —le acaricio el cabello, la misma caricia gentil que ha aliviado sus pesadillas durante semanas—. Vuelve a dormir, bella.

Pero incluso mientras ella vuelve a sumirse en sus sueños, yo permanezco despierto. Vigilando. Planeando. Preparándome para la guerra que se avecina.

Porque Isabella Callahan ya no es solo la mujer que amo. Es la mujer que debo salvar. Y quemaré el mundo entero para mantenerla a salvo.

Empezando por su tío.

18

Isabella

A Matteo le pasa algo.

Está sentado en el sillón de cuero junto a la ventana, pero todo en él irradia un peligro apenas contenido. No es la energía controlada y depredadora a la que me he acostumbrado, sino algo más crudo. Más desesperado. Como si cargara con el peso del mundo y este finalmente amenazara con aplastarlo.

Me duele el cuerpo en lugares que me recuerdan la noche anterior, a sus manos, su boca y las promesas susurradas contra mi piel. Las sábanas todavía huelen a él, a colonia cara mezclada con algo excepcionalmente masculino que me acelera el pulso incluso ahora. Pero la cama a mi lado está fría, vacía, y ese vacío se siente como una advertencia.

La puerta del dormitorio está abierta, derramando la luz de la mañana sobre el piso de madera. Está completamente vestido, con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca de botones que ya está arrugada; los codos apoyados en las rodillas, la cabeza entre las

manos. La forma cuidadosa y deliberada en que se contiene hace que se me erice la piel de inquietud.

Me deslizo fuera de la cama, con las piernas temblorosas por la forma tan exhaustiva en que me hizo suya hace unas horas. La bata de seda cuelga donde la dejó para mí, y me la envuelvo, atándome el cinturón con dedos temblorosos. La tela susurra contra mi piel desnuda mientras camino de puntillas hacia la pequeña sala, con los pies descalzos y silenciosos sobre la madera fría.

Su energía es diferente. Silenciosa. Protectora. Agobiada.

La moneda de plata yace sobre la mesa junto a él, abandonada por una vez. Eso, más que ninguna otra cosa, me dice que algo cambió durante la noche. Verla inmóvil hace que se me oprima el pecho de ansiedad.

—¿Matteo? —Mi voz sale más débil de lo que pretendía.

Levanta la cabeza de golpe y la mirada en sus ojos oscuros confirma mis peores temores. Sea lo que sea que vaya a decirme, va a hacer añicos algo que yo creía ya roto.

—Hola, bella. —Se pone de pie lentamente, como si temiera que un movimiento brusco pudiera hacer que yo saliera corriendo—. Tenemos que hablar.

Las palabras caen como hielo en mis venas. Nunca nada bueno viene después de esas tres palabras. Me abrazo a mí misma; la bata de seda de repente se siente insuficiente contra el frío que se extiende por mi pecho.

—¿Sobre qué?

Cruza la distancia que nos separa en tres zancadas rápidas y sus manos me enmarcan el rostro con delicadeza. Por un momento, solo

me mira, y veo algo que me corta la respiración. Reconocimiento. Como si viera pedazos de mí que yo ni siquiera sabía que existían.

—Mi hermano llamó en medio de la noche —dice en voz baja—. Con información sobre tus padres.

El mundo se tambalea. Esas palabras me golpean como un puñetazo, robándome el aliento. Me aferro a la seda de su camisa, necesitando algo sólido a lo que sujetarme.

—¿Mis padres? —repito estúpidamente—. ¿Qué pasa con ellos? Murieron en un accidente de auto cuando yo tenía nueve años.

La expresión que cruza su rostro me dice todo lo que necesito saber. Culpa. Rabia. Furia protectora. Y debajo de todo, el terrible peso de la verdad.

—No fue un accidente —dice simplemente—. Chase lo ordenó. Él los mató.

Cuando lo dice, ocurre algo extraño. En lugar de conmoción o incredulidad, hay un momento de absoluta quietud. Como una pieza de rompecabezas que encaja en su lugar, llenando un vacío que no sabía que existía.

Me flaquean las rodillas.

Las imágenes pasan por mi mente como fragmentos de una película rota: Chase tomándome de la mano en el funeral, su voz tan suave mientras explicaba que mis padres habían muerto por motivos de negocios que yo no entendería. La forma en que siempre desviaba el tema cuando yo hacía preguntas. Cómo se había asegurado de que me mantuviera alejada de cualquier cosa que pudiera despertar recuerdos que ni siquiera sabía que tenía.

—No… —susurro, pero la palabra no tiene convicción. Porque en algún lugar muy adentro, más allá de todos los años de cuidadoso condicionamiento, una niña de nueve años está asintiendo. Comprendiendo por fin por qué siempre sintió que estaba viviendo la vida de otra persona.

—Isabella. —Su voz es áspera por la emoción—. Lo siento un carajo.

La grosería, cruda y real, atraviesa la distancia cortés que he estado tratando de mantener. Esta es la verdad, horrible y devastadora, y él no va a adornarla para mí.

—Necesito… —No puedo terminar la frase. Mi respiración es entrecortada y siento que la habitación se encoge a mi alrededor—. No puedo…

Salgo disparada hacia el baño.

El piso de mármol está helado contra mis pies descalzos mientras tropiezo hacia la ducha. Me tiemblan las manos cuando abro las llaves; necesito el agua, necesito algo que lave la sensación de que todo lo que creía saber se desmorona a mi alrededor.

Me quito la bata con dedos torpes y la dejo en un charco de seda al meterme bajo el chorro. El agua golpea mi piel como agujas, brutalmente fría, pero agradezco la conmoción. Dejo que me empape el pelo, que corra por mi cara, que se mezcle con las lágrimas que por fin están brotando.

Los sollozos empiezan siendo pequeños, solo pequeños espasmos en mi respiración. Pero crecen y crecen hasta que salen de mí con una fuerza devastadora. Sollozos que me sacuden todo el cuerpo en silencio y que siento que me van a poner del revés.

Chase era todo lo que tenía. Durante catorce años, fue mi ancla, mi familia, mi mundo entero. Y todo estaba construido sobre la sangre de las personas que deberían haberme criado.

El agua fría cae sobre mí y no puedo dejar de temblar. Me castañetean los dientes mientras los sollozos sacuden mi cuerpo, y me abrazo a mí misma, intentando mantener los pedazos unidos.

No oigo la puerta del baño abrirse por encima del sonido del agua golpeando la piedra. No me doy cuenta de que no estoy sola hasta que lo veo a través del cristal, sus ojos oscuros observando mi colapso con algo que parece dolor físico.

—Isabella. —Su voz es tensa, cruda.

No duda. La puerta de la ducha se abre y, de repente, entra conmigo, completamente vestido. Su camisa blanca se empapa de inmediato y se le pega al pecho, sus vaqueros se vuelven pesados por el agua.

Sus manos encuentran primero las llaves de la ducha, y la temperatura del agua pasa de helada a deliciosamente cálida. El vapor comienza a subir de inmediato a nuestro alrededor, y el frío brutal que me hacía temblar empieza a ceder.

—Te tengo —dice simplemente, y luego sus brazos me rodean.

Me desplomo contra él, con mi cuerpo desnudo presionado contra su ropa empapada, y me permito desmoronarme por completo. Los sollozos se vuelven más fuertes ahora, brotando de mi pecho en olas que parecen interminables. Mis rodillas se doblan, pero sus brazos se ciñen a mí, manteniéndome de pie.

—Déjalo salir —murmura contra mi cabello—. Todo.

—Él los mató —sollozo contra su pecho—. Asesinó a mis padres y luego me tomó la mano en su funeral. Me dijo que me amaba. Me hizo llamarlo tío Chase.

Todo el cuerpo de Matteo se pone rígido. Cuando levanto la vista hacia él, tiene la mandíbula tan apretada que puedo ver el músculo saltar bajo su piel. Sus ojos oscuros arden con una furia tan intensa que me deja sin aliento.

—Voy a matarlo —dice, y su voz es mortalmente baja—. Voy a matarlo por lo que te hizo.

Sus palabras deberían asustarme. En cambio, se sienten como una validación. Como si alguien por fin entendiera la magnitud de lo que me quitaron.

—Tenía nueve años —susurro—. Solo era una niña. Y me miró a los ojos y mintió sobre el asesinato de mis padres. Luego me crio. Hizo que le estuviera agradecida.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y nos deslizamos juntos por la pared de la ducha, mientras el agua tibia cae sobre nosotros en cascada. Me sienta en su regazo sobre el suelo de mármol, creando un capullo de calor y vapor a nuestro alrededor.

—Las pesadillas —dice de repente, con la voz ronca al comprender —. Todas esas pesadillas durante las cuales te he consolado. No eran al azar, ¿verdad?

Lo miro, el agua corriendo por nuestros rostros. —¿A qué te refieres?

—Tu mente intentaba recordar —dice en voz baja—. Tu cuerpo sabía la verdad incluso cuando tu mente no. Las pesadillas eran

fragmentos, pedazos de esa noche que intentaban salir a la superficie.

Sus palabras me golpean como una revelación. Todas esas noches de terror, de despertarme jadeando con imágenes que no podía comprender del todo. La sensación de ser perseguida, de puertas que se cerraban de golpe, de voces que susurraban secretos que no podía entender.

—Recuerdo —exhalo, con las palabras apenas audibles—. Oh, Dios, recuerdo pedazos. El sonido de la voz de Chase en el teléfono esa noche. La forma en que me abrazó después, tan fuerte que no podía respirar. No paraba de decir que todo estaría bien, que él se encargaría de todo.

—Estaba cubriendo sus huellas —dice Matteo, su voz vibrando con una ira controlada—. Asegurándose de que no recordaras nada que pudiera exponerlo.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, pero Matteo estira la mano para ajustar la temperatura de nuevo cuando empieza a enfriarse. Sus movimientos son cuidadosos, eficientes, como si estuviera preparado para sentarse aquí en este suelo de mármol todo el tiempo que sea necesario.

—Yo lo amaba —susurro, la confesión me raspa la garganta—. Durante catorce años, amé al hombre que mató a mi familia. Quería que estuviera orgulloso de mí.

—Mírame —dice, enmarcando mi rostro con sus manos—. Esa niña que sobrevivió, que se adaptó, que encontró la manera de seguir adelante incluso cuando le quitaron todo… Es la persona más fuerte que conozco.

Me encuentro con sus ojos, y lo que veo allí me deja sin aliento. No es lástima ni compasión, sino algo más profundo. Reconocimiento. Como si estuviera viendo todos mis pedazos rotos y los encontrara hermosos.

—Te veo —dice en voz baja—. No a la mujer en la que Chase te moldeó, sino a la mujer que realmente eres. La que ha estado luchando por salir a la superficie todos estos años.

Las palabras tocan algo profundo dentro de mí, un lugar que no sabía que existía. Por primera vez en mi vida, alguien me está viendo —viéndome de verdad— y no considera que me falte algo.

—No sé quién es esa mujer —admito.

—Entonces, averigüémoslo juntos.

Se levanta lentamente, levantándome con él. El agua sigue cayendo sobre nosotros, pero ahora se siente purificadora en lugar de un castigo. Tengo los dedos arrugados por el calor, y el vapor ha empañado los espejos que nos rodean, creando un mundo privado donde no existe nada más que la verdad.

Estira el brazo más allá de mí para cerrar el agua, y el silencio repentino es profundo. Toma una toalla del toallero y la envuelve sobre mis hombros con manos gentiles.

—Quiero saberlo todo —digo, sorprendida por la fuerza de mi propia voz—. Sobre mis padres, sobre lo que realmente pasó esa noche. Sobre quién era yo antes de que Chase me pusiera las manos encima.

Su sonrisa es feroz y orgullosa. —Entonces empecemos por ahí.

Saca otra toalla del toallero y se la pasa por el pelo mojado. Su camisa empapada se adhiere a cada línea de sus músculos, y sus

jeans están pesados por el agua, pero parece no preocuparle en absoluto su propia comodidad.

—Bienvenida a tu vida real, Isabella Callahan —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que suene como una armadura en lugar de una carga.

Por primera vez desde que me secuestró, no me estremezco al oírlo. Porque por fin, por fin, estoy lista para descubrir lo que realmente significa ser yo.

19

Matteo

La tormenta que se forma afuera se compara con la violencia que se agita en mi pecho. Isabella ha estado caminando como sonámbula por la casa todo el día desde las revelaciones de ayer sobre sus padres, y no puedo llegar a ella a través de los muros que ha vuelto a levantar.

Pero puedo devolverle algo.

La encuentro en la biblioteca, acurrucada en el sillón de cuero junto a la ventana. No está leyendo, solo mira las páginas como si pudieran contener las respuestas a preguntas que teme hacer.

—Bella —saco su teléfono de mi bolsillo, el aparato tibio contra la palma de mi mano—. Esto te pertenece.

La confusión destella en su rostro, esos ojos verdes que me sé de memoria se abren de par en par.

—¿Qué?

—Tu teléfono —se lo tiendo, observando cómo el pulso le salta en la garganta—. Deberías tenerlo de vuelta.

Ella mira el aparato como si pudiera morderla, luego estira la mano lentamente. Sus dedos rozan los míos cuando lo toma, y esa conocida descarga eléctrica me recorre el brazo. Joder, incluso ahora, incluso cuando tiene los ojos hundidos y está distante, tocarla me enciende la sangre.

—No entiendo —su voz tiene esa cualidad entrecortada que me hace querer presionarle la boca contra la garganta—. ¿Por qué ahora?

—Porque no eres mi prisionera, tesoro. Estás aquí porque es seguro. Porque te quiero aquí —el término cariñoso se me escapa con naturalidad, como siempre que intento apaciguarla—. Hay una diferencia.

La esperanza florece en su rostro, la primera emoción real que le veo en todo el día. Le da la vuelta al teléfono en sus manos, su pulgar recorriendo los bordes familiares, y algo en mi pecho se relaja al verla.

—Gracias —susurra, y joder, la gratitud en su voz casi me pone de rodillas—. Esto lo es todo para mí.

Quiero quedarme, verla reconectar con su mundo. Pero mi laptop encriptada suena desde el despacho, y tengo asuntos que la mantienen a salvo.

Veinte minutos después, estoy mirando información que hace que se me hiele la sangre. El lugarteniente de Chase intentó contactar a Isabella esta mañana. Un correo falso de su profesor de Columbia sobre unos manuscritos bizantinos robados que requerían una consulta urgente.

Legitimidad académica. Su debilidad.

El correo nunca le llegó porque todas sus comunicaciones pasan primero por mi servidor seguro. Una precaución que nunca eliminé, ni siquiera cuando le devolví el aparato.

Mi teléfono vibra. Marco.

Lo encontré. Vincent Torres. Almacén en Queens. ¿Quiere que me encargue?

Lanzo mi moneda una vez, luego la atrapo en mi palma. *No. De esto me encargaré personalmente.*

El almacén huele a óxido, a orina y a terror. Torres está sentado, atado a una silla, con un hilo de sangre ya brotando de donde mis hombres lo ablandaron. Su traje caro está arrugado, su corbata de Harvard torcida. El tipo de académico pulcro que Isabella respeta.

Perfecto.

—Vincent —me subo las mangas, la tela blanca resaltando en mis antebrazos—. Le enviaste un correo a mi mujer hoy.

El reconocimiento brilla en sus ojos, seguido de puro terror.

—No sé de qué me estás hablando.

Me pongo unos guantes de cuero, el chasquido resuena en el espacio vacío.

—Profesor de Columbia necesita consulta urgente sobre manuscritos robados. Creativo. Casi creíble.

—Chase dijo que vendría por su cuenta si…

Mi puño le destroza el pómulo. El crujido húmedo rebota en las paredes de hormigón y la sangre salpica en un arco perfecto sobre el suelo polvoriento.

—Respuesta de mierda incorrecta.

Lo que sigue no es un interrogatorio. Es arte. Le enseño a Vincent Torres exactamente lo que les pasa a los hombres que intentan manipular a Isabella Callahan. A los que creen que pueden usar su mente brillante, su pasión académica, su desesperada necesidad de ayudar a la gente como armas en su contra.

Para cuando termino, mis nudillos son carne molida y mi camisa está arruinada. Pero el mensaje es clarísimo. Toca lo que es mío, y te convertiré en una puta obra de arte abstracto.

El viaje de vuelta dura cuarenta minutos por sinuosas carreteras de montaña. La lluvia empieza a mitad de camino, gruesas gotas golpean el parabrisas como lágrimas. Debería sentirme satisfecho. Debería sentir esa familiar calma posviolencia que se asienta en mis huesos después de enviar un mensaje.

En cambio, en lo único que puedo pensar es en la cara de Isabella cuando me agradeció por su teléfono. La esperanza en sus ojos. La forma en que dijo que lo era todo para ella.

Entro por la puerta principal y la encuentro en la cocina preparando té, su cabello rubio miel captura la luz del techo. Levanta la vista cuando entro, y toda esa esperanza muere al instante.

—Dios santo —su taza de té tintinea contra el mármol al dejarla—. ¿Qué te pasó?

Me miro a mí mismo. Sangre bajo mis uñas, en mi camisa, probablemente manchada en mi mandíbula. La evidencia de la violencia necesaria escrita en carmesí.

—Tuve que encargarme de algo —voy hacia el fregadero, dejando correr agua fría sobre los nudillos reventados. El agua rosada se va por el desagüe como pintura de acuarela.

—¿Encargarte de qué? —su voz se agudiza, exigiendo respuestas como lo hace cuando analiza una pintura—. ¿A quién heriste?Tomo el paño de cocina, secando lo peor de la herida. El olor de su perfume se mezcla con el sabor a cobre de la sangre en mi boca.

—A alguien que intentó contactarte hoy.

El silencio se extiende entre nosotros, denso como los nubarrones que se acumulan afuera. Cuando me doy la vuelta, Isabella me mira con una furia creciente que, a pesar de todo, me provoca una erección.

—Alguien intentó contactarme —repite lentamente—. ¿Cuándo? He estado revisando mi teléfono toda la tarde. No hay mensajes nuevos.

La acusación en su voz me atraviesa limpiamente.

—Porque evité que te llegara.

—Tú… —parpadea, procesando la información. El viento aúlla fuera de las ventanas mientras la comprensión la ilumina—. Pero me devolviste mi teléfono.

—Te devolví el aparato, bella. No eliminé los protocolos de seguridad.

Observo el momento exacto en que se da cuenta. La forma en que la traición florece en su rostro como vino derramado, manchando todo lo hermoso de este momento.

—Has estado monitoreando todo —cada palabra tiene una precisión quirúrgica—. Incluso después de devolvérmelo.

—Los contactos peligrosos, sí.

—¿Quién decide qué es peligroso? —Se acerca, lo suficiente como para oler su champú, para ver las motas doradas en esos furiosos

ojos verdes—. ¿Tú?

Lanzo mi moneda al aire, el metal resbaladizo por la sangre. —Yo decido qué amenaza tu seguridad.

—Mi seguridad —se ríe, pero su risa es afilada como un cristal roto —. ¿O tu control?

La verdad yace entre nosotros como un arma cargada. Porque tiene razón, y ambos lo sabemos jodidamente bien.

—No es lo mismo.

—¿No lo es? —Ahora está tan cerca que puedo tocarla, tan cerca que puedo ver su pulso martilleando en su garganta. Mis manos me pican por agarrarla, por acorralarla contra la encimera y hacerle entender con mi boca, con mi cuerpo, la forma desesperada en que necesito mantenerla a salvo—. No tienes derecho a monitorear mis comunicaciones sin decírmelo. No tienes derecho a filtrar mi mundo como si fuera una niña indefensa.

—Alguien intentaba atraerte. Usar tu mente en tu contra.

—¡Pues entonces dímelo! —Su voz se quiebra de furia, y el sonido va directo a mi entrepierna. Incluso enojada, incluso traicionada, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida—. ¡No tomas la decisión por mí para luego fingir que me das libertad!

Extiendo la mano hacia ella, necesitado del contacto de su piel, de sentir su calor. Ella retrocede tan bruscamente que casi tropieza.

—No —la palabra sale entrecortada y me para el corazón—. No me toques ahora mismo.

El rechazo corta más profundo que cualquier cuchilla que Torres pudiera haber empuñado. —Isabella, te estaba protegiendo.

—Me estabas controlando. —Las lágrimas se acumulan en sus ojos, y quiero lamerlas, quiero saborear su dolor y hacerlo mío—. Justo como lo hizo él. Tomando decisiones sobre mi vida, dándome ilusiones de elección mientras movías los hilos tras bambalinas.

Un trueno retumba afuera, haciendo vibrar las ventanas. La tormenta ya está aquí, salvaje y violenta como el caos en mi pecho.

—No soy él —digo desesperadamente.

—¿No? —Retrocede hacia la puerta, la blusa de seda susurrando contra su piel—. Entonces, ¿por qué me siento como una rehén otra vez?

La palabra detona en mi pecho, me roba todo el aire de los pulmones. Rehén. Después de todo lo que hemos compartido, de todas las veces que la he hecho gritar mi nombre, de cada mañana que la he visto dormir en mis brazos, eso es todavía lo que esto es para ella.

—Eso no es… —No puedo terminar. No puedo explicar la diferencia entre mantenerla a salvo y mantenerla enjaulada cuando el resultado es idéntico.

—Confié en ti —susurra, y su voz rompe algo fundamental dentro de mí—. Cuando me devolviste ese teléfono, pensé que estábamos construyendo algo real. Algo diferente.

—Lo estamos haciendo. Yo soy diferente.

—¿Lo eres? —Niega con la cabeza, su cabello capturando la luz de la lámpara como oro hilado—. Porque todavía me tratas como algo que debe ser manejado en lugar de alguien en quien se debe confiar.

Doy un paso hacia ella, con la mano extendida por instinto. Ella retrocede y el movimiento me hiela la sangre.

—Isabella…

—No. —Su palma crea un muro entre nosotros—. No puedo seguir con esto.

Se da la vuelta para irse, y algo primitivo se me trepa por la garganta. La idea de perderla, de verla marcharse pensando que solo soy otro hombre que quiere poseerla, me desgarra el pecho como metralla.

—Te amo.

Las palabras explotan de mí, crudas y desesperadas y jodidamente ciertas. Quedan suspendidas en el aire entre nosotros como un relámpago, iluminándolo todo.

Isabella se congela en el umbral. Puedo ver la tensión vibrando en sus hombros, la forma en que sus manos se aprietan en puños a los costados.

—Mierda. —La confesión brota ahora que la presa se ha roto, quince años de muros emocionales desmoronándose—. Te amo, Isabella. Ese es el problema. Por eso no puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ti, por eso tomo estas decisiones sin preguntar.

Se gira lentamente, y hay lágrimas corriendo por su rostro. Esos ojos verdes están muy abiertos, atónitos, como si acabara de hablarle en un idioma extranjero.

—Matteo… —Su voz apenas existe.

—Amo la forma en que miras el arte como si contuviera secretos que solo tú puedes desvelar. —Las palabras se derraman sin control,

mi corazón desangrándose por todo el suelo de la cocina—. Amo que tomes el café solo porque crees que agregarle cualquier cosa es hacerle trampa al grano. Amo que llores durante las tormentas eléctricas y finjas que no lo haces, como si mostrar vulnerabilidad pudiera resquebrajar esa superficie perfecta que llevas puesta.

Me mira como si yo fuera algo peligroso y hermoso y completamente ajeno. Como si nunca me hubiera visto antes.

—Amo cómo sobreviviste catorce años con ese bastardo y aun así lograste mantenerte suave por dentro. Cómo tocas los cuadros como si tuvieras miedo de que desaparecieran. Cómo haces ese pequeño sonido en tu garganta cuando toco ese punto dentro de ti que te hace…

—Para. —La palabra es apenas un susurro.

—No puedo parar. —Mi voz se quiebra, se rompe, se reconstruye en torno a la verdad—. Te amo tanto que me está matando, *tesoro*. Me está devorando vivo de adentro hacia afuera. Y sé que la estoy cagando, sé que te estoy lastimando al tratar de protegerte, pero no sé cómo amarte sin estar aterrorizado de perderte.

El silencio que sigue es ensordecedor. La lluvia azota las ventanas como lágrimas mientras Isabella está ahí de pie con mi corazón en sus manos, viéndolo sangrar.

Siento las piernas débiles. Nunca le he dicho esas palabras a nadie. Nunca he sentido esta necesidad desesperada y absorbente de darle todo a alguien mientras la destruyo simultáneamente con buenas intenciones.

—Matteo. —Dice mi nombre como una oración, como una bendición, como una marcha fúnebre—. Eso no es amor. Eso es

miedo.

La verdad me golpea con la fuerza de un puñetazo y me dobla por la mitad. Me aferro con las manos al mostrador que tengo detrás, con los nudillos blancos contra el mármol.

—Cuando amas a alguien —continúa ella, con cada palabra cuidadosamente elegida, apuntada con precisión—, confías en que tome sus propias decisiones. Incluso cuando esas decisiones te asustan. Incluso cuando podrían alejarlo de ti.

Quiero discutir, quiero explicarle que el mundo está lleno de Vincent Torres y Chase Callahans que ven su genialidad como algo que explotar. Pero el dolor en sus ojos me detiene en seco.

—Pasé toda mi vida con gente que decía amarme mientras tomaba las decisiones por mí —dice en voz baja—. Chase también dijo que me amaba. Que todo lo que hacía era para protegerme.

La comparación es una puñalada que se retuerce entre mis costillas. —No soy para nada como él.

—¿Ah, no? —Nuevas lágrimas le ruedan por las mejillas, y quiero atraparlas con la lengua, quiero saborear su dolor y hacerlo mío—. Los dos son hombres poderosos que creen saber qué es lo mejor para mí. Que creen que amarme les da el derecho de controlar mis decisiones.

—Eso no es… —Pero las palabras mueren porque tiene razón. Cada instinto me grita que discuta, que la haga entender que lo que siento es puro y desesperado y no se parece en nada a la manipulación calculada de Chase. Pero el resultado es el mismo.

Le construí una hermosa jaula y la llamé amor.

Siento el pecho hueco, como si lo hubieran raspado hasta dejarlo en carne viva. La moneda de plata yace olvidada en el mostrador donde la dejé caer, tan inmóvil como mi corazón de repente silencioso.

—Necesito tiempo —dice, retrocediendo hacia la puerta—. Necesito pensar.

—Isabella, por favor… —La desesperación en mi voz me avergonzaría si me quedara algo de orgullo.

—No. —Niega con la cabeza, y más lágrimas caen como lluvia—. Acabas de decirme que me amas y, en lugar de sentirme feliz por eso, me siento atrapada. ¿Entiendes lo jodido que es eso?

La grosería en sus labios, la honestidad cruda, rompe algo dentro de mí. Tiene razón. Acabo de entregarle mi corazón, y ella huye de él porque he hecho que el amor se sienta como un cautiverio.

—Te amo —digo de nuevo, esta vez más bajo, las palabras arrancadas crudamente de mi garganta—. Cristo, *bella*, te amo tanto que no puedo respirar cuando no estás en la misma habitación. Pero no sé cómo hacer esto sin tratar de protegerte de todo lo que podría hacerte daño.

—Ese es el problema. —Su voz es suave, definitiva—. No se puede amar a alguien y asfixiarlo al mismo tiempo.

Se va antes de que pueda encontrar palabras para discutir, dejándome solo con el sabor de mi primer «te amo», tan amargo como la sangre en mi boca.

Me hundo en la silla más cercana cuando las piernas finalmente me fallan. Afuera, la tormenta ruge con la misma violencia que me desgarra el pecho. Los truenos sacuden la casa mientras yo

permanezco sentado entre los escombros de la conversación más importante de mi vida.

Le dije que la amo. Las palabras más honestas que he pronunciado, y la ahuyentaron.

Porque no sé cómo amarla sin enjaularla. No sé cómo mantenerla a salvo sin asfixiarla. No sé cómo ser el hombre que ella merece en lugar del que la está matando lentamente con buenas intenciones.

La moneda capta la luz de la lámpara desde donde cayó, pero no la alcanzo. Por primera vez en diecisiete años, no necesito algo que hacer con las manos.

Están demasiado ocupadas temblando.

20

Isabella

Tengo algo para ti.

La voz de Matteo, cuidadosamente neutral, atraviesa el silencio matutino de la cocina. Mi taza de café se detiene a medio camino de mis labios, el vapor se enrosca entre nosotros como un signo de interrogación.

Está parado en el umbral, vestido con unos jeans oscuros y una henley gris que se le ciñe al pecho, con el pelo cobrizo aún húmedo de la ducha. Se ve cauteloso. Incierto. Para nada como el hombre que me abrió su corazón con palabras desesperadas y entrecortadas hace apenas unas horas.

Te amo. Dios, bella, te amo tanto que no puedo respirar cuando no estás en la misma habitación.

Aparto esas palabras a la fuerza, las entierro en lo más profundo, donde no puedan resquebrajar la cuidada compostura que he reconstruido esta mañana. —¿A qué te refieres?

En lugar de responder, señala hacia el solárium con la barbilla. —¿Vienes conmigo?

Mis pies descalzos no hacen ruido sobre la madera mientras lo sigo por la casa. El aire huele a pino lavado por la lluvia y a algo ligeramente dulce de la vela de vainilla que se consume en el alféizar de la ventana. Todo se siente demasiado limpio, demasiado brillante después de la tormenta de anoche. Como si el mundo hubiera sido restregado hasta dejarlo en carne viva y puesto a secar bajo la suave luz de la mañana.

Su voz resuena en mi memoria mientras caminamos: **Amo la forma en que miras el arte, como si contuviera secretos que solo tú puedes desvelar. Amo que tomes el café solo porque piensas que añadirle cualquier cosa es hacerle trampa al grano.**

La forma en que catalogó cada pequeño detalle que yo creía que nadie notaba. La forma en que pronunció mi nombre como si fuera algo sagrado en lugar de simples sonidos dispuestos en un orden particular.

Basta. No puedo pensar en esto. No puedo dejar que esas palabras imposibles echen raíces en los espacios huecos de mi pecho.

El solárium está bañado en una luz dorada, con ventanales que van del piso al techo y dan al bosque, donde los charcos atrapan la luz del sol como monedas esparcidas. Una pequeña mesa junto al asiento de la ventana sostiene un paquete envuelto que hace que se me acelere el pulso.

Nada elaborado. Solo papel de estraza atado con un cordel natural, el tipo de envoltura que sugiere que el contenido importa más que la presentación.

—Lo mencionaste una vez —dice en voz baja, quedándose cerca de la puerta como si temiera asustarme—. Me acordé.

Mis manos empiezan a temblar incluso antes de que me acerque a la mesa. El papel se rasga bajo mis dedos, produciendo pequeños sonidos que parecen demasiado fuertes en la silenciosa habitación. Y entonces, lo que emerge me roba el aliento con un jadeo agudo.

Es una pintura. Un óleo sobre lienzo, ejecutado en el estilo exacto de mi Mujer Desconocida. Los mismos colores intensos que hablan de secretos y sombras. La misma iluminación dramática que hace que cada detalle parezca vivo con historias ocultas.

Pero el rostro que me devuelve la mirada es el mío.

—Oh, Dios mío —susurro.

Mis rodillas casi ceden. Estoy pintada como si perteneciera a ese linaje de mujeres olvidadas, vestida de terciopelo azul noche con perlas en la garganta. Mi pelo está recogido en el mismo peinado elaborado que la original, levantado para revelar la larga línea de mi cuello. El fondo coincide a la perfección, todo sombras oscuras y profundidades misteriosas.

Pero mis ojos. Mis ojos conservan el mismo fuego desafiante, la misma negativa a ser menospreciada o ignorada. La misma fuerza silenciosa que me he pasado toda la vida ocultando tras sonrisas cuidadosas y compostura profesional.

Esto no es solo caro. Es íntimo. Personal. Demuestra que ve algo en mí que nunca me he atrevido a reclamar para mí misma.

Amo que llores durante las tormentas y finjas que no lo haces, como si mostrar vulnerabilidad pudiera resquebrajar esa superficie perfecta que llevas.

Sus palabras me golpean de nuevo y, de repente, entiendo por qué me tiemblan las manos. Este regalo demuestra que cada palabra que pronunció fue real. No adrenalina. No el calor del momento. No son cosas que la gente dice cuando cree que alguien que le importa está en peligro.

Real.

—Te pasas la vida dando a las mujeres olvidadas su lugar en la historia —dice suavemente detrás de mí—. Quería que tuvieras el tuyo.

Las palabras me roban lo que queda de mi compostura. No se trata solo de la pintura. Se trata de ser vista. De verdad. No como la sobrina respetable de Chase Callahan o la Flor de Hielo que cura cosas bonitas para que la gente adinerada las admire.

Como alguien digna de ser recordada.

—No debiste —susurro, incapaz de mirarlo a los ojos. Si lo miro ahora, me desmoronaré por completo. Creeré esas palabras que pronunció con una honestidad tan cruda, y ese camino lleva a la locura.

—Quise hacerlo. —Una pausa, luego más suave—: Mereces ser vista.

Mis muros se están agrietando. La cuidada distancia que reconstruí esta mañana se desmorona bajo el peso de este regalo, de este gesto que demuestra que su confesión no fueron solo hermosas mentiras envueltas en una necesidad desesperada. Me ama. Me ama de verdad. Lo suficiente como para encargarle esto a un artista, lo suficiente como para recordar un comentario casual sobre un cuadro

que admiro. Lo suficiente como para ver los sueños que nunca he dicho en voz alta y hacerlos realidad.

Y eso es exactamente lo que me asusta.

Te amo tanto que me está matando, tesoro. Me está devorando por dentro.

Dejo la pintura con manos temblorosas, mis movimientos precisos y controlados aun cuando mi mundo se tambalea. Cuando finalmente lo miro, sus ojos oscuros me observan con una intensidad que me acelera el pulso. Hay esperanza en ellos, cuidadosamente oculta pero inconfundible.

Una esperanza que voy a destruir.

—Gracias —digo, y me inclino para darle un beso suave en la mejilla. Solo un roce de labios contra su piel tibia que huele a jabón caro y a algo singularmente suyo. El tipo de gesto cortés que he perfeccionado para las galas benéficas y las inauguraciones de museos.

Pero cuando se acerca más, cuando su respiración se corta y su mirada cae a mi boca con un hambre inconfundible, doy un paso atrás. Pongo distancia entre nosotros antes de hacer una tontería como creer que esto podría ser real.

—Esto no cambia nada, Matteo —las palabras me desgarran la garganta, pero aun así las fuerzo a salir.

Su rostro se vuelve cuidadosamente inexpresivo, pero alcanzo a ver la contracción que intenta ocultar. La forma en que sus manos se cierran en puños a sus costados antes de obligarlas a relajarse.

—Por supuesto que no —dice en voz baja.

—No me conoces como crees que lo haces —cada palabra se siente como tragar vidrio, pero no puedo parar. No puedo dejar que vea lo mucho que su regalo me ha destrozado—. Sea lo que sea esto, no durará.

Él permanece en silencio por un largo momento, solo observándome con esos ojos oscuros que ven demasiado. Finalmente, asiente una vez. Seco. Definitivo.

—Entiendo —dice, pero su voz suena rasposa. Desgarrada.

Me doy la vuelta y me alejo, aferrando la pintura contra mi pecho como una armadura. Cada paso se siente como caminar sobre arenas movedizas, pero no me detengo. No miro atrás. No dejo que vea la forma en que me tiemblan las manos o cómo se me nubla la vista por las lágrimas que me niego a derramar.

Llego a la mitad de las escaleras antes de que se me escape el primer sollozo.

La pintura es perfecta. Más que perfecta. Es todo lo que nunca supe que quería, la prueba de que alguien me ve como algo más que una curadora que sonríe bonito mientras hombres poderosos cierran sus tratos. Es el regalo de un hombre que dice amarme, ofrecido sin expectativas ni exigencias.

Y es exactamente por eso que no puedo quedármela.

Porque los hombres como Matteo Rosetti no se enamoran de mujeres como yo. Se enamoran de la lujuria, de la posesión, de la emoción de romper algo hermoso y reclamar los pedazos. Pero no se enamoran. No de curadoras de museo que llevan sangre en las manos, lo sepan o no. No de mujeres criadas por asesinos,

moldeadas por mentiras, vaciadas por años de actuar para públicos que las destruirían sin dudarlo.

No sé cómo amarte sin sentir terror de perderte.

Su confesión resuena en mi pecho, y aprieto mi rostro contra la pintura, dejándome llorar por la mujer que me devuelve la mirada. La que parece intrépida, desafiante y digna de ser recordada. La que cree que merece ser vista, amada y elegida.

En la que nunca podré permitirme convertirme.

21

Matteo

El mensaje codificado llega a las cuatro de la mañana, rasgando mi sueño con el agudo zumbido de una urgencia encriptada. Tomo mi celular de la mesita de noche y entrecierro los ojos para ver la pantalla en la oscuridad de mi habitación vacía. Isabella ha estado durmiendo en el cuarto de huéspedes desde ayer, poniendo distancia física entre nosotros después de que le di el retrato. El espacio a mi lado se siente frío, demasiado grande, un recordatorio de cómo se apartó cuando intenté acercarme más.

Pero el mensaje de Dom brilla con dureza en la pantalla de mi celular: *Los avispones se mueven al norte del estado. Hora de reubicarse.*

Mierda. Lanzo mi moneda y la atrapo entre mis dedos, la plata reflejando la pálida luz del amanecer que se filtra por las ventanas. Chase tiene agentes husmeando por nuestra zona. Demasiado cerca para mi gusto. Demasiado cerca de ella.

Me acerco a la ventana que da al bosque y observo las sombras moverse entre los árboles. Este lugar ha sido perfecto. Nuestro propio mundo privado donde Isabella puede leer en el solárium y yo puedo verla fingir que no se da cuenta de que la observo. Donde se acurruca contra mí por la noche como si hubiera olvidado que se supone que es mi cautiva, no mi mujer.

La moneda gira más rápido. Irnos significa llevarla de vuelta al corazón del territorio Rosetti. De vuelta a los guardias, la vigilancia y las reuniones familiares donde recordará exactamente lo que soy. Lo que somos. Secuestrador y víctima, no lo que diablos hemos estado fingiendo ser durante las últimas semanas.

Pero quedarse significa arriesgarse a que los hombres de Chase nos encuentren. Y si se la llevan…

La moneda se detiene en mi palma. No. Eso no va a pasar. Nunca.

Me visto en silencio con unos jeans oscuros y una camisa blanca de botones, y luego empiezo a reunir lo esencial. La laptop, los teléfonos encriptados, la Glock de mi mesita de noche. Primero el negocio, las complicaciones después. Excepto que Isabella dejó de ser una complicación en algún punto entre el restaurante y esa primera noche que me dejó abrazarla.

Cuando tengo todo empacado, avanzo por el pasillo hasta el cuarto de huéspedes. La puerta está ligeramente entreabierta, y la empujo con cuidado, entrando en el espacio que huele a su perfume y al leve aroma del jabón de lavanda que usa.

Está acurrucada de lado, con su cabello rubio miel desparramado por la almohada y una mano bajo la mejilla. La luz de la mañana que se filtra por las cortinas pinta reflejos dorados sobre su piel, y

por un momento solo la observo respirar. Pacífica. Desprevenida. Nada que ver con la máscara de cautela que usa cuando está despierta.

Me siento en el borde de la cama y el colchón se hunde ligeramente bajo mi peso.

—¿Matteo? —su voz es suave, adormilada y confundida.

—Tenemos que irnos —me siento a su lado, lo suficientemente cerca para percibir su aroma, pero con cuidado de no invadir su espacio—. La gente de Chase se está acercando demasiado.

Se incorpora, alerta de inmediato, y veo cómo su armadura vuelve a su lugar. La mujer dulce que susurró mi nombre en sueños desaparece tras una cuidada compostura. —¿Qué tan cerca?

—Lo suficiente como para que Dom nos quiera de vuelta en la ciudad. La mansión es más segura.

Algo parpadea en su expresión. La casa de seguridad se ha convertido en un territorio familiar, una burbuja donde ha comenzado a relajarse. La mansión significa volver a actuar, ser la cautiva de Matteo Rosetti para una audiencia de hombres peligrosos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una hora. Tal vez dos —le aparto un mechón de cabello rubio miel de la cara y, por una vez, no se aleja—. Empaca ligero. Cualquier cosa importante podemos enviarla a buscar más tarde.

Asiente y se levanta de la cama con una gracia eficiente. La observo moverse por la habitación, recogiendo ropa con la misma precisión cuidadosa que le pone a todo. Sin quejas por la partida temprana o el cambio repentino de planes. Solo la aceptación de otro giro en el juego que ninguno de los dos eligió jugar.

Pero la veo detenerse en la mesita de noche donde el retrato está apoyado contra la lámpara, todavía envuelto en papel de seda protector. Sus dedos se ciernen sobre él por un largo momento antes de que lo levante con cuidado y lo guarde en su bolso como si estuviera hecho de cristal.

Siento una opresión en el pecho. Puede decirse a sí misma que el regalo no significa nada, puede fingir que esto es solo supervivencia, pero no va a dejar ese cuadro atrás. La Mujer Desconocida viene con nosotros, la prueba de que alguien ve a Isabella por quien realmente es.

Veinticinco minutos después, estamos en el Aston Martin en dirección sur hacia Manhattan. Isabella está sentada a mi lado con pantalones de yoga y una de mis sudaderas, viéndose de alguna manera más pequeña en la tela holgada. El aire de la mañana está lo suficientemente frío como para necesitar la calefacción, y la veo temblar a pesar de la chaqueta.

—¿Tienes frío?

—Solo estoy cansada —pero no está cansada. Se está preparando, observando cómo el territorio familiar desaparece en el espejo retrovisor.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con todo lo que no estamos diciendo. Ayer me dijo que el retrato no cambiaba nada. Ayer me besó en la mejilla y se apartó cuando intenté convertirlo en algo más. Ayer levantó sus muros más altos en lugar de dejarme acercar.

Una parte de mí quiere llenar el silencio con palabras, explicaciones, promesas de que las cosas serán diferentes una vez

que nos instalemos. Pero Isabella no necesita mis promesas ahora mismo. Necesita espacio para encontrar su equilibrio en lo que sea que venga después.

Así que lanzo mi moneda y manejo, dándole el silencio que necesita mientras la autopista nos lleva hacia todo lo complicado.

El horizonte de Manhattan se eleva ante nosotros, todo acero, cristal y ambición. Territorio conocido, pero se siente diferente con Isabella a mi lado. Más peligroso. Como llevar algo precioso a una zona de guerra.

—¿Nerviosa? —pregunto mientras entramos al Upper East Side.

—¿Debería estarlo?

—Dom no es tan intimidante como parece. Le vas a encantar a Carmela. Y si alguien se mete contigo, tendrá que vérselas conmigo.

Me lanza una mirada, con algo indescifrable en sus ojos verdes. —¿Se supone que eso es para tranquilizarme?

—Se supone que es la verdad.

La mansión Rosetti se alza al final de su camino privado, tres pisos de intimidación modernista rodeados de cámaras de seguridad y hombres de traje negro. Observo a Isabella asimilarlo todo, catalogando salidas y amenazas como ha aprendido a hacer.

—Parece una fortaleza —dice ella.

—Es una fortaleza. Pero también es nuestro hogar. —Apago el motor y me giro para verla—. Mi familia va a querer conocerte. Y no tienes que fingir ser nada que no seas.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos, y Dom aparece en el pórtico con su habitual presencia imponente. Mi

hermano mayor parece cansado, las líneas de estrés más profundas alrededor de sus ojos, pero se endereza cuando ve a Isabella.

—La ciudad se está calentando —dice sin preámbulos—. Tuviste razón en sacarla de ahí.

Noto que Isabella se endereza al oír que hablan de ella en tercera persona, pero no hace ningún comentario. Cortesía profesional frente a hombres poderosos, algo que ha perfeccionado tras años de navegar el mundo de Chase.

—Dom, ella es Isabella —digo, mientras veo a mi hermano evaluarla—. Isabella, te presento a mi hermano Domenico.

—Señorita Callahan. —La voz de Dom es formal pero no hostil. Da un paso al frente, y veo que conscientemente se esfuerza por parecer menos intimidante—. Bienvenida a nuestra casa.

—Gracias —responde Isabella, sus modales de museo aflorando automáticamente—. Le agradezco su hospitalidad.

—No hay necesidad de formalidades —dice Dom, y hay algo cortante en su tono que me hace observarlo más de cerca—. Ahora está bajo nuestra protección. Eso significa algo en esta ciudad.

Las palabras quedan flotando en el aire, cargadas de implicaciones que hacen que a Isabella se le corte la respiración. Dom no solo está siendo educado. Está haciendo una declaración pública, extendiendo la protección de los Rosetti, la quiera ella o no.

Antes de que pueda procesarlo por completo, el eco de unos pasos resuena desde el interior de la casa y Carmela aparece en el umbral. Nuestra hermana le echa un vistazo a Isabella y sonríe, pero no es la sonrisa afilada y depredadora que esperaba. Es una calidez genuina mezclada con curiosidad.

—Vaya, vaya… —dice Carmela, pasando junto a Dom para estudiar a Isabella con abierto interés—. Así que tú eres la que trae de cabeza a mi hermanito.

—Carmela —le advierto, pero ella me ignora con un gesto de la mano.

—¿Qué? Es un cumplido. Matteo no suele tener la capacidad de atención para nada más complicado que un fin de semana. —Se vuelve hacia Isabella, con una expresión más suave—. Soy Carmela. Y pareces necesitar un café y un descanso de conversaciones tan cargadas de testosterona.

Isabella parpadea, claramente sin esperar una calidez tan casual de una mujer Rosetti. Pero alcanzo a ver el atisbo de una sonrisa en las comisuras de sus labios, la primera expresión genuina que ha mostrado desde que salimos de la casa de seguridad.

—Un café suena perfecto —dice.

—Excelente. —Carmela enlaza su brazo con el de Isabella, pero es un gesto protector más que posesivo—. Te advierto, la máquina de espresso es italiana y tiene opiniones sobre todo. Pero he aprendido a engatusarla para que coopere.

Las observo desaparecer dentro de la casa, la cháchara de Carmela llenando el vestíbulo de mármol con una ligereza inesperada. Los hombros de Isabella se relajan gradualmente con cada paso que la aleja de la entrada formal, del peso de ser evaluada.

—No es lo que esperaba —dice Dom en voz baja a mi lado.

—¿Qué esperabas?

—Alguien que se quiebra más fácil. —Estudia el umbral por donde desaparecieron—. Tiene un temple de acero bajo toda esa finura.

Menos mal, considerando lo que se viene.

—¿Qué es lo que se viene?

La expresión de Dom se endurece. —Chase hizo otro movimiento anoche. Atacó una de nuestras líneas de suministro. Está intensificando las cosas.

Las palabras me siguen hasta el interior de la casa, a través de pasillos de mármol que de repente se sienten menos como un hogar y más como la primera línea de una guerra que Isabella nunca pidió librar.

Pero mientras sigo el sonido de las risas desde la cocina, encuentro a Carmela e Isabella inclinadas sobre la máquina de espresso, trabajando juntas para sonsacarle una crema perfecta a sus complicados mecanismos.

—El truco es hacerle saber que respetas su proceso artístico —explica Carmela, ajustando los diales con un cuidado exagerado—. Los italianos no responden bien a que los apuren.

—Como la mayoría de los artistas —observa Isabella, y hay verdadera diversión en su voz.

—Exacto. ¿Trabajas con artistas?

—Trabajo con sus fantasmas. Pintores muertos, en su mayoría. Artes decorativas europeas.

—Ah, los que no son peligrosos. No pueden coquetearte ni robarte las ideas.

Isabella se ríe, y el sonido me provoca algo en el pecho. Afloja nudos que no me había dado cuenta de que se habían formado. Esto es lo que quería, lo que esperaba. Que Isabella encontrara su lugar

en el caos de mi mundo, que mi familia la aceptara no como mi cautiva, sino tal como es.

—Matteo —llama Carmela sin apartar la vista de la máquina—. Tu novia tiene un gusto excelente para el café. La apruebo.

—Él no es mi… —empieza Isabella, pero Carmela la interrumpe.

—Cariño, he visto la forma en que te mira mi hermano. Sea cual sea el arreglo complicado que tengan ustedes dos, no es algo casual —. Me lanza una mirada por encima de la cabeza de Isabella; hay algo de complicidad en sus ojos oscuros—. Y la forma en que lo miras a él sugiere que el sentimiento es mutuo.

El calor inunda las mejillas de Isabella y ella se concentra intensamente en la máquina de espresso. Pero no lo niega, y esa pequeña omisión hace que la moneda gire más rápido entre mis dedos.

Antes de que pueda decir algo que la asuste y la haga volver a encerrarse en sí misma, unos tacones resuenan sobre el mármol y Besiana aparece en el umbral de la cocina. Mi cuñada evalúa la escena con la elegancia serena que la caracteriza, fijándose en la ropa informal de Isabella y los gestos animados de Carmela.

—Tú debes de ser Isabella —dice Besiana, extendiendo una mano bien cuidada—. Soy Besiana. Es un placer conocerte al fin.

—Gracias —. Isabella le acepta el apretón de manos, pero noto la ligera tensión en sus hombros. Otra actuación, otra primera impresión cuidadosa.

—Te manejas con tanto control —observa Besiana, sirviéndose café con una gracia fluida—. Como alguien acostumbrada a que la observen.

Esa perspicacia atraviesa la pulida fachada de Isabella y llega a algo más vulnerable en su interior. La veo parpadear, sorprendida por la percepción, por la falta de juicio en el tono de Besiana.

—Supongo que sí —admite Isabella después de un momento.

—Actuar se convierte en supervivencia cuando estás rodeada de hombres poderosos —continúa Besiana, su voz suave pero conocedora—. Pero aquí estás a salvo. No tienes que ser nadie más que tú misma.

La amabilidad en sus palabras hace que algo se resquebraje en la expresión de Isabella. Ha pasado tanto tiempo siendo lo que los demás necesitan que el hecho de que alguien le dé permiso para simplemente existir parece tomarla completamente por sorpresa.

La moneda se detiene en mi palma mientras me apoyo en el marco de la puerta, observando a tres de las mujeres más importantes de mi vida encontrar su propio ritmo juntas. Las barreras de Isabella no han desaparecido, pero están más bajas. Se ríe de las historias de Carmela sobre las víctimas anteriores de la máquina de espresso, le hace a Besiana preguntas genuinas sobre el arte que decora las paredes de la cocina.

Y cuando me descubre observándola, no aparta la mirada de inmediato. Simplemente me sostiene la mirada a través de la cocina y me ofrece una sonrisa pequeña y sincera que no promete nada y lo promete todo.

—Saben… —dice Carmela, mirándonos a ambos con una picardía apenas contenida—, creo que esto de verdad podría funcionar.

La sonrisa de Isabella titubea un poco, pero no retrocede. Solo toma un sorbo de espresso perfecto y deja que el comentario flote

en el aire entre nosotros, cargado de una posibilidad que ninguno de los dos está listo para nombrar.

Pero por primera vez desde que se apartó de mí ayer, creo que de verdad podríamos encontrar el camino hacia lo que sea que esto se convierta. Y sentado aquí, en la cocina de mi familia, viendo a Isabella encajar en un lugar donde nunca esperó pertenecer, eso parece suficiente.

Por ahora.

22

Isabella

Llevo diez minutos de pie en este pasillo, incapaz de avanzar o retroceder.

La lluvia golpea los altos ventanales, convirtiendo Manhattan en borrones de acuarela en grises y dorados. Me ajusto el suéter de cachemira sobre los hombros, pero la ropa prestada de Besiana no puede hacerme sentir que pertenezco a esta fortaleza de cristal.

La puerta de la biblioteca está ligeramente abierta, y las voces llegan hasta el pasillo donde estoy congelada. El murmullo grave de Dom, las agudas interrupciones de Leo, la voz de Matteo cortando a través de ambos con una precisión peligrosa. Están planeando algo. Creando una estrategia. Luchando una guerra que ayudé a empezar por el simple hecho de existir.

Debería tocar. Preguntar si hay algo que pueda hacer para ayudar. Lo educado, lo útil. En cambio, floto en el umbral como un fantasma, atrapada entre el deseo de contribuir y la certeza de que no pertenezco a su mundo de violencia calculada.

—Isabella. —Besiana aparece a mi lado, moviéndose con la misma gracia silenciosa que es propia de esta familia—. Pareces perdida.

—Solo estaba… —Señalo vagamente hacia la biblioteca—. Parecen ocupados.

—Lo están. —Sus ojos oscuros estudian mi rostro con una incómoda perspicacia—. Pero eso no significa que no tengas permitido existir en tu propio espacio.

Mi espacio. Las palabras suenan extrañas. Nada en esta mansión se siente como mío, a pesar de la forma en que Matteo me observa moverme por ella como si yo fuera algo precioso que ha colocado exactamente donde me quiere.

—Ven —dice Besiana, tomando mi brazo con una familiaridad natural—. Deja que jueguen con sus mapas y sus teléfonos. Encontraremos algo más interesante que hacer.

Pero no puedo concentrarme en nada más interesante. No puedo enfocarme en el libro que me da o en el té que pone en mis manos. La tarde se extiende, interminable y gris. A través de las ventanas, observo cómo la tormenta se intensifica, convirtiendo la ciudad en algo oscuro y amenazante.

Al final, me encuentro vagando por los pasillos de la mansión, mis pies descalzos silenciosos sobre el mármol y la madera. El aire se siente cargado de tensión, como si las propias paredes se prepararan para la guerra.

—¿Isabella? —La voz de Matteo me sobresalta. No lo oí acercarse, demasiado perdida en mis pensamientos en espiral.

Me vuelvo hacia él y observo la tensión preocupada en sus hombros, la forma en que sus ojos ambarinos buscan en mi rostro

señales de angustia. Se cambió la ropa de la mañana por unos jeans oscuros y un suéter negro que lo hacen parecer más joven, más accesible. Menos como un depredador y más como un hombre que de verdad podría amarme.

Pero puedo ver la moneda de plata girando entre sus dedos.

—Estoy bien —digo automáticamente, la mentira sale tan fácil como respirar.

No me cree. Lo veo en la forma en que aprieta la mandíbula, en la forma en que la moneda se mueve más rápido—. ¿Segura? Te ves pálida.

—Solo estoy cansada. —Otra mentira, tan fluida como la seda—. La tormenta me está dando dolor de cabeza.

Estudia mi rostro por un largo momento, y tengo la inquietante sensación de que puede ver a través de mí. De que sabe sobre la decisión con la que estoy luchando, sobre la forma en que me estoy fragmentando bajo el peso de demasiadas verdades imposibles.

—Ven aquí —dice suavemente, extendiendo su mano.

Quiero ir hacia él. Quiero dejar que me acerque y me prometa que todo estará bien, aunque ambos sabemos que es imposible. En cambio, niego con la cabeza.

—Isabella, ¿qué pasa?

La pregunta rompe algo dentro de mí. —¿Sobre cómo me dijiste que me amabas y no sé cómo manejarlo? ¿Sobre cómo siento que estoy traicionando todo lo que creía saber de mí misma? ¿Sobre cómo el hombre que me crio podría ser un monstruo y no estoy segura de quién soy sin él?

La confesión flota entre nosotros como cristales rotos. La expresión de Matteo cambia de preocupación a algo más profundo, más complicado.

—Bella…

—No. —Levanto una mano, deteniéndolo antes de que pueda decir algo que me rompa por completo—. Por favor. No puedo… ahora no.

Él asiente lentamente, comprendiendo más de lo que merezco. —Está bien. Pero cuando estés lista para hablar, aquí estaré.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Entonces esperaré. —Su voz es firme, segura—. El tiempo que sea necesario.

Se da la vuelta para irse, pero se detiene en el umbral. —Con lo que sea que estés luchando, sea cual sea la decisión que crees que tienes que tomar sola… no es así. Ahora estamos juntos en esto.

Juntos. La palabra debería consolarme. En cambio, se siente como otro muro que se cierra a mi alrededor.

Después de que se va, me refugio en la sala de estar, tratando de encontrar la calma en la tormenta de mis pensamientos. Pero cada destello de relámpago me hace pensar en Chase, en la forma en que su sonrisa nunca llegaba a sus ojos cuando estaba decepcionado de mí.

Él mató a mis padres. El pensamiento me golpea de nuevo, un cuchillo entre mis costillas. El hombre que me crio, que me enseñó a apreciar la belleza y la cultura, que me dio todo después de que murieran. Él los mató primero.

Catorce años. Llevo catorce años agradecida al asesino de mis padres.

El recuerdo me golpea sin previo aviso. El funeral de mis padres. La mano fuerte de Chase en mi hombro de niña de nueve años, su voz suave por el dolor. —A ellos les gustaría que fueras fuerte, Isabella. Que continuaras con su amor por las cosas bellas.

Todo mentira. Cada palabra, cada gesto, cada momento de bondad construido sobre los cimientos del asesinato.

Mi teléfono vibra en la mesita auxiliar donde lo dejé cargando. El identificador de llamadas hace que se me encoja el estómago: Libby Donaldson, del Met.

—Libby —respondo, forzando mi voz para que suene profesional y cálida—. ¿Cómo está?

—Isabella, gracias a Dios. No estaba segura de que fuera a contestar. —Su voz denota una tensión inusual—. Escuche, sé que está lidiando con asuntos familiares, pero hoy pasó algo extraño que pensé que debería saber.

El pulso se me acelera. —¿Extraño de qué tipo?

—Donald Henson me llamó esta mañana. ¿Se acuerda de él, verdad? Un donante importante, siempre husmeando por las pinturas europeas.

Recuerdo a Donald perfectamente. La forma en que me miraba como si yo fuera una obra de arte que quisiera adquirir. —Por supuesto.

—Bueno, me contactó para comprar piezas de una colección privada. Dijo que Chase Callahan se le había acercado para liquidar algunas obras importantes: dibujos del Renacimiento, un Monet pequeño, algunas piezas de jade tallado que valen una fortuna.

Se me va el color de la cara. Chase no vende arte. Lo colecciona obsesivamente, lo amasa como un dragón que protege su tesoro. —Eso no es propio de mi tío.

—Eso mismo pensé. Pero aquí está la parte realmente extraña: Henson dijo que Chase parecía desesperado por deshacerse de las piezas rápidamente. Por debajo del valor del mercado, transacciones solo en efectivo, sin demoras por autenticación. El comportamiento de alguien que necesita dinero rápido.

Me empiezan a temblar las manos. —¿Cuánto dinero?

—Henson estimó la colección que le mostraron en unos doce millones. Pero eso fue solo lo que Chase llevó a la reunión inicial. Mencionó que tenía mucho más disponible para venta inmediata.

El teléfono se me resbala de los dedos, de repente sin fuerza, y cae con estrépito sobre el suelo de madera. Doce millones. La cifra resuena en mi cabeza como una sentencia de muerte.

Me dejo caer en la silla más cercana, con las piernas fallándome por completo. Doce millones de dólares. Suficiente para financiar un ejército. Suficiente para comprar armamento pesado y soldados experimentados. Suficiente para convertir una reunión en un almacén en un baño de sangre.

—¿Isabella? Isabella, ¿está ahí?

La voz de Libby suena distante, metálica. Recojo el teléfono con manos temblorosas. —Sí, disculpe. Solo… estoy procesándolo.

—¿Le dijo algo más? —mi voz sale estrangulada.

—Solo que Chase parecía diferente. Agitado. Como un hombre que se prepara para algo grande. —Libby hace una pausa—. ¿Está todo bien? ¿Con su situación familiar?

—Todo está bien —susurro, y la mentira me sabe a cenizas—. Gracias por avisarme. Debo irme.

Termino la llamada y me quedo mirando el teléfono en mis manos temblorosas. La habitación da vueltas a mi alrededor mientras las implicaciones me golpean como olas.

Chase está liquidando sus posesiones más preciadas. El tío que preferiría morir antes que desprenderse de una sola pieza de su colección está vendiendo millones en arte para conseguir dinero rápido. Siempre dijo que solo vendería su colección cuando estuviera listo para hacer arder el mundo.

Esto no es una negociación lo que está planeando. Es una masacre.

Los Rosetti creen que van a una reunión. Van directo a una matanza.

Me llevo las manos a la boca, luchando contra las ganas de vomitar. Todo este tiempo, he estado pensando en la lealtad y la traición en términos abstractos. Pero esto no se trata de tomar partido en una disputa familiar. Se trata de impedir un asesinato en masa.

La elección se cristaliza con una claridad brutal. No entre el hombre que me crio y el hombre que dice amarme. Entre detener a un monstruo y convertirme en cómplice de un genocidio.

Pienso en los pacientes ojos ambarinos de Matteo, en la forma en que dijo que me esperaría todo el tiempo que hiciera falta. En la tranquila autoridad de Dom, el humor salvaje de Leo, la inesperada amabilidad de Besiana. En todas las personas que trabajan para ellos, que dependen de ellos, que morirán si me quedo callada.

Luego pienso en Chase, en la forma en que ha moldeado cada aspecto de mi vida durante catorce años. En la gratitud que he cargado como un peso, la lealtad que me ha definido desde que tenía nueve años.

Pero esa lealtad se construyó sobre mentiras. Todo lo que creía saber sobre él, sobre mí misma, sobre mi lugar en su mundo… todo construido sobre la tumba de mis padres.

No es mi salvador. Es el asesino de ellos.

Y ahora planea matar de nuevo.

Me pongo de pie con piernas temblorosas, con mi decisión tomada. Sean cuales sean las consecuencias de esta elección, en lo que sea que me convierta, puedo vivir con ello. Con lo que no puedo vivir es con no hacer nada mientras él asesina a una familia entera.

El pasillo se extiende ante mí, conduciendo hacia la biblioteca donde las voces aún murmuran tras las puertas cerradas. Cada paso se siente como cruzar un puente que se quemará detrás de mí, cortando cualquier camino de regreso a la mujer que solía ser.

Pero quizás esa mujer siempre fue una ilusión, de todos modos. Quizás la verdadera Isabella Callahan es la que camina hacia esa puerta, lista para elegir las vidas de las personas que le importan por encima de las mentiras que la han definido.

Lista para convertirse en alguien que actúa en lugar de alguien que simplemente soporta.

La puerta de la biblioteca se alza imponente, y levanto la mano para llamar. Al otro lado se encuentra el fin de todo lo que creía saber sobre mí misma.

Y el principio de todo lo que elijo ser.

23

Matteo

La información que Isabella nos trajo ayer lo cambia todo.

Lleva tres noches durmiendo en su propia habitación, insistiendo en que necesita espacio para procesar todo lo de sus padres. Me despierto cada mañana buscándola con el brazo, mi cuerpo anhelando el peso de sus curvas contra mí. El aroma de su perfume aún está impregnado en mis sábanas, volviéndome loco de deseo cada vez que cierro los ojos.

No puedo dejar de pensar en la expresión de su rostro cuando nos contó que Chase liquidó doce millones de dólares en arte. La forma en que se le quebró la voz cuando describió la llamada de Libby Donaldson. Cómo había atado cabos ella misma: su tío recaudando dinero rápidamente, preparándose para algo masivo.

Algo que nos destruiría.

Mis hermanos ya están reunidos en la sala de guerra cuando llego. Hay mapas extendidos sobre la mesa de caoba, computadoras portátiles abiertas y el olor a café y a violencia impregna el aire.

Rafe levanta la vista de unas fotos satelitales, con expresión sombría.

—Isabella tenía razón —dice sin preámbulos—. Encontramos el almacén.

Las fotos están esparcidas sobre la mesa como pruebas en la escena de un crimen. Un complejo industrial en Queens. Remoto. Perfecto para montar una masacre y hacer que parezca que nosotros la orquestamos. Lanzo la moneda entre mis dedos, el metal tibio y familiar contra mi palma.

—¿Explosivos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Preparados para estallar —confirma Rafe—. Supresión de incendios desactivada. Tratos de armas montados para que parezcan nuestros proveedores. Incluso encontramos cuerpos en cámaras frigoríficas, esperando a ser plantados como víctimas.

Leo desliza una tableta sobre la mesa. —Imágenes de seguridad de tres cuadras de distancia. Los hombres de Chase han estado moviendo equipo durante semanas.

—No solo está tratando de desaparecer —dice Rafe en voz baja—. Está montando una masacre y envolviéndonos en ella.

Leo desliza una tableta sobre la mesa. Las imágenes de seguridad muestran a los hombres de Chase moviendo equipo, preparando la escena. Aprieto la mandíbula al verlos trabajar con precisión militar. Esto no es venganza. Es teatro.

—No solo está tratando de desaparecer —dice Rafe en voz baja—. Está tratando de hacernos desaparecer a nosotros.

La moneda gira más rápido. Chase Callahan no se contenta con empezar una guerra. Quiere destruirnos por completo, culparnos de

algo tan horrible que hasta nuestros aliados se volverán en nuestra contra. Y luego él se irá como si nada mientras nosotros ardemos.

—No vamos a esperar —digo, atrapando la moneda en mi palma—. Acabaremos con esto. Esta noche.

Dom se endereza.

—Matteo…

—No —me inclino hacia adelante, con las manos planas sobre la mesa—. Cada hora que esperamos, él está más cerca de lograrlo. Lo atacaremos ahora, antes de que pueda tender la trampa.

—Es un suicidio —dice Leo—. Nos estará esperando.

—Tal vez. Pero no nos esperará a todos nosotros. —Miro a cada uno de ellos a los ojos—. Esto se acaba esta noche.

La puerta se abre e Isabella entra. Lleva puesto el suéter de cachemira color crema que le prestó Besiana y unos jeans oscuros que se abrazan a sus curvas. Tiene el pelo recogido, revelando la elegante línea de su cuello. Pero son sus ojos los que me dejan helado. Hay algo vacío en ellos, algo distante que me oprime el pecho.

—Lo siento —dice en voz baja—. No sabía que estaban reunidos.

Dom empieza a levantarse, probablemente para acompañarla a la salida, pero lo miro y niego con la cabeza. Ella es parte de esto ahora, nos guste o no. Lo sepa ella o no.

—Está bien —digo—. Entra.

Se acerca a la ventana y se abraza a sí misma. Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo sentir cómo se aleja. Retirándose detrás de esos muros perfectos que ha pasado años construyendo.

Quiero ir hacia ella, atraerla hacia mí, hacer que me mire a mí en lugar de a través de mí.

—¿Cuál es el plan? —pregunta sin darse la vuelta.

—Vamos a ir tras Chase —dice Dom con cuidado—. Esta noche.

Ella asiente una vez, como si lo esperara. Como si ya hubiera aceptado lo que sea que venga. La indiferente resignación en su postura hace que algo violento se desate en mi pecho.

—Voy con ustedes.

La habitación se queda en silencio. Hasta el aire parece detenerse.

—De ninguna manera —dice Dom.

—No es una petición. —Se gira para mirarnos, y hay un temple en su voz que me recuerda por qué me enamoré de ella en primer lugar —. Él no me esperará a mí. Eso les da una ventaja.

—Tú no eres una carnada —digo en voz baja. Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía.

—No. —Me mira a los ojos y, por un momento, veo a través de las grietas a la mujer que hay debajo. Feroz. Decidida. Rota, pero no vencida—. Soy el filo de la navaja.

El silencio se prolonga hasta que Rafe se aclara la garganta. —Tiene razón. Chase cree que está comprometida, que la hemos puesto de nuestro lado. Verla podría desequilibrarlo.

Cada uno de mis instintos grita en contra. La idea de Isabella en cualquier lugar cerca de ese almacén, cerca de Chase y sus juegos retorcidos, hace que me tiemblen las manos con la necesidad de encerrarla en una habitación donde esté a salvo.

Pero la miro a la cara, veo la forma en que ha puesto la mandíbula, la determinación en sus ojos verdes. Esta es su elección. Su pelea. Y

negársela podría ser lo que finalmente la rompa por completo.

—Está bien —digo—. Pero te quedas cerca de mí. No te mueves a menos que yo te diga que te muevas.

Ella asiente, y capto el más leve atisbo de una sonrisa en sus labios. Es la primera expresión real que le he visto en días.

La reunión termina veinte minutos después. Los planes están hechos, las armas distribuidas, la maquinaria de la guerra poniéndose en marcha. Dom y Leo salen a preparar los vehículos. Rafe desaparece para coordinar con nuestro equipo de seguridad.

Isabella y yo estamos solos.

Sigue de pie junto a la ventana, mirando las luces de la ciudad. El suéter de cachemira se le pega a los hombros y puedo ver la tensión en la forma en que se contiene. Como si temiera desmoronarse si se relajara un solo segundo.

—Háblame —digo en voz baja.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea que te esté pasando por la cabeza que te hace mirarme como si fuera un extraño.

No responde de inmediato. Se queda ahí, con los brazos rodeándose a sí misma como si estuviera manteniendo los pedazos unidos a la fuerza.

—Te traje información que podría salvar a tu familia —dice por fin —. Y en lo único que puedo pensar es en que viví con el asesino de mis padres durante catorce años. En que le estaba agradecida.

El dolor en carne viva en su voz me oprime el pecho. —Bella.

—Necesito sentir otra cosa. —Se gira para encararme por completo, y hay algo salvaje en sus ojos verdes. Algo desesperado y

peligroso—. Cualquier otra cosa.

Antes de que pueda responder, cruza la habitación con zancadas rápidas y depredadoras. Sus manos golpean mi pecho y me empujan contra la pared con una fuerza sorprendente. El impacto me saca el aire de los pulmones.

—Isabella, ¿qué estás…?

—Cállate. —Su voz es áspera, autoritaria de un modo que hace que mi verga dé un respingo a pesar de todo—. Por una vez en tu vida, solo cállate y déjame tener esto.

Sus manos ya están luchando con mi cinturón, los dedos moviéndose con obstinada determinación. El cuero se desliza con un agudo susurro que resuena en la silenciosa habitación.

—Así no —digo, sujetándole las muñecas—. Estás sufriendo. No voy a aprovecharme.

Se libera de un tirón, con fuego ardiendo en sus ojos. —¿Aprovecharte? —Una risa amarga se le escapa de la garganta—. Yo soy la que te trajo la información. Yo soy la que elige esto. Estoy tomando lo que quiero.

El cierre de mi pantalón baja con un chirrido y luego su mano está sobre mí, por encima de mis bóxers. Caliente. Firme. Posesiva. Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared mientras la sangre se agolpa en mi entrepierna con una velocidad devastadora.

—Bella, no lo hagas. —Pero incluso mientras lo digo, mis caderas se empujan hacia su toque.

—Dije que te callaras. —Cae de rodillas con un movimiento fluido, y la imagen de ella allí, todavía completamente vestida, con los ojos encendidos de furia y necesidad, casi me para el corazón.

Me baja los bóxers de un tirón y mi verga salta fuera, ya dura y palpitante. Sus ojos se clavan en los míos mientras envuelve sus dedos a mi alrededor, y hay algo salvaje en su expresión. Algo que me hace entender que no se trata de consuelo o conexión.

Se trata de control. De reclamar poder cuando todo lo demás le ha sido arrebatado.

—Mírame —ordena, y joder, la autoridad en su voz me hace palpitar en su agarre—. Quiero que mires mientras hago esto. Mientras tomo lo que es mío.

Entonces su boca está sobre mí, caliente, húmeda y absolutamente devastadora. Sin vacilación. Sin exploración delicada. Me toma profundo en un movimiento suave que me arranca un gemido del pecho y hace que se me doblen las rodillas.

—Cristo. —Mis manos se aferran a su pelo automáticamente, necesitando algo a lo que anclarme—. Bella, vas a matarme.

Se aparta lo justo para hablar, con sus labios todavía rozando mi punta. —Bien. Entonces los dos estaremos rotos.

Las palabras son crudas, brutales, y me atraviesan incluso mientras me toma de nuevo en lo profundo. Su lengua trabaja contra la parte inferior de mi verga, y puedo sentir su rabia en cada movimiento. Cada succión. Cada deliberado roce de dientes que me hace sisear y apretar mi agarre en su pelo.

Me está usando. Usando esto. Y que Dios me ayude, es lo más excitante que he experimentado en mi vida.

—¿Quieres mirar? —pregunta, apartándose para acariciarme con la mano, sin dejar de mirarme a los ojos—. Mírame recuperar mi poder.

Entonces me trabaja con la boca y la mano a la vez, marcando un ritmo brutal y exigente. Su mano libre se aferra a mi muslo, clavando las uñas con la fuerza suficiente para dejar marcas. El ligero dolor solo hace que todo sea más intenso.

Intento suavizar el ritmo, hacer que vaya más despacio, pero me lanza una mirada fulminante y me toma más profundo. Más allá de su zona de confort. Más allá de la mía. Hasta que estoy tocando el fondo de su garganta y ella emite unos sonidos suaves y desesperados que me vuelven loco.

—Joder, Bella. Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

Gime a mi alrededor ante el cumplido, y la vibración hace que se me nuble la vista. Sus movimientos se vuelven más desesperados, más frenéticos, como si persiguiera algo que no puede alcanzar del todo.

—¿Es esto lo que quieres? —jadea, apartándose para masturbarme rápida y bruscamente—. ¿Verme de rodillas? ¿Verme desmoronarme?

—No. —La palabra se me escapa—. Quiero verte completa. Quiero verte feliz.

Algo se rompe en su expresión. Las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas, pero no se detiene. Si acaso, se vuelve más decidida. Más brutal en su necesidad de terminar esto.

—Demasiado tarde para eso —susurra, y luego me vuelve a meter en su boca.

La combinación de sus lágrimas, su boca y la forma desesperada en que me trabaja quiebra algo fundamental en mi autocontrol. Mis caderas empiezan a moverse por sí solas, follándole la boca con

embestidas cuidadosas y mesuradas que ella recibe con avidez. La imagen de sus labios estirados alrededor de mi verga, con las lágrimas corriendo por su cara mientras toma todo lo que le doy, es la destrucción más hermosa que he presenciado jamás.

—Eso es, bella —gruño, con la voz áspera por la necesidad—. Tómame la verga como la perfecta reinita que eres. Demuéstrame cuánto necesitas esto.

Ella gime a mi alrededor ante mis sucias palabras, y la vibración hace que se me nuble la vista.

—Estoy cerca —le advierto, tirando de su cabello—. Bella, voy a correrme.

Ella me mira, con sus ojos verdes inundados de lágrimas y desafío, y deliberadamente me traga más profundo. Su garganta se contrae a mi alrededor, y con eso basta. Estoy acabado.

Mi orgasmo me desgarra con una intensidad violenta, y cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras me vacío en su garganta. Ella lo recibe todo, lo traga todo, sin apartar sus ojos de los míos ni siquiera mientras las lágrimas le corren por el rostro.

Cuando todo termina, estoy temblando. Completamente destrozado. Ella se sienta sobre sus talones, se limpia la boca con el dorso de la mano y, por un momento, solo nos quedamos mirándonos.

—Isabella. —Intento alcanzarla, pero ya se está poniendo de pie.

—Estaré lista en una hora —dice en voz baja, con la voz firme a pesar de los rastros de lágrimas en sus mejillas.

Luego se va, dejándome desplomado contra la pared con los pantalones en los tobillos y la terrible certeza de que acabo de ver a

la mujer que amo intentar follar para ahogar su dolor.

Y no pude detenerla. No quise detenerla.

Cristo, ¿en qué clase de hombre me convierte eso?

Una hora después, la encuentro junto a las camionetas. Viste toda de negro: jeans, una chaqueta ajustada, botas que podrían matar a un hombre. Lleva el cabello recogido en una elegante cola de caballo, y hay algo diferente en su postura. Más erguida. Más segura.

Más peligrosa.

Me acerco despacio, como si fuera un animal salvaje que pudiera echar a correr. —¿Estás bien?

Se gira para mirarme, y sus ojos están claros. Enfocados. La mujer que se derrumbó en mis brazos antes ha desaparecido, reemplazada por alguien más dura. Alguien lista para la guerra.

—Estoy perfecta —dice.

La mentira sale tan fácil, tan fluida, que por un segundo casi la creo. Pero ahora he visto detrás de sus murallas. Sé lo que le cuesta mantenerse así de erguida, verse así de serena.

—Pase lo que pase esta noche —digo, tomándole la mano—, te cubro la espalda. Siempre lo he hecho.

Me aprieta los dedos una vez, brevemente. —Lo sé.

Pero mientras subimos a la camioneta, en dirección a lo que podría ser la última noche de nuestras vidas, no puedo quitarme la sensación de que la estoy perdiendo. Que en algún punto entre la verdad sobre sus padres y las mentiras sobre su tío, la mujer que amo está desapareciendo pedazo a pedazo.

Y no sé cómo salvarla de sí misma.

El almacén aguarda en la oscuridad, adelante. Chase Callahan espera. Y en algún lugar en el espacio entre la venganza y la justicia, estoy a punto de descubrir de qué está hecha realmente Isabella Callahan.

La guerra comienza a la medianoche.

24

Isabella

El aguacero azota las ventanillas blindadas de la camioneta con persistencia mecánica. Cada gota suena como una cuenta regresiva, como si el mismísimo cielo estuviera marcando el tiempo hasta que todo lo que he conocido se disuelva por completo.

Presiono la espalda contra el asiento de cuero, deseando desaparecer en él. La pistola que me dio Matteo pesa sobre mi cadera, oculta bajo la chaqueta de cuero que huele a él. Tengo las manos cuidadosamente cruzadas en mi regazo, firmes como el cristal. Si no me muevo, si no respiro muy profundo, quizá pueda mantenerme entera el tiempo suficiente para terminar con esto.

La ciudad pasa como manchas de acuarela de neón y sombras. Manhattan a las dos de la mañana parece un hermoso cadáver, todo luces brillantes y calles vacías. Perfecto y sin vida. Como yo.

Vuelvo a encontrarme con la mirada de Matteo en el espejo retrovisor. Me ha estado observando durante todo el trayecto, esos ojos ambarinos oscurecidos por la preocupación y algo que podría

ser arrepentimiento. Aparto la vista antes de que pueda leer demasiado en mi rostro. Antes de que pueda ver lo rota que estoy bajo esta cuidada compostura.

La voz de Dom atraviesa el bajo rugido del motor. —La cámara térmica muestra veintiséis cuerpos en el complejo. Chase está en el almacén principal, tercer piso. Golpeamos con fuerza, golpeamos rápido, no les damos tiempo a pensar.

—Isabella se queda con el equipo del perímetro —añade Leo desde el asiento del copiloto, su voz cargada de una autoridad absoluta—. Esto no es una negociación.

—No me voy a quedar atrás —digo en voz baja, y la certeza en mi voz me sorprende—. Si me dejan en un auto mientras entran, lo perderán. Tendrá vías de escape en las que no han pensado. Siempre las tiene.

Los nudillos de Matteo están blancos por la fuerza con que agarra el volante. —Bella…

—No me esperará. —Las palabras me saben a metal—. Cree que sigo siendo su sobrina agradecida. Su perfecta marioneta. —Encuentro su mirada en el espejo, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento. Reconocimiento—. Soy la única que puede acercarse lo suficiente.

La camioneta reduce la velocidad al acercarnos al distrito de los almacenes. A través de las ventanas veteadas por la lluvia, puedo ver el complejo que Chase eligió para su última resistencia. Una mole de metal oxidado y ventanas rotas, agazapada junto al East River como un cáncer. El agua se filtra por los huecos del techo y los grafitis cubren todas las superficies accesibles.

Parece el tipo de lugar donde todo termina.

—Tú no eres una carnada —dice Matteo, con la voz áspera por una emoción apenas contenida—. No eres prescindible.

—No. —Me quito el cinturón de seguridad, y el clic resuena en el repentino silencio—. Soy la cuchilla.

El peso de la pistola contra mi cadera se siente más intenso cuando salgo a la tormenta. El agua me empapa el pelo de inmediato, convirtiendo el mundo en un borrón de grises y negros. Un relámpago parte el cielo sobre el almacén, iluminando el metal retorcido y los cristales rotos que coronan su tejado.

Dom y Leo se mueven con precisión militar, sus equipos se despliegan para rodear el edificio. Observo a Matteo revisar su arma por última vez; la moneda de plata no se ve por ninguna parte. Sus manos están firmes, profesionales. Pero cuando me mira, veo al chico que me dijo que me amaba mientras los truenos retumbaban a nuestro alrededor.

Debería decir algo. Debería reconocer esa confesión que me lanzó como un salvavidas hace tres días. Debería decirle que él es lo único que se ha sentido real en años de cuidadosa actuación.

En lugar de eso, camino hacia la entrada del almacén, con mis pasos silenciosos sobre el concreto mojado.

El primer disparo estalla desde algún lugar dentro del edificio cuando llegamos al muelle de carga. Entonces, el caos irrumpe por todas partes a la vez. La voz de Dom crepita a través del comunicador: —Explosivos desactivados. Encontramos las cargas conectadas a las vigas de soporte… doce hostiles abatidos cuando sus propios dispositivos detonaron antes de tiempo.

La trampa que Chase tendió para sepultarnos a todos se volvió en su contra cuando el experto en demoliciones de Dom redirigió el cableado. Los fogonazos de los disparos destellan a través de las ventanas rotas, convirtiendo el aguacero en agujas de plata. Se gritan órdenes en varios idiomas. El aire se llena de cordita y violencia.

Me mantengo agachada, siguiendo la ruta que Dom nos trazó. Pasando contenedores de carga volcados, a través de un laberinto de maquinaria oxidada que proyecta sombras retorcidas con la intermitencia de los relámpagos. La pistola en mi mano se siente ajena y familiar al mismo tiempo, una memoria muscular cuyo origen no reconozco.

Algo explota cerca y caigo al suelo. Un dolor agudo me atraviesa la rodilla, y al bajar la vista descubro mis pantalones negros rasgados. Entonces oigo la voz de Rafe, cortante de dolor y furia, resonando desde algún lugar más arriba. —¡El hijo de puta me disparó!

Carmesí. Siempre carmesí. Todos los que me importan terminan sangrando.

Abandono la ruta planeada y me dirijo a las escaleras. El almacén apesta a óxido y aceite de motor, décadas de decadencia asentadas en sus huesos de concreto. Mis pasos retumban a pesar de mis esfuerzos por guardar silencio, el sonido engullido por el cavernoso espacio superior.

La escalera metálica cruje bajo mi peso mientras subo hacia el sonido de las voces. El agua de la tormenta se cuela por los huecos del techo, volviendo cada superficie resbaladiza y traicionera. En el segundo rellano, me detengo a escuchar, pegada a la fría barandilla

de metal. Dos voces llegan desde arriba. Una familiar y refinada, hablando con tranquila seguridad. La otra, áspera por el dolor, pero inconfundiblemente la de Rafe.

Chase lo tiene.

El tercer piso es un laberinto de oficinas y cuartos de almacenamiento, la mayoría a oscuras, excepto por un charco de luz amarilla que se derrama desde el fondo del pasillo. Avanzo hacia él, con mis botas silenciosas ahora sobre el concreto, sabiendo que es una trampa, sabiendo que Chase está orquestando esta escena final exactamente como la quiere.

Pero él no sabe que estoy armada. No sabe que no soy la misma chica asustada que solía disculparse por existir.

La puerta de la oficina está abierta de par en par. Chase Callahan está sentado detrás de un escritorio de metal, perfectamente sereno a pesar de la guerra que se libra abajo. Su pelo plateado está impecable, su traje sin arrugas. Podría estar presidiendo una junta directiva en lugar de desangrar su imperio.

Rafe está arrodillado en el suelo de concreto a tres metros de distancia, atado a una viga de soporte con bridas. La sangre mana de una herida en su hombro, tiñendo su camisa negra de un tono más oscuro. Pero sus ojos están alerta, furiosos, y cuando me ve en el umbral, se abren de par en par como una advertencia.

—Ah, Isabella. —La voz de Chase transmite el mismo afecto amable de siempre—. Justo a tiempo. Le estaba explicando aquí al señor Rosetti cómo empezó todo esto.

Entro en la habitación, manteniendo el arma oculta a mi espalda. El aire huele a moho y a grasa de maquinaria, con un trasfondo del

aroma metálico de heridas recientes. —Tío Chase.

—¿Sabe quién es él? —Hace un gesto hacia Rafe con despreocupada indiferencia—. Rafael Rosetti. El hombre que asesinó a su primo Dale e inició todo este desagradable asunto. Aunque supongo que «inició» no es del todo exacto, ¿verdad?

Rafe aprieta la mandíbula, pero no dice nada. La sangre gotea sin cesar desde su hombro hasta el suelo de concreto.

—De hecho —digo, con la voz firme como el cristal—, sé exactamente quién es él. Y sé exactamente lo que era Dale.

—¿Ah, sí? —Chase se recarga en su silla, como un depredador que saborea el momento antes de la estocada final—. ¿Sabe que Dale seguía mis órdenes? Cada dólar que desfalcó, cada recibo alterado, cada error de contabilidad creativa… todo fue planeado por mí.

La temperatura en la habitación desciende diez grados. Rafe se queda completamente quieto, con sus ojos oscuros fijos en Chase con una intensidad letal.

—Usted orquestó todo —dice Rafe lentamente.

—Por supuesto que lo hice. Su hermano Leonardo estaba deliciosamente distraído con su matrimonio arreglado. Nueva esposa, nuevas responsabilidades, toda esa felicidad doméstica. Apenas revisó los libros durante meses. —La sonrisa de Chase se vuelve depredadora—. Fue casi demasiado fácil.

Mis manos empiezan a temblar. No de miedo, sino de la rabia que se acumula en mi pecho como vapor en una olla a presión. —Usted usó a Dale para destruirlos desde adentro.

—Dejé que los Rosetti se destruyeran a sí mismos —corrige Chase, bajando la voz a ese tono íntimo que siempre ha usado conmigo—.

Un primo muerto, una fractura familiar, meses de paranoia e investigación. Todo mientras yo liquidaba activos y me preparaba para esta noche.

—¿Esta noche? —Mantengo mi voz serena, aunque mi pulso martillea contra mi garganta.

—La eliminación de los líderes de ambas familias. —La máscara de Chase finalmente se cae por completo. El tío amable desaparece, reemplazado por algo frío, calculador y absolutamente despiadado—. Este almacén estaba cableado con suficientes explosivos para arrasar tres manzanas de la ciudad. Un final trágico para una guerra sangrienta, sin supervivientes que cuenten verdades incómodas.

—Usted también iba a matar a Isabella —se da cuenta Rafe.

—Isabella siempre iba a morir esta noche. —Los pálidos ojos de Chase se enfocan en mi rostro con una intensidad láser—. Cumplió su propósito, legitimando mi gobierno durante quince años. Pero ahora ha descubierto demasiado, se ha vuelto demasiado peligrosa.

—Igual que mis padres —digo en voz baja.

—Exactamente igual que sus padres. —La compostura de Chase se resquebraja ligeramente, y quince años de afecto cuidadosamente mantenido se disuelven—. Tommy y Mariana eran líderes débiles que habrían destruido todo lo que construí. El imperio Callahan necesitaba a alguien con visión, con agallas.

—Así que los asesinó.

—¡Salvé a este imperio de su incompetencia! Convertí el nombre Callahan en algo que importa, algo que impone respeto. —Su voz se eleva, una intensidad fanática se filtra a través de la fachada refinada—. Y usted, mi querida Isabella, era perfecta para lo que yo

necesitaba. Una heredera hermosa y educada para dar legitimidad a mi gobierno. Nunca hizo preguntas, nunca exigió poder, nunca amenazó mi autoridad.

—Usted me convirtió en una mentira. —Saco el arma de detrás de mi espalda y los ojos de Chase se abren de par en par—. Cada momento de mi vida ha sido construido sobre el asesinato de ellos.

—Isabella. —Su voz baja de nuevo a ese susurro manipulador, el que dio forma a toda mi infancia—. Usted era perfecta para lo que necesitaba. Una hermosa marioneta que nunca hacía preguntas. Pero ahora…

—Entiendo perfectamente. —El arma se siente firme en mis manos, sólida y real de una manera que nada más lo ha sido en días —. Usted los mató para robar su imperio. Y me mantuvo con vida porque era útil. Una marioneta que podía controlar.

—¿Matarla? —Chase ríe, pero su risa suena hueca, desesperada—. Isabella, usted nunca fue una amenaza. Era perfecta: hermosa, obediente, completamente desinteresada en el poder real. ¿Por qué iba yo a…?

Su mano se mueve hacia el cajón del escritorio con una suave destreza.

—¡El arma! —grita Rafe.

Los dedos de Chase se cierran alrededor de una pistola justo cuando aprieto el gatillo.

El disparo resuena en el almacén como un trueno. Chase se tambalea hacia atrás, mirando con genuina sorpresa la mancha carmesí que se extiende por su camisa blanca.

—Me disparaste. —Lo dice como si no pudiera creerlo.

—Usted los mató. —Sigo apuntándolo con el arma mientras él se desploma contra la pared—. Usted mató a mis padres y me hizo quererlo por ello.

—Ellos iban a… iban a llevarte lejos. —Burbujas rojas brotan de la comisura de su boca—. A Londres. Iban a… criarte normal. Débil.

—Iban a quererme. —Las palabras salen rotas, en carne viva—. Sin condiciones. Sin hacerme merecerlo por ser perfecta.

Chase se desliza por la pared, dejando una mancha húmeda en el concreto. Pero sus ojos siguen afilados, siguen calculando.

—¿Crees que… crees que los Rosetti son mejores? —Tose, y motas carmesí salpican el suelo—. Ellos también te están usando, Isabella. Diferente jaula… el mismo pájaro.

—Tal vez. —No bajo el arma—. Pero ellos nunca asesinaron a mi familia y me hicieron estar agradecida por ello.

—Te hice… poderosa. —Su voz se debilita, pero sus ojos arden con una intensidad fanática—. Te convertí en algo… que importa.

—Usted me convirtió en una víctima. —Doy un paso más cerca—. Pero se acabó ser lo que usted creó.

La mano de Chase se contrae hacia algo en su cinturón. Un arma de respaldo. Un cuchillo. En la penumbra, no puedo distinguir qué es.

No espero para averiguarlo.

Tres disparos más resuenan en el almacén. Chase Callahan se sacude con cada impacto, su cuerpo deslizándose más abajo por la pared húmeda. Para cuando los ecos se desvanecen, está completamente inmóvil.

El arma se me resbala de los dedos inertes y golpetea contra el concreto. El agua gotea por las ventanas rotas y se mezcla con el charco que se extiende alrededor de su cuerpo. El aire huele a cordita, a cobre y al fin de todo.

Nada. No siento nada. Vacía. Como si me hubieran raspado por dentro.

—Isabella. —La voz de Rafe parece venir de muy lejos—. Córteme las ataduras. Tenemos que salir de aquí.

Me dirijo hacia él tropezando, con las piernas temblorosas, y saco una navaja del bolsillo de mi chaqueta. Me tiemblan las manos mientras corto las bridas y, cuando por fin se rompen, Rafe se desploma hacia adelante con un quejido de dolor.

—¿Está bien? —pregunta, lo cual es ridículo, considerando que él es el que está herido.

—Lo maté. —Las palabras se sienten extrañas en mi boca. Como un hecho. Vacías—. Maté a mi tío.

—Usted mató al asesino de sus padres —corrige Rafe, mientras se pone de pie con dificultad—. Hay una diferencia.

Pero no siento la diferencia. Me siento hueca. Como si alguien hubiera tomado todo lo que solía ser y lo hubiera reducido a cenizas.

Unas pisadas retumban al subir las escaleras. La voz de Matteo resuena por el pasillo, cargada de pánico. —¡Isabella!

Debería responder. Debería hacerle saber que estamos a salvo. En lugar de eso, me quedo mirando el cuerpo de Chase sin sentir absolutamente nada.

Matteo aparece en el umbral y capta toda la escena con una rápida mirada. El rojo acumulándose en el concreto, los cuerpos, Rafe

sujetándose el hombro herido. Yo, de pie en medio de todo como una estatua tallada en hielo.

—Cristo. —Se acerca a mí con lentitud, con las manos en alto como si yo fuera algo peligroso—. Bella, ¿estás herida?

Niego con la cabeza, todavía con la vista fija en Chase. —Toda la gente que amo termina sangrando.

—Oye. —La voz de Matteo es suave, cautelosa—. Mírame.

Aparto la mirada del cadáver para encontrarme con sus ojos ambarinos. Se ve mayor de alguna manera, como si las últimas horas lo hubieran envejecido años.

—Nos salvaste —dice—. Le pusiste fin.

—¿En serio? —La pregunta sale seca, sin emoción—. ¿O simplemente me convertí en lo que él siempre dijo que era?

—¿De qué estás hablando?

—Dijo que yo había nacido para esto. Nacida para ser peligrosa. Nacida para destruir cosas. —Me miro las manos, todavía manchadas con residuos de pólvora—. Y aquí estoy.

—Isabella. —La voz de Rafe me saca de mi espiral—. Chase Callahan pasó quince años intentando convertirla en su arma perfecta. No deje que gane creyendo en su veneno.

Pero el veneno ya está ahí, extendiéndose por mis venas como el hielo. La certeza de que soy capaz de esto. De que matar me resultó natural, fácil. De que una parte oscura de mí disfrutó viendo cómo la vida abandonaba sus ojos.

—Necesito… —No puedo terminar la frase. Necesito aire, necesito espacio, necesito estar en un lugar que no huela a muerte y al fin de todo lo que creía saber sobre mí misma.

Paso junto a Matteo sin mirarlo, junto al charco de los restos de Chase que se va extendiendo, y me dirijo hacia la puerta. A mis espaldas, oigo a Rafe explicar lo que pasó, oigo la brusca inhalación de Matteo cuando se entera de la verdad sobre mis padres.

Pero sus voces se desvanecen mientras bajo las escaleras, a través del laberinto de maquinaria y sombras, hacia el muelle de carga donde todo esto empezó.

La tormenta se ha convertido en llovizna, suave, gris y apacible. Las sirenas de la policía aúllan en la distancia, cada vez más cerca. Pronto este lugar estará repleto de investigadores, reporteros, gente que querrá desmenuzar lo que pasó aquí y convertirlo en titulares.

Pero ahora mismo, solo estamos el agua, yo, y el peso de lo que he hecho.

Me dejo caer sobre una barrera de concreto, dejando que la llovizna me empape el pelo y la ropa. El arma ya no está, la dejé arriba, junto al cuerpo de Chase. Mis manos están vacías ahora, limpias de armas, pero no de culpa.

—Isabella. —La voz de Matteo me hace levantar la vista. Está de pie a unos tres metros, con la lluvia corriéndole por la cara, mirándome como si yo fuera algo frágil que pudiera romperse.

—No —digo en voz baja—. No intentes arreglar esto.

—No estoy tratando de arreglar nada. —Da un paso cauteloso hacia mí—. Estoy tratando de entender.

—No hay nada que entender. —Miro las aguas oscuras del East River, observando cómo las gotas crean ondas en su superficie—. Maté a alguien. Alguien que me crio, que me arropaba por las noches, que me enseñó a apreciar las cosas bellas.

—Alguien que asesinó a tus padres.

—Ambas cosas pueden ser verdad. —Las palabras saben a ceniza —. Puedo estar justificada y condenada al mismo tiempo.

Matteo se acerca más, hasta que se para justo frente a mí. Como no me aparto, extiende la mano y me toca la cara, su pulgar trazando el recorrido del agua por mi mejilla.

—No estás condenada —dice en voz baja—. Eres libre.

Quiero creerle. Quiero pensar que matar a Chase fue una especie de liberación en lugar de solo otro eslabón en una cadena de la que nunca escaparé. Pero la sensación de vacío en mi pecho cuenta una historia diferente.

—No me siento libre. —Me apoyo en su tacto a pesar de mí misma, necesitada del calor del contacto humano—. Me siento vacía.

—Entonces encontraremos la forma de llenar ese vacío. —Su otra mano sube para enmarcarme completamente el rostro—. Juntos.

—¿Y si ya no queda nada que llenar? —La pregunta sale rota, desesperada—. ¿Y si esto es todo lo que soy ahora?

—Entonces amaré los pedazos rotos hasta que recuerdes cómo volver a estar completa.

Las palabras me golpean como un puñetazo, robándome el poco aliento que me quedaba. Amor. Esa palabra que me lanzó hace tres días mientras los truenos retumbaban a nuestro alrededor. La palabra que he estado demasiado aterrorizada para reconocer, demasiado convencida de mi propia toxicidad para aceptar.

—Te amo —dice de nuevo, feroz y seguro—. No a la versión de ti que Chase creó. No a la pieza de museo perfecta ni a la sobrina agradecida ni a ninguna otra máscara que hayas usado. Amo a la

mujer que eligió entrar al infierno esta noche porque no podía vivir con que nadie más sangrara por sus pecados.

Las sirenas chillan cada vez más cerca. Luces rojas y azules destellan contra las paredes del almacén, convirtiendo el agua en vetas de colores. Pronto tendremos que enfrentar interrogatorios, declaraciones, las consecuencias legales de la violencia de esta noche.

Pero no puedo dejar que esas palabras me alcancen. No puedo dejar que echen raíces en la tierra envenenada en la que me he convertido. El amor fue lo que Chase usó para manipularme durante quince años. El amor es la mentira que me mantuvo agradecida mientras él construía un imperio sobre la sangre de mis padres.

—No —susurro, apartándome de su tacto—. No me digas eso.

Sus manos se apartan de mi cara y veo el dolor destellar en sus facciones antes de que pueda ocultarlo.

—Soy tóxica —continúo, y cada palabra me desgarra la garganta—. Todo el que se acerca a mí termina sangrando. Ya viste de lo que soy capaz. Lo que realmente soy debajo de todos los buenos modales y el barniz de museo.

—Isabella...

—No. —Me levanto de la barrera de concreto, poniendo distancia entre nosotros—. Lo maté. Lo miré a los ojos, apreté el gatillo y no sentí nada. Nada, Matteo. ¿En qué clase de persona me convierte eso?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros como humo, densa y sofocante. A lo lejos, las sirenas aúllan a través de la

tormenta, pero se sienten como si vinieran de otro mundo por completo.

Un mundo donde yo solía ser otra persona.

25

Matteo

El almacén huele a muerte y a pólvora.

Estoy de pie en medio de las secuelas, observando a mis hombres catalogar la masacre mientras Isabella permanece sentada en silencio en la camioneta. La lluvia paró, dejando todo resbaladizo y reluciente bajo las luces de seguridad. Chase Callahan se desangra en un pasillo trasero, con seis balas en el pecho, y la mujer que amo está en un lugar que no puedo alcanzar.

Apenas habló después de apretar el gatillo. La encontré en esa barrera de concreto junto al río, con la mirada perdida y temblando, cubierta de sangre y convencida de que era veneno. Cuando intenté decirle que era libre, cuando le dije que la amaba, se apartó como si mis palabras la quemaran. Me dijo que no le dijera eso. Se llamó a sí misma tóxica. Puso distancia entre nosotros como si yo fuera el enemigo.

No me ha mirado desde entonces. No ha dejado que me acerque lo suficiente como para que importe.

Lanzo mi moneda al aire una vez, rápido y seco. El sonido retumba en la sala de juntas vacía.

—Rafe.

—¿Cuántos quedan? —le pregunto.

—Siete confirmados. Están dispersos por la ciudad, probablemente esperando noticias que nunca llegaron —dice Rafe, y sigue mi mirada hacia el vehículo—. Ella tiene que estar ahí cuando los capturemos. Necesita demostrarles que no es solo la heredera de Chase, sino su nueva realidad.

—Necesita tiempo para procesarlo.

—Necesita reclamar lo que es suyo antes de que alguien más lo haga —su voz es suave pero firme—. En este mundo, los vacíos de poder se llenan rápido y de forma sangrienta. Los Callahan se pliegan a nuestras operaciones ahora, pero solo si ella da un paso al frente para dirigir su ala.

Sé que tiene razón. La muerte de Chase no elimina su imperio, solo lo deja disponible para la conquista. Y si Isabella no toma el control, alguien más lo hará. Alguien a quien no le importarán una mierda sus reglas o su conciencia.

El instinto protector ruge dentro de mí. Quiero llevármela lejos de todo esto, esconderla en algún lugar seguro hasta que pueda volver a sonreír. Pero eso no es lo que necesita.

Isabella no necesita que la proteja de esta vida. Necesita que confíe en que ella puede navegarla. Necesita que me quede a su lado mientras reclama lo que es suyo, no delante de ella intentando protegerla de las consecuencias.

—¿Dónde es la reunión? —pregunto.

—En el *penthouse* de Callahan. Es terreno neutral y envía un mensaje.

Asiento y me guardo la moneda.

—Deme cinco minutos.

Camino hacia la camioneta y me deslizo en el asiento del copiloto. Isabella no me presta atención, no gira la cabeza. Tiene la mirada fija en la nada, con las manos entrelazadas en el regazo como si estuviera en la iglesia.

—Oye —digo en voz baja.

Nada.

—Tenemos que ir a casa de Chase. Los tenientes están esperando.

Su risa es hueca, amarga.

—Por supuesto que lo están. Los buitres siempre son los más rápidos en rondar a los muertos.

—No tienes que hacer esto esta noche.

—Sí, tengo que hacerlo —finalmente me mira, y sus ojos verdes son glaciales—. El imperio de Chase no se disuelve solo porque él esté muerto. Alguien tiene que tomar el control.

—Alguien. No necesariamente tú.

—Se construyó con la sangre de mis padres —su voz es firme, definitiva—. Me pertenece.

El trayecto a Manhattan dura veinte minutos por calles vacías. Isabella está sentada inmóvil a mi lado, pero puedo sentir cómo cambia con cada kilómetro. La mujer rota que se llamaba a sí misma tóxica está siendo cuidadosamente guardada, reemplazada por algo más duro. Algo que puede mirar fijamente a criminales armados y hacer que supliquen piedad.

—Necesitas saber con quién estás tratando —digo en voz baja, no queriendo romper su concentración pero sabiendo que necesita información—. Pinkerson maneja las armas. Pelo canoso, cree que es más listo que nadie. Te pondrá a prueba con estupideces de procedimiento.

Ella asiente, escuchando.

—El joven con problemas de actitud es Martinez. Lleva los números de los muelles. Nunca una mujer le ha dicho que no. Dale una lección y los demás se alinearán.

—¿Y los otros?

—A Lafayette ya lo conociste: manifiestos de embarque, conexiones sindicales. Volkov es el de las manos con cicatrices, se encarga de las importaciones de Europa del Este. Es el que más se opondrá a las restricciones morales —miro su perfil—. Rodriguez se dedica a las apuestas, es mayormente inofensivo. El resto son mandos intermedios.

—¿Qué tengo que eliminar?

—Las redes de trata. Chase usaba la presión familiar sobre los civiles. Esos son tus dos mayores problemas morales —hago una pausa—. Argumentarán pérdida de ingresos. No los dejes.

Ella absorbe esta información como si estuviera estudiando artefactos para una exposición. Clínica. Concentrada.

La observo por el rabillo del ojo mientras cruzamos el puente de Queensboro. Usa el reflejo de la ventanilla para revisar su aspecto, alisándose el pelo con manos firmes. El temblor ha desaparecido. La mirada hueca de sus ojos está siendo reemplazada por algo agudo y calculador.

Cuando llegamos al *penthouse*, se ha transformado por completo. Su espalda está recta, su barbilla levantada, sus manos perfectamente quietas. Parece una reina a punto de presidir su corte.

Pero yo la vi hace veinte minutos, temblando y convencida de que era veneno. Sé lo que le cuesta aparentar esta compostura. La ropa desgarrada y manchada de sangre solo le añade autoridad.

—¿Lista? —le pregunto mientras salimos del ascensor.

Me mira a los ojos y, por un instante, veo a la mujer que se apartó de mí junto al río. Luego, la máscara vuelve a su sitio.

—Nací lista —dice, y su voz tiene la misma calma letal que hizo que hombres hechos y derechos se encogieran en el almacén.

Dios mío. Es magnífica. Isabella mira por la ventana mientras yo juego con mi moneda y resisto cada impulso de tocarla. Está completamente blindada, pura aristas afiladas y respiración controlada. Hermosa e intocable y completamente concentrada en lo que viene.

Nunca me había atraído tanto en mi vida.

El *penthouse* de Chase se encuentra en el último piso de una torre de cristal con vistas a Central Park. Es perfección fría. Mármol negro y acero, arte moderno que probablemente costó millones, ventanales que se extienden del suelo al techo. Una enorme mesa de conferencias de caoba domina la sala de juntas, pulida hasta brillar como un espejo. Detrás de ella, la silla de Chase: de cuero con respaldo alto, que parece más un trono que un mueble de oficina.

Isabella camina por el lugar como si hubiera nacido allí.

Siete hombres esperan en la sala de juntas. Reconozco a la mayoría. Soldados de Callahan que han estado manejando diferentes partes de la operación. Armas. Envíos. Lavado de dinero. Parecen nerviosos, lo cual es inteligente. Su jefe está muerto, su futuro es incierto y la mujer que lo mató acaba de entrar en su santuario.

Se ponen de pie cuando ella entra. Viejas costumbres.

—Caballeros —la voz de Isabella se oye a la perfección en la silenciosa habitación. No se sienta en la cabecera de la mesa, no ocupa la silla de Chase. En cambio, se queda de pie en el extremo opuesto, con las manos entrelazadas a la espalda, como una jueza a punto de dictar veredicto.

Me coloco a su derecha y ligeramente detrás. Lo bastante cerca para actuar si es necesario. Lo bastante lejos para dejar claro que ella está al mando.

Desde aquí, puedo ver lo que ellos no. El ligero temblor en sus dedos antes de entrelazarlos. La forma en que traga saliva una vez, dos veces, para calmarse. El músculo que salta en su mandíbula cuando Pinkerson se inclina hacia adelante como si fuera a hablar.

Está jodidamente aterrorizada. Y es magnífica.

—Saben por qué están aquí —continúa—. Chase está muerto. La organización Callahan se incorporará a las operaciones de los Rosetti, conmigo al frente de su división.

—Con el debido respeto, señorita Callahan —dice un hombre de pelo cano que reconozco como Pinkerson, el contacto de armas de Chase—. Existen procedimientos. Protocolos.

Aprieto los puños. El tono condescendiente, la forma en que enfatiza «señorita» como si su género la hiciera débil. Cada instinto me grita que lo estampe contra la puta pared. Que le muestre exactamente lo que pasa cuando alguien le falta el respeto a lo que es mío.

Pero Isabella no necesita que yo pelee sus batallas. Necesita que yo la deje ganarlas.

Veo cómo el pulso de Isabella salta en su garganta. Lucha contra cada instinto de disculparse, de ceder, de ser la niña buena que nunca causa problemas. Pero su voz se mantiene firme, con una calma mortal.

—El único protocolo que importa es la supervivencia —no necesita volumen para sonar letal—. Tienen una opción. Jurar lealtad a la familia Rosetti y seguir beneficiándose de los acuerdos que los han hecho a todos muy ricos. O marcharse. Esta noche.

—¿Y si elegimos la tercera opción? —esto lo dice un hombre más joven, de unos treinta años, con la pinta de alguien a quien nunca le han dicho que no.

La sonrisa de sabelotodo en su cara hace que me hierva la sangre. Mi moneda gira más rápido entre mis dedos, la única válvula de escape para la violencia que se acumula en mi pecho. Una sola palabra de Isabella y le rompería cada hueso de su puta cara. Le haría entender que desafiarla es el último error que cometerá.

Pero ella no necesita mi protección. Necesita mi moderación.

La respiración de Isabella se entrecorta ligeramente. Yo lo noto, pero estos idiotas están demasiado ocupados calculando

probabilidades como para darse cuenta. Ella inclina la cabeza con una gracia depredadora.

—¿Perdón?

—Si decidimos que no reconocemos su reclamo. Si llevamos nuestros negocios a otra parte.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que siento el sabor de la sangre. La falta de respeto. El desdén casual hacia todo lo que ella ha sacrificado para estar aquí. Cada célula de mi cuerpo grita que termine esta conversación de la manera en que terminamos todas las conversaciones con la gente que amenaza a la familia.

Con violencia.

Pero la lucha de Isabella no es mía para ganarla.

El silencio se alarga. Puedo sentir cómo la tensión en la sala aumenta, veo manos acercándose a armas ocultas. Los nudillos de Isabella están blancos donde se agarra su propia muñeca a la espalda, pero su rostro permanece con una calma glacial.

Dios, qué hermosa es cuando está asustada y es peligrosa.

—¿Creen que soy el fantasma de Chase? —pregunta Isabella, y algo en su tono me acelera la sangre. Hace que mi verga se crispe de orgullo y deseo—. No lo soy. Soy lo que viene después de él.

No amenaza. No levanta la voz. No lo necesita. La verdad flota en el aire como humo. Isabella Callahan mató al hombre más peligroso de Nueva York con sus propias manos y una pistola prestada. Cualquiera que piense que no lo volverá a hacer es catastróficamente estúpido.

Pero veo que su pecho sube y baja demasiado rápido. Veo cómo traslada su peso a su pie izquierdo, el mismo tic inconsciente que

tiene desde la primera vez que la tomé. Se está ahogando en adrenalina y terror, y estos putos imbéciles no tienen ni idea.

—Necesitaremos detalles —dice Pinkerson con cautela, exactamente como lo predije—. Porcentajes. Límites territoriales.

Aprieto los puños. El tono condescendiente, la forma en que se recuesta como si la estuviera entrevistando para un trabajo. Cada instinto me grita que lo estampe contra la puta pared. Que le muestre exactamente lo que pasa cuando alguien le falta el respeto a lo que es mío.

Pero Isabella no necesita que yo pelee sus batallas. Necesita que yo la deje ganarlas.

Veo su pulso saltar en su garganta, la única señal de que está alterada. Pero su voz se mantiene firme, con una calma mortal.

—Los tendrán. Los mismos términos que ofreció Chase, con dos modificaciones. —Da un paso al frente y hombres hechos y derechos se estremecen. Dios, qué hermosa es cuando es peligrosa—. Primero, no más objetivos civiles. Nunca más.

—Eso nos va a costar influencia —objeta Pinkerson—. Chase usaba la presión familiar para mantener a la gente a raya.

—Encuentren otra forma de presionar. —La autoridad en su voz hace que se me mueva la polla—. O busquen otro trabajo.

Martinez, el joven exaltado del que le advertí, se adelanta.

—Con el debido respeto, este negocio no funciona así.

La sonrisita de sabelotodo en su cara hace que me hierva la sangre. Mi moneda da vueltas más rápido entre mis dedos, la única válvula de escape para la violencia que se acumula en mi pecho.

Una sola palabra de Isabella y le rompería cada puto hueso de la cara.

Pero ella no necesita mi protección. Necesita mi autocontrol.

La mirada de Isabella se fija en él con precisión láser. —¿Miedo de qué? ¿Miedo de volverse como Chase? ¿Con seis balas en un almacén, desangrándose a solas?

Joder. La forma en que se adueña de esa muerte, usándola como un arma. Y encima su ropa empapada de sangre. Nunca en mi vida he estado más duro.

Martinez retrocede y tengo que morderme la lengua para no sonreír. Esa es mi reina.

—Segundo —continúa Isabella, y puedo ver el ligero temblor en sus manos que estos idiotas pasan por alto por completo—, cualquier operación que implique el tráfico o la explotación de menores termina de inmediato. No es negociable.

Incluso aterrorizada, incluso convencida de que es veneno, está reescribiendo las reglas para crear algo con lo que pueda vivir. El orgullo feroz que se hincha en mi pecho amenaza con romperme las costillas.

Volkov, el bastardo con cicatrices que le describí, se inclina hacia adelante. —Nos está destripando los sectores más rentables.

Mi moneda deja de girar. La temperatura de la habitación baja diez grados. Este cabrón acaba de argumentar a favor del tráfico de menores.

La voz de Isabella se vuelve gélida, y la transformación de nerviosa a letal hace que me den ganas de arrodillarme aquí mismo. —Chase

está muerto. Yo no soy Chase. Y si cree que proteger a los niños es un sentimentalismo, está en la habitación equivocada.

El mensaje es claro: discute sus límites morales y terminarás como Chase. Seis balas y un charco de sangre extendiéndose.

Está manejando a estos cabrones mientras está muerta de miedo, reclamando el poder a pura fuerza de voluntad, y eso hace que quiera follármela sobre esta mesa mientras ellos miran y entienden exactamente quién es su dueña ahora.

Quiero adorarla, joder. Quiero caer de rodillas aquí mismo, delante de estos cabrones, y mostrarles exactamente quién es su nueva reina.

—Esos son nuestros términos —dice ella—. Acéptenlos y prosperen bajo la protección de los Rosetti. Rechácenlos y explíquenle a mi nueva familia por qué no vale la pena mantenerlos con vida.

El joven que la desafió antes se recuesta en su silla. —¿Y si tomamos la tercera opción? ¿Si decidimos que no nos gusta su estilo de liderazgo?

Mi moneda deja de girar. El silencio en mi cabeza es ensordecedor, del tipo que precede a que haga algo que acaba con carreras. Ha ido demasiado lejos, la ha desafiado una vez de más. El impulso de cruzar la mesa y mostrarle exactamente cómo es el «estilo de liderazgo» de Isabella filtrado a través de mis putos puños es abrumador.

Pero ella no necesita que yo sea su espada. Necesita que yo sea sus cimientos.

La sonrisa de Isabella es afilada como una navaja. Capto el respingo casi imperceptible, la forma en que su mandíbula se tensa

por un instante. Pero su voz permanece firme como una cuchilla.

—Entonces le sugiero que elija sus próximas palabras con mucho cuidado. Porque la tercera opción implica que yo le explique a Domenico Rosetti por qué su nuevo territorio venía con problemas que necesitaban soluciones permanentes.

La mención del nombre de Dom provoca un escalofrío visible en la sala. Estos hombres saben exactamente cómo son las soluciones permanentes en nuestro mundo.

Dios. Verla manejar a estos cabrones mientras está aterrorizada, verla reclamar el poder a pura fuerza de voluntad, hace que quiera arrodillarme y adorarla aquí mismo. Hace que quiera follármela sobre esta mesa mientras ellos miran y entienden exactamente quién es su dueña ahora.

La amenaza queda suspendida en el aire. Uno por uno, asienten. Incluso el joven exaltado, aunque parece que estuviera tragando vidrio.

—Excelente. —La voz de Isabella se vuelve exactamente un grado más cálida—. Señor Pinkerson, usted coordinará las transferencias de armas con nuestros contactos existentes. Señor Lafayette, usted se encargará de los manifiestos de envío a través de los nuevos acuerdos sindicales. Rodriguez, sus operaciones de apuestas continúan como antes, pero me informará de las ganancias brutas semanales personalmente.

Se vuelve hacia el hombre con cicatrices que desafió su postura moral. —Volkov, usted hará la transición de sus conexiones de Europa del Este únicamente a armas y narcóticos. Tiene dos

semanas para eliminar gradualmente todo lo demás. Use el tiempo con sabiduría.

La sala está en silencio, excepto por el sonido de las plumas arañando el papel mientras los hombres toman notas. Estos son los detalles que importan. Dinero. Territorio. Supervivencia.

—¿Preguntas? —pregunta Isabella.

—¿Qué hay de la familia Torrino? —pregunta Pinkerson—. Le han echado el ojo a nuestras operaciones en Brooklyn desde el golpe del almacén.

—A los Torrino se les informará que Brooklyn permanece bajo la protección de los Rosetti. Si tienen alguna queja, pueden discutirla directamente con Domenico.

Unas cuantas risas de apreciación. Todos saben cómo maneja Dom las disputas territoriales.

—Se levanta la sesión —dice Isabella—. Tienen mi información de contacto. Úsenla con prudencia.

Se da la vuelta para irse, y luego se detiene. —Una cosa más. Cualquiera que piense que mi género me hace débil, que mis antecedentes me hacen blanda o que mi estado sentimental me hace vulnerable, es bienvenido a poner a prueba esas suposiciones. Prometo que el experimento será educativo.

La reunión se disuelve rápidamente después de eso. Los hombres se dan la mano, intercambian números y salen con una energía nerviosa. En diez minutos, estamos solos en la sala de juntas de Chase, rodeados por los fantasmas de su imperio. La mesa de caoba refleja las luces de la ciudad que brillan abajo, y esa silla que parece

un trono permanece vacía en la cabecera, esperando que alguien la reclame.

Isabella está de pie junto al ventanal, observando las luces de la ciudad. Manhattan se extiende debajo de nosotros, resplandeciente e infinito. No se mueve cuando me acerco, no reconoce mi presencia hasta que estoy lo suficientemente cerca como para tocarla.

—No dijiste ni una palabra —observa.

—No fue necesario. Lo tenías controlado.

Se voltea para estudiarme el rostro. —¿No estás enojado? ¿De que tomara decisiones sin consultarte?

La pregunta revela todo lo que ha estado pensando. Que yo esperaría controlarla. Que exigiría opinar sobre sus elecciones. Que amarla significa poseerla.

Me acerco más, lo suficiente como para oler su perfume por encima del persistente aroma a pólvora. —Isabella.

—¿Sí?

—No me enamoré de ti porque estuvieras rota. Me enamoré de ti porque, incluso rota, todavía ardías.

Contiene el aliento. Es la primera grieta en su compostura en toda la noche.

—Pasé semanas intentando descifrar cómo protegerte de este mundo —continúo—. Pero esta noche, al verte tomar el control, al verte manejar a esos hombres como si hubieras nacido para gobernarlos, me di cuenta de algo.

—¿Qué?

—No necesitas que me pare delante de ti. Necesitas que esté a tu lado.

Sus ojos buscan en mi rostro algún engaño, alguna agenda oculta. No encontrará nada de eso. Se acabó el intentar controlarla, se acabó el tomar decisiones por ella. La mujer que se enfrentó a siete criminales armados y los hizo rogar por el privilegio de servirla no necesita un guardián.

Necesita un compañero.

—¿Y si tomo decisiones con las que no estás de acuerdo? —pregunta.

—Entonces te lo diré. Y luego te apoyaré en cualquier decisión que tomes.

—¿Incluso si es peligroso?

—Especialmente si es peligroso. —Levanto la mano para acunarle el rostro, y esta vez no se aparta—. ¿Quieres saber qué aprendí esta noche? Al verte reclamar este imperio, al verte reescribir las reglas por unas con las que puedas vivir... No eres solo mi igual, *bella*. Eres mi reina.

Su compostura finalmente se rompe por completo. Se acerca a mis brazos y la sostengo mientras tiembla. No de miedo ni de conmoción, sino de alivio. De darse cuenta de que no tiene que elegir entre el amor y el poder, entre yo y el imperio que acaba de reclamar.

—No sé qué pasará ahora —susurra contra mi pecho.

—Lo que tú quieras. Estoy contigo. Siempre. —Presiono mis labios contra su cabello, inhalando el aroma que se ha convertido en mi hogar—. Sin cadenas. Sin jaulas. Solo yo.

Se aparta para mirarme y, por primera vez desde que apretó aquel gatillo, sonríe. Es una sonrisa pequeña y cansada, teñida de tristeza,

pero es real.

—¿Solo tú?

—Solo yo. Mientras me aceptes.

El sol está empezando a salir sobre Manhattan, pintando el cielo en tonos dorados y rosas. La ciudad se ve impoluta, exhausta pero sobreviviente. Como si hubiera pasado por algo que no comprende del todo, pero de lo que ha salido de alguna manera más fuerte.

Isabella es ahora la dueña de Nueva York. Y yo podré verla gobernar.

La idea debería aterrarme. En cambio, todo lo que siento es un orgullo feroz y la certeza absoluta de que estoy exactamente donde debo estar. No por encima de ella, no delante de ella.

A su lado. Siempre a su lado.

Mi reina. Mi igual. Mi corazón.

Mía.

Isabella

Despierto en un silencio tan absoluto que se siente como ahogarse.

No es el almacén. No es el frío suelo de cemento donde la sangre de Chase se extendía en charcos oscuros. Esto es suave. Cálido. El aroma de sábanas caras y algo limpio y masculino que me oprime el pecho al reconocerlo.

Siento mi cuerpo extraño. Pesado. Como si me moviera a través de agua espesa con cada pequeño movimiento. Tengo un dolor agudo en el costado izquierdo y, cuando intento incorporarme, un dolor como un relámpago me atraviesa el hombro.

—Con calma.

La voz de Matteo, baja y cuidadosa. Giro la cabeza lentamente y ahí está él, en la silla junto a la cama, con una camiseta negra y unos jeans oscuros. Su pelo cobrizo está desordenado, como si hubiera estado pasándose las manos por él. Tiene ojeras y su habitual moneda no se ve por ninguna parte.

—¿Dónde estamos? —mi voz sale rasposa, apenas un susurro.

—En casa —se pone de pie, moviéndose hacia la mesita de noche con un cuidado deliberado—. En la mansión. Llevas durmiendo dieciocho horas.

Hogar. La palabra suena extraña. Nunca he tenido un hogar, no de verdad. Solo lugares donde era útil, donde me querían por lo que podía ofrecer. Esta habitación, con sus paredes de un gris pálido y un único cuadro abstracto, se siente como algo completamente distinto.

—Intenté levantarme —digo, aunque no estoy segura de por qué. La confesión se siente importante de alguna manera.

—Lo sé —toma un vaso de agua de la mesita de noche; los hielos tintinean suavemente—. Te caíste. Te agarré.

El recuerdo emerge lentamente. Despertar en pánico, la habitación girando, intentar ponerme de pie sobre unas piernas que no me sostenían. Unos brazos fuertes que me agarraron antes de que chocara contra el suelo. La forma delicada en que me ayudó a volver a la cama, revisando mis vendajes con una eficiencia clínica.

—Estás herido —me doy cuenta, al notar la forma en que favorece su brazo izquierdo.

—Estoy bien —pero su mandíbula se tensa y puedo ver el cuidado con el que se mueve—. Tú eres la que se golpeó contra el cemento con la fuerza suficiente para arrancarse la mitad de la piel.

Cierto. El almacén. La pelea. El cemento raspando mis palmas cuando caí al suelo, la grava clavándose en mis rodillas, algo afilado enganchándose en mi hombro mientras rodaba para ponerme a cubierto. En ese momento, la adrenalina hizo que no pareciera nada.

Ahora, cada movimiento envía pequeñas chispas de dolor por todo mi cuerpo.

Entonces percibo mi propio olor: sudor seco mezclado con algo metálico que podría ser sangre, el almacén todavía pegado a mí como una segunda piel. Siento el pelo tieso por la mugre y, cuando me toco la mejilla, puedo sentir la suciedad incrustada en mis poros.

—Necesito ducharme —digo, y de repente la sensación es abrumadora—. Dios, puedo oler el almacén en mí. Necesito limpiarme.

—¿Puedes hacerlo sola? —su voz denota preocupación, pero no duda. Como si supiera que necesito intentarlo.

—Creo que sí —me incorporo lentamente, apretando los dientes contra las protestas de mis costillas raspadas y mi hombro magullado. La habitación se inclina ligeramente y me detengo, respirando para superar el mareo.

Matteo está a mi lado de inmediato, con su mano suave en mi espalda. —Con calma.

—¿Por qué sigues aquí? —la pregunta sale más brusca de lo que pretendía, a pesar de que me apoyo en su contacto.

Algo parpadea en su rostro. No es dolor, exactamente. Más bien como si se esperara esto. —¿Dónde más iba a estar? —un fantasma de su sonrisa familiar aparece—. Aunque debo decir que podrías mejorar tu trato con los enfermos. La mayoría de la gente empieza con un «gracias por salvarme la vida».

A pesar de todo, casi sonrío. Casi. —Gracias por salvarme la vida.

—Mejor —la sonrisa se desvanece en algo más serio—. Y para responder a tu pregunta, sentí que celebrar era prematuro cuando la

mujer que amo estuvo inconsciente durante dieciocho horas.

—Esta es mi vida —desliza un brazo alrededor de mi cintura para sostenerme—. Tú eres mi vida.

A pesar de todo, el contacto envía una espiral de calor a través de mí; mi cuerpo responde a su cercanía con una predecibilidad vergonzosa. Mi pulso se acelera donde su brazo rodea mi cintura, y odio que, incluso ahora, raspada y emocionalmente destrozada, quiera apoyarme en su calidez. —Déjame ayudarte —dice en voz baja.

El baño es elegante e impecable, todo mármol y líneas limpias. Matteo mantiene una mano en mi espalda mientras abre la ducha, y el vapor empieza a empañar el cristal. Cuando se vuelve hacia mí, su mirada es cautelosa, pidiendo permiso.

—Tu ropa está rota —dice en voz baja—. Y hay sangre.

Me miro bien por primera vez. La camiseta negra que llevaba en el almacén está rasgada por un lado, con manchas oscuras que marcan donde caí al suelo. Mis jeans están destrozados en las rodillas. Parezco salida de una guerra.

Lo cual, supongo, es cierto.

—Lo maté —digo en voz baja mientras mis manos temblorosas alcanzan el dobladillo de mi camiseta—. Maté a mi tío.

—Acabaste con un monstruo —sus manos cubren las mías, suaves pero firmes—. Eso es lo que hacen los héroes.

—Puedo sola —digo, pero mis dedos torpes no aciertan con el dobladillo de mi camiseta. El temblor no es por el dolor, es por la forma en que me mira. Como si yo fuera algo que quiere desenvolver lentamente.

—Isabella —su voz es suave, pero tiene un matiz que hace que se me revuelva el estómago—. Déjame.

Las palabras flotan entre nosotros, cargadas de un significado que va mucho más allá de ayudarme a desvestirme. Se trata de rendición. De dejar que alguien me vea desnuda, reducida a nada más que moretones y necesidad.

Debería decir que no. Debería mantener cierta distancia, algo de control. En cambio, me encuentro asintiendo, conteniendo la respiración mientras sus manos cubren las mías.

—¿Lo es? —tengo que levantar los brazos mientras él levanta la tela con cuidado por encima de los peores raspones—. Era mi familia. Él me crio. Y le metí una bala en el pecho sin dudarlo.

—Porque iba a matarte. Y a Rafe. Y, al final, a todos nosotros. —Su mandíbula se tensa mientras observa el daño trazado sobre mi piel. Raspones a lo largo de mis costillas por haber rodado para ponerme a cubierto. Moretones oscureciéndose en mi hombro por el golpe contra el piso del almacén—. Nos salvaste.

La blusa sale en pedazos, la tela se engancha en la sangre seca y la suciedad. —Destruí todo lo que solía ser —confieso mientras él traza una línea en el aire justo por encima del peor raspón, sin llegar a tocarme—. Ya no sé quién soy.

—Eres Isabella Callahan. —Sus manos se mueven hacia el botón de mis jeans y tengo que cerrar los ojos contra la oleada de deseo que me invade—. La mujer que eligió ponerse de pie en lugar de arrodillarse. Que eligió actuar en lugar de soportar.

—No me siento como ella. —Estoy de pie en su baño, solo en ropa interior, mientras me ayuda a quitarme los jeans destrozados, llena

de raspones y moretones, completamente expuesta—. Me siento como otra cosa. Algo peligroso.

—Eres peligrosa. —Su voz es suave, pero hay algo debajo de ella. ¿Orgullo? ¿Admiración?—. Siempre lo fuiste. Chase solo intentó convencerte de lo contrario.

Alcanza el broche de mi sostén y desabrocha el encaje negro con experta facilidad. La tela cae y el calor inunda mis mejillas. No de vergüenza, sino por la forma en que me mira.

—No me tienes miedo —me doy cuenta.

—¿Miedo de ti? —Me ayuda a entrar en la ducha, donde el agua caliente alivia inmediatamente mis músculos adoloridos—. Bella, he estado fascinado contigo desde el momento en que vi tu fotografía. Cada faceta que me has mostrado, cada muro que has derribado, cada vez que me has sorprendido.

—Eres hermosa —dice en voz baja mientras toma el jabón.

—Soy un desastre.

—Eres perfecta —repite, haciendo espuma con el jabón. El vapor se eleva a nuestro alrededor, creando un capullo de calidez e intimidad.

—Yo te cuido —dice, con sus manos suaves mientras limpian alrededor de mis peores raspones. Las palabras rompen algo dentro de mi pecho. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien dijo eso y lo dijo en serio?

Burbujas rosadas se arremolinan por el desagüe, llevándose con ellas la evidencia física de la noche. Pero las cicatrices emocionales permanecen. —Lo disfruté —digo en voz baja, las palabras apenas

audibles sobre el ruido del agua—. Una parte de mí disfrutó verlo morir.

—Bien. —Su voz es feroz—. Se merecía cada segundo del dolor que le diste.

—Eso me hace como él.

—No. —Sus manos enmarcan mi cara, forzándome a encontrar su mirada a través del vapor—. Te hace humana. Te hace alguien que se niega a ser una víctima.

—No te entiendo —susurro mientras sus pulgares acarician mis pómulos.

—No tienes que hacerlo. —El agua corre por su pecho, donde su camisa se ha empapado—. Solo tienes que confiar en mí.

Confianza. La palabra cae como una piedra en agua calma, enviando ondas a través de todo lo que creía saber sobre mí. —Quiero hacerlo. Pero no sé cómo.

—¿Y si soy tóxica? —La confesión se me escapa—. ¿Y si todos los que me importan terminan heridos?

—Entonces lo resolveremos. —Alcanza el borde de su camisa empapada, quitándosela por la cabeza con un movimiento fluido—. Juntos.

La visión de él, oscurecido por el agua y semidesnudo, envía una oleada de calor que se acumula en mi vientre. La palabra «juntos» se asienta en mis huesos como una promesa. ¿Cuándo fue la última vez que no estuve sola en mis miedos?

—No sé cómo ser… de alguien —dejo la frase a medias, incapaz de terminar el pensamiento mientras sus manos se posan en mi cintura.

—¿De alguien qué?

—Ser cualquier cosa de alguien. —La admisión se siente como abrir una herida—. No sé cómo pertenecerle a alguien.

—Te perteneces a ti misma primero. —Su voz es firme, segura—. Todo lo demás son solo detalles.

—¿Y si me pertenezco a mí misma y soy peligrosa?

—Entonces eres peligrosa. —Se acerca más y puedo sentir el calor que irradia su piel—. Puedo lidiar con lo peligroso.

La aceptación casual desata algo dentro de mí. Algún nudo de tensión que he llevado desde la infancia finalmente se afloja.

—No debería querer nada ahora mismo —susurro mientras sus pulgares trazan patrones en la piel húmeda—. Debería estar de duelo o procesando o descubriendo quién soy ahora.

—Quizás querer es parte de procesar. —Su honestidad es abrumadora—. Quizás está bien querer sentirse viva después de estar tan cerca de la muerte.

—Podría desaparecer de todos modos. —La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla—. Podría decidir que soy demasiado peligrosa y huir.

—Entonces te encontraré. —Su voz es simple, directa—. Siempre te encontraré.

La promesa debería aterrarme. Debería activar cada instinto de supervivencia que he cultivado cuidadosamente. En cambio, me hace sentir segura.

—Bésame —susurro.

No necesita que se lo pida dos veces. Su boca encuentra la mía, gentil al principio, luego más profunda a medida que respondo. El beso sabe a vapor y promesas, y a la posibilidad de sanar. Me pierdo

en él, en la calidez de sus manos sobre mi piel, en la forma en que me sostiene como si fuera algo precioso en lugar de algo roto.

Cuando finalmente nos separamos, respiro con dificultad. No por el esfuerzo, sino por el deseo.

—¿Mejor? —pregunta.

—Voy mejorando. —Me apoyo en él, dejando que su fuerza me sostenga—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte. Por no tenerme miedo. Por ayudarme a recordar que todavía soy humana.

—Nunca fuiste otra cosa. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor —. Incluso en tu momento más peligroso, nunca fuiste nada más que humana.

El sentimiento crece en mi pecho, aterrador y maravilloso y demasiado grande para las palabras. Algo que podría ser amor, si fuera lo suficientemente valiente como para nombrarlo. Pero no lo soy. Todavía no.

Después de que ambos estamos limpios, me ayuda a ponerme una de las suaves batas de Carmela; la cachemira es delicada contra mi piel sensible. De vuelta en la habitación, me acomodo contra las almohadas, sintiéndome más humana de lo que me había sentido desde lo del almacén.

—No pasa nada —dice cuando le menciono que no sé cómo hacer esto—. Tenemos tiempo.

Tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que tuve tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que pude simplemente existir sin calcular ángulos, sin actuar para un público, sin preguntarme qué se esperaba de mí?

—Todo el mundo se va —susurro mientras él se acomoda a mi lado, con cuidado de no lastimarme—. Todos mueren, desaparecen o encuentran algo mejor.

—Yo no. —Su voz es feroz, segura—. No soy como todos.

Quiero creerle. Dios, quiero creerle tanto que duele. Pero confiar se siente como saltar de un acantilado, y he pasado toda mi vida aprendiendo a mantener los pies en tierra firme.

—¿Lo prometes? —La palabra sale más pequeña de lo que pretendía.

—Lo prometo. —Me aparta un mechón de pelo húmedo de la cara —. No voy a ir a ninguna parte.

Estudio su rostro bajo la luz de la tarde que entra a raudales por los altos ventanales. El sol del atardecer vuelve su pelo rojizo en cobre, resalta la línea firme de su mandíbula. ¿Cuándo empecé a memorizar estos detalles? ¿Cuándo se convirtió este rostro en algo con lo que quería despertar?

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—¿Ahora? —Se recuesta contra la cabecera y me atrae con cuidado hacia su costado—. Ahora lo resolveremos. Juntos.

Esa palabra otra vez. Juntos. Se asienta en mis huesos como algo que siempre debió estar ahí.

Afuera, puedo oír los sonidos lejanos de la ciudad. La vida continúa, el mundo sigue girando, la gente sigue con sus rutinas diarias sin tener idea de que todo ha cambiado. De que la mujer que solía ser murió en ese almacén, y alguien nuevo está aprendiendo a respirar en su lugar.

—Tengo miedo —admito.

—¿De qué?

—De esto. De ti. De lo que podría llegar a ser si me permito desear algo. —Aprieto mi rostro contra su pecho, inhalando su aroma—. Pero me da más miedo volver a ser quien era antes.

—Entonces no lo hagas. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor—. Sé quien eres ahora. Sé quien eliges ser.

Ese simple permiso rompe algo dentro de mí. Un último muro que ni siquiera sabía que seguía sosteniendo.

Por primera vez desde que tenía ocho años, no tengo miedo de lo que pueda traer el mañana. Porque sea lo que sea, no lo enfrentaré sola.

Matteo

La bóveda subterránea bajo Il Lusso se siente como una tumba. Las paredes de concreto sudan con la humedad de la ciudad que está arriba y las luces fluorescentes proyectan sombras duras que hacen que todo parezca enfermizo. El aire huele a moho y a miedo, con un aroma subyacente a algo metálico que podría ser óxido o sangre vieja.

Marco está sentado, atado a una silla de acero en el centro de la habitación, ensangrentado y destrozado, pero todavía respirando. Un ojo cerrado por la hinchazón, la ropa rasgada; el tipo de daño que resulta de horas de interrogatorio por profesionales. Mis guardias permanecen en silencio en las esquinas, esperando órdenes, con las armas listas, pero las manos vacías.

No camino de un lado a otro. No siento ira. Mi moneda permanece inmóvil en mi bolsillo.

Marco representa la traición despojada de excusas. Veinte años administrando Il Lusso, veinte años conociendo cada secreto que

pasaba por esas puertas, cada trato que se cerraba en los salones VIP. Y él se lo filtró todo a Chase Callahan. Cada cliente, cada reunión, cada pieza de información que le dio a Chase la munición que necesitaba para planear sus ataques. Veinte años de confianza familiar, cambiados por el triple de su sueldo en una cuenta en el extranjero.

—Sabes por qué estás aquí —digo, con la voz tan calmada como el agua en calma. Las palabras retumban en el concreto, sin transmitir calor ni emoción. Solo hechos.

Marco levanta la cabeza con esfuerzo, su ojo sano se enfoca en mí con algo que podría ser arrepentimiento. La sangre le encostra el labio partido, haciendo que sus palabras suenen pastosas. —Matteo, puedo explicarle…

—No —lo interrumpo con esa clase de autoridad tranquila que liquida las conversaciones—. Las explicaciones son para la gente que comete errores. Tú tomaste una decisión.

Lo intenta de nuevo, la desesperación se filtra a través del destrozo de su rostro. —Amenazó a mi familia. A mi nieta…

—Está a salvo. —Saco mi teléfono, le muestro la fotografía que mis hombres tomaron hace una hora. Su nieta en su colegio privado, rodeada por una seguridad que él ni siquiera sabe que existe—. Lo ha estado desde el momento en que nos enteramos de la amenaza. Protegemos a los nuestros, Marco. Siempre lo hemos hecho.

La lucha lo abandona entonces, sus hombros se hunden contra las ataduras. La realidad se posa sobre él como un sudario, la comprensión de que su traición fue innecesaria. De que eligió el dinero por encima de la lealtad para nada.

—No solo me traicionaste a mí —continúo, cada palabra tan deliberada como una estocada—. Traicionaste el futuro. Vendiste información que podría haber causado la muerte de Isabella. Que podría haber destruido la alianza que mantiene estable a esta ciudad.

Su ojo sano se abre de par en par, al fin dándose cuenta. Esto ya no se trata de negocios. Se trata de la mujer que lo ha cambiado todo, que me ha convertido en alguien que piensa más allá de la satisfacción inmediata y en las consecuencias a largo plazo.

—Eso te vuelve irrelevante —concluyo.

Hago un gesto a los guardias y se mueven con eficiente precisión. Sin violencia, sin dramatismos. Solo el proceso metódico de remover a alguien que ya no pertenece aquí. A Marco lo llevarán al aeropuerto, lo subirán a un avión a una ciudad donde ninguna familia opera, le darán suficiente dinero para sobrevivir, pero no lo suficiente como para importar. Marcado de maneras que aseguran que ninguna otra organización volverá a confiarle sus secretos.

El exilio. El tipo de castigo que duele más que la muerte porque significa ver el mundo continuar sin ti, sabiendo que lo tiraste todo por la borda a cambio de nada.

Mientras se lo llevan, finalmente me permito lanzar la moneda al aire. Una, dos veces, atrapándola sin mirar mientras proceso lo que acaba de pasar. No la satisfacción brutal que habría sentido hace seis meses, sino algo más tranquilo. Justicia sin crueldad. Fuerza sin ira.

La influencia de Isabella, convirtiéndome en alguien que elige la piedad calculada sobre la venganza explosiva.

Dos horas más tarde

La cocina de la mansión Rosetti a las dos de la mañana se siente como un confesionario. Las encimeras de mármol relucen bajo una luz tenue, los accesorios de cromo reflejan la botella de whisky que descansa abierta entre mi hermana y yo. Isabella está en su apartamento esta noche, necesita espacio para procesar lo que pasó, para decidir si quiere tomar el control de las operaciones de los Callahan sola o aceptar lo que le ofrezco y construir algo juntos. La alianza ya está decidida: ha demostrado su lealtad, se ha ganado su lugar en la familia. La pregunta ahora es si me permitirá ser parte de su nueva vida o me mantendrá a distancia mientras reconstruye el imperio Callahan como una aliada de los Rosetti. La cama vacía en el piso de arriba es un recordatorio constante de que podría elegir la seguridad por encima del amor. La ciudad zumba más allá de los ventanales, pero adentro todo está en silencio, excepto por el tintineo del hielo contra el cristal.

Carmela está sentada descalza en la isla de la cocina, con una ropa de estar por casa de diseñador que cuesta más que el alquiler de la mayoría de la gente, pero que en ella se ve casual. Sus rizos castaño oscuro caen sueltos sobre sus hombros, sus ojos verdes tan afilados como cuchillas a pesar de que debería estar agotada. A sus veintitrés años, ya ha sobrevivido a más violencia de la que la

mayoría de la gente ve en toda su vida, y eso la ha vuelto imposible de engañar.

—Caminas de un lado a otro como un hombre que espera un veredicto —observa, tomando un sorbo de su vaso.

—Lo estoy esperando. —Me detengo junto al ventanal, contemplando los extensos y cuidados jardines que se extienden en la oscuridad, más allá del cristal. En algún lugar de su apartamento del Upper East Side, Isabella está tomando una decisión que nos definirá a ambos. No si quiere ser parte de este mundo —esa decisión la tomó cuando eligió a la familia por encima de Chase—, sino si construirá su nueva vida levantando muros o si me dejará estar a su lado mientras transforma el legado de los Callahan en algo que valga la pena.

Esta espera es un territorio desconocido. Hace seis meses, estaría hasta el cuello con tres mujeres diferentes para olvidar a alguien que me dejó en ascuas. Mi antiguo yo coleccionaba conquistas y las descartaba con la misma facilidad, nunca esperaba por nadie. Nunca le importó lo suficiente como para perder el sueño por la decisión de otra persona.

—La amas.

No es una pregunta, y no la trato como tal. —Sí.

—Y por una vez, no estás tratando de salir del paso con tu encanto —continúa Carmela, estudiando mi perfil con la intensidad que siempre la ha hecho peligrosa—. Eso es nuevo.

Me vuelvo para mirarla y veo algo que no había notado antes. Mi hermanita ya no es una niña. El ataque en la galería, el momento en que casi muere por culpa de nuestros enemigos, ha consumido

cualquier inocencia que le quedaba. La mujer sentada en esta barra es ahora una Rosetti de pura cepa, inteligentísima, feroz y observadora de maneras que le servirán bien en la oscuridad que se avecina.

—Puede que no vuelva —admito, con las palabras raspándome la garganta—. Le dije que la esperaría, pero podría elegir desaparecer por completo. Empezar de nuevo en algún lugar donde no pueda encontrarla.

La expresión de Carmela se suaviza, solo un poco. —¿La dejarías?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Seis meses atrás, la respuesta habría sido inmediata, violenta. La habría cazado hasta los confines de la tierra, habría usado todos los recursos a mi disposición para traerla de vuelta a rastras. Le habría hecho entender que dejarme no era una opción.

Ahora… —Si eso es lo que la hace feliz, sí.

La confesión nos sorprende a ambos. Veo los ojos de Carmela abrirse de par en par, oigo la brusca inhalación con la que procesa lo que acabo de confesar. Este no es el Matteo que ella conoce, el que toma lo que quiere y al diablo con las consecuencias.

—Jesús —susurra—. De verdad la amas.

Me apoyo en la barra, sintiendo el peso de la revelación asentarse en mi pecho. —Solía pensar que el amor era posesión. Hacer que alguien te necesitara tanto que no pudiera imaginar irse. Pero Isabella… ella me ha enseñado que se trata de hacer que alguien se sienta lo suficientemente seguro como para elegirte todos los días.

—Eso es aterradoramente maduro de tu parte. —Pero la voz de Carmela denota orgullo, del tipo que surge al ver a alguien que te

importa convertirse en alguien mejor de lo que era—. ¿Y qué pasa si elige quedarse lejos?

—Entonces seguiré siendo suyo. —La verdad se me escapa antes de que pueda detenerla, tan sincera como una confesión—. Aunque nunca vuelva a mí, aunque nunca la vuelva a ver, seguiré siendo suyo. De eso se trata esto.

Las palabras caen en la cocina como una piedra en agua tranquila, creando ondas que se expanden. Carmela me mira con algo cercano al asombro, viendo a su hermano transformado en alguien a quien nunca antes había conocido.

—Te ha destrozado —dice finalmente.

—No. —Lanzo la moneda por última vez antes de guardármela en el bolsillo; la decisión está tomada—. Me ha completado.

Nos quedamos sentados un momento, procesando el peso de esa confesión. Entonces Carmela rompe el silencio con su característica franqueza.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Solo quedarte aquí sentado bebiendo whisky hasta que ella se decida?

—No estoy simplemente esperando. —Saco la moneda de nuevo, dejo que baile entre mis dedos con firme confianza—. Hay un puesto que se abre en la junta del Whitney el próximo mes. ¿La investigación de Isabella sobre artistas femeninas perdidas? Es exactamente lo que necesitan para su nuevo enfoque de adquisiciones. Hice algunas llamadas.

Carmela enarca las cejas. —Le estás construyendo una carrera.

—Nos estoy construyendo una vida. Una en la que ella pueda hacer lo que ama, con los recursos para realmente marcar la

diferencia. Cuando esté lista. —La moneda se detiene en mi palma —. Tendrá su propia base de poder, su propio legado. No solo hacerse cargo de lo que Chase construyó, sino crear algo mejor.

—¿Y si elige hacerlo sola?

—Entonces igual tendrá todo lo que he preparado para ella. El puesto en la junta, la financiación para la investigación, los contactos. Porque amar a alguien significa querer que prospere, ya sea que te elija o no.

—Por si sirve de algo —dice Carmela al cabo de un rato—, creo que volverá. Alguien que pudo cambiarte tanto… eso no es algo de lo que te alejas fácilmente.

Quiero creerle. Quiero confiar en que la mujer que cosió mis heridas y eligió a mi familia por encima de su pasado me elegirá a mí por encima de la seguridad de la distancia. Pero querer y tener son dos cosas muy distintas.

—Ya veremos —digo, terminando mi whisky. El líquido ambarino quema al bajar, un calor que se extiende por mi pecho como un falso valor.

—¿Matt? —La voz de Carmela me detiene mientras me dirijo a la puerta—. Sea lo que sea que decida… hiciste bien. Convertirte en el tipo de hombre que vale la pena elegir. Eso importa.

Las palabras me siguen por los pasillos de mármol, subiendo escaleras que conducen a un dormitorio que se siente demasiado vacío sin ella. No duermo. Solo yazgo en la oscuridad, escuchando unos pasos que quizás nunca lleguen, esperando una elección que podría destrozarme.

Pero por primera vez en mi vida, estoy dispuesto a arriesgarlo todo por la decisión de otra persona. Porque eso es lo que realmente significa el amor. No tomar lo que quieres, sino crear el espacio para que alguien te elija libremente.

Y confiar en que te has convertido en el tipo de hombre que vale la pena elegir.

La moneda yace en silencio sobre mi mesita de noche. Ya no hay necesidad de lanzarla. La única apuesta que importa ahora es la suya.

28

Isabella

El reloj marca las 3:17 a. m. cuando me despierto de golpe, pero no es por las pesadillas.

Mi apartamento. No la habitación de invitados de la mansión, ni la casa de seguridad, sino mi propia cama en mi propio espacio. Las paredes pálidas de siempre y el arte cuidadosamente elegido ahora se sienten ajenos, como artefactos de la vida de otra persona. El reloj digital marca las 3:17 a. m., pero estoy completamente despierta, con la mirada fija en el techo.

Sin pesadillas. Otra vez.

Me siento lentamente, poniendo a prueba la ausencia del terror que solía recibirme cada mañana. Desde hace semanas, desde esa primera noche en que Matteo me reclamó por completo, los sueños han sido tranquilos. Se acabó el despertarme sudando frío, se acabó la voz de Chase resonando en mi subconsciente, se acabaron los fragmentos de la muerte de mis padres repitiéndose una y otra vez.

La revelación me golpea con una claridad asombrosa. Las pesadillas que me han atormentado desde la infancia no solo se desvanecieron. Se detuvieron en el momento en que me permití pertenecerle. En el momento en que dejé de luchar contra lo que sentía y me dejé abrazar, proteger, atesorar.

Llevo semanas durmiendo plácidamente, pero he sido demasiado terca para reconocer lo que eso significa.

Dejo caer las piernas a un lado de la cama, y mis pies descalzos tocan la fría madera. Llevo puesta una de las camisas blancas de botones de Matteo que tomé de la mansión, con las mangas arremangadas y la tela holgada sobre mi cuerpo. Todavía huele a él. A colonia cara y a algo limpio y masculino que me oprime el pecho de anhelo.

¿En qué momento su aroma se convirtió en mi hogar?

Camino hacia la ventana que da a la ciudad. Manhattan se extiende abajo, resplandeciente de vida incluso a esta hora. El tráfico se mueve por las calles en patrones distantes, gente viviendo sus vidas, tomando decisiones, arriesgándose.

Mientras que yo llevo tres días escondida en mi apartamento, tratando de convencerme de que necesito espacio para pensar.

¿En qué hay que pensar? Chase está muerto. La organización Callahan es mía para reconstruirla como yo decida. Los Rosetti me han aceptado como familia; no como un trofeo o una debilidad, sino como alguien que se ganó su lugar con sangre y por elección propia.

Y Matteo está esperando.

El recuerdo de nuestra última conversación aflora. Sus cuidadosas palabras sobre ser socios, sobre construir algo juntos si yo lo quería.

La forma en que no presionó, no exigió, solo me dijo que esperaría mi decisión. La paciencia en sus ojos que, de alguna manera, dolió más de lo que lo habría hecho cualquier exigencia.

Ha estado esperando a que lo elija a él. No solo que lo acepte o me rinda a él, sino que lo elija activamente. Que nos elija.

Pienso en la mujer que era antes del secuestro. Seria. Controlada. Tan asustada de desear cualquier cosa que me convencí a mí misma de que era fuerte. Pero esa mujer vivía en un terror constante, con ataques de pánico cuando Chase levantaba la voz, pesadillas cada noche, una vida tan cuidadosamente controlada que en realidad no era vida.

Los Rosetti no han aplastado mi identidad. Me han dado permiso para convertirme en quien siempre fui debajo del miedo.

Y he estado perdiendo el tiempo.

Me pongo en movimiento antes de darme cuenta, tomo las llaves de la encimera de la cocina y meto los pies descalzos en los primeros zapatos que encuentro. No me detengo a vestirme, no hago una pausa para maquillarme o arreglarme el pelo.

En la puerta principal, me detengo con la mano en el picaporte. ¿Qué estoy haciendo? ¿Correr por la ciudad a las tres de la mañana en pijama para decirle a un hombre que lo amo? La antigua Isabella lo habría llamado imprudente. Impulsivo.

Pero la antigua Isabella vivía con miedo.

Giro el picaporte y salgo al pasillo. Llevo puesta su camisa y unos shorts de pijama, y nada más, pero por una vez, no me importa mi aspecto.

El ascensor tarda una eternidad. El estacionamiento está frío contra mi piel. Me tiemblan las manos al encender el motor, pero no es miedo. Es expectación. Necesidad. La urgencia desesperada de alguien que por fin ha dejado de mentirse a sí misma.

La ciudad pasa borrosa mientras manejo por calles vacías, pasándome semáforos en rojo y superando los límites de velocidad. En la radio suena algo suave e insignificante que apenas oigo por encima del martilleo de mi corazón. Cada kilómetro se siente como volver a la vida, como si la sangre regresara a mis miembros entumecidos.

Lo amo. Lo he amado desde esa primera noche en que me abrazó durante una pesadilla. Lo he amado en cada momento de obstinada resistencia, en cada intento de convencerme de que se trataba de supervivencia y no de elección.

Y ya no voy a fingir lo contrario.

La mansión Rosetti se alza imponente, todo piedra, seguridad y riqueza silenciosa. Los guardias reconocen mi auto y me hacen señas para que pase sin preguntar. Mis piernas desnudas tiemblan mientras subo los escalones, el mármol frío bajo mis pies.

La casa está en silencio, todos duermen excepto el personal de seguridad que se mueve como sombras por los pasillos. Camino sigilosamente por corredores familiares, pasando por puertas cerradas y retratos familiares, con el corazón acelerado a cada paso.

Hacia el hombre que ha sido lo suficientemente paciente como para dejarme encontrar el camino de vuelta a él.

Su puerta está entreabierta, derramando una luz suave en el pasillo. Me detengo en el umbral, con la mano sobre la madera fría,

y lo observo por la rendija.

Matteo está sentado al borde de su cama king-size, con la cabeza entre las manos y los hombros tensos por el agotamiento, el estrés, o ambos. Está sin camisa, vestido solo con unos pantalones negros de cordón que le cuelgan de las caderas. La lámpara de la mesita de noche proyecta una luz dorada sobre los músculos magros de su espalda, resaltando viejas cicatrices y una nueva tensión. Su pelo cobrizo está revuelto, alborotado por el cansancio.

Parece que ha estado esperando durante horas. Días. Como si la paciencia le estuviera costando todo.

Levanta la vista cuando empujo la puerta para abrirla, y nuestras miradas se encuentran a través del espacio que nos separa. Esos ojos dorados que me han visto en mi peor momento y que, de alguna manera, todavía me miran como si fuera algo digno de atesorar.

Por un momento, solo me mira fijamente. Como si no pudiera creer que soy real. Como si hubiera esperado tanto tiempo que ya había empezado a pensar que nunca llegaría.

—Te amo.

Las palabras caen en el silencio entre nosotros, firmes y seguras. Sin temblor en mi voz. Sin retractarme. Solo la verdad que he estado ocultando por semanas.

Su rostro se transforma. La sorpresa da paso a un alivio tan profundo que es casi doloroso de ver. Respira mi nombre como una plegaria, como si hubiera estado conteniendo el aliento por días y por fin pudiera exhalar.

Se queda completamente quieto, como si temiera respirar mal y hacer añicos el momento. Cuando habla, su voz es áspera, llena de incredulidad y una cautelosa esperanza.

—¿Me amas?

—Ya me cansé de fingir que no. —Entro a su habitación, cerrando la puerta detrás de mí con un suave clic—. Manejé hasta aquí a las tres de la mañana en pijama porque no podía esperar ni un segundo más para decírtelo.

Una sonrisa tira de la comisura de sus labios, pero sus ojos permanecen serios. —Isabella.

—Te elijo a ti. —Me acerco más, atraída por el calor de su mirada —. Elijo esto. Nos elijo a nosotros. Estoy cansada de tener miedo de lo que quiero.

Se levanta lentamente, moviéndose como si yo fuera algo frágil que pudiera escaparse si se movía demasiado rápido. La luz de la lámpara convierte su piel en oro, enfatiza cada línea de los músculos de su pecho y abdominales. Es hermoso, peligroso y mío.

—¿Estás segura? —Su voz es cuidadosa, controlada—. Porque una vez que lo digas de nuevo, una vez que crucemos esta línea por completo…

—Soy tuya. —Cierro la distancia entre nosotros, mis manos se posan en su pecho. Su piel está tibia, sólida, real bajo mis palmas—. He sido tuya desde esa primera noche. Solo que era demasiado terca para admitirlo.

La vulnerabilidad de la confesión me golpea de repente. Aquí estoy, semivestida en su dormitorio, con el corazón completamente al

descubierto. Mi antiguo yo habría huido. Habría encontrado alguna manera de retirar las palabras, de protegerse.

Pero sus manos enmarcan mi rostro como si yo fuera algo precioso, y no veo nada más que reverencia en sus ojos.

Sus manos enmarcan mi rostro, los pulgares acariciando mis pómulos. —Dilo otra vez.

—Te amo. —Las palabras salen más fáciles ahora, como si algo se hubiera desbloqueado dentro de mi pecho—. Amo tu paciencia. Amo tu violencia. Amo la forma en que me haces sentir segura y salvaje al mismo tiempo.

Algo se quiebra en su expresión. Alivio. Deseo. Posesión. Sus manos se deslizan en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás mientras se agacha.

—Por Dios, Isabella. Me he estado volviendo loco esperando a que volvieras a mí.

—Bueno, ya estoy aquí. —Me aprieto más contra él, sintiendo cómo se endurece contra mi cadera—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

La pregunta lo transforma. El hombre cuidadoso y paciente desaparece, reemplazado por el depredador que vislumbré por primera vez en su auto. Su boca se estrella contra la mía, caliente, exigente y completamente desenfrenada. El beso sabe a posesión, a promesa y a por fin volver a casa.

Me arqueo contra él, mi cuerpo cantando de alivio y deseo y la pura alegría de no tener que contenerme más. Sus manos bajan por mi cuerpo, los dedos trazando el dobladillo de su camisa donde me llega a los muslos.

—Esta maldita camisa —gruñe contra mis labios—. ¿Sabes lo que me hace, verte en mi ropa?

—Muéstramelo. —Las palabras salen sin aliento, llenas de necesidad.

Aprieta sus manos en el algodón blanco, y por un momento creo que me la va a arrancar. En cambio, empieza a desabrochar los botones con una lentitud deliberada, sin apartar nunca sus ojos de los míos.

—He soñado con esto —murmura, abriendo la tela para revelar mi piel—. Con tenerte en mi cama, completamente mía, sin muros entre nosotros.

La camisa cae, dejándome solo con los shorts de dormir y unas bragas de encaje. Su mirada se pasea por mí como un toque físico, hambrienta y reverente.

—Hermosa —respira, sus manos rozándome los costados—. Jodidamente hermosa.

Intento tomar el cordón de sus pantalones, pero me detiene las manos, llevándolas a sus labios para besar mis palmas.

—Todavía no —dice, con la voz áspera por la contención—. Quiero saborearte primero. Quiero hacer que te vengas en mi lengua antes de follarte.

Esas palabras crudas envían un calor directo a mi centro. —Matteo.

—Súbete a la cama —ordena, y la autoridad en su voz me hace temblar—. Quítate los shorts.

Retrocedo hacia su cama, enganchando mis pulgares en la cinturilla y deslizándolos por mis piernas. Sus ojos siguen cada movimiento, oscuros de hambre. Cuando me acomodo sobre las

sábanas de seda negra vistiendo nada más que unas bragas de encaje, emite un sonido grave desde su garganta.

—Abre las piernas para mí, *bella*.

Obedezco, sin pudor en mi necesidad. Se mueve entre mis muslos como un hombre adorando en un altar, sus manos deslizándose por mis piernas con un toque reverente.

—Estas bragas —murmura, trazando el borde de encaje con un dedo—. ¿Te las pusiste para mí?

—Sí. —La confesión sale entrecortada—. Todo lo que hago es para ti ahora.

Las rasga con una fuerza despreocupada, el encaje cediendo como papel. —Mío —dice, acomodándose entre mis muslos—. Este coño tan bonito es mío.

El primer toque de su boca contra mi centro me hace gritar, mi espalda se arquea sobre la cama. Me estimula con una habilidad que raya en lo pecaminoso, su lengua, labios y dientes me llevan hacia el borde con una precisión devastadora.

—Sabes a gloria —gime contra mi piel—. A todo lo que siempre he querido.

Sus dedos se unen a su boca, deslizándose dentro de mí mientras su lengua rodea mi clítoris. La doble sensación es abrumadora, perfecta, y puedo sentir mi orgasmo creciendo como una tormenta.

Cuando bajo la vista, él me está observando. Nuestras miradas se clavan, y la intimidad de la situación —verlo entre mis muslos, ver el hambre y el amor en su mirada— casi me deshace por completo.

—Córrete para mí —ordena, doblando los dedos para tocar ese punto perfecto—. Déjame oírte gritar mi nombre.

El clímax me atraviesa como un reguero de pólvora, dejándome jadeante y temblando. Pero Matteo no para, no me da tiempo a recuperarme. Me lleva a través de él y más allá, empujándome hacia otro pico antes de que el primero haya disminuido del todo.

—Otra vez —exige—. Dame otro.

—No puedo. —Pero incluso mientras lo digo, puedo sentir que la excitación crece de nuevo—. Es demasiado.

—Sí puedes. —Su voz es terciopelo oscuro y acero—. Me vas a dar todo, Isabella. Cada sonido, cada escalofrío, cada gota de placer que pueda arrancarle a este cuerpo.

El segundo orgasmo es más fuerte que el primero, desgarrándome hasta que sollozo su nombre. Solo entonces se aparta, con la boca brillante por mi excitación.

—Perfecta —susurra, subiendo por mi cuerpo para reclamar mi boca en un beso que sabe a pecado y a promesas—. Tan jodidamente perfecta para mí.

Puedo sentirlo, duro y grueso contra mi muslo mientras se acomoda entre mis piernas. La punta de su verga roza mi entrada, y gimo ante la sensación.

—Por favor —suplico, enroscando las piernas alrededor de su cintura—. Te necesito dentro de mí.

—Mírame —ordena, agarrándome la barbilla con una mano—. Quiero que veas quién te está reclamando.

Nuestras miradas se clavan mientras él empuja hacia adentro, llenándome por completo. La sensación es intensa, perfecta, como volver a casa después de un largo exilio. Jadeo por el estiramiento, por la sensación de ser completamente poseída.

Se detiene cuando está completamente dentro, con su frente tocando la mía. Por un momento, solo respiramos juntos, conectados de la forma más íntima posible. Sus ojos escudriñan los míos, y veo todo en ellos: amor, posesión, reverencia, hambre.

—Mía —gime, comenzando a moverse con embestidas largas y profundas—. Por fin, jodidamente mía.

—Tuya —convengo, siguiendo su ritmo—. Solo tuya.

Marca un ritmo que es a la vez tierno y exigente, cada embestida golpeando ese punto perfecto que me hace ver estrellas. Sus manos se mueven sobre mi cuerpo con una reverencia posesiva, trazando cada curva y hueco como si me estuviera memorizando.

—Dilo mientras te follo —exige, con la voz tensa por el placer y el control—. Dime que me amas mientras estoy dentro de ti.

—Te amo. —Las palabras salen en un gemido mientras él empuja más profundo—. Te amo, Matteo. Amo cómo me haces sentir. Amo que seas mío.

—Este coño es mío ahora —gruñe, con las caderas golpeando más fuerte—. Dilo.

—Mi coño es tuyo. —Las palabras habrían avergonzado a la antigua Isabella, pero esta mujer se deleita con ellas—. Todo mi ser es tuyo.

Mete la mano entre nosotros, su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con la presión perfecta. La combinación de su toque y el ritmo incesante de sus embestidas me envía en espiral hacia otro pico.

Ralentiza sus movimientos, obligándome a encontrar su mirada. —Puedes amarme y aun así ser fuerte, *bella* —dice, con la voz cargada

de sentimiento y sinceridad—. Eso es lo que nunca entendiste. Amarme no te hace débil. Te hace mía.

Las palabras, combinadas con la forma en que me mira —como si yo fuera su mundo entero—, me llevan al límite. Mis paredes se contraen a su alrededor mientras me corro con un grito que resuena en las paredes de su habitación. Él me sigue, hundiendo el rostro en mi cuello mientras se derrama dentro de mí con un gemido que suena a plegaria.

Pero no hemos terminado. En el momento en que nuestra respiración se calma, él se mueve de nuevo, saliendo solo para ponerme a cuatro patas.

—Otra vez —dice, colocándose detrás de mí—. Quiero ver mi verga desaparecer en tu coño desde este ángulo.

Me empujo contra él, desvergonzada en mi necesidad. —Sí. Por favor.

Se desliza dentro desde atrás, más profundo desde este ángulo, y ambos gemimos ante la sensación. Sus manos me agarran las caderas mientras comienza a moverse, cada embestida empujándome hacia la cabecera de la cama.

—Mírate —gruñe, deslizando una mano por mi columna para enroscarla en mi pelo—. Recibiendo mi verga tan perfectamente. Como si estuvieras hecha para esto.

El nuevo ángulo toca puntos que me hacen sollozar de placer. Siento que se está formando otro orgasmo, imposible pero innegable.

—Tócate —ordena, apretando su agarre en mi pelo—. Juega con ese bonito clítoris mientras te follo.

Deslizo una mano entre mis piernas, mis dedos encuentran el bulto hinchado de nervios. La estimulación añadida hace que me contraiga a su alrededor, y él sisea ante la sensación.

—Joder, sí —gime—. Justo así. Hazte correr sobre mi verga.

La combinación de sus embestidas y mi propio tacto me empuja de nuevo hacia el límite. Estoy temblando, desesperada, completamente perdida en el placer que me está dando.

—Me voy a correr —jadeo.

—Espera —ordena, ralentizando su ritmo a algo tortuoso—. Todavía no.

—Por favor. —Ahora estoy suplicando, sin pudor—. Necesito correrme.

—Te corres cuando yo te diga que te corras. —Su voz es pura dominación, y me hace apretarme a su alrededor con más fuerza—. Este coño me pertenece, lo que significa que tus orgasmos también me pertenecen.

Continúa con el ritmo lento y profundo que me mantiene justo al borde sin empujarme del todo. Es una tortura exquisita, y puedo sentir lágrimas de frustración acumulándose en mis ojos.

—Matteo, por favor.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, déjame correrme. Haré lo que sea.

—¿Cualquier cosa? —Su ritmo se acelera un poco, lo suficiente para hacerme jadear—. ¿Me dirás que me amas todos los días?

—Sí.

—¿Usarás mi anillo cuando lo ponga en tu dedo?

La insinuación hace que se me acelere el corazón. —Sí.

—¿Serás mía para siempre? ¿Sin más huidas ni barreras?

—Sí —la palabra sale como un sollozo—. Sí, te lo prometo. Soy tuya para siempre.

—Entonces córrete para mí, *bella*. Córrete por toda mi verga.

Con el permiso concedido, me hago añicos, el orgasmo me desgarra por dentro con una intensidad que me deja gritando. Él me sigue al clímax, su propia liberación desencadena otra ola de placer que me hace colapsar sobre la cama.

Me atrapa, atrayéndome de nuevo contra su pecho mientras ambos luchamos por respirar. Sus brazos me envuelven, sosteniéndome con fuerza mientras las réplicas recorren mi cuerpo.

—Mierda santa —susurro cuando por fin puedo hablar.

—Eso es solo el principio —murmura contra mi oído, su voz todavía áspera por la satisfacción—. Tengo que compensar semanas de deseo.

Me giro en sus brazos, estudiando su rostro a la luz de la lámpara. Su cabello está húmedo de sudor, sus ojos suaves por la satisfacción y algo más profundo.

—¿No te arrepientes? —pregunta, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—De nada. —Recorro la línea de una cicatriz en su pecho, maravillándome del contraste entre su reputación peligrosa y su tacto gentil—. Por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero.

—¿Y qué es eso?

—A ti. Esto. Un futuro en el que no tenga que elegir entre ser fuerte y ser amada.

Me acerca para darme un beso que es suave y posesivo al mismo tiempo. —Nunca más tendrás que elegir —promete contra mis labios —. Me enamoré de tu fuerza, Isabella. No voy a intentar domarla.

Me acomodo contra su pecho, con la cabeza sobre su corazón. El ritmo constante es tranquilizador, hipnótico. Afuera, la ciudad sigue durmiendo, sin saber que todo ha cambiado.

—Las pesadillas —digo en voz baja—. Se detuvieron hace semanas. La primera noche que me hiciste el amor.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor. —Deberías habérmelo dicho.

—No estaba lista para admitir lo que eso significaba. —Presiono un beso en su pecho, justo sobre su corazón—. Pero ahora estoy lista.

—¿Y qué significa?

—Significa que estoy en casa. —Lo miro, viendo mi futuro reflejado en esos ojos ambarinos—. Significa que finalmente soy completa y perfectamente tuya.

Extiende el brazo para apagar la lámpara, sumergiéndonos en una cómoda oscuridad. —Duerme —murmura, dándome un beso en la coronilla—. Estaré aquí cuando despiertes.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

Cierro los ojos, envuelta en su calor y en el aroma que se ha convertido en mi hogar. Por primera vez desde que era una niña, el sueño llega fácil. En paz. Sin miedo a lo que aguarda en la oscuridad.

Porque ya no estoy sola. Soy suya y, al serlo, he descubierto cómo ser yo misma.

Matteo

La luz de la mañana se derrama por las ventanas de mi habitación como miel tibia, bañando todo en un relieve dorado. Isabella yace estirada a mi lado, su cabello rubio miel enredado sobre la funda oscura de la almohada, su piel desnuda luminosa bajo el sol de la mañana. La sábana se ha deslizado hasta su cintura, revelando la curva elegante de su espalda, la delicada inclinación de sus hombros.

Se ve en paz. Satisfecha. Mía.

No puedo evitarlo. Mi mano se desliza bajo el algodón egipcio, mis dedos trazando la seda de su muslo mientras me inclino cerca de su oído.

—No puedo empezar el día sin saborearte —susurro, con la voz ronca por el sueño y la necesidad.

Se remueve bajo mi caricia, un suave sonido escapando de sus labios mientras presiono besos en la curva de su cuello. Su piel sabe a vainilla y a algo excepcionalmente suyo, un sabor al que me he

vuelto adicto estos últimos meses. Mi boca encuentra ese punto sensible detrás de su oreja, y ella se arquea contra mí con un gemido adormilado.

—Matteo —suspira, derritiéndose ya por mí. Siempre tan receptiva, mi Isabella. Siempre tan perfecta.

—Mmm —murmuro contra su garganta, mi mano deslizándose más arriba, encontrándola húmeda y lista—. Date la vuelta, bella. Déjame adorarte como se debe.

Lo hace, girando sobre su espalda con una gracia somnolienta, sus ojos esmeralda cargados de deseo cuando se encuentran con los míos. La luz de la mañana se refleja en su cabello, convierte su piel en porcelana. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida, especialmente así. Despeinada por mis manos, marcada por mi boca, mirándome como si yo hubiera colgado las mismísimas estrellas.

—Eres insaciable —dice, pero sus manos ya se enredan en mi cabello, atrayéndome hacia ella.

—¿Por ti? Todos los malditos días. —Me acomodo entre sus muslos, tomándome mi tiempo con suaves besos a lo largo de su clavícula, descendiendo hasta la curva de sus pechos—. Te dije que era un adicto, ¿no?

Se ríe, un sonido intenso y cálido que provoca algo en mi pecho. Hace que todo se sienta más ligero, más brillante. Como si el sol por fin hubiera salido después del invierno más largo de mi vida.

La adoro lentamente esta mañana, con manos reverentes y una boca paciente. Nada de la posesión desesperada de anoche, solo una posesión perezosa y elogios susurrados. Se deshace debajo de

mí con suaves jadeos y muslos temblorosos, mi nombre cayendo de sus labios como una plegaria.

—Mía —murmuro contra su piel mientras se estremece con las réplicas.

—Tuya —confirma, atrayéndome hacia arriba para un beso que sabe a promesas y a eternidad.

Después, nos duchamos juntos en el baño de mármol, el vapor elevándose a nuestro alrededor mientras le lavo el cabello con manos cuidadosas. Ella se apoya en mi caricia, con los ojos cerrados, confiando en mí por completo. Verla así todavía me asombra. Isabella Callahan, la mujer que se enfrentó a mi familia sin pestañear, derritiéndose bajo el simple placer de mis dedos en su cabello.

—¿De qué sonríes? —pregunta, captando mi expresión en el espejo.

—De ti —digo simplemente—. Siempre de ti.

Se gira en mis brazos, con gotas de agua adheridas a sus pestañas, y por un momento solo nos miramos. La chica que se suponía que era una moneda de cambio se convirtió en todo. El *playboy* que nunca creyó en el amor se convirtió en un hombre dispuesto a construir todo su mundo alrededor de una sola mujer.

—Te amo —dice, como si todavía estuviera asombrada por la veracidad de esas palabras.

—Yo también te amo, bella. Más de lo que creí posible.

El vapor se disipa mientras nos secamos con las toallas y volvemos a la habitación, la rutina matutina se siente natural y doméstica de una manera que todavía me sorprende. Nos vestimos para el

desayuno, Isabella elige un suave suéter de cachemira color crema y pantalones de vestir que Carmela la ayudó a escoger ayer. El simbolismo no pasa desapercibido para ninguno de los dos. Ya no lleva una armadura, no se viste para la batalla ni intenta desaparecer. Está eligiendo ropa que la hace sentir hermosa, cómoda en su propia piel y en esta casa que se está convirtiendo en nuestro hogar.

El comedor está lleno de voces y risas cuando llegamos, la enorme mesa cargada con suficiente comida para alimentar a un ejército. Carmela está de pie cerca del aparador, dirigiendo la colocación de las fuentes, sus rizos oscuros recogidos, pero ya escapándose en mechones rebeldes. Sé que ella ha orquestado todo este desayuno. Nuestra hermanita ha estado planeando esta celebración de bienvenida desde el momento en que Isabella demostró su lealtad a la familia.

—¡Por fin! —exclama cuando nos ve, corriendo a besar las mejillas de Isabella antes de abrazarme con fuerza—. Empezaba a pensar que ustedes dos iban a dormir todo el día.

—Algunos de nosotros teníamos asuntos importantes que atender —digo con una sonrisa que la hace poner los ojos en blanco.

—Qué asco, Matt. Demasiada información. —Pero se ríe mientras toma del brazo a Isabella—. Vamos, les guardé los buenos asientos. Lejos de los modales de Leo en la mesa.

Dom levanta la vista cuando entramos, sus agudos ojos verdes observando nuestras manos unidas, la forma en que Isabella se mueve con una confianza natural en lugar de un cálculo cuidadoso.

Asiente una vez, un gesto de aprobación silenciosa que aplaca algo en mi pecho.

—Buenos días —dice, levantándose para besar las mejillas de Isabella en el saludo tradicional—. Te ves radiante.

—Así me siento —responde ella, y lo dice en serio. Las sombras que atormentaron sus ojos durante meses han desaparecido, reemplazadas por algo que parece alegría.

Besiana se desliza a continuación, elegante de la manera que solo el dinero de abolengo puede lograr. Le da a Isabella una mirada de aprobación y luego una sonrisa genuina antes de presionar besos en ambas mejillas.

—Bienvenida, finalmente —dice cálidamente—. Perteneces a nosotros, querida. Siempre lo hiciste.

Rafe sonríe desde su puesto en la mesa, levantando su taza de café en un saludo burlón. —Matteo Rosetti, fuera del mercado. El fin del mundo.

—Cállate —digo, pero me estoy riendo mientras le retiro la silla a Isabella, asegurándome de que esté sentada antes de tomar mi propio lugar a su lado. Ya no frente a ella. Ahora somos una unidad.

Sloane nos sonríe radiante desde el otro lado de Rafe, todo su rostro se ilumina con una felicidad genuina. —Estoy tan contenta de que te quedes —le dice a Isabella—. Necesitamos más estrógeno en esta familia tan cargada de testosterona.

Leonardo aparece en el umbral con Eleanor, su alborotado cabello pelirrojo todavía con marcas de la almohada, los tatuajes visibles bajo sus mangas arremangadas. Se mueve con más facilidad ahora,

las heridas de bala finalmente lo suficientemente curadas para una actividad normal.

—Vaya, vaya —dice, sonriéndonos con abierta picardía—. Miren a quién tenemos aquí. Ella te quitará lo cretino engreído, Matt. Buena elección.

—Gracias por el voto de confianza —digo con sequedad, pero me conmueve. La aprobación de Leo significa algo, sobre todo después de todo lo que hemos pasado.

Las puertas del comedor se abren de nuevo, dando paso a Emilio y Mara, ambos con un aspecto dorado y relajado por su luna de miel en Italia. Mi hermano gemelo se mueve con esa confianza tranquila y familiar, sus ojos grises encuentran los míos a través de la habitación. La tensión que existió entre nosotros durante meses ha desaparecido, reemplazada por algo que casi había olvidado que podíamos tener: la hermandad.

—Emilio —me pongo de pie, estrechándole la mano con firmeza en un apretón que se convierte en un breve abrazo—. Qué bueno que hayas vuelto.

—Es bueno estar de vuelta —dice con sencillez, pero su mirada dice más. Volvemos a estar unidos, como deben estarlo los gemelos.

Mara prácticamente irradia felicidad; su cabello oscuro ahora está más largo, su sonrisa es suave y genuina de una manera que denota una verdadera satisfacción.

—¡Tú debes de ser Isabella! —Se acerca con una cálida sonrisa, extendiendo la mano antes de atraer a Isabella a un suave abrazo—. Soy Mara. He oído hablar mucho de ti. Es maravilloso conocerte por fin como se debe.

Emilio da un paso al frente y le ofrece a Isabella un leve asentimiento de cabeza. —Usted eligió quedarse —dice con sencillez, y para mi hermano, eso es prácticamente un discurso—. Bien.

—Gracias —responde Isabella con elegante compostura, comprendiendo que viniendo de Emilio, esas palabras tienen mucho peso.

Emilio solo asiente, la conversación ya ha terminado para él, pero alcanzo a ver la aprobación en sus ojos grises.

Observo a Isabella entrar en calor con las presentaciones, veo cómo se le ilumina el rostro con un placer genuino al conocer a mi gemelo y a su esposa. Estos son los momentos que importan. No la violencia ni los juegos de poder, sino esto. La familia. El sentimiento de pertenencia. El amor en todas sus formas desordenadas y complicadas.

La comida es suntuosa pero relajada, la conversación fluye alrededor de la mesa como el agua. Historias de la luna de miel de Emilio y Mara, bromas sutiles sobre la recuperación de Leo, planes para los próximos eventos familiares. Isabella contribuye con facilidad, su agudo ingenio y su delicado humor encajan a la perfección en la dinámica familiar.

—Y bien, Emilio —dice Rafe, cortando sus huevos benedictinos—, ¿de verdad te relajaste en Italia o te la pasaste montando redes de vigilancia?

—Ambas cosas —responde Emilio sin dudar, provocando las risas de la mesa.

—Intentó hackear el sistema de seguridad del hotel en nuestro segundo día —añade Mara con cariñosa exasperación—. Tuve que esconderle la computadora portátil.

—La seguridad era patética —se defiende Emilio—. Alguien podría haber entrado en nuestra habitación sin más.

—Alguien lo hizo —dice Mara con dulzura—. Yo. Todas las noches.

Hasta Dom esboza una sonrisa con eso. Isabella cruza su mirada con la mía y sonríe, claramente encantada por el desenfadado cotorreo.

La observo reír con uno de los chistes malísimos de Rafe, la veo escuchar con atención mientras Dom habla de la última adquisición del museo, me doy cuenta de cómo le pasa automáticamente la cesta del pan a Leo antes incluso de que él la pida. Ya no está actuando. Simplemente está… aquí. Presente. En casa.

Me doy cuenta con una certeza silenciosa. Esto es para siempre. No la posesividad desesperada que me llevó a secuestrarla, ni la necesidad obsesiva de poseerla, sino esto. Un amor profundo y firme que no exige ni arrebata, sino que simplemente existe, tan natural como respirar.

—Me estás mirando mucho —murmura ella, captando mi mirada.

—No puedo evitarlo —respondo con sinceridad—. Eres preciosa.

Se sonroja, de verdad se sonroja, y mi pecho se oprime de ternura. Después de todo lo que hemos pasado, todavía puede sentir timidez por un simple cumplido. Es devastador.

La conversación se apaga mientras retiran los platos y rellenan las tazas de café. Lanzo mi moneda de plata al aire una, dos veces, y luego la atrapo con una sonrisa. El peso familiar se siente distinto

ahora. De la suerte, pero no porque ya la necesite. Sino porque ya he ganado todo lo que importa.

—De hecho —digo, levantándome y guardando la moneda en el bolsillo—, hay algo que Isabella y yo queríamos decirles a todos.

La mesa se queda en silencio, todos los ojos se giran hacia nosotros. Isabella me mira con curiosidad, enarcando las cejas en señal de pregunta. No sabe lo que estoy a punto de hacer, pero confía en mí. Esa confianza todavía me asombra.

Meto la mano en el bolsillo de mi saco y saco la pequeña caja de terciopelo que compré durante esos tres días en que ella estuvo en su apartamento, pensando. El anillo que contiene no es una pieza ostentosa y llamativa. Es una esmeralda perfecta rodeada de diamantes, clásica y elegante, igual que ella. Lo compré porque sabía que volvería a mí. Sabía que diría que sí. Hay cosas que uno simplemente sabe.

—Isabella Callahan —digo, arrodillándome junto a su silla mientras la mesa estalla en gritos de sorpresa y risas de alegría—. ¿Quieres casarte conmigo? Como se debe esta vez, con un anillo, testigos y todo.

Se lleva las manos a la boca, con sus ojos esmeralda muy abiertos por la sorpresa y la alegría. —Matteo, ya me lo pediste anoche — dice a través de sus dedos.

—Lo sé —sonrío de oreja a oreja, abriendo la caja para revelar el anillo—. Pero estaba dentro de ti en ese momento, y no tenía el equipo adecuado. Supuse que merecías algo mejor que una proposición hecha borracho de sexo.

—¡Ay, Dios mío! —chilla Carmela, dando saltitos en su asiento—. ¡Di que sí!

—El hombre ya está de rodillas —añade Rafe, servicial—. Eso es un progreso.

Isabella se ríe, con lágrimas corriendo por sus mejillas mientras extiende su mano izquierda. —Sí —dice simplemente—. Siempre sí.

El anillo se desliza a la perfección, captando la luz de la mañana mientras me pongo de pie y la atraigo a mis brazos. La mesa estalla en vítores y aplausos, Carmela literalmente rebota en su asiento mientras aplaude.

—¡Lo sabía! —chilla, abandonando toda la dignidad Rosetti—. ¡Carajo, lo sabía! Cuando me pediste que te ayudara a elegir su ropa ayer, tenías esa mirada.

—Cuida tu lenguaje, Carmela —dice Dom con amabilidad, pero está sonriendo.

—Oh, muérdeme, Domenico. ¡Mi hermano acaba de comprometerse! —Ya se ha levantado de su silla, apartando a Isabella de mí para darle otro abrazo—. Tenemos tanto que planear. El lugar, el vestido, las flores…

—Respira, princesa —me río, pero me conmueve su entusiasmo.

Dom se pone de pie, alzando su taza de café con una solemnidad ceremonial. —Por la futura señora Rosetti —dice, y el reconocimiento formal tiene peso. Esto no es solo una celebración. Es la aceptación en el legado de la familia.

—Bienvenida al caos —añade Besiana con elegante diversión.

Emilio se acerca y me aprieta el hombro en señal de silenciosa aprobación. —Te hace bien —me dice simplemente, pero viniendo de

mi gemelo, lo significa todo.

El momento se extiende a nuestro alrededor, cálido, completo y real. Se acabaron los juegos, las barreras, el fingir que esto es algo distinto de lo que es.

—Ahora estás atrapada con nosotros —le digo a Isabella, haciendo girar el anillo de esmeralda en su dedo—. Toda la loca familia.

—No lo querría de otra manera —dice, y lo dice en serio.

Entonces la atraigo hacia mí, incapaz de resistirme, y la beso como se debe, justo ahí, delante de todos. No como una forma de reclamo o posesión, solo de celebración. Pura alegría.

Leo se queja dramáticamente. —¡Consíganse un cuarto!

—Tenemos varios —señalo sin interrumpir el beso.

Carmela me lanza un trozo de pan tostado a la cabeza. —¡Compórtate! Y sí, tienes varios cuartos, pero estamos desayunando aquí como gente civilizada. —Se vuelve hacia Isabella con ojos brillantes—. No dejes que te corrompa demasiado. Algunos de nosotros todavía tenemos principios.

—Haré lo que pueda —promete Isabella, riendo.

Cuando nos separamos, Isabella se está riendo y el anillo capta la luz mientras me toca la cara. A nuestro alrededor, la familia continúa con sus bromas de buen humor, planeando nuestro futuro con esa clase de caos cariñoso que solo la familia puede ofrecer.

Este es mi hogar. Este caos, este amor, esta mujer en mis brazos que eligió construir una vida con todos nosotros.

El *playboy* murió. Larga vida al hombre que aprendió que la mejor conquista es la que te conquista a ti.

30

Isabella

El camisón de seda se derrama a mis pies cuando salgo al balcón de mármol, y los dedos desnudos de mis pies se enroscan contra la piedra fría. Desde abajo, el italiano fluye de la voz de Matteo, grave, peligrosa y completamente fluida, mientras camina de un lado a otro por la terraza con el teléfono pegado a la oreja.

Negocios. Incluso a las siete de la mañana.

Me apoyo en la barandilla, sintiendo cómo la luz de la mañana me calienta los hombros que los delgados tirantes dejan al descubierto. Han pasado tres meses desde el desayuno familiar, desde que dejé de fingir que esto no era para siempre, y todavía me asombra el simple lujo de pertenecer a un lugar. De pertenecer a alguien que me trata como a una reina en vez de como a una posesión.

El café que me espera en la mesita del balcón está perfecto. Aún humeante, con la cantidad exacta de crema. Debió de subirlo antes de su llamada, cuidadoso y detallista de esa manera que aún me sorprende.

Me siento en la silla acolchada y sorbo el expreso mientras escucho su voz llegar desde abajo. Habla con alguien sobre medidas de seguridad para los muelles, algo sobre rotación de horarios y verificación de antecedentes. Todo en ese italiano letal que me acelera el pulso.

Su voz se ha convertido en mi hogar.

Abajo, en la terraza, Matteo está de espaldas a la mansión, con el teléfono pegado a la oreja y la mano libre apoyada en la barandilla de piedra. Lleva solo unos pantalones negros, y los músculos se le marcan bajo la piel bronceada cuando gesticula. Su cabello cobrizo aún está revuelto por el sueño y por mis dedos.

—Nada de excepciones —dice al teléfono, con ese tono en la voz que significa que alguien está a punto de tener un muy mal día—. A todo el que se acerque al almacén se le investiga dos veces. No me importa si traen una autorización papal.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándolo trabajar. Hace seis meses, esta conversación me habría aterrorizado. Ahora entiendo lo que veo. A un hombre protegiendo a su familia, su negocio, su mundo. Protegiéndome a mí.

La satisfacción posesiva que me produce ese pensamiento habría horrorizado a la mujer que solía ser.

Se gira, me ve en el balcón de arriba y lo que sea que iba a decir muere en sus labios. Sus ojos grises me recorren de arriba abajo, enfundada en el camisón de seda, y sus pupilas se dilatan ligeramente. La llamada telefónica pasa a un segundo plano ante el calor que crece entre nosotros.

—Encárgate —dice secamente al teléfono y cuelga sin esperar respuesta. Desaparece de mi vista y, momentos después, oigo sus pasos en la escalera que conduce a nuestro dormitorio.

Cuando sale al balcón, llega hasta mí en tres zancadas y posa sus manos en mi cintura, sus dedos rozando la seda de mis caderas.

Me besa lenta y profundamente; sabe a expreso y a promesas. Cuando se aparta, su mirada es suave de una forma que nunca lo es con nadie más.

—¿Dormiste bien? —murmura contra mis labios.

—Sin pesadillas. —Ahora las palabras salen con facilidad. Tres meses de sueño tranquilo, tres meses de despertar segura en sus brazos—. ¿A qué hora es la reunión?

—A las diez. —Su pulgar traza círculos en el hueso de mi cadera, casual y posesivo—. Hay tiempo de sobra.

Pero algo en su tono sugiere que deberíamos irnos pronto. He aprendido a leer los sutiles cambios en su voz, la forma en que el Matteo de los negocios es diferente del hombre que me susurra promesas obscenas al oído a las tres de la madrugada.

—¿Es una reunión importante?

—Del tipo en que le recuerdas a la gente por qué nos pagan por protección en lugar de buscarla en otra parte. —Su sonrisa es afilada, peligrosa—. Nada de lo que debas preocuparte.

Solo que sí me preocupo. Ya no porque le tenga miedo a su mundo, sino porque me he convertido en parte de él. Los Rosetti ya no solo me toleran. Me respetan. Buscan en mí mi opinión, el tipo de pensamiento estratégico que proviene de años de lidiar con las manipulaciones de Chase.

—¿Debería ir contigo?

Sus ojos se agudizan con algo que podría ser orgullo. —¿Te gustaría?

Hace unos meses, la idea me habría provocado un ataque de pánico. Ahora, simplemente asiento. —Si crees que sería útil.

—Dios, eres perfecta. —Me besa de nuevo, esta vez con más fuerza—. A Dom le encantará que estés allí. Los hermanos Torrino responden mejor a la intimidación elegante que al tipo que implica romperles las rótulas.

La forma casual en que lo dice me hace reír. Estos últimos meses he aprendido que la violencia es solo otra herramienta de negocios, que los hombres a los que he llegado a amar harían cualquier cosa para proteger lo que es suyo. Que ahora soy parte de lo que es suyo.

—Tendré que cambiarme.

—Tendrás que hacer más que eso. —Desliza sus manos para acunar mi rostro, sus pulgares trazando mis pómulos—. Tendrás que ponerte esa máscara que usabas para Chase. Fría, intocable, mejor que todos en la sala.

—Puedo hacerlo.

—Sé que puedes. —Su voz es áspera con algo más profundo que la lujuria—. Te miran porque ven lo que yo veo. Fortaleza envuelta en elegancia.

Sus palabras se asientan cálidamente en mi pecho. No son los halagos vacíos que Chase usaba para manipularme, sino un reconocimiento real de en quién me he convertido. De quién siempre fui debajo del miedo.

—¿A qué hora debo estar lista?

—A las nueve y media. Ponte ese Armani gris. —Su sonrisa se vuelve pícara—. Ese que hace que quiera inclinarte sobre mi escritorio.

—Matteo.

—¿Qué? Es un hecho. —Me besa el cuello, sus dientes rozando mi piel—. Aunque quizá deberías guardar esa idea para después de la reunión.

Le doy un empujoncito en los hombros, riendo. —Ve a ducharte. Déjame tomar mi café en paz.

—En un minuto. —No se mueve, solo me sostiene contra él como si estuviera memorizando el momento—. ¿Isabella?

—¿Sí?

—Esto. Nosotros. No va a terminar, ¿verdad?

La pregunta me sorprende. No porque dude de sus sentimientos, sino porque Matteo Rosetti no pide confirmación. Él toma lo que quiere y lo sujeta con ambas manos hasta que el mundo se doblega a su alrededor.

Pero entiendo lo que realmente está preguntando. Si estoy aquí porque quiero estarlo o porque no sé cómo irme.

—No —digo en voz baja, mirándolo a los ojos—. No va a ir a ninguna parte.

Un destello de alivio cruza por su rostro, y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado. Pero no fue así. Incluso los hombres peligrosos necesitan estar seguros de las cosas que más importan.

—Bien. —Me besa la frente, con ternura y posesividad—. Porque nunca voy a dejarte ir.

* * *

La reunión con los Torrino sale exactamente como Matteo predijo. Dos horas de cuidadosa negociación disfrazada de conversación educada, en la que yo desempeño el papel de elegante autoridad. Los hermanos se muestran deferentes conmigo de una manera que no lo hacen con Dom ni con Matteo; hay algo en la perspectiva de una mujer que los hace sentir más seguros.

Si tan solo supieran lo exhaustivamente que Matteo me había entrenado para leer las debilidades de la gente.

Después, nos retiramos a su oficina en el último piso del edificio. Unos ventanales de piso a techo dan al puerto, y la luz de la tarde tiñe el agua de plata. El escritorio es de una caoba maciza, colocado para intimidar a cualquiera que se siente frente a él.

Automáticamente, noto la cámara de seguridad en la esquina, la forma en que él se coloca entre la puerta y yo, incluso ahora. Viejas costumbres de ambos: su necesidad de proteger, mi necesidad de catalogar rutas de escape aun cuando no tengo intención de usarlas.

Pero en lugar de eso, me siento en el borde del escritorio, con las piernas desnudas y cruzadas, y los tacones abandonados en algún lugar cerca de la puerta. Una muestra de confianza que no habría podido dar meses atrás.

—¿Cómo lo hice? —pregunto, tomando un sorbo del expreso que me preparó.

—Perfecto. —Se acomoda en su silla, deslizando las manos por mis pantorrillas hasta posarlas en mis rodillas—. Aunque pasé la mitad de la reunión pensando en tenerte a solas.

—¿Solo la mitad?

—La otra mitad estuve pensando en inclinarte sobre este escritorio. —Sus pulgares trazan círculos en mi piel, enviando espirales de calor a través de mí—. De hecho, todavía lo estoy pensando.

—¿Ah, sí? —Dejo mi taza y me inclino hacia atrás sobre mis manos, una posición que arquea ligeramente mi espalda—. ¿Y qué es exactamente lo que planeabas hacer?

Sus pupilas se dilatan, sus manos se aprietan en mis piernas.

—Todo.

—Matteo. —Intento mantener la voz firme, pero me sale entrecortada.

—¿Qué? —Sus manos suben más, empujando el dobladillo de mi falda por mis muslos—. Tú preguntaste.

—Podría entrar alguien.

—La puerta está cerrada con llave. —Se pone de pie, moviéndose entre mis piernas, y posa las manos en mi cintura—. Además, todos saben que no deben interrumpir cuando estoy contigo.

La certeza inquebrantable en su voz envía un calor líquido por mis venas. Meses de ser reclamada por este hombre, de aprender que su control se extiende a todo lo que nos rodea. Incluido el asegurarse de que nunca nos interrumpan cuando me desea.

Lo que es constantemente.

—Sigues siendo un maniático del control —murmuro, apretando su camisa con mis manos.

—Y tú sigues siendo mía. —Me besa el cuello, sus dientes rozando la piel sensible—. Absoluta e irrevocablemente mía.

Las palabras me hacen temblar de deseo. No porque sea su posesión, sino porque ser suya significa ser atesorada, protegida,

adorada. Significa pertenecer a un lugar donde nunca tengo que fingir ser otra persona.

—¿En qué piensas? —pregunta contra mi garganta.

—En el futuro. —Las palabras me sorprenden, pero son ciertas. Antes vivía al día, sin atreverme a planear más allá de sobrevivir a la siguiente cena familiar o evento de caridad. Ahora puedo imaginar los años venideros—. Hacer crecer el negocio juntos. Quizá esa casa en Italia que mencionaste.

—En la Toscana —dice, apartándose para mirarme—. Con un viñedo, olivares y sin vecinos en kilómetros a la redonda.

—Suena perfecto.

—Para las vacaciones. —Desliza las manos para acunar mi rostro—. Este es nuestro hogar. Manhattan, la familia, todo.

Pienso en la mansión Rosetti, en cómo se sentía como una fortaleza cuando llegué y ahora se siente como un santuario. La risa de Carmela resonando por los pasillos, la tranquila sabiduría de Besiana durante el café de la mañana, la forma en que Dom asiente con aprobación cuando contribuyo en las discusiones de estrategia.

—Los amo —digo, y la admisión es todavía lo suficientemente nueva como para sorprenderme.

—Ellos también te aman a ti. —Me besa, suave y profundamente —. ¿Sabes lo que me preguntó Carmela ayer?

—¿Qué?

—Si creía que querrías ayudar a planear la gala de caridad de este año. Encargarte de todo.

La oferta me oprime el pecho de gratitud. No es solo inclusión, sino liderazgo. Confianza. El tipo de responsabilidad para la que me

he estado entrenando toda mi vida sin saberlo.

—¿Qué le dijiste?

—Que probablemente revolucionarías todo su enfoque y les harías ganar el doble de dinero. —Su sonrisa es orgullosa, posesiva—. ¿Tenía razón?

—Quizá. —Recorro el cuello de su camisa, pensando en el cultivo de donantes y las alianzas estratégicas—. Sí tengo algunas ideas.

—Estoy seguro de que sí. —Me besa la mandíbula, abriéndose paso hacia mi oreja—. Hablando del futuro.

—¿Sí?

—¿Crees que nuestra hija tendrá tu temperamento o el mío?

Las palabras me detienen el corazón por un momento. Nuestra hija. No hijos hipotéticos o bebés de algún día, sino un futuro específico e imaginado donde construimos algo juntos.

—Que Dios nos ayude si tiene ambos —digo en voz baja.

Su risa es áspera contra mi cuello.

—Será perfecta. Brillante y letal, y absolutamente consentida.

—Por su padre, querrás decir.

—Por todos. —Se aparta para mirarme a los ojos, y la intensidad de su expresión me corta la respiración—. Puedo verla, Isabella. Pelo oscuro, tus ojos, causando problemas desde el momento en que pueda caminar.

La imagen es tan vívida que me oprime el pecho de anhelo. Una niñita con la sonrisa pícara de Matteo y mi vena terca, creciendo segura y amada en un mundo que se doblegará a su alrededor como se doblega ante todos los niños Rosetti.

—Algún día —digo, la palabra como una promesa.

—Algún día, pronto —concuerda, y sus manos se deslizan hasta descansar sobre mi vientre—. Cuando estés lista.

La suposición casual de que nuestro «algún día» es inevitable hace que una calidez se extienda por mi interior. No es presión ni una exigencia, solo la certeza silenciosa de que estamos construyendo algo permanente. Algo hermoso.

—Te amo —susurro contra sus labios.

—Yo también te amo. —Me besa más profundo, enredando sus manos en mi cabello—. Más de lo que creí posible. Más de lo que sabía cómo desear.

La confesión abre algo dentro de mi pecho. Este hombre que pasó veintinueve años evitando el apego emocional, que me secuestró para usarme como moneda de cambio y terminó tan enamorado que reconstruyó su mundo entero para mantenerme a su lado.

Que me mira como si yo fuera la respuesta a cada pregunta que nunca supo cómo formular.

—Llévame a casa —digo contra su boca.

—Estamos en casa.

Y tiene razón. No la mansión, no un edificio en específico, sino esto. Nosotros. La vida que hemos construido a partir de un secuestro, del miedo y de un deseo desesperado. La familia que me acogió, el hombre que me eligió, el futuro que estamos escribiendo juntos, un día cuidadoso a la vez.

31

Carmela

El sol del atardecer se refleja en las copas de champán de cristal esparcidas por la terraza, proyectando arcoíris contra la fachada de piedra de la mansión. Han pasado meses desde la propuesta de Matteo, y la celebración parece interminable: brindis y risas resonando en paredes de mármol que han visto demasiada violencia y no suficiente alegría.

Me ajusto mis enormes gafas de sol y aliso mi blusa de seda color crema, esa que me hace lucir impecable sin esfuerzo, incluso cuando mi mundo está a punto de cambiar por completo. En dos horas, estaré en un jet privado rumbo a Chicago. Lejos de esta vida. Lejos del peso constante de ser una princesa Rosetti que necesita protección.

—¿De verdad vas a hacerlo? —Matteo aparece a mi lado, su cabello rojizo capturando la luz dorada. Incluso relajado y feliz, hay preocupación en sus ojos ambarinos—. Huir para jugar a ser normal.

—No estoy huyendo. —Levanto la barbilla, un gesto automático después de veintitrés años de ser la hermana pequeña que se niega a quebrarse—. Me estoy tomando un descanso. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Isabella se nos une. Su anillo de compromiso de esmeralda atrapa la luz mientras pasa su brazo por el de Matteo. El compromiso le sienta bien: ahora es más suave, con los pies más en la tierra. Menos como una hermosa estatua y más como una mujer que ha aprendido a vivir en lugar de solo sobrevivir—. Porque desde mi punto de vista, parece que estás harta del caos.

No se equivoca. Estoy agotada por la violencia, por la forma en que cada conversación conlleva el potencial de un derramamiento de sangre, por el cálculo constante de en quién se puede confiar y quién podría meterte una bala por la espalda. Después de ver a Matteo secuestrar a la mujer que amaba, ver a Emilio casi destruirse persiguiendo fantasmas, ser testigo de cómo Dom lleva el peso de un imperio sobre sus hombros… necesito recordar quién soy cuando no estoy desempeñando el papel de la princesa Rosetti.

—Tal vez lo esté —admito, sorprendiéndome con mi propia honestidad—. Tal vez quiero despertarme por la mañana sin comprobar si hay francotiradores. Tal vez quiero tomar un café con alguien que no lleve tres armas diferentes al desayuno.

La expresión de Matteo se suaviza. —Solo no dejes que te maten, Carm. Chicago puede que sea territorio de la familia, pero sigue siendo peligroso.

—Todo es peligroso. —Me pongo de puntillas para besarle la mejilla, inhalando el aroma familiar a colonia cara y caos apenas

contenido que define a mis hermanos—. Eso es lo que hace que la vida sea interesante.

—Hablando de interesante —dice Isabella con una sonrisa cargada de picardía femenina—, oí a Dom hablar con alguien sobre tu… alojamiento. Al parecer, tendrás un niñero.

—No necesito un niñero.

—Díselo a Dom.

Al otro lado de la terraza, Rafe y Sloane están acurrucados cerca del muro del jardín, ella con la cabeza en el hombro de él mientras ven cómo el sol se oculta. Incluso después de todo lo que han pasado, todavía se miran como si compartieran secretos que el resto del mundo no conoce. Emilio y Mara están sentados en una pequeña mesa, la mano de ella cubriendo la de él mientras hablan en voz baja; todavía asimilando las secuelas de su complicada reunión, pero más fuertes por haberla superado.

Dom aparece a nuestro lado, habiendo salido de cualquier llamada de negocios que estuviera atendiendo. Su expresión es cuidadosamente neutral, lo que suele significar que ha organizado algo que no me va a gustar.

—Bueno —digo, ajustándome las gafas de sol con una despreocupación deliberada—, he oído que voy a tener un niñero en Chicago.

—Protección —corrige Dom con suavidad—. Van es un cirujano de trauma. Exmilitar. Un tipo tranquilo que no se mete en líos y le debe un favor a la familia.

—Un conjunto de habilidades útil —observa Isabella.

—¿En nuestro mundo? Definitivamente. —Sonrío, con una expresión lo suficientemente afilada como para cortar cristal—. Aunque me pregunto qué hace un cirujano militar en Chicago que requiera el tipo particular de confianza de Dom.

Leonardo aparece del brazo de Eleanor, ambos radiantes con esa felicidad específica que surge de sobrevivir juntos al infierno. El alocado pelo rojo de Leo está ligeramente domado para la ocasión, aunque sus tatuajes todavía asoman por el cuello de su camisa como promesas de violencia apenas contenida.

—¿Están hablando de Chicago? —pregunta, al escuchar el final de nuestra conversación.

—Carmela tiene curiosidad por su nuevo ángel de la guarda —explica Matteo.

La expresión de Leo cambia, se vuelve algo más dura. Más seria. —Un consejo, hermanita. No profundices demasiado en su pasado. Hay cosas que es mejor no remover.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no es quien parece. Ninguno de nosotros lo somos, pero Van… —Leo niega con la cabeza—. Digamos que Dom confía en él por razones que no tienen nada que ver con su título de médico.

Las piezas encajan en mi mente como un rompecabezas que he estado resolviendo inconscientemente. Un cirujano que se mueve en los círculos de Dom. Un exmilitar con secretos lo suficientemente oscuros como para incomodar a Leo. Alguien que le debe a la familia un favor lo bastante importante como para justificar el trabajo de niñero.

Esto no es protección. Esto es el pago de una deuda.

Y no tengo la más mínima intención de ser la obligación de nadie.

—Estás poniendo esa cara —dice Eleanor con diversión—. La que significa problemas.

—No sé a qué te refieres. —Echo mi cabello sobre el hombro, en un gesto de pura actuación—. Solo voy a Chicago a pasar desapercibida y a vivir tranquilamente. Tal vez tome algunas clases de arte. Lea libros que no tengan que ver con estrategia o vigilancia. Vivir una vida de civil, completamente independiente.

—Claro —dice Matteo con sarcasmo—. Y yo soy un monje.

—Un monje que secuestró a su propia mujer.

—Prometida —corrige él automáticamente—. Y funcionó.

—El secuestro suele funcionar en esta familia —añade Leo, servicial.

El sol se oculta un poco más, pintando el cielo en tonos dorados y rosas que hacen que todo parezca más suave de lo que realmente es. En una hora, diré mis últimas despedidas y me subiré a un auto que me llevará a una pista de aterrizaje privada. Desde allí, es un vuelo corto a Chicago y a lo que sea que me espere en esa ciudad fría y ventosa.

Los ojos verdes de Dom se encuentran con los míos a través de la terraza, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento, quizás. O una advertencia.

—¿Lista? —pregunta.

—Nací lista.

Pero mientras tomo mi bolso y verifico que hayan subido mi equipaje, mi mente no deja de darle vueltas a esa conversación

telefónica. Un cirujano de trauma muy reservado. Un exmilitar con secretos. Alguien en quien Dom confía a pesar de —o quizá por— lo que sea que oculte.

Creen que me envían lejos para mantenerme a salvo, para dejarme jugar a ser normal mientras un doctor misterioso me vigila. Lo que no se dan cuenta es que la normalidad nunca se trató de tener niñero. Normalidad significa libertad. Independencia. La oportunidad de tomar mis propias decisiones sin que nadie me vigile por encima del hombro.

¿Y la primera decisión que voy a tomar? Deshacerme del guardián que me asignaron antes de que siquiera se dé cuenta de que estoy en la ciudad.

Me deslizo en el asiento trasero del sedán negro y me despido de mi familia con la mano a través de las ventanillas polarizadas. La mano de Matteo está en la cintura de Isabella, en un gesto protector y posesivo. Leo y Eleanor ya están planeando su próxima aventura. Dom se mantiene apartado, observándolo todo con esos ojos calculadores a los que no se les escapa nada.

Creen que saben lo que hacen, al enviar a su impredecible hermana con el primo tranquilo de Chicago con un niñero incluido. Creen que aceptaré dócilmente la protección de un doctor gruñón que prefiere la soledad a la conversación.

No tienen ni idea de que planeo desaparecer en cuanto aterrice.

Me acomodo en los asientos de cuero y sonrío para mis adentros mientras la mansión desaparece tras nosotros. Chicago, allá voy. Y lo primero que haré será perder a mi misterioso cirujano antes de que se entere de que llegué.

Dom puede organizar toda la protección que quiera. Eso no significa que tenga que usarla.

Pobre diablo, seguro que piensa que le tocará una princesa Rosetti dócil que seguirá órdenes y se mantendrá alejada de los problemas. En cambio, me tendrá a mí… y me habré largado antes de que pueda decir «sala de trauma».

Gracias por leer *Twisted Bond*.

Espero que hayas disfrutado cada momento oscuro, retorcido y peligrosamente sexy. Isabella y Matteo no se lo pusieron fácil… pero fue delicioso verlos arder juntos.

¿Lo siguiente?

Carmela Rosetti deja Nueva York. Una nueva ciudad, un nuevo hombre, y nuevos problemas...

Él es un médico dominante y gruñón. Ella es todo sol y caos.

Y está a punto de desordenarlo todo.

Su historia llega muy pronto.

x Pia

¿Quieres más mafiosos irresistibles, secuestros y pasión peligrosa?

Entonces sígueme en Amazon y no te pierdas nada.